This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 3638.44.5

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

# VIAGE

A

# MEJICO

POR

MATHIEU DE FOSSEY,

Traducido del francés.

2469

MEJICO:

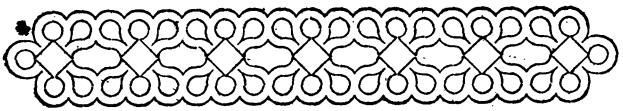
IMPRENTA DE IGNACIO CUMPLIDO
Calle de los Rebeldes número 4.

1844.

SA3638.44.5

HARVARD COLLEGE LIBRARY

NOV 18 1920
LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.



# PREFACIO.

Son muchas las obras descriptivas ó críticas (*) que se han publicado ya sobre Méjico, sin que una siquiera satisfaga plenamente bajo este doble punto de vista. Pues cuando los viageros no se arrastran al remolque del Sr. de Humboldt en sus descripciones de las antigüedades, reproducen lo que han visto de carrera, con colores á menudo pálidos ó exagerados. Unas veces pasan des-

(*) No debo incluir en el número de las obras críticas, que no alcanzan su objeto, la del Sr. D. Manuel del Rivero; la que, no habiendo llegado á mis manos, no puedo juzgar por mí mismo.

apercibidos un sitio curioso, un hecho interesante ó una particularidad extraordinaria; otras, se entretienen extensamente en cosas de un interes secundario; á menudo son las incomodidades sin número, con que se ven acosados en su viage, las que solas llaman su atencion; á veces suelen encarecer desmesuradamente lo bueno que encuentran en su camino, cuando, descansados ya de las fatigas, se hallan en mejor disposicion para juzgar de una manera favorable.

Respecto de los estudios morales, que hasta la fecha se han escrito sobre el carácter, las costumbres y los usos de los Mejicanos, casi siempre han pecado de falsos ó han sido mal presentados; así es que cuando el viagero no se ha dejado llevar de su propio sentimiento de parcialidad, se ha guiado en sus observaciones y en sus reflexiones por informes y datos faltos de exactitud.

No debemos disimularnos cuán peliagudo es arrogarse el papel de crítico y reformador; pues si únicamente se juzgan los hechos en sí mismos, esto es, de un modo absoluto, se peca de injusto; y, para estar seguro de no desviarse de los límites de la relacion, es preciso hallarse en ciertas condiciones excepcionales, fuera de las cuales, ni es dable ver bien, ni se puede juzgar con tino.

Para que el crítico pueda apreciar las cosas en su justo valor, preciso es que empiece por echar una mirada investigadora en derredor de sí y en aquellos entre quienes ha nacido; porque así la mayor parte de los vicios y de los defectos que quiere advertir en una nacion extrangera, disminuirán á su vista con el cotejo de los vicios y defectos de las viejas sociedades europeas. Se necesita tener una larga práctica de pensar y de comparar, para juzgarse á sí propio y descubrir aquellos vicios de la sociedad en que nos hemos criádo, y aquellos errores de nuestro criterio en lo que hemos presenciado desde la infancia; pero, si se ha palpado cuán fácil es el desquite, ya no se acomete sin temor y sin piedad: el que tiene su pecho descubierto, no se arroja á herir inconsideradamente á su adversario.

Por otra parte, para formar juicio sobre un pueblo, es preciso haber vivido largo tiempo en el seno de las familias: á mas de esto, se necesita conceder algo al clima y á la época, si no queremos exponernos á sentar aserciones infundadas y á veces del todo erróneas, pues se opondrán á ellas la temperatura del pais y hasta la misma naturaleza de las cosas.

Si, en las cartas sobre Méjico, Mr. Michel Chevalier ha hecho mas bien una sátira que una relacion histórí-

ca; si, á pesar de toda su inteligencia, ha tomado indistintamente lo individual por lo general, y por la regla la excepcion; si, en fin, ha hecho una caricatura y no un retrato, será porque no conocia á fondo el terreno que pisaba, habiendo solo alcanzado á ver sus asperezas, por decirlo así; porque tres meses de residencia en Méjico bastarian, si se quiere, para describir las cosas, pero no las personas.

Tampoco concederé á la Sra. Calderon de la Barca los requisitos del buen crítico, aunque, es verdad, ha vivido mas tiempo en este pais que Mr. Michel Chevalier; pero no concurrieron en ella las condiciones necesarias para conocerlo todo y juzgar bien. Siempre que se ha fiado de las noticias que le daban sus criados ú otros extrangeros como ella, ha incurrido en exageraciones; y cuando le causaba admiracion un órden de cosas, que no obstante se encuentra en la ley comun, y no puede existir de otro modo, ha citado como disparates ciertas circunstancias, á menudo indiferentes por sí, sacrificando así la síntesis al análisis, sin advertir que perdia de vista la filosofía del carácter nacional. En fin, ha juzgado del pais por el momento presente, sin tener en cuenta lo pasado, tan cerca todavía, ni los adelantos que se han obtenido.

Sin embargo, el moralista que se empeña en tildar defectos ó vicios que no comprenden ó aun que ignoran los que se encuentran bajo su imperio, debe presentar sus observaciones sin acrimonia y con mucha verdad, para no irritar á los que desea advertir. Y, con todo, no podrá evitar que de pronto el lector criticado abrigue cierto resentimiento al recibir una fraterna que no creia merecer; pero cuando vuelva á entrar en sí, cuando considere la sociedad de que es parte, maquinalmente hará la aplicacion de las observaciones del crítico en lo que hace, en lo que ve hacer; y el resultado de sus propias observaciones es ya un paso muy adelantado hácia el bien.

Llevado de un sentimiento íntimo de justicia y de verdad, deseoso de combatir, con el poco aliento que me ha deparado la naturaleza, la falsa y sensible impresion producida por esos folletos en la mente de las naciones extrangeras, y animado por la acogida lisonjera que mis *Cartas sobre Méjico* han merecido al público, me arriesgo á dar á luz esta obra, en la que, prescindiendo enteramente de la política del pais, así como de sus principios gubernativos, cíñome á pintar los sitios que he visitado y el carácter social del pueblo mejicano. En ella se hallará, por una parte, el resultado de observaciones

concienzudas y de una larga experiencia, y, por otra, á pesar de pequeñas críticas inofensivas, una defensa ingénua y verdadera contra los ataques de los detractores imprudentes ó parciales: á lo menos, tal es mi deseo, tal mi ambicion:

....*je l'essaie; un plus savant le fasse* (1).

*Mathieu de Fossey.*

(1) Lafontaine.

Vista en el alto Goatzacoalco.

Imprenta litog. de Cumplido.

# CAPITULO I.

**SUMARIO.**

Proyectos sobre la comunicacion de ambos mares por el istmo de Panamá, la laguna de Nicaragua y el rio Goatzacoalco.—Colonizacion del Goatzácoalco.—Empresa del Sr. de Villeveque.—Salida para la república mejicana.—Una idea del viage.—El *pequeño Eugenio* y la *Glaneuse*.—Paso de la barra.—Minatitlan.—Engaños de los directores de la colonia.—Desastres de las expediciones y motivos de sus desgracias.—Campamento en las márgenes del rio.—Indios castizos.—Indios mestizos.—Marcha á Acayucan.—Cosoliacac.—Altipan.—Doña Marina, llamada la Malinche.—Costumbres de los habitantes de Altipan.—Primera comida al uso mejicano.—Alaridos en el desierto.—Episodio relativo á la caza del mono.—Lugar de Soconusco.—Acayucan.—Su situacion.—Niguas.—Milpas abandonadas.

REPETIDAS veces ha sido objeto de serias consideraciones la idea de unir el Océano Atlántico al Pacífico, y al efecto se enviaron de Europa hábiles ingenieros para que explorasen los puntos que parecian mas á propó-

sito, á fin de llevar á cabo la realizacion de este proyecto; pero sea porque lo dificultoso del terreno la imposibilitase, ó sea porque los gastos de la obra pareciesen excesivos, se abandonó una empresa cuya ejecucion hubiera reducido las distancias y facilitado las negociaciones comerciales con la costa occidental de América, haciendo del pais, en donde se abriese paso á las mercaderías de Europa, Asia y América, un manantial inagotable de riquezas.

Con esta mira, los istmos de Panamá y de Tehuantepec y la laguna de Nicaragua fueron los tres puntos propuestos para verificar la comunicacion de los dos mares; y aunque el primero ofrece un tránsito corto, y la laguna menos dificultades que vencer, el istmo de Tehuantepec llamó mas tal vez la atencion de España, á pesar de las obras inmensas que seria preciso hacer para efectuar la comunicacion del rio Goatzacoalco con el de Chimalapa, y en seguida para dejarlo navegable en toda su extension; pues así lo manifestaba, creo, el antiguo proyecto.

Y ahora cuando se está formando una compañía de capitalistas con el objeto de tentar tan deseada comunicacion por el istmo de Tehuantepec, he pensado que quizás se leerian con interes algunos documentos sobre

las localidades, sus climas y producciones, y sobre la solucion del problema de la colonizacion en aquel pais, al cual ya ha dado mala fama una tentativa desgraciada; pero, sin embargo, ántes de dar principio á mi obra, conviene empezar por referir las causas que me trajeron al Goatzacoalco y los acontecimientos de mi viage, que están en contacto con el pensamiento de colonizacion.

Despues de los sucesos del año de 1830, habia tomado el partido de buscar en América medios de subsistencia independientes de las opiniones políticas y de los cambios de gobierno. A esta sazon acababa el Sr. Laisné de Villeveque de dar á luz esos folletos sobre la colonia del Goatzacoalco, que atrajeron de los varios puntos de Francia colonos de todos rangos y edades, que llegaban al Havre presurosos y llenos de entusiasmo por aquella tierra de promision, por la cual se separaban de su pátria, destinados, el mayor número, á no volverla á ver jamas: no es extraño, pues, que sin dificultad me dejase seducir yo tambien por los ofrecimientos de aquel cuestor de la cámara de diputados, en quien suponia cabian honradez y juicio; y, de acuerdo con el Sr. *** de Bourges, fleté un barco para trasportar á la república mejicana nuestros operarios, bastimentos y material para la labranza.

Se hizo á la vela en 27 de Noviembre de 1830 el bergantin *Petit Eugene*. Lejos de experimentar ninguna congoja al salir de Francia, todos sentimos el mayor placer al ver alejarse la costa de Normandía; pues hacia mas de dos meses que teniamos vientos contrarios, y si bien salieron algunos barcos en aquella temporada, solo fué á duras penas, y aprovechando una variacion momentánea en su rumbo; así es que la impaciencia causada por la expectacion juntamente con el temor de vernos precisados á volver al canal, prevalecian en nuestros pechos sobre el sentimiento doloroso que acongoja cuando se sale de la tierra natal para arrojarse á una vida azarosa.

Antes del mediodia empezó á caer una lluvia glacial, acompañada de vientos borrascosos; duró toda la noche el mal tiempo, arreciando el temporal al otro dia, y así siguió entorpeciéndose nuestra salida, ya con borrascas, ya con vientos contrarios, de manera que el dia de año nuevo nos hallábamos aun sobre las islas Terceras, habiendo capeado tres ocasiones en tan corto tránsito. Pero, en fin, empezó el año 31 bajo auspicios mas favorables; el tiempo se puso hermosísimo, y en breve nos cupo gozar el calor benigno de los trópicos, casi siempre templado en alta mar.

Todavía recuerdo con gusto las noches que pasábamos sobre cubierta, desvelándonos, las mas veces, hasta las doce: confiados en el porvenir, gozábamos de lleno las dulces emociones que nos brindaba el presente, cuando sentados en derredor del oficial de guardia, nos complaciamos en llamar á la memoria recuerdos de nuestra infancia; algunos se producian con mucho gracejo, y raras veces se competia con ellos por quitarles la palabra cuando la tomaban, pues tenian el don de provocar desde luego risas eléctricas que nos hacian felices; y cuando llegaba la hora de tomar el ponche, dábamos principio á los cantares, y entonábamos en coro los estribillos de Beranger.

Miéntras pasaban estos momentos de solaz, nuestro pésimo bergantin, abriendo un surco de fuego en las olas fosforecentes, caminaba tan paulatinamente, aun con arrastraderas, que parecia llevar, á pesar suyo, nuestro alegre corrillo á una tierra de desolacion, pues con viento en popa apenas echábamos siete millas por hora. Con tan escaso andar no entramos en el mar de las Antillas hasta mediados de Enero; á poco reconocimos la isla de Sto. Domingo; en seguida costeamos la de Cuba, y al dejarla, anduvimos errantes por el seno mejicano quince dias, atormentados por temporales, hasta que, en la

tarde del 13 de Febrero á los setenta y nueve dias de navegacion, divisamos por fin el fortin desmantelado que defiende la entrada del Goatzacoalco.

Dió fondo el capitan, posponiendo hasta el otro dia el cruzar la barra. En ésto, estábamos todos arriba considerando desde la cubierta, con silenciosa satisfaccion, la entrada de aquel rio, que mirábamos como patrimonio nuestro, y aquellas selvas frondosas que en breve íbamos á recorrer como dueños. Estaba apacible el aire, el cielo enteramente despejado, resaltando por la parte del poniente el volcan de Tuxtla (1) entre las últimas ráfagas del sol, como en medio de un gigantesco fuego de artificio.

Ya empezaba la noche á tender su velo sombrío, cuando se divisó por la parte del Norte la blancura de una vela que poco á poco se nos hacia mas visible hasta poder discernir, no sin asombro, que venia hácia nosotros. Este buque era la *Glaneuse* que habia salido del Havre diez dias ántes que nosotros con ciento cincuenta colonos para el Goatzacoalco. Estos desgraciados llevaban tres meses de mar, en los cuales habian padecido un

(1) Por otro nombre Pico de San Martin. Hizo una erupcion por los años de 1793, y las cenizas que entónces arrojó fueron á caer hasta Perote, á una distancia de cincuenta y siete leguas línea recta.

anuncio de los males que les esperaban al cabo de su viage. Por la estúpida imprevision del gefe de la expedicion, habian carecido de lo necesario durante la travesía, reduciéndose sus raciones solo á un poco de harina que cada uno preparaba á su modo para sustentarse. Y ademas de los temporales que, como nosotros, habian sufrido, les cupo la desgracia de ver su buque arrojado en los arrecifes de la costa de Tabasco, y los marineros en disposicion de contender por su vida con las enfurecidas olas. Solo podia una de aquellas inesperadas casualidades salvarlos del fin trágico que les amagaba; y así fué; los salvó esa casualidad arrancándoles de los abismos del mar, para entregarlos al Goatzacoalco que los reclamaba como presa suya.

Se puso en facha la *Glaneuse*, á corta distancia de nosotros, y al otro dia temprano tuvo la gloria de adelantársenos á tentar la primera el paso crítico de la barra del rio. Tres buques, la *América*, el *Hércules* y la *Diana*, nos habian ya precedido en la misma tentativa, y conociamos la fatal suerte de los dos primeros, pues el uno habia naufragado tentando cruzar la barra, y el otro, que no se atrevió á tanto, fué mas tarde á dar en la costa impelido de un norte: solo la *Diana* habia logrado entrar con felicidad en el rio, y esto porque se lanzó á

cruzar la barra como último recurso para evitar la suerte del *Hércules*.

Así es que ansiosísimos seguiamos las aguas de la *Glaneuse*, y, miéntras suspensos esperábamos el éxito de su maniobra, parecia que nuestra vida colgaba de un hilo, aunque, sin embargo, ignorásemos cuánto importaba que se verificase el paso sin dilacion, porque de no verificarlo nos veriamos expuestos á gastos incalculables para conducir el cargamento á Minatitlan en pequeñas piraguas que tienen la propiedad de volcar con la mayor facilidad; pero ¿quién habia de suponer que los directores no habian puesto una canoa á nuestra disposicion, ni en la barra ni tampoco en Minatitlan? Por esta falta, los colonos de las primeras expediciones habian permanecido treinta y hasta cuarenta dias en la playa, expuestos á todas las penalidades imaginables, y logrando hacer conducir rio arriba una parte de su material hasta Minatitlan y la concesion (1), solo á costa de la otra que tuvieron que enagenar á precios ínfimos.

Tenia á bordo, la *Glaneuse*, el práctico de la barra y el comandante del fortin; aquel dirigia la maniobra siguiendo la misma direccion que ántes con la *América*, y

(1) Los terrenos concedidos al Sr. Laisné de Villeveque, se hallaban á distancia de sesenta leguas de la boca del rio.

dejando el paso ó canal á la derecha, echó el bergantin en un placel.

Cuando vimos aquel hermoso buque dando á la banda en su quilla, y oimos nuestra marinería exclamar: "la *Glaneuse* está barada; se ha perdido," quedamos inmóbles y mudos, pero sin perder por eso la esperanza de ser mas dichosos. De repente cambió de rumbo el capitan, dirigiéndose hácia el fortin, é hicimos camino por avante, dejando á la *Glaneuse* á popa. A poco ya habiamos salvado el paso, y el *Petit Eugene* entraba en la bahía del Goatzacoalco, en los mismos momentos que pasaban por las armas al general Guerrero en Cuilapa.

Entre tanto procuraba la *Glaneuse* salir del placel en donde estaba barada; al efecto echó un ancla á unas treinta varas del buque, y la tripulacion y pasageros empezaron á espiarlo, hasta ver sus esfuerzos coronados del mejor éxito: en breve se oyó rozar la quilla en la arena, y en seguida quedó boyante el buque: entónces tomando el rumbo que nosotros habiamos seguido, la *Glaneuse* entró en el rio, en donde fué recibida con las sinceras y ruidosas manifestaciones del parabien que le dábamos.

Habiendo pasado dos dias en la boca, subimos el rio hasta Minatitlan, en donde residia el oficial de la aduana y se hacia la descarga; y aunque la distancia entre la

barra y esta aldea no pasa de diez leguas, no llegamos hasta la tarde; pero no nos pareció largo el tiempo, pues observábamos con ojos ansiosos las selvas que semejaban desfilar delante de nosotros, el desarrollo del rio que en ciertos puntos es sumamente hermoso, la espesura verdosa con sus ramas entretegidas que salian hasta quince y veinte piés de la orilla, ya rozando la superficie del agua, ya doblándose á manera de bóvedas. Por aquí se veia el *Uspanapan* que, bajando de las Chiapas, viene á entregar el tributo de sus aguas trasparentes al Goatzacoalco; mas allá se ofrecia á la vista Barragantitlan (1), cuyas casas de carrizo dominaban el rio: algunas mugeres de cuerpos encobrados y desnudos hasta la cintura, miraban los buques con semblantes inquietos; y los mismos hombres, parando el movimiento de sus hamacas, parecian atónitos con la novedad del espectáculo. De cuando en cuando se divisaba algun caiman tendido en la arena, que al acercarnos se resolvia á volver al rio, ó alguna iguana (2) de color verde dorado, que, despues de haber andado algunos pasos como para huir, se dete-

(1) Esta aldea no existe ya, habiendo sido abandonada por los indios á causa de los mosquitos.

(2) La iguana es una especie de lagarto pacífico. Las hay hasta de tres piés de largo; su carne se asemeja, en cuanto al gusto y al color, á

nia mirándonos con aire inteligente, para apreciar el peligro que la podia amenazar.

Si es así que la vista de aquellos suntuosos monumentos, que nacen de las manos de los hombres, excita en nosotros una profunda admiracion, verdadero honor á las artes, es fuerza confesar que jamas alcanza á producir un sentimiento de alegría ó un desconocido encanto, siendo todo grave y uniforme en nuestra admiracion. Pero tan pronto como la naturaleza se reviste de cuanto encierra de variado é interesante, y nos admite al espectáculo de sus grandiosas mutaciones de escena, experimentamos desde luego una dulce satisfaccion en vivir, y aunque somos tambien actores en esa metamorfósis contínua, la gozamos como meros espectadores, y como si se representara solo para nosotros; así es que cada nuevo arcano de la naturaleza, que se descubre, sirve de nuevo incentivo para nuestra curiosidad.

Apénas salió el sol, al otro dia de nuestra llegada á Minatitlan, cuando ya nos disponiamos á ir á recorrer la *hacienda* y *los vastos plantíos* del Sr. Giordan (1). Al echar pié á tierra, salieron á recibirnos algunos de los

---

la del pollo, y los huevos á los del Cabrajo. Uno de los que comimos encerraba treinta y nueve huevos del tamaño de los de paloma.

(1) Socio del Sr. Laisné de Villeveque.

primeros colonos, que ya no tenian asociaciones ni operarios, y se hallaban sin saber aún á qué dedicarse, faltos de dinero, á dos mil leguas de su tierra; pero ¡cuál fué nuestra sorpresa y nuestra indignacion, cuando nos informaron que el Sr. Giordan no tenia tal hermosa hacienda sino en su imaginacion, reduciéndose todas sus propiedades á una casita de madera y un jardin de diez varas cuadradas, en el cual habia sembrado unas cuantas piñas!

No bien habian pasado dos horas desde nuestra llegada, cuando todos nuestros operarios artesanos vinieron á declararnos, con modo mas ó menos grosero, que se separaban de nosotros. Ello es, que habian sabido que los criollos de las aldeas inmediatas al Goatzacoalco, favorecian su desercion, y les pagaban un peso diario, y aun mas, por emplearse en su servicio.

Nos entregábamos á las reconvenciones mas violentas contra estos hombres, que violaban así un compromiso sagrado, estafándonos el valor de su pasage, cuando se presentó el capitan de nuestro buque que venia á avisarnos que el administrador de la aduana exigia 400 pesos de derechos de tonelage por la entrada del *Petit Eugene* en el puerto del Goatzacoalco. Despues de fuertes contestaciones y protestas, pagamos ese derecho sobre

cuya existencia el prospecto de la colonizacion nos habia engañado completamente. Pero cuando el administrador nos notificó en seguida, que teniamos ademas que pagar los derechos de entrada de cuanto traiamos, tomaron nuestras reclamaciones un carácter mas grave, y nuestra indignacion creció tanto mas, cuanto que el Océano todo nos separaba de los que hubieran debido experimentar todo su peso. Forzoso nos fué resolvernos á ver echar la mano sobre aquellos haberes que para nosotros eran una cuestion de vida, sobre el material para el cultivo, y aun sobre nuestros bastimentos, pues se llevaron á la aduana nuestra pólvora, la municion, los lingotes de plomo, el fierro, acero, cadenas, sogas, piezas de lienzo, y hasta los quesos de Holanda, todo fué á parar á sus almacenes. Se quedó el administrador con cuanto quiso, devolviéndonos el resto á título de favor, mas de un mes despues de nuestra llegada.

De resultas de estos sucesos, cundió luego cierto desaliento entre los nuevos colonos que habian venido sin tener una determinacion fuerte y bien fijada de antemano; se figuraron que todo estaba perdido, sin alcanzar á ver un remedio al mal, y arrastraron tras sí á aquellos cuya resolucion era mas firme y sus planes mejor combinados; de suerte que nuestras asociaciones se fueron

desbandando sin que ninguno de nosotros fuese hasta la concesion. Fueron algunos colonos á vivir á los *Almagres*, aldea situada en la orilla derecha del rio á unas ocho ó diez leguas de Minatitlan, y permanecieron allí hasta haber agotado cuantos recursos tenian; los demas se dirigieron hácia Acayucan, S. Andres, Veracruz y Méjico.

En vez de trescientos colonos, cuando menos, que debian hallarse reunidos en la concesion, presentando ya los recursos de un cuerpo compacto y bien organizado, solo contábase una docena, esparcidos acá y acullá, que por capricho se obstinaban en quedarse en los bosques, ocupados mas bien en cazar para buscar el sustento del dia, que en desmontar y cultivar para lo futuro.

Por manera que aun cuando nuestras asociaciones hubiesen llegado intactas á los terrenos de la concesion, con operarios llenos de valor, celo y actividad, hubiera sido casi imposible permanecer en ella, y con mas razon hacer florecer una colonia; pues para haber conseguido este objeto, hubiera sido preciso que hubiesen llegado á un sitio preparado de antemano para recibirlas, el cual, desmontado con anticipacion, hubiera tenido casitas fabricadas para cobijarlas, y en donde se hubieran labrado piraguas para el uso diario de los colonos, y sembrado

los sitios mas ventajosos con los cuales no podia acertar su falta de experiencia. Pero los directores con su estúpida codicia no habian tenido por conveniente gastar ni un peso; y de tanta incuria resultaba una serie de graves dificultades y males intolerables que debian estorbar las empresas particulares, desvaneciendo en breve toda esperanza de feliz éxito.

Tuvieron los primeros colonos que dedicarse, inmediatamente despues de su llegada, á desmontar árboles para fabricarse casas, y preparar los terrenos destinados al cultivo, mudando así de modo de vivir y pasando repentinamente de la holganza total, en que vivian á bordo, á los trabajos mas fatigosos bajo un cielo abrazador; y este mal, que se debe evitar cuidadosamente en la tierra caliente, acarreó bien pronto las enfermedades y la muerte. Durante el desmonte tuvieron que lidiar con la naturaleza bajo mil formas distintas, como eran, la dureza de las maderas, lo grueso de los árboles, los reptiles, los insectos de todas clases, y particularmente los mosquitos que venian en nubes á hostigar á los operarios, haciendo á estos desgraciados, con sus picaduras, hinchazones en las piernas y espantosas llagas.

Por fin, cuando despues de muchas incomodidades y trabajos, un rancho empezaba ya á dar algunas esperan-

zas; cuando un terreno bastante capaz estaba cultivado, haciendo notar por dias con asombro los progresos de una vegetacion mágica; cuando el número de las casitas aumentaba con una nueva fábrica ó con algun mueble útil, entónces fué cuando llegaron las aguas; entónces fué cuando principiaron las inundaciones que cambiaron los campos de los desesperados colonos en vastos charcos en que quedó sepultado todo; y varios de ellos, aprisionados en sus casas por las avenidas, lograron escapar á duras penas.

La estacion de las aguas lo es tambien de las enfermedades, que atacan con violencia á los europeos recien llegados, cuando ignoran las precauciones que se deben tomar para evitarlas, ó carecen de asistencia y remedios necesarios para pugnar con ellas. No se conoce el vómito en el Goatzacoalco; pero hay fiebres intermitentes ó contínuas, mas ó menos peligrosas, y estas se habian llevado en el espacio de pocos meses como sesenta personas de menos de trescientas cincuenta que nos habian precedido.

Cuando llegaron á lo sumo estas calamidades, abandonaron todos los colonos sus desiertos, invadidos por las aguas, las enfermedades y necesidades de todas clases, y se diseminaron por toda la república. Los que vi-

vian en la concesion y en las orillas del Sarrabia (1), pasaron á Guichicovi, Tehuantepec y Oajaca, en donde se dedicaron á varios oficios; otros tomaron la vuelta de Veracuz á donde fueron á embarcarse; y aquellos que se alejaron menos de los Almagres ó se habian fijado en las orillas del Uspanapan, volvieron á Minatitlan (2), aldea que en breve se convirtió en hospital destituido de enfermeros. En todas las casas no se veia mas que moribundos abandonados ó convalescientes de color amarillento, cuya sensibilidad estaba embotada con los sufrimientos.

Sin embargo, ciega la guadaña de la muerte, perdonaba en su obra de destruccion á las viudas y huérfanos cuando los privaba de sus protectores. Encontraron, algunas madres, en su ternura maternal, fuerzas suficientes para luchar con tantos males; pero otras, no bien hubieron escapado de las angustias de la enfermedad, cuando tuvieron que sucumbir á los embates de la miseria y al dolor de verse desamparadas; algunos niños fueron recogidos caritativamente por los criollos ó indios ricos; otros entraron á servir en clase de criados; y algu-

(1) Rio que desagua en el Goatzacoalco.

(2) Minatitlan y las demas aldeas del Goatzacoalco, son muy insalubres; pero por la concesion el clima es tan sano como cualquier otro de tierra caliente.

les, ó tal vez para ir á dar caza á las tortugas ó iguanas del rio.

A las diez empezaba ya el calor á mortificar, y era preciso abrigarse en los siempre frescos asilos que las casitas de palma ofrecian, pues no se podia aguantar en las tiendas el bochorno concentrado en ellas desde las doce á las cuatro de la tarde, haciendo subir el termómetro de Réaumur hasta los 36.°, por manera que nos veiamos precisados á abandonarlas durante el dia, teniendo que llevar nuestros penates nómades á la sombra del árbol mas inmediato. Pero una hora ántes de ponerse el sol, volvia la aldea á salir de su letargo; acudia á la orilla del rio multitud de personas á bañarse; y los incansables cazadores, que habian salido por la mañana, volvian en piraguas llenas de caza, trayendo á la memoria la monteria de S. German despues de una cacería de Carlos X.

Es abundantísima la caza en las riberas del Goatzacoalco, en donde se ven millares de aves cuyas formas airosas ó raras se ven engalanadas de los colores mas vistosos. Así es que un naturalista podria allí acopiar fácilmente una coleccion riquísima; pero nosotros no pudimos pagar este tributo á la ciencia; ocupados, cual estábamos, en intereses urgentes, todo lo vimos sin parar la

atencion en nada, y sin embargo siempre me causaba sentimiento ver despojar de sus lujosas galas las aves que cubrian mi mesa, aunque su sabor no siempre guardaba correspondencia con su plumage. El hermosísimo guacamayo colorado de alas azules y amarillas, y la garzota blanca de plumage tan rico, servian para hacer la sopa de la gente, al paso que el faisan real con su copete ribeteado de blanco daba crueles vueltas en mi asador.

A medida que iba palideciendo el resplandor del sol, invadian de nuevo los mosquitos nuestras viviendas, recordándonos el mas mínimo descuido en nuestro vestido; dirigíanse en pares hácia Tabasco, las largas hileras de loros; y los millares de luciérnagas que cubrian las ciénegas, relumbraban por intervalos con fulgor cada vez mas pronunciado.

A esta sazon, delante de cada casita, chispeaba la llama de los fuegos, en derredor de los cuales nos juntábamos por evitar la molestia de los mosquitos, pues los espanta el humo; y allí cada uno desplumando las aves cazadas para el almuerzo del dia siguiente, contaba lo que en sus excursiones le habia pasado de extraño, qué nuevas clases de animales habia visto, qué insectos raros habia descubierto, las serpientes enormes que no habia podido matar ó que habia alcanzado, refiriendo las

impresiones mas ó menos fuertes de asombro ó de terror que habia experimentado; entónces la risa resonaba en todos los corrillos, indicando el buen humor general, y duraba hasta que el sueño nos llamaba á nuestros mosquiteros.

De esta suerte pasamos tres semanas: al cabo de este tiempo, poco á poco se fueron diseminando la mayor parte de los colonos de la *Glaneuse*, y quedó muy reducido el número de los que permanecimos en Minatitlan, esperando que se nos entregase aquello que la aduana debia devolvernos. Estuvimos aun mas de un mes junto al rio; pero la alegria habia disminuido por haber ya comenzado las enfermedades á hacer algunos estragos en nuestras filas, pues no pasaba una semana sin que supiésemos la muerte de algun recien llegado.

Con esto tuve sobrado tiempo para hacer observaciones sobre la singularidad del genio del hombre, cuando se ve arrojado fuera de su órbita acostumbrada. Se me habia figurado que, lanzados á remotas tierras en donde nos impulsaban unos mismos intereses, debiamos todos hermanar, y que debia bastar solo el título de francés ó de colono á darnos un derecho á una mutua confianza y amistad; creia que debiendo á menudo hallarnos en la obligacion de ocurrir á nuestros vecinos, hubiéramos sido

mas afables y mas dispuestos á mantener relaciones con ellos. Pero apenas habiamos llegado á tierra, cuando los mismos que se llevaban bien á bordo, se hicieron indiferentes entre sí; cada cual obraba sin curarse de nadie, extrañándose de todos los demas. Así es que despues de haber vivido cerca de un mes mezclados con los colonos de la *Gironeuse*, tenamos tan poco trato con ellos que, con muy cortas excepciones, ignorábamos hasta sus nombres; y sucedia muchas veces que nos encontrábamos cara á cara con ellos sin dirigirnos una sola palabra. Semejante conducta hubiera inclinado á pensar que se hallaban contrapuestos todos nuestros intereses, por cuyo motivo nos mirábamos con envidia en el mismo suelo.

Con todo, solo hablo de lo que pasaba con los que reflexionaban seriamente sobre su situacion, y cuyos pensamientos estaban absorvidos por la incertidumbre del porvenir; porque conviene decir que entre los colonos habia hombres afectos á los placeres, á quienes la bebida y los naipes bien pronto hicieron amigos; pero á estos sumieron en el abatimiento los primeros embates de su mala suerte.

Aunque, por lo general, tengan los indios de esta costa muy buena índole, por lo contrario los de Minacitlan son bastante malos, probablemente porque no son casti-

zos, y está mezclada su sangre con la africana. Esta mezcla ha cundido especialmente en las costas en donde se compraban esclavos solo para las haciendas de las tierras calientes, y sin embargo por eso no dejaban sus dueños de ocupar en ellas á los naturales.

Parecen tener, generalmente hablando, esos indios amulatados, mas viveza que los indígenas de las tierras calientes, ó, á lo ménos, si no son dotados de mayor inteligencia, son á veces ménos apáticos, lo que de hecho puede alucinar á la opinion que se deberia formar de ellos; así es que todos aquellos mulatos estarian acomodados, si no los llevara tras sí la pasion del juego.

A menudo venian de las aldeas inmediatas á comprarnos armas y pólvora, vestidos con trages que siempre excitaban nuestra curiosidad. Encima de unos calzoncillos de pontiví, que llegan á media pierna, visten, los dias de fiesta, unos calzones de terciopelo de igual longitud, bordados de oro y plata, y abiertos por los lados desde la parte superior de la rodilla, de modo que los calzoncillos pueden flotar con soltura; quedan afianzados en la cintura por medio de una faja colorada con flecos de oro, cuyas puntas cuelgan por detras; su camisa de vuelo y puño es siempre de finísima tela y blanca como el ampo de la nieve; su calzado se compo

ne de unos zapatos de alas, especie de botines de ante con las cañas abiertas por adentro, armados aquellos con disformes espuelas, cuyas rodajas tienen dos pulgadas y media de diámetro; pero tienen buen cuidado de quitarse estos adornos incómodos tan pronto como se apean de su caballo. Cubre las pasas, que descubren su orígen africano, un sombrero negro ó gris de alas anchas con ribete y galon de oro ó plata, chapeta y toquilla de lo mismo (1); por fin, completa este vestido, cuya riqueza varia conforme los sugetos, un machete colgando á su lado. Mas tarde hablaré de sus caballos y de los arreos con que los enjaezan.

En cuanto á los indios de la tierra caliente, su vestido es el mas sencillo posible, componiéndose únicamente de unos calzoncillos de lienzo y un sombrero de palmita: sus mugeres se envuelven de la cintura hasta la corva en un paño de algodon (2), y solo cuando salen de la aldea se ponen otro (3), por el centro del cual pasan la cabeza, tapándose así el pecho y los hombros; pero reina entre ellos el mayor aseo, cada renglon

(1) La *toquilla* es un cordon del grueso del dedo meñique, que da dos ó tres vueltas á la copa del sombrero en su parte inferior.

(2) El *cueill* llamado en español *enrellado*.

(3) El *huepili* vulgarmente llamado *guapil*.

de su vestimenta siempre es recien lavado; báñanse las mugeres todos los dias una ó dos ocasiones; enjabónanse la cabeza y el cuerpo, y en seguida trenzan sus cabellos á los cuales dan flexibilidad y lustre por medio de un aceite que sacan de la almendra del Zapote-mamey (1).

Cuéntanse en la provincia de Goatzacoalco un número bastante crecido de aldeas de indios castizos, que no conocen aun otra lengua mas que el antiguo mejicano; solo algunos entre ellos sirven de intérpretes, y á estos llaman gente de razon los criollos. Suelen pasar un rato pesado los caminantes que se ven precisados á quedarse en estas aldeas, ó solo á pasar la noche allí, si los que saben el español se hallan ausentes, pues en balde declaran por señas lo que quieren, porque creo que fingen no comprenderlos.

Cuando se llega á una aldea de indios, va uno derecho á posar á la casa consistorial, á donde el alcalde tiene obligacion de mandarle dos *topiles*, esto es, dos ministriles que, mediante una corta retribucion, hacen las veces de criados yendo por cuanto se ofrece. El ajuar de la casa consistorial solo se compone de una mesa y de

(1) Están comprendidas todas aquellas frutas, cuya forma es casi esférica y cuyo hueso es duro, en lengua mejicana, bajo el nombre genérico de *tzapotl*, cambiado por los Españoles en *zapote*. (Clav.)

un banco, por manera que los caminantes tienen que acostarse en el suelo sobre sus sarapes (1), de los cuales no se deben jamas separar en Méjico, ó ya en hamacas, si es que han tenido la prudente precaucion de traerlas, pues es siempre desagradable en los paises calientes el acostarse en el suelo á causa del crecido número de insectos venenosos á cuyos piquetes está uno expuesto.

Durante los dos meses que estuve en la Fábrica (2), anduve recorriendo las aldeas de su inmediacion en solicitud de los puntos mas idóneos para el cultivo; y habiéndome parecido Acayucan el mas á propósito de todos por sus salidas, resolví establecerme allí, á donde llevaron hasta cuarenta mulas mis bagages; pues por esos caminos poco transitables, no toman los arrieros cargas que pesen arriba de la mitad ó tercera parte de las que suelen cargar los de las carreteras, fijadas en diez y seis arrobas por bestia.

Está trazado el camino de Acayucan en medio de sa-

---

(1) Es una frazada de lana que abriga del frio en los terrenos elevados, y de la lluvia á la gente de á caballo. Los sarapes del Saltillo tienen mas estimacion por ser impermeable su tejido, y teñida su lana de colores vistosísimos. Varía el precio de estos entre 40 y 100 pesos.

(2) Este es el antiguo nombre de Minatitlan, que le fué dado porque los Españoles construyeron una fragata de guerra en aquel punto.

vanas y de montes cuyos árboles, apiñados y atajados en su medra por la misma fuerza de la vegetacion, solo presentan espesuras impenetrables de bejucos y espinos, divisándose únicamente de trecho en trecho árboles enormes cuyas raices salen del suelo unos doce ó quince piés de alto. De cada rama cuelgan bejucos desiguales caprichosamente entretegidos con los de las ramas inmediatas, en las cuales á veces retozan monos jóvenes, meciéndose en éstos columpios naturales, ó arrojándose de árbol en árbol, pues así viajan ellos por las espesuras inmensas de aquellos bosques.

El primer lugar, que se encuentra en la cordillera, se llama Cosoliacac, cuyas casas de barro cobijadas con palmas, están rodeadas de naranjos y limoneros siempre floridos. Las mugeres de esta aldea son bastante hermosas, pero de cuerpos y miembros demasiado abultados; sus pechos, aunque de enorme tamaño, son durísimos y raras veces se ven caidos entre estas indias, á no estar en la decrepitud las que los tuvieren así.

El que sigue es Altipa, aldea antiquísima, cuyos moradores no tienen mezcla alguna, así como los de Cosoliacac. Segun la tradicion del pais, es pátria de Doña Marina (1), aquella célebre india, aunque dice Clavige-

(1) Sábese que su padre era fendatario de la corona de Méjico, y se-

ro que era natural de Painala, aldea de la provincia de Goatzacoalco; pero las indagaciones que he hecho no me han dado á conocer que existiese la tal aldea, ni aun que hubiese existido en otra época. En otra historia de Méjico se lee que era de Huilotla; tampoco he podido conseguir noticias del tal Huilotla: pero existe cerca de Acayucan la aldea de Oluta, conocida por muy antigua y por haber sido bastante poderosa; tal vez será Oluta

---

flor de numerosas aldeas; y que habiendo enviudado su madre volvió á casarse, y tuvo un hijo de estas segundas nupcias, á quien los dos consortes resolvieron transmitir toda la herencia de sus dominios. Para lograr su intento, difundieron la voz mentirosa de haber muerto la jóven, haciéndole un entierro simulado, y despues la vendieron en secreto á unos mercaderes de Gicalanco, ciudad fronteriza de Tabasco; estos la volvieron á vender á los vecinos de esta última ciudad; y despues se halló en el número de las veinte esclavas que estos ofrecieron á Cortés en señal de sumision.

Esta jóven cuya hermosura era sobresaliente, poseia, ademas del idioma mejicano que era el suyo, el Maya, que hablan en la provincia de Tabasco, y en breve aprendió el español. Fué bautizada con las demas esclavas, y recibió por nombre Marina, el que adaptado á su lengua por los Mejicanos se transformó en *Malintzin*, del que se hizo *Malinche*, bajo el cual es conocida de los Españoles de Méjico.

Permaneció siempre fiel á sus libertadores, haciéndoles servicios eminentes; pues no solo sirvió de intérprete é instrumento en las negociaciones de Cortés con los naturales de Tlascala, Méjico y otras nacio-

que han querido decir. Sea como fuere, con justicia ó sin ella, reclama Altipa el honor de haber dado cuna á aquella muger, cuyo ingenio abrió á Cortés el camino de Méjico.

Justifican las mugeres de esta aldea su antigua fama de hermosas, pues entre ellas he encontrado las formas mas perfectas, aunque siempre un poco abultadas. Por otra parte su vestido es muy á propósito para darlas á conocer, como que la única parte de su cuerpo que ta-

---

nes de Anahuac, sino que en varias ocasiones salvó al ejército de una ruina cierta, previniendo á Cortés del peligro que le amenazaba, é indicándole por donde eludirlo. Acompañó á Cortés á todas sus expediciones, sirviéndole á menudo de consejera, y por su desgracia de dama.

El hijo que tuvo con este conquistador, se llamaba D. Martin Cortés, caballero de la órden de Santiago; fué injustamente sospechado de rebelion, y condenado á sufrir tormento por jueces bárbaros é inicuos, que olvidaron los servicios incomparables prestados por sus padres al rey y toda España.

Cuando salió acompañando á Cortés á la provincia de Honduras, tuvo que pasar por su tierra y tuvo lugar de volver á ver á su madre y á su hermano. Temerosos de su resentimiento, estaban estos en la mayor consternacion cuando le fueron presentados; pero los acogió con suma bondad, manifestando así que su piedad y magnanimidad igualaban las demas calidades con que la habia dotado la naturaleza.

Despues de la conquista, casó Marina con un Español llamado Juan de Jaramillo. (Clavigero).

pan, se halla amoldada bajo la apretada tela que la envuelve.

En estas regiones abrasadas, en donde la naturaleza es tan precoz, casan los padres á sus hijos en una edad muy tierna, y se sorprende el viagero al ver á un muchacho de catorce ó quince años ya padre de familia. En cuanto á las muchachas de esa edad, están tan desarrolladas que no se distinguen de las mugeres de veinte años; pero si es así que crecen rápidamente, pronto pasa tambien la lozanía de la juventud, pues ántes de los treinta están enteramente marchitas.

Ha llegado á colmo la inmoralidad en todas las aldeas del Goatzacoalco, y sobre todo en Altipa en donde los indios aventajan á los mismos Sansimonianos; pues cuanto se respetaban las leyes del pudor bajo el imperio de los Aztecas, tanto mas se ha desenfrenado la licencia bajo él de los Españoles. En tales términos, que en este lugar todo está confundido: se hallan desconocidos los deberes; así es que viven incestuosamente el padre con la hija, la madre con el hijo y el hermano con la hermana, haciendo el cambio escandaloso de sus derechos mas sagrados. Sin embargo, el amor no se conoce entre ellos, á lo menos aquel que nace de la civilizacion y se acendra con ella, de suerte que no son atraidos hácia sí los

dos sexos sino por el atractivo de un placer meramente egoista, quedando indiferentes el uno con el otro luego que se separan.

Habiendo llegado temprano á Altipa, me resolví á pasar el dia allí por evitar el calor que empezaba á ser insoportable; por otra parte, cansada mi gente, se habian establecido debajo de un naranjo disforme, cuyas frutas colgaban hasta el suelo; y me costó algun trabajo para obligarlos á que no abusasen de la prodigalidad de la naturaleza tan peligrosa bajo los trópicos. Aquel dia hicimos una comida india del todo, en la que nos sirvieron *tasajo* cocido con *chile*, *frijoles* y *tortillas*. Llaman *tasajo* la carne que se hace secar al sol despues de salada y partida en tiras largas y delgadas para impedir su putrefaccion, que seria mas activa que la fuerza absorvente del sol, si se procurase secar en trozos mas espesos, y á pesar de esta precaucion siempre conserva un olor y un gusto desagradables.

El *chile* es un pimiento muy cálido y picante que los Mejicanos echan con profusion en todos sus guisados, y hay muchos indios pobres que no toman mas alimento que chile y tortillas. Esas *tortillas* que se comen en todas partes en Méjico en lugar de pan, se hacen con maiz macerado en agua caliza y molido despues en una pie-

dra á propósito para este uso, y en seguida, cuando la pasta está bien preparada, se hace cocer en galletas redondas y delgadas en un plato de barro casi llano expuesto á la llama de un fuego violento. Para poder comer la tortilla, es preciso que esté muy caliente. Los Mejicanos componen cada bocado á manera de cuchara, haciendo sus dedos el oficio de tenedores y cuchillos.

Los *frijoles* de S. Andres, que se usan en el Goatzacoalco y la Veracruz, tienen mucha fama; son una especie de judias negras de un sabor mas delicado que las de Europa. Este plato es de cajon en todas las casas mejicanas; al almuerzo, á la comida y á la cena, en casa del rico como en la del pobre, se sirve un plato de *frijoles*.

Al hablar del modo de preparar y cocer la tortilla, he dado, poco mas ó ménos, la enumeracion de todas las alhajas de una casa de indio. En efecto, despues del *metate* (1) en que se muele el maiz, del comal en que se cuese su pasta, del jarrito en que se hace el *atole*, especie de puches de maiz, todos utensilios de primera necesidad, que trae de dota la muger al casarse, el ajuar de casa no se compone de otra cosa sino un *petate* ó es-

(1) Llamado *metatl* por los indios.

tera de junco ó palma, que hace las veces de cama, mesa y asientos; y si á esto se agregan unas cuantas *gícaras* ó tazas hechas con calabazos, y una imágen ahumada de la vírgen ó de algun santo, es cuanto se puede encontrar en casa de un indio de las provincias altas. Los de tierra caliente solo tienen ademas una hamaca, en la que se mecen con su indolencia, mientras se están afanando sus mugeres, ántes de cada comida, haciendo la tortilla, en cuyo trabajo gastan la mayor parte del dia; pero estos son mucho mas felices que los de las provincias interiores; pues viven estos rodeados de privaciones contínuas, al paso que aquellos gozan, sin trabajo alguno, de las riquezas de una vegetacion pródiga. Así es que á medida que se va alejando uno de las costas, percibe un cambio notable en la clase de indios; pues mientras mas vaya subiendo, tanto mas sucios son, hasta que al cabo ya no tienen otros vestidos que andrajos, cuyo desaseo da asco; allí las mugeres, ya jóvenes ya viejas, son horrorosas de miserables, tanto, que en vano se procuraria encontrar en sus semblantes degradados una faccion noble.

Al otro dia seguí mi viage un poco tarde, de suerte que tuve que aguantar todo el calor del dia; pero en compensacion pude gozar de la vista de un inmenso núme-

ro de aves hermosísimas que se producen en las Américas: fueron muchas las ocasiones que tuve que volver á pasar por el mismo punto, en donde siempre ví un mayor número de pájaros que en otras partes. Por todos lados se siente el zumbido de las aletadas de los colibrís, que se mantienen inmóviles en el aire, miéntras introducen sus largos picos en el cáliz de las flores y chupan su jugo sus lenguas adelgazadas. Los espesos matorrales en que se halla encajonado el camino están poblados de otros pajaritos amarillos, colorados, verdes, azul celeste ó de mil colores á la vez, que, en movimiento contínuo, ya posándose, ya elevándose, se parecen á los pétalos de las flores agitados por el viento.

Antes de llegar á Soconusco, aldea india situada á una legua de Acayucan, nos cogió un aguacero, que me hizo apretar el paso, dejando atras á mi gente. Hé aquí que á poco sentí en la espesura alaridos espantosos que por momentos aumentaban acercándose hácia mí con bastante rapidez. Estas voces no eran los rugidos del leon africano, ni el bramido del toro, ni tampoco el ladrido del perro de presa; pero participaban de las de los tres, sin cederles en bronquedad.

Acababa en el acto de soltar la escopeta por andar mas desahogado, en mi capa; así es que de ninguna ma-

nera me entráron las ganas de esperar á pié firme á este amenazante campeon, cuya clase no atinaba yo á conocer; de consiguiente lo primero que hice fué poner tierra en medio á todo trote, é iba la distancia disminuyendo progresivamente las ondas sonoras que traian esa voz del desierto, cuando sentí el estruendo de una arma de fuego; no dudé entónces de que mi gente habia sido acometida del animal que mi imaginacion me hacia tan temible, y volví atras á galope por averiguar en qué habia parado la refriega; pero ¿cuál fué mi sorpresa cuando los ví venir con un enorme mono de tres piés de alto, llevado en hombros por uno de ellos? Quedé un poco abochornado de mi espanto; pero encontré una excusa en el susto de esos mismos hombres, que, aunque armados, habian dudado si avanzaban, al oir esos aullidos lúgubres. Hasta entónces nunca habia oido decir que el mono diese gritos tan horribles (1). Sin tener cuenta de la semejanza de aquel morador de la selva con las formas humanas, una parte fué á parar en la olla y la otra en el asador; y todos comimos de él sin melindre. Su car-

(1) Se encuentran en Méjico monos de distintas formas y tamaños: los hay pequeños, grandes y feroces. Navegando en el Goatzacoalco se suelen ver bandadas de mas de ciento, brincando de árbol en árbol, y desfilar por los bosques, llevando las madres á los hijos á cuestas.

ne es negra y se parece, en cuanto al gusto, á la del carnero, salvo un saborcito á salvagina.

Con todo si es verdad que comí mono entonces sin asco, confieso que poco despues no pude resolverme á lo mismo, al saber los pormenores de la muerte del segundo de esos animales del cual fui convidado á tomar parte; pues me hicieron tanta impresion que hubiera creido cometer un acto de antropofago al probarla.

Habiendo salido dos colonos á cazar en los bosques de Acayucan, penetraron hasta una espesura en donde habian avistado algunos monos, y habiendose designado el que querian echar abajo, le dispararon sus cuatro tiros y recibió el animal las cuatro balas sin caer por esto, pues, cuando la municion no alcanza ni el corazon ni la cabeza, puede todavía escaparse aunque herido de muerte, ó á lo menos conserva bastante fuerza para mantenerse en el árbol por mucho tiempo; con este motivo volvieron los cazadores á cargar sus armas, con cuya sexta descarga lograron obligarle á desagarrar su asidero. En este momento uno de ellos notando en la copa del mismo palo un mono pequeño que en ella se habia refugiado, por no poder seguir á los demas en su fuga, le tiró haciéndole caer á sus piés, y, cogiéndole de una pierna, le arrojó sobre el cuerpo del mono que parecia pri-

vado de animacion; pero hé aquí que el moribundo saliendo de su inmovilidad agarra el monito, lo envuelve en sus desmedidos brazos, dando uno de esos gritos dolorosos capaces de mover á compasion los corazones mas empedernidos; y luego incorporándose con esfuerzo convulsivo, parece buscar el sitio en donde el plomo mortífero lo ha herido y procurar reanimarlo con ligeros sacudimientos; pero, en breve, aniquilado con este último esfuerzo de ternura toda paterna, volvió á caer dándo el último grito, y murió oprimiendo en su pecho á esta tierna y desgraciada prenda de su solicitud.

Acayucan, pueblo principal de la provincia de Goatzacoalco, situado á 15 leguas al oeste de Minatitlan, es una aldea grande de unas cuatro mil almas, cuya poblacion se compone en una mitad de criollos. Y aunque allí sea el calor igual al de las riberas del Goatzacoalco, con todo no se vé uno atormentado de los mosquitos durante la seca; y aun en la estacion de las aguas hay poquísimos, lo que proviene de la situacion de esta aldea en un plano inclinado que aleja la ciénega, y tambien de que la mucha distancia, que media entre las casas, separa tanto mas los bosques circunvecinos del centro mas habitado de la poblacion.

Pero como sea el mal fiel compañero del bien, allí se

padece la incomodidad de las niguas, especie de pulguitas casi imperceptibles que se introducen en las carnes especialmente en los piés en donde depositan sus huevas, cuyo tamaño va creciendo con extraordinaria prontitud. Si no se tiene el mayor cuidado en extraer, al sentir el primer dolor, estas huevas con la cista que los envuelve, en pocos dias se ha extendido bastante la llaga para contener un guisante. Así, figúrese uno la asquerosa incomodidad que debe causar la continua existencia de esos pequeños cánceres, que á menudo son en número de cinco ó seis en cada dedo. Suelen, á veces, todas las llagas no formar mas que una, á pesar de la proligidad que se tiene en buscar los nuevos nidos todos los dias; pues su media es tan rápida que hay ocasiones de descubrir por la noche una gran pinta en un lugar en donde nada se dejaba ver por la mañana.

Cuando estuve ya instalado en Acayucan, dispuse que se desmontase un terreno, á corta distancia de la aldea, para la siembra del maiz; pero á poco me vinieron consejos como llovidos: decianme unos que debia abandonar mis milpas, amenazándome con la avenida; aconsejábanme otros que volviera á las orillas del rio; otros mas cuerdos me demostraron que, una vez que se habia frustrado el objeto de nuestra expedicion, no podian menos

de ser ilusorios todos mis esfuerzos en la agricultura; pues viéndome abandonado á mis propios recursos, sin tener los fondos necesarios para la explotacion en grande de una hacienda, lo mejor que me podia suceder, seria ganar para vivir pobremente y sin esperanzas de adelantar.

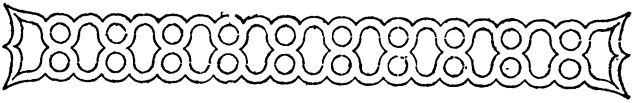
Vacilaban ya el corto número de los hombres que habian permanecido fieles conmigo; éstos eran viñadores de mi aldea, que habian querido correr la misma suerte que yo; pero el cambio de modo de vivir, el recuerdo de sus familias, y tal vez tambien el de sus bodegas borgoñensas, en un pais en donde no tiene uno, para apagar una sed insaciable, mas que agua tibia, los habian hecho cambiar de resolucion; y solo aspiraban á volver á ver la Francia, y esperaban de mi parte esta gracia.

Desde el primer dia del desembarco, yo mismo habia quedado desanimado, y si bien seguí todavía con el intento de colonizar, fué mas bien á consecuencia de esa idea única que me habia arrastrado á Méjico, que de resultas de una voluntad reflexionada; de suerte que despues de haber estado dando vueltas por algun tiempo en ese laberinto de indecisiones, al fin comuniqué á mi gente, para su mayor contento, la salida para Veracruz.

Entónces no traté sino de salir de todo el bagage que

traia, por lo que me diesen, ántes de que las aguas me viniesen á estorbar la marcha. Ya, para evitar perder mi vino y mi aguardiente que estaban embarrilados, y que no podian conservarse así, habia en Minatitlan, trasformado mi tienda en vinatería; en Acayucan me volví mercader; pero poco ladino en la ciencia mercantil, salí pésimamente de mis bastimentos, municiones para la caza, armas, y, finalmente, dí por una miseria á un honrado colono, cambalachador de profesion, cuanto me quedaba de fierro, acero y herramientas de todas clases. Luego que hube tomado la resolucion de renunciar á los proyectos que tanto me habian ocupado, me apresuré á lanzarme entre otra gente, y seguir otro rumbo, por donde, sin embargo, no divisaba todavía ningun camino trillado.

Antes de pasar á hablar de Veracruz, quiero explayarme mas sobre lo del Goatzacoalco y de la colonia: volvamos, pues, allí, á dar un conocimiento exacto del sitio, de la fertilidad del terreno y riqueza de sus frutos, de los mercados á donde puede el colono mandar lo sobrante de sus cosechas, así como de los males inherentes al clima, y en seguida indagaremos la solucion del problema de una colonizacion francesa, bien sea en Méjico ó en cualquiera otro punto.



# CAPITULO II.

**SUMARIO.**

Descripcion del Goatzacoalco y comarcas inmediatas.—Sus frutos variados y preciosos.— Sus salidas.—Los Mijes.—Episodio —Alto Goatzacoalco.— Hermosas selvas.—Mal paso.— Sarrabia.—Monos.—Tigres.—Marranos cimarrones.—Caimanes.—Reseña sobre los medios para colonizar las márgenes de este rio.—Inepcia de los directores de la colonia.— Nuevo Robinson.—Desgracias del señor S.... y de su esposa.

EL Goatzacoalco es un rio bastante hermoso; pero carecen de extension sus obras. Tiene su orígen cerca de Chimalapa, á unas 25 leguas al Oeste de Tehuantepec, y recibe en su seno, desde la concesion hasta la mar, las aguas de los rios Sarrabia, La Puerta, los Mijes, Chachiapan, Huachiapan y Uspanapan. Durante las aguas crece tanto su corriente y corre tan rápida, que desarrai-

ga los bosques, acarreando al Seno árboles disformes, y dejando otros en sus riberas.

La parte del rio que baña la concesion, se conoce bajo el nombre de Mal-paso, que indica bastante que su navegacion es difícil en aquel punto. Y en efecto, ora encajonado en un cauce de peñas, ora derramado por ambos lados en los llanos, corren sus aguas sobre un declive desigual entre peñascos é islotes que hacen las corrientes muy peligrosas. En este parage tiene el barquero que luchar contra la fuerza arrastrante de los remolinos y la irregularidad del cauce, que sucesivamente ofrece corrientes profundas y vados en donde falta el agua para que permanezca boyante una piragua cargada. Tal es el estado de la navegacion en esta parte del rio, que sigue así hasta veinte leguas mas abajo del Sarrabia; pero de allí abajo es fácil su cauce hasta la barra, no solo para las piraguas, sino tambien para embarcaciones mandando algunos piés de agua.

No deja el puerto del Goatzacoalco de ser regular, pues su concha es capaz, y ademas se encuentran á dos leguas á la izquierda, ascendiendo el rio, lagunas profundas y de mucha extension, en donde una multitud de barcos podrian desafiar á los nortes mas deshechos.

Su barra es mejor que la de todos los demas rios del

seno mejicano, pertenecientes á la república, por no ser movediza, y tener una profundidad y latitud, que jamas vienen á obstruir bancos de arena. En una latitud de mas de cien piés, conserva siempre catorce de profundidad, por lo cual es enteramente accesible á los buques de este calado; y si ha sido temida de los capitanes de los buques que traian colonos, es porque la impericia del práctico (1) habia hecho creer que se verificaban mudanzas frecuentes en ella.

Abundan mucho los caimanes en el Goatzacoalco; pero no son muy peligrosos tomando ciertas precauciones; y aunque no tomasen muchas los colonos, no ha llegado á mi noticia que haya sido ninguno de ellos víctima de la ferocidad de estos animales. Es verdad que algunos operarios les han servido de pasto; pero esto fué despues de dicidida su suerte: esto es, se habian ahogado de resultas del estado de embriaguez en que se hallaban, ó sea porque no sabian nadar. Con todo, se bañaban á menudo las gentes en el rio; y estas no en todas partes se hallaban en tropel como en Minatitlan, con la esperanza de poder alejar á los caimanes por la

(1) Por lo mismo que es estable la barra del Goatzacoalco, es muy fácil reconocerla, y no hay un indio de las orillas que no sepa introducir un barco con toda seguridad en el puerto.

algazara. Sin embargo, tarde ó temprano se ve castigado aquel que desafia el peligro.

Despues de cebarse con carne humana, algunos caimanes han llegado á ser el terror de ciertos parages. El dueño de la hacienda de San Nicolas, en el rio de San Andres, me ha contado que, algun tiempo ántes de mi tránsito por aquel punto, un caiman que andaba rondando por los lugares poblados, hacia algunos dias, habia devorado á una niña que estaba lavando á orillas del agua, y cortado en dos á un indio que cruzaba el rio á nado.

La longitud comun de estos cocodrilos es de ocho á diez piés; pero los hay mucho mas grandes, pues se suelen ver algunos de hasta quince y aun veinte piés. Ascendiendo el rio unos colonos de la primera expedicion, dispararon un tiro á uno que tenia la mitad del cuerpo fuera del agua, y acertaron á darle en la frente, haciéndole la bala una herida mortal. En vano se sumió hasta el fondo buscando un refugio; el dolor le obligó á volver á la superficie, en donde el aire fresco le proporcionaba algun alivio; así es que los colonos pudieron seguir cazándolo; entónces lo lazaron y lo llevaron á remolque todo el dia. Por la tarde, al llegar á donde iban encaminados, lo haláron á tierra, y quedaron asombra-

dos al medir con la vista este tremendo anfibio, cuya longitud pasaba de diez y ocho pies.

Nada de muy curioso ofrece la vegetacion desde la barra hasta los Almagres; pero subiendo el rio se la vé en todo su esplendor, y en el Mal-paso es verdaderamente magnífica. Por ambos lados del rio se encuentran selvas vírgenes de árboles agigantados, cuyas ramas no empiezan á salir hasta cincuenta piés del suelo, formando una bóveda de verdura impenetrable á los rayos del sol: su sombra perpétua priva á aquellos terrenos de otra vegetacion, de manera que se podria desahogadamente recorrer en carretela sus vastas guaridas, cuyas profundidades asombrosas no alcanza á penetrar la vista. A veces suelen venir á animar estas soledades ya una manada de marranos cimarrones (1), ya un mono meciéndose asido de la cola, ó un tigre caminando reposadamente y bostezando con aire aburrido.

Esos tigres, llamados tambien jaguares, raras veces atacan al hombre, aunque están dotados de una fuerza asombrosa; pero hacen recaer toda su ferocidad en el ganado de las haciendas; por eso los principales hacendados mantienen continuamente cazando á sus monteros de tigre. En la hacienda de *las Marquesanas*, cerca de

(1) Es el *pecari* llamado vulgarmente *marrano cimarron*.

Tehuantepec, que compró D. Joaquin Guergué, de Oajaca, al duque de Monteleone (1), matan, los monteros, como cincuenta cada año, término medio; y con todo, á pesar de tan abundante cacería, pierden en ella todos los años una cantidad inmensa de vacas, mulas y caballos.

Cuando el tigre acomete unos caballos ó unas mulas, se arroja de un brinco sobre ellos y les rompe de una garfada los lomos, penetrando como en cera blanda su garfa en donde da con ella; y sentado en sus posaderas, despues de haberse devorado la carne de estos animales, rompe sus huesos para comerse el tuétano, y se le ve romper el *femur* del mas corpulento buey sin hacer la menor fuerza aparente.

No andan siempre armados con escopetas los monteros de tigre; suelen salir con su lazo solamente, con el cual ahogan la fiera. Hé aquí como hacen. Luego que descubren la huella del tigre, siguen el rastro con una docena de perritos enseñados á cazar así; no tardan en alcanzarlo, y asustado el animal con la gritería del hombre y los ladridos de la perrada, se acoge á un árbol. Entónces es cuando es fácil cogerlo, pues miéntras está toda su atencion llamada hácia los movimientos de los per-

(1) Descendiente de Cortés por parte de las mugeres, y heredero de sus títulos y de sus estados.

ros y sus voces, el montero le echa el nudo corredizo por medio de una garrocha larga, y habiendo amarrado bien la soga del árbol, le da un piquete en el costado; se arroja el tigre, y queda colgado.

No cabe duda de que la mirada del hombre tiene sobre los animales, aun los mas feroces, un imperio poderoso, una especie de fascinacion. Fué Martin el primero en dar la prueba de este hecho, retozando con sus leones, sus tigres y su hiena; pero lo ha confirmado varias veces, en las inmediaciones del Goatzacoalco, el denuedo de un indio. Hallándose un dia éste cara á cara con un enorme tigre en el bosque, se paró dudando de lo que habia de hacer: se sentó entónces el tigre en sus asentaderas, é inmóviles se estuvieron mirando los dos atletas, hasta que convencido el indio de que no tenia retirada posible, resolvió avanzar con su machete en la mano, y con los ojos fijos en los de su enemigo, para leer en ellos lo que tenia que temer, y procurar intimidarlo; mas, viendo que su adversario se mantenia inmóvil en su lugar, pudo, el indio, meterle su arma en la garganta ántes que intentase ningun movimiento hostil.

Hay otra caza de tigre curiosísima, y es la que hacen los marranos cimarrones, especie de jabalíes muy temibles cuando andan en manadas, si uno de los suyos es

atacado; y si un tigre ha matado ó solo herido á uno, sucede que se ve rodeado y atacado á su vez; en este trance le sirve de refugio el árbol mas inmediato; pero los marranos cimarrones no abandonan ni su venganza ni su presa, pues son tenaces; se quedan al pié del árbol, en donde se va aumentando su número por momentos, pasando allí muchos dias, si es necesario, hasta que el hambre obligue á su prisionero á bajar. Por fin, se arroja el tigre para abrirse paso, y se empeña una pelea muy reñida; pero, aunque cubre de víctimas el campo de batalla, acaban los marranos por agarrarlo y lo despedazan con sus colmillos.

Supe lo que acabo de referir de varios indios del Goatzacoalco que me lo aseguraron; y los indios sin mezcla, que viven léjos de los pueblos, así como los salvages de las orillas del Hudson, no solo no mienten jamas, sino que ignoran totalmente la manía que tienen los Europeos de ampliar los hechos en sus relaciones para hacer mas brillante su pintura.

Existe igualmente un animal perteneciente á la clase de los felinos, bastante comun en las selvas de Méjico, que es el puma, vulgarmente llamado leon sin melena; es menos grande y menos fuerte que el jaguar, del que difiere por el color de su pelo gris leonado sin manchas.

Cuando los primeros colonos subieron á la concesion, encontraron cinco ó seis pueblecitos de indios, á cortas distancias unos de otros en el rio; estos habian sido mandados allí de las varias aldeas de las inmediaciones, en cumplimiento del gran proyecto de colonizacion formado por el gobierno; pero poco á poco fueron abandonando sus nuevas moradas para restituirse á las antiguas, pues no pudieron aguantar por mas tiempo el tormento que les daban los mosquitos.

Sin embargo, los indios de Minatitlan, de Altipa y de otras aldeas, van allí á hacer sus siembras de maiz, de cañas de azucar y de plátanos, y de estas no vuelven á acordarse hasta la cosecha. Tambien van á tumbar los árboles con que hacen sus piraguas grandes, que tienen hasta cincuenta piés de largo, y hachear tablas de cedro que venden á los criollos: labrándolas así, no pueden sacar mas de una tabla de cada palo.

Abundan mucho las maderas finas en las selvas del Goatzacoalco; así es que en derredor de la caoba y de la cedrela odorata se agrupan el guayacan, el quiebra-hacha, los ébanos colorados y negros, los granadillos y los palos de tinte; al lado de estos crecen muchos otros palos de una utilidad mucho mas inmediata, y son: las palmas, cuyas frutas varian segun las clases, los zapotes, los

tamarindos, los palos que destilan las resinas preciosas de liquidámbar y copal, los que dan la goma elástica, el bejuco que da la vainilla, &c. En cuanto á los frutales que se dan en tierra caliente, es innumerable su variedad, y tendré ocasion, en el curso de mi viage, de hablar de los principales.

Pero las plantas, cuyo cultivo sobre todo nos traia á Méjico, eran: el cacao, el café, el algodon, la caña, el añil y el tabaco. La calidad del cacao del Goatzacoalco es igual á la del de Tabasco, estado limítrofe; y sábese que este es superior, no solo al de Guayaquil, sino aun al de Caracas.—El cafeto da granos pequeños que son á lo menos tan buenos como los del de Orizava, que se consume en Méjico.—El algodon se da mas hermoso que en los estados anglo-americanos.—Cuesta poquísimo trabajo el cultivo de la caña de azucar.—El añil que allí se puede cosechar, es de igual calidad que él de Tehuantepec, que es uno de los mas hermosos que se conocen.—Por lo que respecta al tabaco del Goatzacoalco, es él que yo prefiero despues del de la Habana: en punto á calidad, es igual al de Tabasco que tiene fama de ser el primero de la república.

Estos ramos de cultivo que brindan con ganancias considerables y ciertas á los que los explotaren, serán los

que un dia hagan á la provincia del Goatzacoalco la mas floreciente de los estados mejicanos y aun de la América española, cuando sus playas estén pobladas de colonos laboriosos, y cultivadas como las del Misisipi y del Ohio.

El expendio de todos estos frutos es fácil, como que apénas dista Veracruz cincuenta leguas de la boca del Goatzacoalco, á cuyo puerto se va sin peligro, aun costeando en chalupas de cubierta. Allí todos los frutos imaginables siempre encuentran pronta salida, sea para internarlos ó ya para exportarlos; pues se alegran los consignatarios cuando pueden verificar sus remesas en frutos del pais. Nueva-Orleans está á ocho ó diez dias de distancia, de suerte que con una goleta pequeña se pueden hacer todos los viages del golfo. Por otra parte, las aldeas del Goatzacoalco, las comarcas de los Zapotecos y Mijes, las provincias de Tabasco y Chiapas, ofrecen consumidores para todos los renglones de consumo diario, como son: el maiz, el café, el cacao, el azucar, el aguardiente y el ganado de carnicería.

La comarca Zapoteca comprende toda la costa del mar pacífico, desde la provincia de Soconusco, que es limítrofe de Guatemala, hasta treinta leguas mas allá de Oajaca. La lengua que en ella hablan es totalmente distinta del Mejicano.

Los indios Mijes habitan un pais montuoso al norte de Tehuantepec, y hablan tambien una lengua diferente. Siendo menos civilizados que los indios de las comarcas inmediatas, tienen poco roce con ellos, y conservan aun los usos de su antiguo culto.

Sale el rio Sarrabia de la cordillera de los montes Mijes, y atraviesa el hermoso llano de Boca del Monte, lugarcito fundado á nueve leguas del rio Goatzacoalco por D. Tadeo Ortiz, antiguo gefe de la colonizacion. Algunos colonos hicieron esfuerzos inútiles para mantenerse en esta aldea; pero fueron ahuyentados primero por aquella multitud de bichos, que hacen tan penosa para los Europeos su estancia en medio de los desiertos del Nuevo Mundo, y luego por la idea del aislamiento impotente en que se hallaban.

Está, Boca del Monte, en el tránsito del Mal-paso á Guichicovi y Tehuantepec: el camino no es otra cosa sino una vereda en medio de los bosques, bastante capaz para dar paso á una mula cargada. Al cabo de seis leguas de subida y bajada llega uno á Guichicovi, lugarejo que es la capital del pais de los Mijes, y cuya poblacion es de unas mil almas.

Indica cuanto se ve aquí que esta pequeña nacion no está mas que acampada en estos terrenos, cuya posesion

no ha habido quien se la dispute. Hé aquí lo que refiere sobre su orígen un colono que estuvo mas de un año entre ellos, en cuyo tiempo aprendió bastante su idioma para poder enterarse de sus tradiciones.

Despues de verificada la conquista del Perú por Pizarro y los suyos, la mayor parte de las pequeñas naciones que poblaban los valles de los Andes, se huyeron para sustraerse á los males de todas clases con que les oprimian los vencedores, y se retiraron á las serranias dejando por medio los desiertos entre los Españoles y sus guaridas; así es que no bastando para los trabajos los Peruanos que se habian quedado, se inventaron las cacerías con galgos para traer á los fugitivos bajo la vara de hierro de sus opresores; en este trance fué cuando algunas familias, que tomaron el nombre de Mijes, resolvieron escapar á toda costa de su tiranía sanguinaria, y, siguiendo por el pié de la cordillera, llegaron á orillas del Sarrabia, despues de haber andado varias lunas.

"Creyéndose en este sitio, dice el colono en su intere-
"sante noticia, al abrigo de las persecuciones de sus ene-
"migos, deliberaron sobre qué lugar seria él que aclama-
"rian con el dulce nombre de pátria, sugetando, sus mas
"ancianos, el terreno que pisaban á la prueba del fuego.
"A este efecto se enterró en un hoyo, cavado al intento,

"un tizon, que al otro dia se encontró apagado, por cu-
"yas señas conocieron que la voluntad del sol era que
"sus hijos siguiesen su viage; y salieron al punto cuatro
"emisarios en solicitud de otro lugar mas conveniente. Al
"cabo de haber andado algunas horas, rendidos é hipan-
"do de puro cansados, se sentaron á la sombra de un
"enorme *coapinole* (1), cuyas crecidas ramas cubiertas de
"frondosa hojarasca, los guarecian á todas horas del dia
"de los rayos abrasados del sol. Lo hermoso de los sitios
"que circundaban este lugar, y los elevados cerros que
"lo ocultan á la vista, determinaron la eleccion de los
"encargados; de consiguiente se repitió la ceremonia re-
"ligiosa del tizon, y habiéndose conservado hasta el dia
"siguiente el fuego sagrado, fué decidido á unanimidad
"que aquel sitio pondria coto á su peregrinacion, siendo
"la nueva pátria que el sol destinaba á sus adoradores.

"Huitzi-cow (2) (*pueblo nuevo*) es el nombre que has-
"ta la fecha le han conservado los desterrados de los An-
"des; y el *coapinole* es todavía entre ellos objeto de gran
"veneracion, y de un culto religioso del que nada es bas-
"tante para hacérselo abandonar. Ya no tiene aquí el sol,
"como solia antiguamente en Quito, su templo resplan-

(1) *Hymenæa Courbaril.*

(2) Los Españoles pronuncian Guichicovi.

"deciente de oro, sus vírgenes, sus solemnidades; todo ha "sido castigado con el mismo cetro de hierro que derribó "el templo de Jerusalen, yermando así una ciudad popu- "losísima. Triunfante se ha erguido por do quiera la cruz; "empero le queda que atraerse muchos corazones entre "estos indios, pues de generacion en generacion se ha "mantenido intacta la fé de sus mayores; tal vez los tor- "mentos habrán logrado obligar á algunos á recurrir á la "hipocresía; pero en la oscuridad se reunen en lo mas "profundo de las cuevas, y allí se dedican con plena li- "bertad á los ritos de su culto nacional; y ¡desdichado del "ministro del evangelio que manifiesta demasiado celo "por convertirlos! Pues habiéndose abalanzado á levan- "tar la segur contra el palo sagrado, el *coapinole*, uno "de aquellos cuya mala estrella habia traido á Guichico- "vi, su primer golpe resonó tanto en el alma de los in- "dios, que dió, la muchedumbre armada, un grito contra "el sacrilegio, arrojándose enfurecida sobre el impruden- "te profanador; lo desarmaron y echaron del pueblo so "pena de la vida, si alguna vez volviese á poner los piés "en él. Con el tiempo y despues de repetidos sahume- "rios, de fervorosas oraciones y de penitencias generales, "se fué olvidando el ultraje, del cual iba á ser víctima "el árbol, y se restableció la paz. Luego á fuerza de su-

"plicaciones consiguió el cura le perdonasen, y volvió "á su curato, pero bajo la condicion expresa de no rein- "cidir en la misma culpa. "Celebra tu misa, díjole el "orador mije, sin curarte de si nosotros concurrimos; "bautiza á los niños; entierra á los muertos; guarda to- "das las ceremonias de tu religion; pero ten cuidado de "no molestarnos en el ejercicio de nuestras costumbres "antiguas."

Aunque ménos tercos que los moradores de Guichicovi, todos los indios, que han pasado bajo el yugo español, solo han adoptado de su nueva religion las prácticas del culto exterior; pero, en cuanto al culto moral, lo han confundido con él de sus antiguas divinidades; así es que ellos dirigen á la imágen de un santo las oraciones que ántes hubieran dirigido á sus penates, asimilando la pasion de Cristo á las apoteósis sanguinarias de víctimas humanas, y la adoracion de la vírgen de Guadalupe ó de los Remedios al culto de *Centeotl* y de (1) *Omecihuatl.* Y se puede decir que en ellos ni aun cabe hipocresia, cuando se dedican á las prácticas del catolicismo, porque apénas han cambiado de religion; lo único que han hecho ha sido añadir á sus antiguas supersticiones las del cristianismo de los tiempos de barbarie.

(1) Diosas principales de la Mitología azteca.

Acabo de ofrecer, bajo su aspecto mas favorable, el terreno que se habia elegido por una colonia francesa; y ya, en el capítulo que antecede, se han palpado una parte de las incomodidades y de los males que dimanan de su seno. Se ha visto que el vómito no reina allí; pero que la vuelta de las aguas ocasiona fiebres periódicas; que los mosquitos crucifican sin cesar á los que viven á orillas del rio; y aun cuando estuviesen cultivadas estas, siempre los habria en la estacion de las aguas. Esta plaga, bajo diferentes nombres y diversas formas, dia y noche atormenta á uno: el *zancudo* desaparece al levantarse el sol, ménos en el bosque, para volver á su ocaso en torbellinos, que se parecen á la neblina; de dia, el *rodador* es él que acosa á uno, y es tanto mas difícil guardarse de él, cuanto es muy pequeño. Se ha notado que en sus dominios habian degenerado las razas indias, probablemente con motivo del empobrecimiento de la sangre, irritada de contínuo por lo ponzoñoso de sus piquetes. Sigue el *chaquiste*, él que, dotado de malignidad en razon inversa de su tamaño casi imperceptible, se introduce en los poros produciendo, con su piquete, un dolor igual al que se experimentaria de un alfiler enrojado aplicándolo en la cútis. Otro insecto, felizmente ménos comun que los mosquitos, añade el asco al dolor de la llaga que pro-

duce; este es un moscon que se pega á la cútis, principalmente en la cabeza; deposita en ella una hueva pequeña, que nace muy pronto, y el gusanillo que sale va royendo la piel y la carne así que va desarrollándose. Se llama *moyoquil*, y lo hay del tamaño de la yema del meñique: con una hoja de tabaco verde colocada en su guarida, es como se le obliga á salir.

En pos de los referidos insectos vienen multitud de otros, pero sin alas, cuales son: la *talaja*, especie de chinche de color ceniciento, cuyo piquete deja por mas de un mes despues una roncha alcoholada; las *garrapatas*, que se pegan á centenares al que anda por el monte ó por las savanas; estos insectos meten la cabeza en la cútis, y allí se ceban en sangre todo el tiempo que se los consiente; las *niguas*, que ya conocemos; los *alacranes*, cuyo número es crecidísimo en todas las casas; la *tarántula*, &c. &c; y, en fin, las *culebras*, cuyas variedades son numerosísimas, y mas ó ménos dañosas segun su clase, pero con todo de una vecindad mucho mas soportable que la de todos los bichos que acabo de enumerar, sucediendo muy raras veces que muerdan á uno.

Todas esas plagas que rodean al morador de la tierra caliente en Méjico, deben meditarse detenidamente

por el Europeo que se resuelve á venir á colonizar, porque no basta el deseo de arrostrarlas, sino que tambien es preciso sentirse con fuerzas para verificarlo. En el número de los que vinieron con las expediciones, hubo muchos incapaces de llevar al cabo una empresa de la naturaleza de esta; así es que entre ellos habia literatos que no habian visto la naturaleza sino en pinturas poéticas, petimetres que no tardaron en echar ménos á *Vefour* (1), y aun se encontraban ancianos gotosos, que se figuraban, en sus ensueños extravagantes, que al llegar iban á cautivar la fortuna y apalear los doblones.

Y por esto se ha querido atribuir los desastres de la colonia á la ineptitud general de los colonos; pero en esto se ha errado; pues ha sucedido con las expediciones del Goatzacoalco lo que siempre ha de acontecer con las de la misma especie, esto es, que gente que no discurrian ó que discurrian mal, se mezclasen con otras que obraban con mas cordura; pero la mayor parte de los colonos se componia de hombres tan idóneos como cualquier otro francés para lo que venian á emprender; y si tuvieron que renunciar á ello, fué porque la incuria y las mentiras de los directores de la colonia habian materialmente imposibilitado la ejecucion de sus proyectos.

(1) Nombre de un célebre fondero de Paris.

Sí, en su mayor parte los colonos (1) eran tan idóneos como cualesquiera otros Francéses para lo que venian á emprender: sin embargo estoy muy léjos de pensar por eso que fuesen *enteramente idóneos* para una empresa en que es preciso sacrificar el porvenir; no creo que se encuentren Franceses que consientan fácilmente en condenarse á un extrañamiento perpétuo, pues siempre salen con la segunda intencion de volver pronto á gozar en su tierra los frutos de un corto destierro. Pero desengañémonos; él que sale á colonizar debe renunciar para siempre á su pais, pues aun cuando poseyese algun dia una fortuna, no seria sino cuando tras de 25 ó 30 años de trabajo, sus nuevas costumbres y la influencia de un nuevo clima lo hubiesen esclavizado al suelo extraño.

Mas los Franceses, que salen á colonizar, suelen embarcarse con ideas muy distintas; los mas discretos se figuran que en el trascurso de diez años, cuando mas, habrán logrado el objeto de su ambicion; y cuando al cabo de tres ó cuatro años de afanes no alcanzan á ver todavía una mejora notable en su suerte, ni adelantos hácia aquel bienestar tan deseado, se desaniman; aca-

(1) En general indico con el nombre de colonos los gefes de las expediciones.

ban por abandonar el cultivo de la tierra, y vuelven á su pátria, léjos de la cual no han podido vivir por mas tiempo, ó tal vez pasan á alguna ciudad populosa, para buscar en el comercio medios mas prontos, aunque tambien mas inciertos, de conseguir aquello que la agricultura no prometia sino á sus hijos ó, cuando mas, á sus canas.

Por lo mismo ¡cuántas tentativas de colonizacion son las que hemos visto malograrse hasta ahora! Solo han podido prosperar las colonias protegidas por el gobierno, porque en estas, poderosos capitalistas, animados por la certidumbre de un apoyo positivo, queriendo aprovechar las ventajas concedidas á los colonos, impulsaban á estas clases de establecimientos con un primer movimiento, que la introduccion de los negros no tardaba en acelèrar.

Pero en estas pequeñas colonizaciones privadas, en que los gefes de las expediciones no disponen sino de capitales inadecuados, acaba siempre la escasez por diseminar á los colonos; ó, si los principales directores han obrado, con bastante tino y mesura para proporcionar, á todos, los recursos mas indispensables, podrá subsistir la colonia; pero siempre serán humildes sus principios, tanto que muchos de sus agricultores improvisados no tendrán la suficiente constancia para sobrellevarlos.

Fuera de esto, son poquísimos los directores de colonias, cuyas combinaciones han sido hechas con discrecion, y que han usado en sus operaciones de todo el discernimiento y mesura que requeria el caso (1); muy al contrario no parece sino que han sido animados todos por un don de desacierto, que los privaba aun de la luz natural mas comun. Segun decian ellos, unos hombres tomados á la ventura, con bastimentos para seis meses, bastaban para hacer un campamento estable en las selvas del nuevo mundo; y, sin embargo, siempre ha sido tanta su ligereza que aun los bastimentos han faltado al cabo de pocas semanas de haber tomado tierra sus colonos. Pero les ha quedado un *consuelo*, esto es, la certeza de que ni la misma abundancia de víveres, durante muchos meses, hubiera sido parte á prevenir el desórden y la desercion en sus establecimientos nacientes.

Pues no son los mecánicos tomados á la ventura en las ciudades los que se deben mandar á colonizar, sino solo los labradores, hombres robustos, acostumbrados á

(1) Aquí no es mi intencion indicar á los Sres. Laisné de Villeveque y Giordan, por hallarse estos señores en situacion excepcional; pues han manifestado que solo eran directores de su colonia, para recibir el dinero de los colonos, pero de ningun modo para ocuparse de las expediciones que mandaban allá.

manejar la hacha y el azadon. En efecto, ¿qué es lo que se puede esperar de un zapatero con su cara de acelga amarga, ó de un tegedor débil, cuando se trata de abrir terrenos ásperos, de zanjar canales ó de desmontar selvas vírgenes? Tampoco son los carpinteros, herreros, carreteros de prieto &c. &c., con los que se debe recargar el número de los operarios, porque esta clase de hombres no tardarán mucho en sacrificar unas esperanzas inciertas á las ventajas del momento, que se les ofrecerán en las ciudades inmediatas; y, aun cuando bastasen á contenerlos las vias coactivas, no alcanzarian á hacerlos trabajar con ardor; de suerte que su presencia seria mas bien perjudicial que ventajosa, y uno se veria obligado á deshacerse de ellos. Sin embargo, como esta clase de artesanos son de una utilidad indispensable en una colonia, se deben escriturar á algunos, pero dándoles un sueldo que pueda hacerlos resistir al sonsacamiento.

Los europeos mas aptos para colonizar son los labradores irlandeses, alemanes, suizos y alsacianos: estos últimos, bien que Franceses, tienen ménos apego á su tierra que los labradores de las demas provincias de Francia: corta todas las relaciones exteriores, aislándolos en sus pueblos, su ignorancia de la lengua francesa, de mane-

ra que muchos de ellos no miran la pátria sino en su cabaña; y cuando van á vivir á otra tierra lejana, con tal que pasen á ella con todas sus familias, son pocos los sentimientos que los acompañan, y cortos los deseos de volver á ver el lugar en donde nacieron.

Pero ántes de despachar masas de estos colonos operarios ¡cuántas precauciones deben tomar los directores de colonias! ¡cuántas dificultades tienen que vencer! ¡Qué de dinero deben sacrificar! No basta elegir un punto que el Diccionario geográfico asegura que es fértil, y cuyo clima es templado; es preciso tambien mandar á algunos exploradores interesados á reconocerlo, pasando en él bastante tiempo para cerciorarse de la verdad, para aprender el idioma, los usos agrícolas del pais, y conocer todos los ramos de comercio. Es preciso que el punto señalado se halle en las inmediaciones de poblaciones antiguas, y, sobre todo, de las en donde se pueda convertir en efectivo los frutos de la colonia, en fin, que se haya grangeado de antemano el apoyo de los estados á que pertenece.

Suponiendo que todo se muestre favorable al proyecto de colonizacion, conviene que los mismos exploradores alquilen unos 150 ó 200 indígenas, bajo las condiciones que ellos acostumbran, para, con ellos, ocuparse en

el desmonte de los terrenos y en su saneamiento, y, en seguida, en fabricar casas, y sembrar las primeras semillas. Si solo con dificultad permite la indolencia de los indígenas él que se consigan jornales de los peones, se podrá impetrar la proteccion del gobierno, para que dé órden á las justicias de los pueblos inmediatos, á fin de que cada semana suministren cierto número de operarios, lo que fácilmente se consigue cuando no falta el dinero.

Si, respecto á la colonia del Goatzacoalco, hubiese obrado así el Sr. Laisné de Villeveque ó una compañía de accionistas; si en las orillas del rio, cerca de los pueblos mejicanos, un número igual de indios se hubiesen dedicado, durante diez y ocho meses ó dos años, á tumbar los palos y á extraer sus raices, á fabricar casas, á escavar troncos para hacer piraguas, á preparar cañaverales y maizales, lo que hubiera indemnizado en algo los primeros gastos, y á sembrar plátanos y frutales; si se hubiesen fabricado trapiches (1) é importado pailas y algunos alambiques, que, pagando ciertos derechos, hubiesen servido á los colonos para el beneficio de sus frutos, hasta tanto que se viesen en el caso de hacerse de estos útiles, cuyo precio es bastante subido; si, en seguida, so-

(1) Hay trapiches de mucho valor; pero para los pequeños plantíos se suelen hacer con cilindros de madera, que salen muy baratos.

lares de un valor poco mas ó ménos igual, se hubiesen dividido perpendicularmente al rio con una profundidad determinada hácia el monte, y que solo entónces se hubiesen arrojado al público los prospectos de la colonia, y vendido cada solar á precios que, bien que equitativos para los gefes de colonizacion, hubieran cubierto desde luego los desembolsos de los Directores, al paso que se hubieran adquirido haciendas magníficas, se habria visto al Goatzacoalco poblarse como por ensalmo y medrar la colonia así en riqueza como en extension. Es verdad que siempre las incomodidades naturales de aquel suelo hubieran expulsado á algunos colonos; pero hubieran permanecido las tres quintas partes: las márgenes del Goatzacoalco serian francesas (1), y enriqueciéndose los Directores habrian sido bendecidos. Hubiera bastado un millon de francos para hacer prosperar en frente del Misisipi esta segunda Luisiana, mas hermosa y mas rica que la antigua.

En lugar de haber alcanzado un éxito tan próspero, los directores han perdido, me parece, lo poco que tenian, haciéndose acreedores á la reprobacion general; las márgenes del Goatzacoalco han quedado yermas; algunos colonos de las últimas expediciones, que faltos de recursos

(1) Como las del Misisipi.

se vieron detenidos en ellas, perecieron míseramente, y otros se dieron la muerte, poniendo así fin á tantos males.

Uno solo, de edad avanzada ya, pasagero á bordo de nuestro buque, reside, tal vez todavía (1), á orillas del Sarrabia, en medio del monte, en donde vive como un verdadero salvage. Este colono conocido por el nombre de Mr. Charles, que pertenece á una familia muy decente, y tiene un hermano oficial superior en un cuerpo facultativo, dió á conocer, á muy pocos dias de navegacion, que adolecia de hipocondría, pues, aunque conversaba con juicio, se echaba de ver que sus ideas carecian de estabilidad y fijeza. Ahora aislado en una cabaña á pocos pasos del rio, va con el dia de lo que logra cazar. El faisan y el marrano cimarron, que guisa con manteca de mono, suelen á veces proporcionarle abundantes y aun delicadas comidas; pero hay ocasiones en que, á falta de tan preciosa caza, se ha alimentado con carne de tigre, la que, dice él, carga el estómago como un peso de cien libras. Tambien cria con esmero algunas gallinas, que los culebrones y gatos monteses no dejan de disputarle, y come sus huevos cuando escasea la caza.

Su mayor contentamiento consiste en ver las paredes

(1) Allí permanecia todavía en el año de 1838; ignoro su suerte desde entónces.

Imprenta litog. de Cumplido.

Un nuevo Robinson.

de su choza entapizadas de largos racimos de plátanos, que cosecha en un huertecito inmediato; se complace en contar sus frutas, cuando á su vuelta se tiende en su petate, y luego en breve se duerme, y disfruta de un sueño apacible, fiel compañero del pobre laborioso.

Siempre se detienen y pasan la noche en su cabaña, los Franceses de Tehuantepec y de Huichitan, que van por el Goatzacoalco á Veracruz por géneros, y le regalan con abundantes libaciones de vino ó de aguardiente; tambien le dan *totopostl* (1) y municiones para la caza, donativos que recibe con indecible contento, y como si fuera una próroga á la pena capital. Así es que recibe con agasajo á los viageros, ofreciendo á su disposicion su petate y su almohada, hecha con el tronco de un árbol ahuecado de modo que encaja la cabeza, para que pueda descansar con ménos dureza. Este nuevo Robinson, cuyas barbas le caen hasta el pecho, tiene por calzado el pellejo de un caiman, cosido con hilo de pita (2); sus

(1) Tortilla seca.

(2) Especie de aloe que se da con mucha abundancia en los bosques del Goatzacoalco; se extrae de sus hojas una estopa con que se hacen sogas; pero cuando la peinan y preparan con esmero, se saca un hilo que sirve para labores delicadas. Las mugeres de Oajaca hacen con él cigarreras que valen hasta 16 pesos.

vestidos están hechos de estera de junco, y su gorro de piel de tigre.

Un dia lo encontró un amigo mio muy empachado, porque, ignorando el español, no podia comprender lo que querian con él dos indios del lugarcito de Boca del Monte, que venian de parte del alcalde á intimarle, como perteneciendo al gremio de los fieles, él que cumpliese con la faena, que le tocaba en el campo santo, que estaban componiendo. La contestacion que dió fué la mas original que se pueda discurrir; dijo, con una gravedad capaz de hacer reventar de risa, que le parecia muy extraño que viniesen á pedirle contribuyese á las obras de un campo santo del cual no hacia uso.

El desgraciado, abandonado así, sin auxilio, ha estado ya varias veces á pique de *hacer uso de él* á pesar suyo; pues una ocasion padeció una inflamacion del pecho, de la cual escapó por uno de esos milagros en que abunda la naturaleza; pero de resultas quedó seis semanas postrado en su petate, presa de las angustias, que le causaban sus necesidades de todas clases, manteniéndose, todo aquel tiempo, solo con tortillas secas, y un poco de agua que le traian los indios de muy tarde en tarde. Por dicha, cuando se ha restablecido de sus males, ya no se ocupa del porvenir, y á lo ménos no paladea

los sorbos del cáliz de amarguras, que todavía le queda que apurar, si persiste en acabar la vida en medio de los bosques, cual S. Pablo en los desiertos de la Tebaida.

He referido ya que, de algunos meses á esta parte, las enfermedades habian empezado á atacarnos, hiriéndonos la muerte de cuando en cuando, como para prepararnos á los furiosos golpes que debia descargar, cuando hubiese dado la señal el solsticio de verano. Pero no se hizo esperar el fúnebre Junio, llegando en breve con su séquito de tempestades, truenos ensordecientes y aguaceros diluvianos, que derramaban á raudales los males en los recien llegados. Empezaron á repetirse las escenas dolorosas de que habia sido teatro ántes la Fábrica, con mas particularidad, en tales términos que cada dia arrastraba consigo luto y desgracias. A pesar de la repugnancia que me causa el volver á presentar á la vista del lector retablos de duelos, hay padecimientos, cuyo horror es de una clase particular, que debo tanto ménos callar cuanto que eran pasageros del *Petit-Eugene* los que fueron sus principales actores.

El Sr. S.... con su esposa, en dias de parir, habia idc solo y sin operarios á establecerse en la barra del Goatzacoalco en frente de los ranchos de pescadores: su rareza intempestiva fué parte á hacerle elegir el sitio mas

malsano y ménos fértil en las márgenes del rio. En este punto, ocupó á los indios en la construccion de su casita; pero, aburridos estos de sus exigencias extravagantes, que hacia mas incomprensibles la diferencia de sus lenguas, abandonaron la obra ántes de estar techada la cabaña. Ya habíales acometido á los dos una fiebre violenta, cuando llegó á su término la preñez de la Señora S....: consumida, así como su marido, en el delirio de la fiebre, carecia la parida de la asistencia de primera necesidad, haciendo mas insoportables los tormentos de su posicion la falta de abrigo en que se hallaba. Ademas, viéndose privada del alimento natural del recien nacido, en vano se esforzaba en mascar pedacitos de galleta, por ver si con esto criaba leche; pero el infeliz niño no mamaba mas que una sangre encendida, que en breve lo puso como un esqueleto; y ya no le quedaban sino pocos dias de existencia á esa desgraciada criatura, cuando una mañana echaron de ver que unas gruesas hormigas (1) rojas, que habian penetrado en su cuna durante la noche, lo habian devorado vivo....

Sin embargo, los indios de la banda opuesta, habiendo notado el desaparecimiento de los huéspedes de la ca-

(1) Por toda la tierra caliente abundan las hormigas, y son una verdadera plaga. Estas gruesas rojas se llaman *arrieras*.

sita no acabada, botaron al agua una piragua, cruzaron el rio, y, penetrando hasta el jergon arrojado en unas cajas de alturas desiguales, en donde yacian el Sr. y la Sra. S...., fueron testigos de un espectáculo tan lastimoso que resolvieron trasportarlos al instante á Minatitlan, en donde podrian recibir, de parte de sus paisanos, la asistencia que su situacion reclamaba.

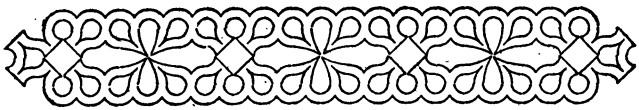
Se colocaron inmediatamente los baules y las cajas en la piragua; se acostaron á los dos enfermos uno á los piés del otro; é, impelida la débil embarcacion del remo del boga, alejóse rápidamente de aquel lugar desventurado.

Ya habian andado mas de la mitad del camino, que los separaba de Minatitlan, cuando una malvada rama, que desapercibida se extendia á flor del agua, hizo volcar la piragua, sumergiendo hasta lo mas hondo del rio á los dos infelices agonizantes. Aunque seguros de no encontrar mas que dos cadáveres, se pusieron los indios á buscarlos; pero con grande asombro vieron volver á la vida este matrimonio desgraciado al cabo de pocos minutos, y parecia aun haber cobrado nueva energia con haber bebido el agua salada, que subia con la marea. En cuanto á la ropa y el poco dinero encerrados en los baules, todo se perdió; los indios declararon, despues de algunas

rebuscas finjidas, que nada podian encontrar. Llegaron por fin á la Fábrica el Sr. y la Sra. S... sin mas ropa que la puesta, ni otros recursos que los que la Providencia, en sus vias secretas, les podia reservar. Allí, los destinaron á una casita desocupada, en donde los echaron á los dos en un monton de yerba seca, en la cual á pocos dias dió la muger el último aliento; pero el marido, cuya alma adheria con mas fuerza al cuerpo, salió vencedor de esta lucha con la muerte, y todavía vive en una ciudad de la república, en donde goza de un buen pasar proporcionado por su laboriosidad y economia.

Habia llegado de Marsella el barco *Requin* seis semanas despues de mi salida de la Fábrica, y traia ciento cincuenta colonos, muchos de los cuales no tardaron en dispersarse como nosotros habiamos hecho; sin embargo quedaron en el rio un gran número de ellos, que vieron descargarse sobre sí calamidades tal vez inauditas hasta entónces.

Mas, corramos un velo sobre estas desgracias, que ademas han sido proclamadas por los periódicos y por varias memorias, y alejémonos de un sitio tan fatal.



# CAPITULO III.

---

**SUMARIO.**

Marcha á Veracruz.—El Paso S. Juan.—Viage por el rio.—El totopostl.—Venados.—El pato.—Caimanes.—Mosquitos.—Jacales abandonados.—El rio S. Andrés.—Hacienda de S. Nicolas.—Fandango.—El rio Alvarado.—Su antiguo nombre.—Tlacotalpan.—Pequeña Venecia.—Sus vecinos hospitaleros.—Las jóvenes de aquel lugar.—Piraguas.—Justas.—Comida en casa de ricos criollos.—Pormenores sobre el servicio.—El cigarrito.—El chocolate.—La balandra.—Su cargamento estrambótico.—Márgenes del rio Alvarado.—Alvarado.—Sus inhospitables vecinos.—Un norte.—Los tamales.—Los Méganos.—Tiburones.—La isla de sacrificios.—Vista de Veracruz y Pesadilla.

Son dos los caminos que de Acayucan van á Veracruz, uno por tierra y otro por los rios de S. Juan, de Alvarado y la mar: preferí hacer mi viage por agua por parecerme mas pintoresco así; y, á últimos de Junio, despaché á mi gente con mi bagage para el paso San

Juan, lugarcito situado á ocho leguas de Acayucan en el rio del mismo nombre.

Siguiendo mi camino, despaché mis cazadores hácia una savana, que me pareció abundante de caza, á ver si se conseguia, para la comida, otra cosa mejor que el *tasajo*, que llevábamos de repuesto: á penas estuviéron ausentes media hora, y pudieron alcanzarnos al tiempo que llegábamos al lugar del Paso San Juan, trayendo en su cacerina un hermoso loro blanco, con la cabeza y la cola amarillas, y dos tiernas *chachalacas* (1). Los cazadores se pusieron en disposicion de pelar su caza; la demas gente encendió lumbre en el alto, que domina el embarcadero, ocupándose cada cual útilmente en los preparativos del festin.

Interinamente salí yo en solicitud de una embarcacion; y, hallándose una gran piragua sin carga, la conseguí en 30 pesos, con dos indios para conducirnos hasta Tlacotalpan en el rio de Alvarado; y, acto contínuo, puse mi bagage á bordo, y mi gente fué á dormir con él. Al otro dia, miéntras arrollaba la aurora con su presencia las nubes de mosquitos, el palanquero (2) desatracó,

(1) Especie de gallina silvestre.

(2) Nombre que se da al barquero que por medio de una palanca dirige la embarcacion y la impele.

dejándose ir agua abajo con la corriente principal, en medio de la cual se contentó con [illegible].

Baja el rio S. Juan de la cordillera de los montes Mijes, y va á desembocar en el rio de Alvarado en frente de Tlacotalpan, despues de haberse junado con el rio S. Andrés: es navegable en todos tiempos desde el Paso. Las selvas, que crecen hasta las márgenes escarpadas de su cauce terroso, arrojan, en ambas orillas, festones verdes y bejucos enroscados, entre los cuales asoman á cada rato iguanas rabilargas ó tortugas deformes, que aleccionadas á huir la presencia del hombre, presurosas se sustraen de su destreza mortífera.

Cuando sucede que una de las márgenes se aplasta, luego se cubre de caimanes de todas edades y de todos tamaños, los que, por su forma y su inmovilidad, se parecen de léjos á otros tantos troncos de árboles, arrojados en la playa; así es que por mas acostumbrados que estuviésemos á verlos de este modo, no nos valía; pues por evitar una equivocacion, incurriamos en otra, dando el ser á los árboles desarraigados, al paso que lo negábamos á los caimanes; y, á menudo, á distancia de solo cincuenta pasos, persistiamos, erre que erre, en nuestra primera idea, tan idéntica es la semejanza entre uno y otro.

A veces espantaba el número de esos animales, de los

cuales contamos hasta cuarenta, tomando el sol en un espacio de cien pasos. Cuando pasaba delante de ellos la piragua, en que íbamos embarcados los colonos desertores, los veiamos restituyéndose al agua uno tras de otro; y, al pensar que estábamos rodeados de aquellos terribles brutos, un ligero calofrio nos recorria toda la periferie del cuerpo. Los habia que tenian á ménos huirse, y se quedaban mirándonos con ojo inmóvil y fascinador, cual él de la serpiente.

Las márgenes del rio San Juan no son mucho mas pobladas que las del Goatzacoalco, pues solo fué el segundo dia de nuestra navegacion cuando echamos de ver algunos ranchos compuestos de dos ó tres jacales; en derredor de estas habitaciones agrestes, están grupados cocoteros con sus anchurosas palmas, y papayos, cuya hoja recortada cubre las frutas doradas que cuelgan formando coronas en el nacimiento de las ramas.

Notamos tambien varias casas abandonadas, sin duda desde principios del agua. Viviendo los dueños de estas sencillas habitaciones, con corta diferencia, como los sectarios de Diógenes, no tienen que variar sus costumbres, ni tampoco echan ménos ninguna conveniencia, cuando se separan de ella: pasan á vivir á unas vastas savanas, llevándose sus ganados; y, allí, debajo de un

tinglado, levantado con tanta prisa que á duras penas les proporciona un abrigo, y con una hamaca de pita, que meciéndolos los adormece, ignoran que sea dable pasarlo mejor; y permanecerian eternamente en el lugar, en donde la casualidad los ha colocado, si á menudo otras consideraciones no vinieran á compelerlos á levantar el campo. Y como solo consiste el valor de su rancho en el número de sus ganados, se alejan siempre que así lo requiere el interes de sus dulas, volviendo en tiempo de seca á orillas del rio, cuando se han retirado las aguas, y ha abonado los pastos el légamo de las inundaciones.

Nos vimos muy apurados en medio de estas soledades, por no haber traido del Paso mas repuesto que él del almuerzo, por manera que ántes de concluir el primer dia, tuvimos que recurrir al *totopostl* de los bogas, para saciar el hambre, que excitaban mas todavía los aires frescos del rio. Al otro dia, nos señalaron los indios una playa arenosa, en donde se da con abundancia una especie de retama, de cuya flor siendo muy amigos los venados vienen en manadas á ramonearla en esta temporada. Echamos pié en tierra, y efectivamente descubrimos una multitud de ellos que se cruzaban en todas direcciones, huyéndose cuando nos queriamos aproximar; sin

embargo, matamos uno, que inmediatamente fué descuartizado. Pusimos en parrillas los lomillos, y á cocer en agua los perniles sin mas sazon, lo que no quitó que los hallásemos sabrosísimos.

En la mañana de aquel mismo dia, poco faltó para que fuese víctima de la voracidad de un caiman uno de mi gente. Este habia acertado á matar un ánade, que fué á caer en el rio á unos seis pasos de la orilla: dirigióse la piragua hácia el márgen, y saltó el hombre al agua en busca de su caza, pero al tiempo que alargaba la mano para cogerla, una enorme boca, guarnecida de largos y aguzados dientes, se abrió delante de él, engulló el ánade, y desapareció. Nunca tuvo, ni tendrá probablemente, tanto miedo el pobre; quedó pálido como la muerte, permaneciendo algun rato como tocado de catalépsia. No obstante se va uno familiarizando con el peligro, especialmente con él que está oculto, hasta el punto de hacer juguete de él. Por cierto que ninguno de nosotros ignoraba lo útil de las precauciones, que se deben tomar para precaverse contra el ataque de aquellos animales; pues, con todo, para calmar, durante el calor del dia, la comezon insoportable causada por las picadas de los mosquitos, dejábamos colgar en el agua toda la pierna horas enteras, miéntras se deslizaba la piragua sobre

su superficie (1). Nos favoreció la casualidad por entónces; pero dudo que se me antoje otra vez hacer igual prueba.

Horrorosas fueron de veras las noches que pasamos durante aquel viage. Desde las dos ó las tres de la tarde empezaba de ordinario la turbonada á tronar encima de nuestras cabezas; y caia el agua por torrentes hasta el dia siguiente por la mañana. Apénas nos abrigaban algunos cueros de buey no curtidos, muy mal ajustados para que pudiesen librarnos de estar empapados, agregándose á esto el olor fétido, que les hacia exhalar la succesion de la humedad al calor. Pero, luego que se extendian sobre las selvas las sombras de la noche, empezaba nuestro martirio; entónces llegaban las turbas opacas de mosquitos, al traves de las cuales se discernia el disco del sol, cuando se dejaba ver un rato, solo como si fuera por un vidrio ahumado; y, á pesar del movimiento de nuestros pañuelos, quedaba invadido nuestro retiro por sus aladas legiones. Por mi parte, me agachaba por

(1) Ultimamente sacando agua un Indio desde su piragua en el Goatzacoalco, fué agarrado de la muñeca por un caiman: despues de los mas violentos esfuerzos, consiguió desembarazar su brazo de aquella boca que parecia destinada á ser su sepulcro; pero con todo perdió la mano.

ocultarme todito en mi capa, dirigiéndose entónces todas mis facultades hácia un solo objeto, él de tapar herméticamente la entrada, de cuya existencia me daba parte el zumbido de uno de mis oponentes; pero al cabo de cortos instantes, sofocado con la falta de aire y un calor opresivo, les abria los dobleces del paño, y me entregaba á ellos, aunque forcejándome, hasta que rendido á mas no poder, me volvia á sumir en mi horno. Despues de una lucha tan irritante durante muchas horas, solia entregarme á unos rebatos de furor contra los mosquitos, contra la naturaleza y hasta contra mí mismo; furor impotente, cuya pena solo en mí venia á recaer; destapándome repentinamente, descansaba los codos en las rodillas; y, dejando caer la cabeza en mis manos, permanecia inmóvil; resignado á sufrir me ofrecia en sacrificio á este azote, digno de figurar entre los tormentos del Tártaro; superaba el dolor; y una sonrisa infernal se deslizaba por mis labios, cuando esos bichos endiablados redoblaban sus ataques. Pero, en fin, vencida por el dolor cedia mi paciencia á tantos males; y volvia á buscar debajo de mi capa una tregua de un rato, y un descanso emponzoñado con el veneno de mil piquetes.

Semejantes noches son como siglos en la vida.

Por la tarde del cuarto dia de nuestra navegacion, lle-

gamos á la hacienda de S. Nicolas, en donde pudimos descansar de las fatigosas noches anteriores. Despues de una abundante cena de pescado fresco, compuesto con pasas, aceitunas, almendras, alcaparras y panocha (1), nos dorminos al son de las guitarras de un fandango, y de las voces broncas y vocingleras de las bailadoras y de los músicos.

Un poco ántes de amanecer, al tiempo en que los alegres bailadores se restituyan á la hamaca y al sueño, nosotros nos alejábamos ya de la hacienda. En mejor disposicion que los dias anteriores, para entregarme á las impresiones agradables, presencié con curiosidad y deleite el momento en que iba despertando la naturaleza: el tiempo estaba hermosísimo, el céfiro, lleno de fragrancia, rozando las olas las hacia remolinar con él; empezaban ya los fuegos del sol naciente á dorar las copas de los árboles, en los cuales hacia tiempo que las matutinas aves esperaban sus primeros fulgores, que anticipadamente saludaban con sus cantos; la calándria, con plumage atigrado de blanco y amarillo, salia de su colgante nido, que el aire iba meciendo sobre las olas; perseguía á los mosquitos molondrones el cardenal con su púrpura resplandeciente; y, descansando en un pié la

(1) El arte de guisar está todavía en pañales en la República.

garzota cenicienta de cabeza negra quedaba inmóvil en medio de las cañas, y atenta al susurro de la piragua que se adelantaba á la corriente.

Estaban lisas como un espejo las aguas del rio, en las que deslizándose nuestra embarcacion les comunicaba un ligero impulso, que iba á desvanecerse en ambas márgenes. Entre tanto nos acercábamos con rapidez hácia el fin de nuestro viage, habiendo los bogas duplicado su actividad desde la mañana por ser domingo aquel dia; pues esperaban poder llegar bastante temprano á Tlacotalpan para oir misa. Efectivamnnte, en pocas horas alcanzamos pasar el riachuelo de Tuxtla, y descubrimos delante de nosotros las casas blancas de aquel hermoso lugar, situado en la orilla izquierda del rio de Alvarado, en el cual viene á desembocar él de S. Andrés.

Tlacotalpan es otra Venecia en pequeño; pues en la fuerza del tiempo del agua, la inundacion invade en gran parte el lugar, á pesar del leve declive del litoral en que está fabricado. Pero aquí, en lugar de pesadas góndolas con sus adornos aristocráticos, se ven deslizar sobre el agua sencillas piraguas, ligeras como la corteza del alcornoque, y rápidas como una saeta. Las calles bajas, los domingos y dias de fiesta, están surcadas por multitud de estas barquillas, que repentinamente aso-

man entre las habitaciones y desaparecen del mismo modo detras de ellas. Tienen las jóvenes un donaire encantador en manejar el remo; á menudo se las vé justar unas con otras, cuando se encuentran; en estos lances maniobran sus piraguas con una destreza que maravilla. Luego, la faja colorada que ciñe en el talle sus enaguas de muselina delgada, señalando su cuerpo en su preciso lugar, y su rebozo, terciado debajo del brazo izquierdo dan una gracia á su trage que no poco realzan la flexibilidad de sus movimientos y la hermosura de sus ojos negros con sus largas pestañas. Tal vez sean estas jóvenes y las Jalapeñas las criollas mas hermosas de la república, pues ademas de esos luceros resplandecientes, dote comun de todas las Mejicanas, tienen en la fisonomía algo de halagueño é ingénuo que cautiva. Sus piés son miniaturas, y sus manitas llenas de gracia, cuando platicando juguetean con el cigarrito, que fuman sorbiéndose el humo (1).

Están fabricadas las casas de Tlacotalpan por las mismas reglas de arquitectura que las de casi todas las ciu-

(1) Los verdaderos aficionados al cigarrito se sorben el humo. Chupan todas las mugeres de la República; solo las señoras de tono de la capital empiezan á perder esta costumbre.

dades de la América española, formándose las mas veces de cuatro cuerpos dispuestos en cuadro con dos patios en su centro; pero en las villas de la costa, y en los lugarones criollos como este, solo tiene un piso con portales por la parte exterior, en los cuales se toma el fresco durante las hermosas noches de primavera. El martillo principal, cuya fachada cae á la calle, consta solo de una ó dos salas espaciosas alhajadas con mesitas-rinconeras cargadas de relicarios de santos, con banquillos de madera y algunos asientos forrados de cuero, cuya forma es combada. Estas sillas, que llaman butaques, son inmejorables para descansar.

Son hospitalarios los vecinos de Tlacotalpan, y agasajan cordialmente á los extrangeros; así es que la primera casa á donde nos dirigimos fué nuestra posada: llevaron la gente á la cocina; y comí con la familia de mis huéspedes, lo que me dió lugar de observar el arreglo del servicio de la comida en casa de los ricos criollos de esta costa, y los usos consagrados en la mesa, los que todavía no conocia sino muy imperfectamente.

Despues de haber desplegado en un mantel de lienzo fino un número de pequeñas servilletas de algodon, igual al de cubiertos, trajeron á cada comensal una taza de caldo blancusco y turbio, pero con todo bastante sabro-

so (1); en seguida se sirvieron dos clases de sopas muy espesas, que se comieron con pan ó tortilla; luego vino el cocido compuesto de vaca, jamon y verduras, salsas con tomates ó chile, pan partido en pedacitos en un plato y un monton de tortillas ardiendo envueltas en un paño.

Se alzó este primer servicio cubriéndose la mesa sucesivamente de ocho á diez platos con chiles rellenos, huevos compuestos con queso, mole (2) de *pipila*, puerco fresco guisado con calabacillas verdes, carne asada, ensalada y los sempiternos *frijoles;* con esta profusion estaban continuamente recargados nuestros platos de varios manjares á un tiempo.

Sin embargo, el desórden, que reinó durante este segundo servicio, me dió á conocer que el arte de poner una mesa está muy atrasado en estas comarcas; mas lo que me escandalizó sobremanera, y aun excitó mi mal humor miéntras duró la comida, fué aquella cínica cos-

---

(1) Estaria excelente este caldo si estuviera hecho por una cocinera inteligente, pues consta el puchero de los jugos de diferentes carnes y de verduras, como: vaca, jamon, carnero y gallina, y luego coles, plátanos maduros, camotes ó sea batatas, muniatos, garbanzos, calabacitas harinosas y aun peras, en los lugares en donde son asequibles.

(2) El mole es un guisado particular que hacen con chile.

tumbre de eructar, á que se entregan sin ceremonia los Mejicanos, no importa donde estén, pero principalmente en la mesa. Esta licencia, reprobada hace tiempo por los habitantes de la capital, no lo ha sido todavía en las provincias, en donde la cercanía á las personas de una edad madura se suele hacer muy mortificante.

Cuando se hubo despejado la mesa de este segundo servicio, se volvió á cubrir con varias clases de frutas: saboreáronse mis comensales con las tajadas rosadas de una sandía disforme, fruta, cuya carne deshaciéndose en agua dulcísima es muy refrigerante, pero que para mí no tiene mérito sino cuando estoy de camino y me sofoca el calor. Despues de haber circulado las fuentes de chicozapotes, de ruedas de naranjas, de piña y de lima, se trajeron los dulces y los vasos de agua; entónces fué cuando bebimos por primera ocasion; pues no acostumbran los Mejicanos beber miéntras comen; y son muchos los que solo comen dulces para llamar la sed. A veces, sin embargo, se sirve en el segundo servicio una botella de cristal con vino de Jerez; y todos beben en el mismo vaso; pero esto es mas bien un obsequio que se hace á un extrangero que una costumbre.

Con esto concluye el festin; pero los criollos le agregan un nuevo excitativo de sensualidad, que es la aspi-

racion del humo del tabaco; á esta sazon el cigarrito es para ellos lo que el café para nosotros: así es que se coloca en la mesa un braserito de plata, lleno de brasas cubiertas con cenizas; y cada cual se pone en disposicion de arrollar entre sus dedos y preparar su cigarrito. Despues de haberse deleitado con este nuevo gusto, se retiran á dormir la siesta, despertando una ó dos horas despues para empezar de nuevo á fumar hasta la hora de tomar el chocolate, de manera que un Mejicano chupa regularmente de treinta á cuarenta cigarros diarios.

Supe en la tarde que estaba de leva una balandra cargada de tablazon con destino á Veracruz, y fuí en el momento á ajustar mi pasage. Al otro dia, á las ocho de la mañana, dimos la vela; y á pocos minutos Tlacotalpan y su embarcadero desaparecieron detras de los bosques de que están pobladas ambas orillas del rio.

Difícil es dar una idea exacta de la confusion, de lo embarazado de la cubierta y del tropel de pasageros, que estaban agolpados al pié del palo y en derredor del agujero de cuatro piés en cuadro, que hacia las veces de cámara á bordo; rodaban por la cubierta jarros grandes con leche, sandías á montones, melones, huacales de higos, plátanos, aguacates, piñas, camotes, huevos, &c., y encima jaulas con gallinas y pavos, loros y media docena

de puercos amarrados de una pierna, que tardaron mucho en acostumbrarse á este modo de viajar, manifestando lo mismo con sus ensordecientes chillidos; en una palabra, era aquello una plaza flotante; y, por fin, hombres, mugeres, niños, ancianos, indios, rancheros, todos sentados en los jarros ó á horcajadas en las jaulas, completaban el cargamento de la balandra, cuya cubierta, al nivel del agua, no tenia regalas. Así es que fácilmente se podrá conjeturar la suerte, que le hubiera tocado á todo este cargamente en la mar con el norte mas leve; pero jamas aventuran los patrones á salir de Alvarado, sino cuando están seguros de poder alcanzar Veracruz ántes de correr peligro; y raras son las veces en que sus previsiones han sido desacertadas.

Nace el rio Alvarado en las serranias de los Zapotecos y desemboca en el Seno Mejicano. *Papaloapan* es el nombre que le daban los antiguos Mejicanos; pero los Españoles le dieron el nombre del primer capitan que navegó por sus aguas, así como lo habian hecho ya con él de Tabasco, designándolo con él de Grijalva; con todo, su antiguo nombre de Tabasco ha prevalecido al fin sobre él de los Españoles, al paso que él de Papaloapan es desconocido en el dia.

Este rio, desde Tlacotalpan hasta la mar, corre en un

cauce profundo y estrecho, aunque no se halla encajonado; y los frondosos bosques, que adornan sus márgenes y aun parecen nacer en sus mismas aguas, lo abrigan de los vientos de oriente y de poníente en tal conformidad que jamas pudo llenarse nuestra pequeña vela, y que tuvimos que hacer remolcar la balandra por dos canoas tripuladas con ocho bogas. Sin embargo llegamos á Alvarado bastante temprano para poder entretener la esperanza de alcanzar á Veracruz ántes de ponerse el sol, si el patron hubiese tenido á bien seguir adelante; pero nunca está de priesa un costeño; así es que quiso esperar hasta el otro dia, aunque estuviese excelente el viento para nuestra corta travesía; y esta aciaga dilacion nos detuvo catorce dias presos en Alvarado; pues por la tarde se manifestó en el horizonte una faja negra por la parte del norte y de poniente, la que, creciendo con la noche, envolvió el cielo con las tinieblas; luego empezó á llover; ráfagas ligeras levantaron las olas; y, al anochecer, habia mar de leva, lo que hacia nuestra salida imposible.

Carece Alvarado de mesones para hospedage de los forasteros; ni aun le queda á uno el recurso, que se encuentra en las aldeas de los indios, esto es, la casa consistorial. En vano habia andado solicitando un abrigo en

donde pasar la noche; ninguna puerta se habia abierto al *Ingles* (1); de suerte que me habia visto en la precision de acampar con mi gente bajo los portales de una de las casas de la marina, conformándome con la esperanza de que al otro dia tendrian mas éxito mis solicitudes, proporcionándoseme gentes ménos inhospitables; pero ni el dia siguiente ni los demas trajeron consigo mudanza ó alivio á mi incómoda situacion, convenciéndome mas y mas que los vecinos de Alvarado son los mas secos egoistas y los mas opuestos por sus costumbres á los preceptos de caridad cristiana de todos los pueblos entre los cuales he viajado en la república mejicana.

No solo nos dejaron debajo de nuestros portales durante catorce dias, expuestos á todas las intemperies del aire y de la estacion, á la inclemencia de un clima mortífero, en la época en que el vómito no da cuartel á los Europeos, sino que ademas nos negaron de comer en todas las casas en donde nos presentamos, aunque ofrecí pagar doble de lo que se acostumbra. Por fin, al tercer dia de nuestra llegada acertamos á descubrir una casa de Indios, un poco apartada del lugar, en donde consintieron en darnos de almorzar y comer.

(1) El populacho en Méjico daba entónces el nombre genérico de *inglés* á todo aquel cuyo idioma no era el castellano.

Es sin duda un gran gusto él de comer cuando pica el hambre; pero no le va en zaga él de comer cuando está uno aburrido. Como nos despertaban temprano así el mugido de las vacas, que conducian en rebaños á la marina para ordeñarlas, como las voces de los pescadores que alistaban sus redes, y aun el bramido del mar que se estrellaba en la playa, llegando casi hasta nuestros piés, y como tambien no teniamos otra ocupacion hasta la noche que la de aplastar el gegen sobre el piquete que nos daba, ó la de seguir con la vista en su veloz carrera los tursiones de mal agüero, que subian la corriente, procurábamos prolongar lo mas posible la hora demasiado rápida de los pastos. Por otra parte, la lluvia, que caia casi sin cesar, nos condenaba á quedar cada uno en un lugar durante la mayor parte del dia, vedándonos toda clase de paseo, si se exceptúa él de obligacion que dábamos dos veces al dia á la choza de nuestro indio; así es que jamas he gastado habitualmente la mitad del tiempo que entónces empleaba en tomar mi frugal comida; jamas como entónces discurrí tanto sobre el sabor de los manjares que me ponian delante, los que por sencillos y toscamente sazonados que estuviesen, me parecian exquisitos. Constaba las mas veces de huevos fritos, frijoles y pescado cocido en mucha agua con un

poco de manteca, chile y tomates, lo cual comiamos con tortilla, bebiendo una infusion de té del pais, cuyo sabor es bastante agradable. Tambien comimos algunos buenos *tamales:* ya me era conocido este antiguo manjar mejicano por haberlo probado varias veces en Acayucan; pero hasta llegar á Alvarado no me dediqué á paladear su gusto; por otra parte las mugeres de aquel lugar se pintan solas para componerlos. Se hace el *tamal* con pasta de maiz, y dentro de ella carne de puerco fresco cocida con pimiento y otros ingredientes; se forman con ella panecillos, que se envuelven en hojas de birijao ó de maiz, y luego se echan centenares de estos á hervir todo un dia en un gran caldero. Este manjar se ponia en la mesa de Moteuczoma; pero entónces se rellenaba con carne de *guajolote* ó de iguana.

Despejó el tiempo la víspera de nuestra salida, aunque se mantenia contrario el viento; y emplee aquel dia en recorrer á Alvarado y sus contornos. Queda esta aldea en una península separándola de la mar los méganos, en cuyo declive está fabricada, los que le comunican un calor excesivo, cuando los abrasa el sol de mayo y junio. Así como en Veracruz el vómito suele causar grandes estragos entre los que no están aclimatados; sin embargo nos perdonó sea por la benignidad del mal aquel

año, que hizo pocas víctimas, ó ya porque acabábamos todos de pagar un tributo al clima; pues empobrecida nuestra sangre nos concedia una próroga por él que debiamos á aquella peste de las costas.

Es hermosísimo su puerto y capaz para sèis mil buques, que, en él, encontrarian un abrigo seguro, si fuera posible su entrada hasta su concha; pero la barra del rio es pésima porque á pesar de lo inconstante de su posicion, tanto como lo es la de la arena, su extension y sobre todo su poca profundidad no permiten la entrada sino á las goletas y á los pequeños bergantines, que no pasan de cien toneladas. Por esa misma razon no ofrecen anclage alguno á los buques la mayor parte de los rios que desembocan en el Seno Mejicano; y como la naturaleza no ha surtido la costa oriental de este pais con bahias ó ensenadas bastantes á dar fondeaderos seguros, esta vasta república carece, hácia la parte que mira á la Europa, de un puerto que merezca este nombre.

El décimo quinto dia, levantóse el sol circundado de sus fuegos mas resplandecientes, sin que se viese vagar ningun celage por la cerúlea bóveda; y el viento que habia dado un salto al Este nos brindaba con una travesía corta y fácil. Ya no estaba la cubierta tan embarazada; pues nuestra larga estancia en Alvarado habiendo estor-

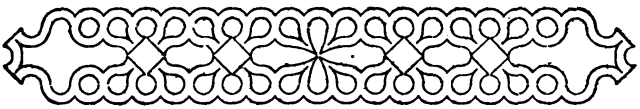
bado el objeto del viage de casi todos los pasageros, se habian vuelto á Tlacotalpan. Movidos de la impaciencia de marcharnos, nos instalamos á bordo mucho tiempo ántes que se decidiera el patron á desatracar; por fin cruzamos la barra despues de haber recorrido el sol la cuarta parte de su carrera, y vimos con el mayor contentamiento hundirse por nuestra popa los méganos, que nos ocultaban la vista de un lugar en donde nos habian tratado como á unos parias.

Sin embargo, á penas habiamos andado cinco leguas, esto es, la mitad del camino, cuando una calma pairada nos vino á clavar en medio de las olas inmóviles; penetraba la vista por sus honduras verdosas, iluminadas por los fuegos del cielo, en donde descubria tiburones nadando perezosamente y rondando en derredor de la embarcacion, como si esperasen alguna presa.

Así quedamos sin movimiento, como si nos hallásemos engastados en un océano de yelo, hasta que vino el terral á llenar la vela; entónces en breve alcanzamos los arenales, al nivel del agua, de la isla de Sacrificios (1), y al ponerse el sol llegamos bajo el fuerte de S. Juan de Ulua, teniendo á nuestra izquierda á Veracruz, cuyas ca-

(1) Se dice que los Españoles dieron á este islote el nombre de Sacrificios, por haber encontrado allí señales de estos actos bárbaros.

sas blancas me recordaron los monumentos fúnebres del Panteon de *Père Lachaise*. Sin mas tardar me arrojé á una canoa, que me desembarcó en el muelle; y cuando entré en aquella ciudad; cuando respiré sus aires emponzoñados, no pude reprimir cierta suspension semejante á una pesadilla.



# CAPITULO IV.

**SUMARIO.**

Veracruz.—Su fundacion.—Su poblacion en varias épocas.—El vómito.—Causas que lo producen.—Sus síntomas.—Sus progresos.—Sufrimientos que causa.—Modo de curarlo.—*Paz de Dios.*—Raros efectos producidos por el norte.—Fonda.—Ajuar de los cuartos.—El guachinango.—Los paseos.—El muelle.—La alameda.—Malibran.—Medellin.—El juego.—Marcha á Méjico.—Caravana.—Puente nacional.—La bonita jarocha.—El Volcan de Orizaba.—Epoca de su última erupcion.—Jalapa.—Las mugeres.—Calzada de S. Miguel—Hermoso paisage.—Catarata de Naolinco.—Viage enmedio de las nubes durante la estacion de agua.—Escorias volcánicas.—Las Vigas.—Perote.—El cofre.—El meson.—Fonda del meson.—El llano.—Volcanes de Méjico.—Puebla.—Sus habitantes.—Descripcion de la ciudad.—Su plaza, la catedral.—Cholula.—Su teocali.—Tlascala.—La Malinche.—Las selvas de pinos.—El Iztaccihuatl.—El Popocatepec.—Epoca de su última erupcion.—Rio frio.—Vista del valle de Méjico.—La laguna de Chalco.—La de Tescuco.—Los patos.—Calzada del Este.—Vista de Méjico.

Se fundó por los años de 1519 el primer establecimiento español en el continente americano por Hernan

Cortés, él, que despues de haberse posesionado de las costas de Yucatan y del Goatzacoalco, se detuvo en el territorio de los Totonacos en el cual levantó un corto número de casas y un fortin para resguardo de su tropa en caso de ser atacada. A esta colonia naciente se le dió el nombre de Villa rica de la Veracruz; pero la ciudad que en la actualidad lleva este último nombre, no se edificó en las fundaciones de aquella, sino que, á fines del siglo XVI, se empezó á fomentar de órden del conde de Monterrey, virey de Méjico á la sazon.

Desde luego vino á ser esta ciudad el depósito general de las mercancías españolas y de los frutos mejicanos, y, de consiguiente, el foco de las riquezas que se enteraron durante dos siglos en las arcas desfondadas de la hacienda de España. En toda aquella época bastaban diez años de estancia en Veracruz para adquirir una fortuna colosal; pero tambien es verdad que el azote del vómito vino, á cosa de un siglo despues de su fundacion, á cercenar el número de los electos (1); y esta desgracia fué parte en impedir que tomara mayor vuelo Veracruz; pues seguros de medrar, sea donde se estableciesen, los Españoles que venian á hacer su suerte en Méjico, debian preferir un porvenir ménos halagüeño sin peligro, á

(1) Clavigero.

montes de oro, para lograr los cuales era preciso jugar á pares ó nones con la muerte.

Jamas el espíritu de celo, que animaba á los Españoles, consintió en que los extrangeros penetrasen en el dorado que les habia deparado el cielo, ni que estos sacasen de los mismos manantiales que ellos. Con todo, lograron algunos Europeos, que solian venir en el séquito de los vireyes, establecerse en Méjico, y por lo mismo entrar en el estadio de la fortuna; pero, no pocas veces, acababan por verse arruinados, y aun algunas ocasiones por ir á parar en un calabozo en donde se ponia coto á su carrera.

Y solo fué por 1822, cuando la exaltacion del Sr. Iturbide al trono imperial, que algunos extrangeros, ingleses y franceses, se arriesgaron, á la ventura, á recorrer los antiguos dominios de aquellos celosos conquistadores. Hasta entónces el pueblo mejicano se habia mantenido en la creencia de que, por el otro lado del *charco*, no habia otro pais mas que España; y que Francia, Inglaterra, Alemania, &c., no eran sino provincias del vasto imperio de los reyes católicos. Ademas se les habia inculcado la idea de que los habitantes de aquellas provincias participaban casi tanto de la naturaleza de los brutos como de la del hombre, de que hablaban un

lenguage diabólico, y estaban exclusos de la comunion de los fieles; tanto que esta creencia se habia con el tiempo arraigado en las clases inferiores de la sociedad, á quienes su suma ignorancia habia hecho confundir con el pueblo judío todos los que viven fuera de la península hispana; así es que designaban con el nombre genérico de *judío* á todo aquel que no fuera español. Mas tarde, cuando penetraron los primeros Ingleses en el interior, aquel nombre se cambió con él de *Inglés*, que el populacho nos ha conservado hasta que llegó la expedicion francesa en 1838.

No pasa de cuatro mil almas la poblacion de Veracruz, aunque por los años de 1831 se computaba en seis mil; pero arrebató el cólera morbo casi la mitad en 1833. Sin embargo cuando el monopolio del comercio se hallaba en manos de los Españoles, era mucho mas crecido el número de sus habitantes; con todo nunca excedió él de doce á quince mil.

Tomada en su conjunto esta pequeña ciudad es bastante bonita: el barrio de la plaza mayor tiene buenas fábricas; pero tambien los hay muy feos y muy desaseados; pues están atascados los albañales de una basura corrompida en todas las habitaciones de la gente pobre, lo que apesta el aire de exhalaciones insoportables. Es-

te mismo desaseo, y la inmediacion de las ciénegas hacen esta poblacion uno de los puntos mas enfermizos del orbe para las personas no aclimatadas todavía. Antiguamente tenia Cayena fama de ser un sepulcro de Europeos; pero ha desaparecido la calentura amarilla desde que se saneó su terreno: tambien ha disminuido mucho esta enfermedad en las Antillas francesas; pero en Veracruz, esta peste, con el nombre de *vómito prieto*, parece que va creciendo en intensidad; así es que no espera sino la estacion favorable para contestar con su grito de muerte á las acciones de gracias que dan los recien llegados por su feliz arribo. Tanto mayor es su número, tanto ménos son las probabilidades de salvacion de cada uno; y cuanto mas jóven y robusto es uno, tanto mas pronto es atacado.

Son tres las causas principales que, en las ciudades populosas de esta costa, determinan la existencia de la calentura amarilla ó sea del vómito prieto, á saber: el calor intenso, la inmediacion á puntos cenagosos y la aglomeracion de individuos no aclimatados; pero es preciso que vengan juntamente las referidas causas, pues faltando una de ellas, ya no existe la epidemia. En llegando el sol, por el mes de Mayo, al cenit de estos paises, y abrasando la atmósfera, entónces es cuando se va

desarrollando el gérmen del vómito; sigue creciendo la intensidad del mal hasta Octubre y desaparece en Noviembre. Por el mismo tiempo el agua llovediza inunda la tierra, formando pozas en los sitios donde no tiene salida; queda luego saturado el aire con vapores absorvidos por los rayos de aquel sol vertical, y estos vapores son los que llevan los miasmas morbíficos de los terrenos anegados y de la descomposicion de los vegetales corrompidos.

Si en aquella época vienen á respirar aquel aire pestífero algunos forasteros imprudentes, los hiere como el rayo: entónces, es en vano que aquellos, cuyas ocupaciones comerciales no los detienen en el puerto, no hagan mas que cruzar la ciudad, para pasar á lugares ménos enfermizos, porque á menudo sucede que les acomete el mal en aquel cortísimo tránsito. En vano huyen; arrastran consigo el veneno que se inoculó, y en estos casos es siempre mortal: á veces al cabo de una hora ó dos los agudos dolores los compelen á parar su camino, y al otro dia se sierra la tierra sobre ellos.... Raras son las veces que los acometidos del vómito han llegado hasta Puebla; mueren por lo regular en Jalapa, en el Puente nacional y aun en Santa Fé, que solo dista tres leguas del puerto.

No solo la muerte es de temerse con el vómito, sino tambien los sufrimientos que se padecen ántes que venga, siendo así que concentrándose la vida en el cerebro se manifiesta solo por los crueles dolores que en él produce. Empieza el desgraciado que se vé atacado de esta enfermedad á experimentar violentos dolores de cabeza, de ojos y de cintura; á poco queda postrado todo el cuerpo y quebrantado como él de uno á quien se ha dado tormento; vienen en seguida los vómitos, arrojando una sangre negra la boca, las narices y los oidos; el entendimiento no acierta á comprender nada sino el dolor, y la voz solo prorrumpe en llanto lastimoso. ¡Cuántos son los jóvenes, que se han visto llenos de vida y rebosando de salud, befar la enfermedad y la muerte en medio de la algázara de un banquete, y al dia siguiente, en el delirio producido por la obra destructora de la nada, desconociendo á sus amigos de la víspera! ¡Ay! ¡A cuánta dicha debe tenerse cuando absorve todas las facultades del enfermo la fuerza del mal! Pues sufre doble él que conserva todo su conocimiento, cuando el recuerdo de una familia abandonada viene á unirse con el tormento de su agonia.

Corren ménos riesgo las mugeres, los niños y los ancianos que los hombres robustos y en la flor de su edad;

con todo mueren muchos de aquellos, aunque la proporcion es ménos aterradora; y los Mejicanos del interior están aun mas expuestos que los mismos Europeos á su llegada, siendo el motivo que el habitante de Méjico, por ejemplo, pasa en pocas horas de un temperamento templado y seco á un clima abrasador y húmedo; la transicion es demasiado repentina para que la enfermedad no tenga mas cabida en él que en el Europeo, que anda vagando hace treinta ó cuarenta días bajo los trópicos, en cuyo tiempo su sangre ha tenido lugar de modificar su calor y su actividad bajo la influencia del aire que respira. En efecto, siendo esta enfermedad una descomposicion de la sangre, debe tener tanta mas accion cuanto se asemejen ménos las propiedades de esta al estado normal de la de los moradores de la costa.

Por mucho tiempo se han encaprichado los médicos en sangrar al enfermo, pensando que disminuyendo la masa de la sangre, descompuesta por falta de una fuerza interior capaz de mantener todas las partes en equilíbrio, conseguirian volverlo al estado de salud; pero si es así que esta sangre haya perdido sus propiedades vitales, es evidente que disminuyendo su cantidad, no se ha de mejorar por eso; y la poca que le quedare tendrá en el debilitado enfermo igual accion que la masa ente-

ra en el cuerpo robusto que ántes animaba (1). Este es el motivo porque solo procuran las mulatas, que se ocupan con éxito de la curacion de esta enfermedad, dar tono á la sangre en lugar de sacarla.

El número de las víctimas del vómito excede en mucho la mortandad ocasionada por el cólera morbo ó por la peste del levante; pues se debe tener en cuenta que cada buque que llega, cuando hace el vómito sus estragos en Veracruz, vé perecer la mitad, las tres cuartas partes, y aun la totalidad de los pasageros, que ha traido. En 1835 se vieron desembarcar treinta y dos Franceses, pasageros en un barco de Burdeos, y ¡á los quince dias habian dejado de vivir 28 de ellos!

Se hallan igualmente bajo la influencia de esta enfermedad los buques que están surtos en el puerto, como que el terral les trae los vapores emponzoñados; y ha sucedido repetidas veces que toda una tripulacion, que habia dormido en cubierta por una hermosa noche de trópicos, se sintiese al despertar presa de una incomodidad fatal. Cuando corre alguno el riesgo de ir á Veracruz á embarcarse en la estacion mala, y, despues de ha-

(1) Esta opinion es la de un médico hábil que ha habitado en la costa mucho tiempo, en donde ha experimentado que en los casos comunes no conviene la sangria.

berse hecho á la vela, advierte los efectos de su imprudencia, ya no es tiempo; es preciso que muera. ¡Cosa extraña! Solo puede uno sanar (1) de esta enfermedad en el lugar en donde se originó; es decir que se tiene que lidiar con ella en su palenque, en donde no siempre sucumbe el enfermo; pero fuera de talanquera no hay que esperar salvamento.

Suele á veces suceder que, durante los estragos del vómito en Veracruz, viene el Norte á traer la *paz de Dios* á los desgraciados á quienes va diezmando cada dia: miéntras dura este viento, se refresca sobremanera la temperatura, y da tregua la muerte con sus golpes. En estos momentos toma Veracruz un aspecto rarísimo; se cierran y atrancan todas las puertas y ventanas, por lo molesto de la violencia de aquel viento. Deslizanse por las paredes de las casas los que tienen precision de salir á la calle, cuidando de sus sombreros y capas en las bocas calles, por tener que defenderlos contra los torbellinos, que se los van llevando; se embravece y brama el mar; las espumosas olas se agolpan en la costa y vienen con sordo ruido á estrellarse en la playa, cubriendo con torrentes de espuma el muelle, y aun, á veces, ar-

(1) Apénas se podrá mentar un caso en veinticinco en que el enfermo haya logrado sanar sea en la mar ó sea en el camino de Méjico.

rojándose por la muralla, inundan la plazuela de la Aduana.

El castillo de S. Juan de Ulúa está levantado en un cayo sito á unos ochocientos ochenta metros del muelle, y lo defienden ciento setenta y siete cañones de todos calibres. Pasa por la mejor obra de su clase en América.

La rada de Veracruz, que se halla comprendida en un triángulo formado por la ciudad, el castillo y la isla de Sacrificios, es la única que encierra la costa oriental de la república; y esta es tan mala, tan insegura para los buques que hay capitanes que prefieren virar de bordo y poner la proa afuera mas bien que dar fondo, cuando se aproxima un temporal.

Al desembarcar en Veracruz, fuí á posar en la fonda de un Francés que vivia cerca del muelle. Estaba sucia y hedionda la calle, á donde caia la ventana de mi cuarto; y no descansaba la vista sino en montones de fango, de basura y de *zopilotes* (1); pero en compensacion tenia tambien la de la mar, que se desarrollaba magnífica delante de mí, perdiéndose por el horizonte en el azul del cielo. Desde mi cama, veia en frente los primeros fuegos del sol naciente dorando las centellantes oleadas;

(1) Especie de buitre que abunda en Méjico en los lugares poblados.

descubria el castillo, los barcos esparcidos allá y acullá por la rada, y las velas que asomaban á lo léjos.

Alhajaban mi cuarto dos sillas y un catre; y aunque este carecia de colchon y de sábanas lo encontré bonísimo. No era poco entónces el encontrarse con mas de un banco de madera en donde acostarse á dormir; que nunca hicieron tanto los antiguos moradores á favor de los viageros, pues hasta 1828 á penas se conoció en Méjico otra cama de viage mas que las *armas de agua* (1) y el zarape; pero llegaron los Franceses, y luego propagaron poco á poco las conveniencias de la vida por los caminos mas frecuentados y en algunas ciudades principales.

Era mi fondista uno de los colonos del Goatzacoalco; habia depuesto la hacha para tomar el delantal y el cucharon; y no le pesaba el cambio. Por la mañana se comia excelente pescado cogido aquella madrugada: el *guachinango* es muy nombrado y con justo motivo, siendo muy delicada su carne; pero solo al almuerzo se puede comer pescado fresco, porque se corromperia si se

(1) Las *armas de agua* constan de dos cueros que se colocan en el arzon de la silla de montar, y cuelgan mas abajo de los estribos: cuando llueve sirven para resguardar los muslos, siendo un excelente aparejo de viage.

guardase para la comida, siendo tan fuerte el calor que se pone manida la carne fresca en pocas horas.

Pocas son las Veracruzanas que he logrado ver, porque á pénas salen sino para ir á misa muy de mañana, tiempo en que no las podia observar por haber siempre adolecido del defecto de no ser madrugador. De dia no se ve á nadie por las calles; y hasta las cinco de la tarde no sale uno á no verse precisado á ello; pero á esta hora empiezan los hombres, vestidos de pantalon y chaqueta de telas blancas, á transitar por ellas, formando corrillos delante de las tiendas; otros van al muelle á respirar algunas buenas bocanadas de aire fresco del mar, y mirar los buques recien llegados.

Son raras las tertulias en Veracruz, así como en todos los pueblos de las provincias, pasando regularmente la noche cada uno en casa, excepto cuando hay comedia.

El paseo en el muelle de esta ciudad es el único que puede proporcionar alguna distraccion á la monotonía de la vida privada; y, aunque es muy limitado, va uno con gusto á respirar allí la brisa, y gozar del espectáculo mas ó ménos variado que presentan los barcos de la rada meciéndose en sus anclas, los barquichuelos de los pescadores que se restituyen al puerto, el tráfago de las lanchas y la treta original del pelícano que acecha la

presa, y de repente se deja caer en ella de peso alargando el pico.

La alameda es tristísima: hallándose desnuda de verdura, rodeada de casuchas arruinadas y de ciénegas, no puede inspirar sino meditaciones sobre la muerte. Respecto al paseo, que llaman de *Malibran*, no se puede considerar como tal para la gente de á pié, porque allí se sume uno en el polvo y en la arena hasta el tobillo, y á menudo se vuelve cubierto de *pinalillos*, especie de garrapatas muy pequeñas y muy molestas. Pero á seis leguas de Veracruz se encuentra un lugarcito, llamado Medellin (1), en donde las gentes principales se reunen en la primavera á gozar de los placeres que no se encuentran en la ciudad. Allí, á lo ménos, se respiran aires puros; está uno rodeado de hermosos paseos; y pasa por la misma aldea un riachuelo de agua dulce y tibia en el cual no hay que temer ni los caimanes, como en el Goatzacoalco, ni los tiburones como en la rada de Veracruz. Esta reunion tambien tiene otro atractivo, ade-

(1) Gonzalo de Sandoval, el mas eminente entre los capitanes de Cortés, fundó esta pequeña colonia, dándole el nombre de Medellin, que es él de un pueblo de Estremadura en el cual nacieron Cortés y él.

Tambien fué el fundador de la colonia del Espíritu Santo, en las riberas del Goatzacoalco, á corta distancia de la boca de aquel rio; pero en el dia no existen de ella mas que algunas ruinas.

mas del ofrecido por el campo, cual es él del juego. Se ponen mesas de monte en varias casas, en las cuales se pasan muchas horas del dia buscando la suerte.

Permanecí quince dias en Veracruz recogiendo tantas noticias cuantas personas eran las que yo veia, tomando los consejos conforme venian sin hacerles mucho caso, pues ningunos se parecian; y al cabo resolví pasar á Méjico, como el centro de las riquezas y de las necesidades de la civilizacion naciente, de la cual esperaba todo mi porvenir.

Habian llegado, mi gente, al término de su viage por la república, y se ocupaban á la sazon en hacer carbon con un indio de la comarca, hasta que algun buque francés regresase y los llevase; pues como colonos del Goatzacoalco tenian derecho al pasage *gratis*, lo mismo que los náufragos. Pero como eran muchos los pretendientes que solicitaban volver, y conseguia dificilmente el agente consular que cada capitan se recargase con mas de un colono, solo lograron reembarcarse dos meses despues, cuando vino la Gabarra *Dore*, de órden del gobierno francés, á recoger los restos de las expediciones. Aprovecharon esta ocasion de volver á Francia unos sesenta infelices; pero muchos de los que podian ejercer algun oficio se quedaron en la república.

Murió uno de mis operarios del escorbuto en la travesia de regreso: fué el segundo de los que permaneciéron fieles conmigo, á quienes su mala suerte negó la dicha de volver á ver la Francia, y el consuelo de acabar sus dias en el seno de su familia. En cuanto á los que me abandonaron el primer dia, cuando desembarcaron, jamas supe lo que les sucedió.

Las dificultades de todas clases, que tuve que superar para sostenerme en Méjico y fomentar un establecimiento, me sugirieron mas de una vez la idea de volver tambien á reunirme con mi familia; pero mi orgullo se hubiera visto demasiado ajado para que consintiese en volver á mi casa como el hijo pródigo. Por mas urgentes que fuesen las cartas que yo recibia, por mas instancias que se me hiciesen para volver al hogar paterno, me resistí á cumplir con el deseo de los mios. Despues de pasados los dias aciagos, aquellas ideas, que al principio me perseguian, se desvaneciéron poco á poco, y solo volviéron mas tarde á darme mas valor y fuerza para seguir la carrera hasta el fin.

En aquella época, como casi siempre, estaba infestado de ladrones el camino desde Jalapa hasta la garita de Méjico, de modo que si hubiera ido solo, infaliblemente me habrian salido y desbalijado; pero se estaba forman-

do una pequeña caravana de caminantes, y no dudé en unirme á ellos. Se componia esta de Franceses, Italianos, criollos y algunos pobres Españoles, que subian tambien á Méjico; estos, aunque expulsados tres años ántes, volvian en tropel de algun tiempo á aquella parte, en tales términos, que cada barco, que venia de Europa ó de Nueva-Orleans, traia siempre algunos de aquellos desterrados, que saludaban con el nombre de pátria la tierra en donde iban á encontrar una esposa, hijos y parientes que, habiendo nacido en el suelo mejicano, pudieron quedarse para manejar los intereses de los ausentes. Y esto, no porque se hubiese derogado la ley de expulsion, sino que favorecia abiertamente á los Españoles el vice-presidente Bustamante, por hallarse el partido de aquellos estrechamente unido por sus intereses con él que lo habia elevado al poder.

Son pocos los motivos de distraccion que ofrece el camino de Veracruz á Jalapa, pues, con excepcion de dos ó tres situaciones, nada tiene de pintoresco y variado. El punto de vista mas hermoso se encuentra en el Puente nacional, lugar que saca su nombre del hermoso puente que en aquel sitio fabricaron los Españoles; á lo ménos esta es la idea que me ha quedado impresa sobre el particular. Pero, quizá se pinten á mi imaginacion,

con colores mas favorables que los que efectivamente recibieron de la naturaleza, las laderas pobladas de siempre verdes espesuras, las aguas cristalinas del rio y hasta las casas. He aquí el motivo.

En mi primer viage, á la vuelta de un largo paseo por los bosques, muerto de sed, iba de choza en choza pidiendo por *tepache* de piña, bebida refrigerativa que me gusta mucho. Se ofreció una á mi vista al remate de una vereda, un poco apartada del lugar, y entré en ella. Estaba allí una jóven, ocupada en moler maiz, la que, con motivo del calor y de lo retirada de su casita, no conservaba mas vestido que sus enaguas: se levantó precipitadamente sonrojándose, y se fué á tapar con un paño las espaldas y el pecho; luego volviendo hácia mí, con soltura y donaire me hizo seña que me sentara. Al entrar, á penas habia visto su cara; pero cuando volvió quedé absorto al ver tanta hermosura y sus formas elegantes. No he visto nada en Méjico tan precioso como ella; y sin duda era de sangre mezclada, porque su cutis blanco rosado desdecia de un orígen puramente indígeno, y sus modales tenian algo que seducia la voluntad, lo que no se encuentra de ordinario entre los naturales del pais. Por manera que nada hacia sombra desapacible al halagüeño cuadro que tenia delante; ningun contraste salia

al encuentro á contristar el alma, reinando por do quiera el mas exquisito aseo; estaba la habitacion fresca y cómoda, y traslucia por entre los carrizos, de que se componia, un fondo de verdor como si para celebrar una fiesta de primavera. Bebí con mil veces mas placer el líquido, que esta jóven me presentó con sus manos en una simple gícara, que si hubiera sido esta de porcelana ó de oro, pues habríase desvanecido el embeleso. Le prestaba, mi fantasía, una diadema de plumas; y ella me representaba así el símbolo animado mas perfecto del nuevo mundo.

Por las inmediaciones de Jalapa empieza la naturaleza á revestir la librea de una vegetacion viciosa, por ser el clima ménos caloroso que en la costa, el rocío mas abundante y la atmósfera mas húmeda. Aquí pierde el campo su aridez melancólica; los bosques se empinan risueños y olorosos; trepan los bejucos, se enroscan en los árboles, y arrojan puentes de verdura, mecidos del céfiro mas ligero; se va multiplicando con las ramas el satirion parasita, adornando las verdes hojas con el brillo de sus vivos colores. El inmenso número de pájaros resucitados, que zumban volando en todas direcciones, proclaman la abundancia de las flores, y embriagan, con su perfume, setos de florifundios que cercan los campos

á orillas del camino. Allí tambien se ven las plantas de las tierras templadas creciendo al lado de las de tierra caliente; así es que el durazno enreda sus ramas con las del limon; y los manzanos maduran sus esféricas frutas á pocos pasos del aguacate; en este suelo es pródiga de sus dones la tierra.

Está fabricada Jalapa con irregularidad en un terreno todavía mas irregular; pero con todo es bonita toamda en globo, siendo pintoresca su misma irregularidad. Hállase situada en el declive de un recuesto, rodeada de recuestos y de cerros en escalerilla unos tras otros á manera de gradas de anfiteatro, coronándola por una parte el pico nevado de Orizava. Este volcan, llamado en lengua mejicana *Citlaltepec*, es mas elevado que las montañas mas altas de Méjico, divisándose á cuarenta leguas en la mar. Hizo una erupcion en 1545, y siguió durante veinte años arrojando llamas. Formado, su crater, conforme á una seccion oblicua, tiene su boca vuelta hácia Jalapa; pero parece apagado hace tiempo; y su cavidad llena de nieve ahora, solo se distingue por la proyeccion de la sombra. Mas abajo de la nieve, en donde reasume sus derechos la vegetacion, se puebla el Orizava de pinabetes, de cedros y de todos los árboles de la tierra caliente, por manera que es dable pasar en pocas horas

en esta montaña por todos los grados de calor y frio de las regiones tórridas y de la zonas heladas.

Las Jalapeñas gozan la fama de hermosas á que son justamente acreedoras; tiene su tez una viveza y un brillo que raras veces se encuentran en Méjico, y por otra parte poseen las dotes características de su ascendencia; hermosos ojos, bonitas manos y piés como miniaturas. Pero es lástima que las señoras de esta república, en general, procuren exagerar esta última perfeccion gastando zapatos mas cortos y mas angostos que su pié; siendo así que léjos de lograr el objeto que se proponen, oprimiendo la parte carnosa y arrollándola fuera del zapato, lo hacen patudo y á menudo deforme.

Este género de calzado á la chinesca las priva caminar con desembarazo; y su andar carece de gracia, porque precisado, el cuerpo, á seguir de una pieza el movimiento de las piernas, á causa de la accion nerviosa que recibe, añadea á cada paso, comunicando al túnico un bamboleo en extremo ridículo. Por eso, así como dicen las Mejicanas de una bonita Francesa cuyo pié es largo: "su pié afea su cara;" dirán estas de una linda Mejicana, que usa de calzado muy corto, que puede su modo de andar menoscabar la impresion que producen sus hermosos ojos.

Empiezan en Jalapa á ser largos y rápidos los recuestos, y á poco tiempo de haber salido de esta ciudad, se alcanzan las regiones frias: luego se verifica un cambio completo así en las cosas como en los hombres; pues pierde la vegetacion su fuerza y su variedad, revistiendo un aspecto mas sombrío, y dejando el paisage de tener nada de la América. Ya no son las bonitas casitas de carrizo, cuyo interior está á la vista; aquí no se ven sino chozas de tierra ó de piedras toscamente amontonadas y cobijadas con un techo humoso; ya no son esas inditas, cuyos cabellos cuelgan en sus hombros en trenzas como azabache; y cuyo único vestido consiste en un enrollado siempre blanco; tampoco son esos indios, cuyo aseo es exquisito, ricos con las riquezas de la naturaleza, y siempre gozosos con los dones que les depara, despertando con los últimos cantos de las aves, y pasando la noche bailando delante de sus casas al son de una vihuela. Ahora un pueblo, cuyo desaseo causa asco, es él que habita los lugares y llena los caminos; las mugeres á pénas tapadas con unos harapos de un género de lana negra, con el pelo desgreñado y lleno de suciedad, se asoman á la puerta de sus chozas cual horribles visiones ó brujas de maldicion. No mas juegos, no mas cantos; están mudas las casas; ha perdido el indio su alegria, vive des-

graciado: pero tambien con ojo sombrío, recogido en sí, medita el mal, pensando en el modo de vengarse del rigor parcial de la Providencia para con él.

No se ha conocido, en Méjico, el robo con mano armada sino desde principios de las guerras de la independencia; como desde entónces han escaseado los castigos, han podido seguir sus propensiones anti-filantrópicas los hombres nacidos para el crímen. Bajo el gobierno español, á lo ménos, eso de bueno habia que no se libraba del suplicio el reo cuando lograban prenderlo; de suerte que, paralizado todo deseo perverso por el terror del castigo, se hacian los viages sin riesgo y estaban seguras las comunicaciones; pues son demasiado cortas las necesidades del Mejicano, para que busque él mejorar su suerte arrostrando la muerte. Bien podia entónces el caminante pasar la noche en una choza abierta, descansando la cabeza en una talega de pesos, que en ella dormia con toda seguridad. Salian cada mes de Méjico una ó dos conductas con un millon de pesos y aun mas, y, aunque caminaba sin escolta, se respetaba la banderilla real que tremolaba en las mulas. Iturbide fué el primero que para acelerar la marcha de la independencia se atrevió á apoderarse de aquel tesoro confiado á la buena fé pública; y desde aquella época las conductas, que son

ménos frecuentes con motivo del empobrecimiento del pais, ya no salen de la capital sin acompañarlas un cuerpo de caballería; y con todo, en ciertas épocas, él que les confia su fortuna, jamas se ve libre de temores hasta saber su llegada á Veracruz.

A no haberse uno resuelto de antemano á dejarse debalijar, aquí es preciso armarse, pues son tan célebres, por los asaltos que dan los ladrones, las inmediaciones de Perote, de Puebla y de Rio frio, que la mera vista de un hombre armado, por estos tremendos sitios, basta para dar un sobresalto. Sin embargo huyen del peligro los salteadores de camino de Méjico, atacando solo cuando creen rendir á los caminantes sin resistencia de su parte. Pueden dos hombres bien armados librarse fácilmente de seis ú ocho ladrones; y aun cuando fuere mayor su número los dispersan á menudo, si hieren de muerte á uno de los suyos. Lo malo es que demasiadas veces se vé uno asaltado de improviso en lugares estrechados, en los cuales no se puede saber el número de los agresores: en estos casos se halla uno en la precision de entregarse por temor de un mal peor que él de ser robado, si se hiciese una resistencia inútil.

Desde su arranque en Jalapa, el camino se compone de una calzada levantada sobre la serranía en medio de

los montes de encinas y pinos. Es magnífica esta calzada; pero desgraciadamente no la componen, de suerte que lleva ya el sello de la destruccion. En este punto ya se ha alcanzado la region de las nubes, y á menudo se transita por las nieblas, que, impelidas del viento, rozan el suelo corriendo, y lo envuelven á uno en su oscuridad transparente y húmeda. Es cosa verdaderamente curiosa él ver estos vapores salirle á uno al encuentro ó huir veloces por los helechos, cuando empieza la noche á dar formas fantásticas á los objetos, ó cuando esparce la luna en los bosques su luz melancólica; cual los manes de los héroes de Osian, remanecen bajo mil aspectos indeterminados; unos saliendo de un pinal se ocultan casi de repente detras de algunos árboles agrupados ó de rocas volcánicas; otros alumbrados por los rayos argentados de la luna presentan relieves suspendidos en las tenebrosas barrancas; otros, en fin, mas corpulentos se deslizan paulatinamente, como si anduviesen con trabajo. Pasan por momentos estas fantasmas á nuevas transformaciones, cuyas fases va siguiendo uno complacido, hasta que desaparecen en sombrías fragosidades, que parecen servirles de guarida.

Si se vuelve uno á mirar hácia el levante, logra un golpe de vista espléndido; á sus piés ve desarrollarse un

campo inmenso y undoso como el embravecido mar, pero risueño con su verdor y los resaltos de la fulgente luz que se derrama en sus eminencias. A un lado aparece á lo léjos, como una línea blanca, la catarata de Naolínco (1); al otro, cuando está la atmósfera despejada de vapores, se divisan las aguas del seno mejicano ciñendo el horizonte con su faja azulada.

En donde concluye la calzada, sigue el camino por algun tiempo entre fragmentos volcánicos, cuyas escorias, cubriendo el suelo, dejan poco lugar á la vegetacion, por lo que escasean ya los árboles; á corto rato, toma un aspecto insignificante el paisage, y á pénas ofrece pábulo á la distraccion hasta llegar al llano de Perote.

Allí cautiva la atencion una nueva planta hermosísima que excita el mayor interes; esta se cultiva en las tierras frias y aun en las templadas, y de ella puede decirse que es la vid de Méjico; quiero decir, el maguey,

---

(1) Tiene esta catarata mas de cuatrocientos piés ingleses de alto; la forma un rio que sale de la serranía de Chiconquiaco. Pocos son los que tienen conocimiento de ella, con todo que es la mas elevada del mundo despues de las de Tequendama (en la Nueva Granada) que mide quinientos ochenta piés ingleses de alto. Solo consta de ciento setenta piés la catarata de Niágara, siendo el volúmen de sus aguas lo único que la hace notable.

especie de grande aloe, cuyas hojas miden de diez á doce piés de largo, y cuya sombra al mediodia cubre un espacio de veinticinco ó treinta piés de circunferencia: sin embargo este tamaño no es comun, pues tiene esta planta por lo regular solo seis ó siete piés de alto con igual diámetro. En el centro del maguey, sale un cono recto, formado por hojas encajadas unas dentro de otras, en cuyo derredor se agrupan otras hojas, que alejándose del tronco describen una curva hácia el suelo. Se quita este cono, cuando está madura la mata, cortándolo en su base, y ahuecando en su lugar un depósito para el licor que destila del interior de las hojas. No tiene este licor otro sabor mas que él del agua endulzada con azucar; pero no se bebe hasta despues de fermentado dos ó tres dias: á esta sazon toma un gusto á vino blanco nuevo, y entónces se sube á la cabeza.

En Méjico se hace un consumo considerable de este caldo; allí el pueblo con especialidad lo bebe en crecidas cantidades; pero nunca llega bueno, casi siempre viene aguado por los indios que lo conducen, y los pulqueros que lo menudean; y luego los odres en que lo envasan le comunican un olor desagradable. Por otra parte, no siendo potable el pulque sino llegando á cierto punto de fermentacion, y distando mucho de Méjico

los buenos magueyales, es imposible poderlo beber á tiempo allí.

Están las hojas del *Maguey* cubiertas de una película que se parece, cuando se descorteza, á una finísima vitela. Sabian los antiguos Mejicanos prepararla haciéndola propia para el mismo uso que el papel; pero se ha perdido este arte. Esta película cuando se descortiza se encoge; y secando se rompe con el esfuerzo mas leve que se haga para desenroscarla. Está muy superior al *papyrus* de Egipto en cuanto á su grano y lo delicado de su tegido.

Tambien usaban los Mejicanos de un papel ordinario, hecho con una pasta de hebras de maguey (1) maceradas en agua: pintaban en éste su historia y las genealogías, representando personages, animales é instrumentos que iluminaban. A pesar del ciego celo de los Españoles, que destruyeron tantos monumentos curiosos, y quemaron una inmensa cantidad de aquellos preciosos manuscritos, todavía sin embargo existen algunos en las colecciones del Museo de Méjico, del Vaticano, de Dresde, de Paris y de algunos aficionados.

No tenian los Mejicanos caracteres particulares para

(1) Este maguey es él que dá la pita; es mas pequeña la clase á que pertenece que él que dá el pulque.

escribir su lengua; se valian de geroglíficos para representar los hechos históricos, y á veces tambien de *quipos* como los Peruanos.

Hállase situada la corta poblacion de Perote á principios de un largo llano cercado de cerros sobre los cuales se empina el Nauhcampatepec (1), llamado por los Españoles el *cofre* con motivo de su forma cuadrada. Este cerrro es uno de los mas elevados de la cordillera; pero no obstante no abundan en él las nieves.

Al llegar á Perote, sentí, por primera ocasion desde mi llegada á Méjico, un frio penetrante é incómodo, que me hizo tiritar obligándome á ir á calentarme á la lumbre de la cocina del meson en el cual nos apeamos.

El *meson* es en las poblaciones una posada para los viandantes, y, cuando se halla en despoblado y toma el nombre de Venta, viene á ser el Kiarvanserai del Oriente; pero este establecimiento, como todas las instituciones de orígen árabe ó mejicano, ha degenerado en manos de los Españoles. Comunmente se compone de cuatro cuerpos encerrando un patio espacioso, y con solo el primer piso dividido en cuartos separados. Estos reciben la luz solo por la puerta que cae al patio, la que es forzoso dejar abierta para poder ver. Están alhajados estos

(1) Esta palabra significa *cerro cuadrado.*

cuartos con un banco, una mesa y una tarima que podria hacer las veces de cama si las chinches, que pueblan todas sus rendijas, no impidieran su uso. Pero con la silla de montar, las armas de agua y un zarape, se improvisa fácilmente una cama á la dureza de la cual se va uno acostumbrando por fin; esta tiene cuando ménos la ventaja de hacer apreciar mejor el gozo tan agradable proporcionado por una buena cama cuando vuelve uno á sus hogares, haciendo olvidar pronto, este gozo, las malas noches que se han pasado, ó si las trae á la memoria, solo es para hacerlo mas voluptuoso.

En esto está cifrada la hospitalidad que, por dos reales, se recibe en el meson ó la venta; allí tiene uno derecho al cubierto, pero no á la mesa. Sin embargo, casi siempre se encuentra un figon en el mismo edificio, adonde van los caminantes á satisfacer mas bien la necesidad de su estómago que á procurar placeres gastronómicos; siendo unos mismos los platos que se expenden en todos ellos y en todos tiempos, esto es, mole con mucho chile, huevos fritos, pollos fritos en manteca de puerco, colocados en hojas de lechuga regadas con aceite rancio, en conclusion frijoles negros; tales son los platos de cajon de la cocina del meson.

Tendrá el llano de Perote unas diez y ocho ó veinte

leguas de extension; en ella presencié los efectos de la calina, que me causaron una viva y prolongada ilusion, durando este fenómeno óptico hasta que llegamos á Tepeyahualco, lugar á cuyas inmediaciones hay cerros en los cuales se encuentra con abundancia piedra pómez y trozos de lava que denotan un orígen volcánico.

De Perote á Puebla nada ofrece el paisage que pueda recordar la América, pues solo se ven llanos arenosos y cerros pelados ó poblados de una vegetacion desmedrada; y solo dos ocasiones está divertida la vista con la aparicion del pico de Orizava, *brillante como una estrella en los rayos del sol* (1); y por la de los volcanes de Puebla, cuyos ventisqueros alumbrados por chorros de luz descompuesta, nos pareciéron teñidos de púrpura al ponerse el sol.

Tuvo acierto nuestra cabalgata en cruzar de noche por los arrabales de Puebla, evitando así la acogida poco hospitalera que entónces daban los Poblanos á los extrangeros, especialmente cuando los arreos de camino diferian un poco de los suyos. Con preferencia asaltaban á los de á pié con una rociada de piedras que infaliblemente apresuraba su marcha, siempre demasiado lenta á medida de su deseo. Pero de algun tiempo á esta par-

(1) *Citlaltepec* significa *cerro relumbrante como una estrella.*

Litog. de Cumplido.

Corrida de toros en la plaza de San Pablo.

te, los hombres ilustrados y amigos del bien, que se han sucedido unos á otros en el gobierno de aquella ciudad, han hecho desaparecer estos vestigios de barbarie con una policía vigilante y rígida; así es que el extrangero, que vive en Puebla, no tiene que temer en el dia ni violencias, ni agravios.

Puebla, á la que se ha dado el sobrenombre de *los Angeles* á causa de la amenidad de su clima, consta de cincuenta á sesenta mil almas. Sus casas, con techos de azotea como en toda la América española, tienen una construccion, en general, poco graciosa; pero sus calles tienen en cada acera una banqueta espaciosa y cómoda; están muy bien enlosadas, y son de una limpieza exquisita.

Forma su plaza mayor un cuadro, tres lados del cual tienen portales bajos, y el cuarto lo ocupa la catedral, cuya arquitectura es deslucida y maciza, pero cuyos adornos interiores son riquísimos, atrayendo sobre todo la atencion su altar mayor, cubierto de láminas de plata vaciadas en bajos relieves de un trabajo curiosísimo.

Saliendo de Puebla, á unas dos leguas de distancia, divisamos desde la carretera los restos del famoso *Teocali* (1) de Cholula, coronado de fúnebres cipreses como

(1) *Teocali* quiere decir *casa de Dios.*

un sepulcro. Ha desaparecido el rico templo de *Quetzalcoatl*, que dominaba esta pirámide trunca; y ya no viene el cruel *topiltzin* (1) á saludar la aurora con manos enrojecidas en la sangre de las víctimas inmoladas, habiendo sucedido á este culto bárbaro otro ameno y puro, al que se ha consagrado, sobre las ruinas del templo pagano, una capilla dedicada á la vírgen de los Remedios. Este *teocali* fabricado de ladrillos era el mas alto de Méjico, y tiene todavía en su estado de deterioro ciento setenta y dos piés de elevacion, segun Mr. de Humboldt, y mil trescientos cincuenta y cinco piés de ancho en su basa.

Estaba la antigua Cholula consagrada con especialidad al culto de los Dioses; así es que era la Meca de Anahuac, encerrando infinidad de templos, sobre los cuales sobresalia el de Quetzalcoatl, dios del aire, al que venian en romería á consagrar sus ofrendas de las tierras mas lejanas.

En la actualidad es mas bien un pueblo que una ciudad, en donde los modernos moradores no tienen nada que ver con los antiguos, si no es una antifilantropía que hace peligroso su acceso.

Del otro lado del camino, á seis ó siete leguas mas

(1) Nombre que se daba al Gran Sacerdote sacrificador.

allá, se encuentra Tlascala, antigua enemiga de Cholula y de Méjico. Ya no presenta aquella famosa república mas que una aldea de pobres indios, situada al pié del monte *Matlalcueye*, que los Españoles denominaron la *Malinche*. Ofrece este cerro, que es muy empinado y de mucha extension, una particularidad rara, que ocupó su lugar en la mitología tlascalteca; y es que su cumbre está recortada de manera que representa, en ciertas posiciones, el esbozo de un cadáver recostado en un sepulcro y tapado á medias con una mortaja. A menudo lo ocultan las nubes, formándose en él tempestades terribles que van á reventar á lo léjos, con cuyo motivo le dieron los Tlascaltecas el nombre de su divinidad favorita, de aquella á quien eran acreedores de las fecundantes aguas y lluvias; y subian hasta su cumbre á ofrecerle oraciones y sacrificios de víctimas.

De Puebla fuimos á dormir á S. Martin de Tezmelucan, y al otro dia á Rio frio, lugarejo infeliz situado en medio de los bosques á corta distancia del punto mas elevado en el camino de Veracruz á Méjico. No tardamos en percibir los efectcs de esta elevacion luego que el sol nos hubo privado de sus benéficos rayos, pues habiéndose bajado al suelo una neblina densa y fria, nos penetró hasta los huesos dejándonos yertos.

Serpentea el camino de S. Martin á Rio frio por medio de inmensos bosques de pinabetes resinosos, que esparcen un olor fuerte, pero agradable. Con un dia sombrío todo es romántico por estas soledades, cuando está agitada la atmósfera; el aire retozando entre las yerbas secas, que crecen en medio de los troncos de los árboles, da un chillido melancólico, al paso que el viento, corriendo por las agujas de su ramage, silva modulando tonos como flautas de órgano. Las copas de los boques, levantándose á manera de anfiteatro, forman recortados festoneados en el transparente cielo; y, cuando algunas quebradas ensanchan el horizonte, se divisa por encima de su faja negruzca la deslumbrante nieve del Iztaccihuatl, cuya helada costra centellea como el resplandor del sol en el agua agitada. Este cerro, cuyo nombre mejicano quiere decir *muger blanca*, arrojaba, dicen, antiguamente humo y llamas; pero sin embargo carece de crater bien determinado, y nada se nota en la forma de su mesa alargada que reuna las circunstancias de un volcan.

Por el contrario, presenta el Popocatepec, que está contiguo á él, un cono empinado y truncado hácia su cumbre por un crater profundo, de donde casi siempre están saliendo humo y vapores calientes muy azufrados;

domina al Iztaccihuatl con seiscientos metros; y su pico es el punto mas elevado de la cordillera sobre el nivel del mar, aunque su altura es ménos que la del Orizava, si se computa desde la basa. Bajo el imperio de los Aztecas, este volcan arrojaba á menudo llamas y piedras; y todavía por el siglo diez y siete arrojaba cenizas; pero en el dia está casi apagado, y las columnas de humo, que despide, á penas son perceptibles en los lugares ubicados en su falda.

Por la parte del sur es practicable la subida al crater; pero no sucede así con las demas por donde no se puede subir. El primero que ascendió á reconocerlo fué un Español del ejército de Cortés; desde entónces son pocos los que han tenido la curiosidad de repetir la prueba, hasta que los Sres. Baron Deffaudis, ministro plenipotenciario de Francia, y Baron Gros, primer secretario de la misma legacion, fuéron en 1834 á explorar en parte el crater, que mide mas de una legua en circunferencia. Miéntras estuvo allí, sacó una pintura de dicho crater el Sr. Baron Gros, cuyo pincel hábil ha reproducido con el mayor acierto las vistas mas pintorescas de Méjico.

Se empieza á descubrir el valle de Méjico en Venta de Córdova, él que se halla á igual distancia de ambos

mares á unos dos mil trescientos metros sobre su nivel. Esta elevacion es la que no permite que en ningun tiempo exceda el calor del que se experimenta en el mes de julio en Paris, ni que el frio sea mas crudo que él del mes de mayo; por manera que allí se pueden usar los mismos vestidos en todas las estaciones del año.

Este valle, cuya longitud es de unas diez y ocho leguas, contenia ántes de la conquista un gran número de ciudades florecientes y de aldeas rodeadas de sotillos y de risueños campos, que hacian de él un vasto jardin; pero todo ha variado mucho, habiéndose vuelto aldeas las ciudades y desaparecido las aldeas; y el cultivo se halla en un estado de abandono que causa tristeza. No obstante, á falta de la mano de los hombres, la naturaleza da todavía á este valle un aspecto pintoresco y grandioso.

Bajando las vertientes orientales de los cerros, se divisan de plano el Popocatepec y el Iztaccihuatl, cuyos mantos helados despiden á lo léjos un frescor apacible, y que, como otras columnas de Hércules, ponen coto al valle. A su frente se tiende hasta los cerros opuestos la sábana de agua de la laguna de Chalco surcada por barquillas de indios pescadores ó placeros; por acá y acullá salen algunas turgescencias volcánicas en el llano, y es-

te queda cercado de montañas como un parque dentro de sus paredes.

Desagua la laguna de Chalco lo supérfluo de su caudal en la de Tescuco, que se encuentra un poco mas léjos.

Son saladas estas dos lagunas, pero lo es mucho mas esta que aquella; así es que sus riberas están blanqueadas con la sal que depositan en ellas sus aguas; y los terrenos, que las circundan, se hallan saturados con ella hasta mas de una milla de su orilla.

Lo único que se pesca en la primera de estas lagunas es un pececillo blanco bastante delicado. Raras veces llega otro pescado fresco á la plaza de Méjico. Tambien comen los indios y el pueblo bajo una especie de lagartija acuátil, que no se encuentra en otro parage, y cuya hembra ofrece particularidades curiosas en su naturaleza y conformacion. Este pez, llamado *Ajolote*, tiene una figura asquerosa, que me ha quitado el deseo de probarlo; sin embargo dicen que su carne es buena y sana.

Abundan tanto los patos en las lagunas que, con una batería mal arreglada con cañones de fusil viejos, se matan hasta ocho cientos de una sola descarga. Pero tan delicados y suculentos como son los patos del Goatzacoalco, tan basta y seca es la carne de estos, la que conserva un sabor á pescado y fango contra el cual son ine-

ficaces todos los condimentos. Con cuyo motivo se abandonan á la gente de medio pelo; y el lépero hace una cena mas que regular con un pato que le dan asado por medio real.

A dos leguas de Méjico llega uno á la calzada del Este levantada en la laguna de Tescucó; es una de las cuatro que remataban en la capital de los Aztecas; pero es la única que permanece enteramente aislada en medio del agua. En este punto se enriquece el paisage con terrenos quebrados y nuevas vistas; las cordilleras, que salen de los volcanes, vuelven á juntarse formando un seno elíptico, cuya cavidad la ocupan las lagunas, y Méjico uno de los focos. Al cabo de la calzada se desarrolla, risueña y hermosa, entre dos cortinas de sauces espigados como álamos, la antigua ciudad de Moteuczoma, cuyas casas, todas pintadas con colores claros, resplandecen en el sol y parecen acabadas de fabricar; una multitud de cúpulas de iglesias y conventos, descollando sobre las azoteas, la cubren como vastos quitasoles; la arquitectura morisca de estos edificios los haria equivocar de léjos y tener por otras tantas mezquitas; y las torres cuadradas de la catedral, que todo lo dominan elevándose cual dos minaretes, acaban por dar á Méjico un aspecto enteramente oriental.

Contemplaba complacido este espectáculo, pero no sin emocion, pues allí era el fin de mi viage y la solucion del problema de mi existencia venidera; las meditaciones á menudo se apoderaban de mí, y dejaba á mi caballo el cuidado de guiarme; pero lo que me rodeaba me causaba demasiada novedad para que mis pensamientos pudiesen sustraerme por mucho tiempo á su poderío.

# CAPITULO V.

**SUMARIO.**

Ultimas emigraciones de las naciones del Norte á la mesa de Méjico.—Los Aztecas.—Su imperio.—Elevacion de Moteuczoma II al trono.—Su carácter.—Llegada de Hernan Cortés.—Su entrada en Méjico.—Moteuczoma preso.—Llegada de Narvaez.—Es hecho prisionero por Cortés.—Matanza de los magnates mejicanos de órden de Alvarado.—Muerte de Moteuczoma.—Noche triste.—Hospitalidad de los Tlascaltecas. Sitio y toma de Méjico.—Méjico moderno.—La plaza mayor.—Catedral.—Palacio nacional.—La Minería.—La Universidad.—El Museo nacional.—Antigüedades.—Eran antropófagos los Mejicanos.—Número de víctimas inmoladas.—La Alameda.—Bucareli. Coches.—La Viga.—Chinampas. Vista de la Acequia durante el paseo.—Los Ginetes.—El payo.—Los jaeces del caballo.—Una corrida de toros en Méjico.—La ópera italiana.—Guerra detras de los bastidores.—La comedia española.—Teatro de Vergara.—Elegancia de las señoras de Méjico.—Trage de los hombres.—Juéves Santo y sábado de Gloria.—Los artesanos franceses en Méjico.—Efecto producido de su llegada.—Los léperos.—Es fácil hacer desaparecer hasta el pensamiento del crímen.—La Habana.—Tacon.—Duelos entre los léperos.—Brusca transicion del pueblo bajo á la clase inmediatamen e superior.—Notables cambios acontecidos en las clases altas.—Instruccion pública.—Dotes de las señoras.—Virtudes sobresalientes.—Sociabilidad de los Mejicanos.—Indústria.—La aristocracia.—Reflexiones.

Los primeros habitantes de Méjico fuéron los Otomites, los Totonacos, los Mixtecos, los Zapotecos, los Chia-

panecos y otros varios, que todos diferian de costumbres y de lenguage; pero se ignora de donde vinieron, cual fuese el tiempo de su llegada y los motivos de sus viages. Sin embargo, es verosímil que vendrian del norte como los Toltecas, los Chichimecos y los Aztecas, que llegáron posteriormente y con intervalos largos á la mesa de Méjico.

Por lo que toca á estos últimos pueblos, es casi cierto que eran originarios del Asia, y que pasaron del antiguo continente al nuevo, sea por el estrecho de Bering ó sea por el archipiélago de las islas Aleucianas. Por otra parte, existe un hecho notable, y es que corresponde la emigracion de los Toltecas, con corta diferencia, al tiempo de la emigracion de las poblaciones asiáticas, que, bajo el nombre de Hunos, inundaron la Europa, y que estos mismos salian del norte de la Tartaria china, esto es, de la parte del Asia mas vecina al continente americano.

Fué por los años de 544 de la era vulgar cuando saliéron los Toltecas, conforme á sus tradiciones, del reino de Tolan, cuya situacion al norte de Nuevo Méjico queda por determinar; y, tomando su direccion hácia el sur, camináron hasta que la falta de víveres les precisó á parar para cultivar la tierra y cosechar. Pasaron de este

modo muchos años consecutivos en varios puntos, levantando lugares y estudiando la fertilidad y los recursos de cada region; de suerte que, durante este largo viage, las generaciones tuvieron tiempo para renovarse varias veces. Por fin, al cabo de ciento cuatro años de su salida, llegaron al sitio que llamaron Tolancingo (1), fundando pocos años despues en las inmediaciones la ciudad de Tolan, hoy Tula, que llegó á ser capital de sus estados.

Fuéron célebres los Toltecas entre todas las naciones antiguas de Méjico en punto á su superioridad en civilizacion, pues estaban adelantados en las artes, y tuviéron conocimientos exactos y extensos en astronomía. Ellos fuéron los que dividieron el siglo en cincuenta y dos años, dando al año trescientos sesenta y cinco dias, ó diez y ocho meses con veinte dias cada uno, agregando al último cinco dias consagrados á la holganza, y cada cuatro años (2) un dia intercalar mas, modo de computar el tiempo que fué adoptado por todos los pueblos de Anahuac (3).

---

(1) En el dia *Tulancingo*.

(2) Astro. Tolt., Sigüenza, Boturini &c.

(3) *Anahuac* significa en lengua mejicana *á orillas del agua*. Solo se dió en los principios este nombre al valle de Méjico, en donde se habian

Habíase multiplicado considerablemente la nacion tolteca, levantándose varias ciudades populosas en derredor de Tula, cuando viniéron á descargar sobre ella calamidades horribles; esterilizados sus campos por largas secas, diezmó el hambre á las poblaciones; y una peste mortífera acometió á los miserables restos de ella. Los que sobreviviéron á tantos males procuraron sustraerse de ellos abandonando su nueva pátria, y se fuéron algunos á Guatemala, otros á la costa oriental, quedando solo unas pocas familias en Tula y en el valle en donde mas tarde fué Méjico. Así vino abajo la monarquia tolteca despues de cuatrocientos años de existencia.

A cosa de un siglo despues de la dispersion de los Toltecas, viniéron los Chichimecos, hordas totalmente salvages, procedentes de la tierra de Amaquemecan, cuya posicion geográfica es tan desconocida como la de Tolan. Ignoraban estos pueblos las artes y hasta la agricultura, alimentándose solo de raices y de la caza; pero, habiéndose fijado en el valle de Méjico, se emparentaron con las familias toltecas de quienes aprendieron el mo-

---

fundado las primeras poblaciones de los pueblos emigrados en las orillas de la laguna; pero se fué extendiendo poco á poco á las provincias conquistadas, acabando por abrazar todo el pais conocido despues bajo el nombre de Nueva España.

do de cultivar la tierra y las artes mas necesarias á la vida.

Al cabo de algunos años, habiéndose difundido, por Amaquemecan, la noticia que habian llegado los emigrados chichimecos á una tierra deliciosa, cuyos montes abundaban de caza y el terreno de frutas sabrosísimas, se pusiéron al frente de nuevas cuadrillas tres príncipes de las inmediaciones, que vinieron á Tescuco (1) á pedir al rey chichimeco licencia para establecerse en su territorio, empeñando la fé de servirle como fieles vasallos. Acogióles este como á unos hermanos, dándoles sus hijas en matrimonio; y habiéndose verificado numerosas alianzas entre estos dos pueblos, á poco tiempo no formaron mas que uno bajo el nombre de *Acolhua* ó *Acolhuis*, tomando su reino él de Acolhuacan (2).

No se limitaron á esta sus emigraciones; siguieron las huellas de las primeras otras colonias, que vinieron sucesivamente á parar en la misma mesa de la cordillera, formando en contorno de las lagunas distintas poblaciones ya independientes, ya dependiéntes del rey de A-

(1) Capital de los Chichimecos, levantada en la orilla septentrional de la laguna á la que da su nombre.

(2) Duró 330 años la monarquía Chichimeco-Acolhuis, cayendo en 1521 con la de Méjico y Tacuba.

colhuacan, las que, aunque procedentes de un mismo tronco y hablando la misma lengua, se miraban con celo en un mismo teatro, y tratáronse como enemigas. Las mas célebres de estas tribus fuéron las de los Tepanecos, de los Tlascaltecas (1) y de los Aztecas.

Habiendo salido, los Aztecas, de la provincia de Aztlan (2), hácia los años de 1160 de la era cristiana, se pararon en las orillas del rio Gela en donde se ven hasta la fecha las ruinas de las casas que levantaron; mas tarde hicieron otro alto á obra de ochenta leguas al noruestе de Chihuahua, en un lugar conocido con el nombre de *casas grandes*, á causa de un vasto edificio que en el dia subsiste todavía, y que servia de fortaleza á estos pueblos. Por último, llegaron á Tula y de este punto al cerro de Chapultepec, en el cual se establecieron hácia mediados del siglo décimo tercio.

Tuviéron aquí que sufrir las persecuciones de varios reyecitos de las inmediaciones, por lo cual se vieron obligados á abandonar este asilo para retirarse á un grupo de islas en la extremidad meridional de la laguna de

(1) Los Tlascaltecas poblaron las lagunas ántes de fijarse al Este del valle de Méjico.

(2) Dice Agustin de Betancourt que estaba situada Aztlan á novecientas leguas de Méjico, hácia el Norte del golfo de Californias.

Tescuco, en las cuales pasaron la vida mas miserable, manteniéndose solo con pescado, insectos y raices, y cubriéndose con juncos y enramadas.

Hacia llevaderos, á lo ménos, tantos males, la libertad que aquí gozaban los Aztecas; pero poco tardaron en perderla tambien, pues habiéndoles hecho la guerra el señor de Colhuacan, los derrotó llevándoselos á sus estados en donde los redujo á la esclavitud. Pero, con todo, pronto los soltó, y pudiéron levantar otro establecimiento en Iztacalco, lugar que abandonaron dos años despues, para fijarse definitivamente en un islote de la laguna, en donde vieron una águila posada en un nopal; pues era este el indicio, dado por los oráculos, del lugar en el cual debian fundar su pueblo.

El primer cuidado de los Aztecas fué construir una cabaña que sirviese de templo á su dios *Huitzilopochtli* (1), y se fabricaron en derredor algunas casitas de carrizo y de cañas, siendo estos los humildes principios de la gran ciudad de Tenochtitlan, que debia ser capital de un vasto imperio y la ciudad mas hermosa del nuevo mundo. Tambien se llamó *Mexico* del nombre de *Mexitli*, cuya significacion es idéntica con la de *Huitzilopochtli*.

Aislados por segunda vez en medio de las aguas, sin

(1) Nombre del dios de la guerra.

tierras que cultivar, sin ropa para taparse y viviendo en contínua desconfianza con sus vecinos, igualó su indústria á su desvalimiento, pues que, no bastando ya la reducida isla de Tenochtitlan á la poblacion, levantaron en pilotage terraplenes en los cuales fabricaron casas, y, por medio de ramages con fango de las lagunas, formaron jardines llamados *Chinampas*. Respecto de los renglones de primera necesidad, proporcionáronselos vendiendo en los mercados inmediatos el producto de su pezca y de la caza de las aves de la laguna.

Hacia trece años que vivian por este tenor, cuando se dividió la nacion en dos bandos; separándose de la colonia, uno de ellos fué á plantarse en una pequeña isla inmediata que se llamó Tlaltelolco. A mediados del siglo décimo cuarto, mudaron su forma estos dos gobiernos, que hasta la fecha habian sido teocráticos, pidiendo los Tlaltelolqueses un rey á los Tepenecos, en cuyo territorio hallábanse las islas de la laguna; pero eligiéronse los Mejicanos uno de su nacion, lo que irritó al rey de Azcapusalco (1), ya enconado con ellos por la faccion de Tlaltelolco.

A su avenimiento al trono de Méjico, Acamapichtl

(1) Capital de los Tepanecos.

zin (1) debió pues experimentar las resultas del orgullo zaherido de aquel monarca; así es que los Mejicanos pagaron caro su imprudente eleccion, duplicándose al momento el tributo de pescados y aves acuátiles que debian á los Tepanecos, imponiéndose, al año siguiente, nuevos gravámenes á este desgraciado pueblo hasta llegar, por fin, á ser imposibles de satisfacer las exigencias de Azcapusalco.

Habiendo llegado á este término de una serie de inauditos infortunios, los Mejicanos viéron de repente cambiarse su suerte. Acababa de subir al trono de los Tepanecos un nuevo rey, á quien se ganaron aquellos á fuerza de sumisiones y de ruegos; cesó así la persecucion, y el segundo rey de Méjico consiguió aun el insigne honor de casar con la hija de su señor.

Por la misma época, los Mejicanos fuéron llamados á socorrer al rey de Acolhuacan en una de sus guerras; y la gloria de que se cubrieron no poco contribuyó á consolidar su estado político, mejorando su condicion privada. Desde entónces empezaron á gozar mayor libertad; extendióse su comercio; dió lugar á finísimos géneros de algodon, la basta tela de maguey con que ántes vestian;

(1) Nombre del primer rey de Méjico.

así es que penetrando por todas las clases un bienestar general, aceleró asombrosamente el aumento de la poblacion.

Libres en adelante de toda inquietud respecto á su existencia material, se dedicaron los Mejicanos á hermosear su ciudad; cuidando mas de su arquitectura, levantaron hermosas manzanas y edificaron numerosos templos, construyendo en medio de las lagunas aquellas cuatro calzadas que mas tarde causaron admiracion á los Españoles.

Sin embargo, no del todo habíase apagado el odio inveterado de los Tepanecos hácia los Mejicanos; léjos de esto habíase despertado con los primeros adelantos de estos, é iba creciendo á proporcion del desarrallo de sus fuerzas; pero se acercaba ya el momento en que estos dos pueblos habian de permutar los papeles que hasta aquí representaron, y en que iban los Tepanecos de señores altaneros y crueles á volverse humildes vasallos.

Con todo, jamas habia llegado á encumbrarse tanto el poder de los Tepanecos, pues acababan de conquistar el reino de Acolhuacan, aumentando su imperio con todo el territorio de los vencidos; y, por evitar una muerte cierta, vivia errante el heredero de la corona de Tescuco. Pero cual relámpago fugaz pasó tanta gloria; pues

logró este príncipe fugitivo hacerse un partido poderoso, prestáronle su apoyo los Mejicanos; y sitiada Azcapusalco, y tomada por asalto, recibió la ley de los vencedores (1425).

Sin embargo, cual diestro político, no incorporó el rey (1) mejicano á sus estados todos los de los Tepanecos; así es que para que se mantuviesen mas sosegados y aguantasen mas fácilmente su dominacion, les dió un rey de la misma familia de sus propios soberanos, formando en su obsequio el nuevo reino de Tacuba (Tlacopan), y reservándose solo el dominio eminente en aquel reino, así como tambien en él de Acolhuacan, que devolvió al príncipe destronado. Diéron principio á la omnipotencia del imperio mejicano estos dos grandes feudos, con su alianza ofensiva y defensiva, quedándole siempre unidos hasta la sumision á los Españoles.

Bien pronto se hicieron tributarios de Méjico todos los pequeños estados de las inmediaciones, ó quedáron agregados al imperio. El mismo Tlaltelolco se sujetó á Tenochtitlan, y estas dos ciudades, levantadas tan cerca una de otra, no formaron ya mas que una. Luego, por el Sudeste, extendiéronse las fronteras hasta Guatemala; al Sur hasta el océano pacífico; al Este hasta Yuca-

(1) Ixcoatl, 4.° rey mejicano.

tan y el Seno mejicano (pero por aquel rumbo, ademas del reino de Acolhuacan, varios estados encerrados en dichos límites quedaron independientes, como las repúblicas de Tlascala, de Cholula y de Huejotzinco); finalmente, por la parte del Oeste y del Norte, estaba limitado el imperio por las posesiones del reino de Tacuba, por las del de Michoacan (1) y las de los bárbaros Otomites y Chichimecos (2). Este era el poder de Méjico cuando subió al trono Moteuczoma II, nombrado Jocoyotzin (el jóven).

Era Moteuczoma II magnífico y dadivoso; así es que el lujo de su corte era extraordinario, excesivos sus gastos, y haciendo su persona objeto de la veneracion de los pueblos, un ceremonial lleno de dignidad cuando se presentaba en público. Fué este príncipe puntual observador de las leyes; pero á menudo degeneró hasta la crueldad su justicia; y fiel cumplidor con el culto de sus

(1) Estaba este reino situado al N. O. de los estados mejicanos, y era su capital Tzintzontzan, sita á orillas de la laguna de Páscuaro.

(2) No se habian civilizado todos los Chichimecos como los que se aliaron con los Toltecas, pues los hubo que, prefiriendo la vida salvage, siguieron viviendo de su caza y vistiendo con pieles de fieras, y mezcláronse con los Otomites. Estos se quedaron en las serranias, en donde vivian aun sin gefe por el siglo XVI.

dioses, se dejó llevar de la supersticion, la que campeó en su ánimo en tanto grado que, tomando, su fé, en los agüeros y las predicciones, el lugar de su voluntad, la mudaba en una inaccion inerta, haciéndole á un mismo tiempo el juguete y mejor apoyo de los conquistadores españoles.

Entre los pueblos de Anahuac, existia una antigua prediccion anunciando que hombres, de distinta naturaleza de la suya, vendrian un dia, por la parte de levante, á apoderarse del pais; de manera que, cuando desembarcó Cortés en la costa de Veracruz, y vió, el rey, las pinturas representando á los Españoles, sus caballos y buques, y cuando le hubieron dicho de que armas tan terribles hacian uso estos tremendos extrangeros, ya no le cupo duda de que fuesen los héroes predestinados descendientes de su dios Quetzalcoatl (1).

Presa entónces su alma de dos sentimientos contrapuestos, siendo el uno el temor de perder su corona, y

(1) Quetzalcoatl, Manco-capac y Bochica son los nombres sacrosantos de los tres grandes sacerdotes y legisladores de las mesas de Anahuac, Cuzco y Cundinamarca. Representábanlos las antiguas tradiciones como hombres que habian venido de la parte del poniente, de un pais desconocido; y eran barbudos, ménos trigueños que los indígenas, en medio de los cuales se aparecieron.

el otro su ciega sumision á los decretos de la Providencia, todo lo puso por obra, ménos la fuerza, para estorbar él que subiese Cortés hasta Méjico; y colmándolo con riquísimos regalos cada vez que le mandaba una embajada, no sirvió su largueza sino de nuevo incentivo á la codicia del conquistador; pero luego que hubo recibido á su corte á aquel arriesgado guerrero, descendió de sí propio al rango de ministro de sus voluntades. Nada nos ofrece la historia que se parezca á la expedicion de Cortés á Méjico, la que patentiza hasta la evidencia con modos terríficos la irresistible fuerza del destino, por endebles que sean sus recursos para lograr sus fines; pero tambien nada iguala el indomable denuedo, lo grande de las concepciones y teson casi sobrenatural del hombre á quien tenia reservado el cumplimiento de sus decretos.

Por verificarlos se interna Hernan Cortés en un pais desconocido, cuya poblacion es innumerable y debe serle opuesta; los guerreros, que tiene que acometer, son de sí robustos, curtidos en los trabajos de la guerra, dotados de un valor que no sabe doblegarse; y, para superar tantos obstáculos, tiene Cortés solo cuatrocientos quince infantes españoles y diez y seis caballos con algunas piezas de artilleria. Pero, como ha anticipado él que se deanimarian sus compañeros de armas, ha quemado su

flota, no dejándoles así mas alternativa sino la de vencer ó morir.

Negociador hábil, halaga con la venganza á los pueblos sometidos á la dominacion tiránica de los Mejicanos, al paso que va dando pábulo á las disposiciones hóstiles de aquellos que todavia quedan por domar; así es que se grangea poderosos aliados con los Totonacos y las repúblicas de Tlascala y Cholula. Sin embargo entra en Méjico como amigo, en donde lo acoge Moteuczoma con demostraciones de extraordinaria distincion y sincera benevolencia, mandándole cada dia nuevos regalos de vestidos, aderezos de plumas ó joyas de plata y oro de mucho valor y trabajo exquisito.

Pero conociendo Cortés su ineficacia en caso de mudar la nacion sus buenas disposiciones para con él, asegura la persona del rey, á quien conserva de rehen, dándole por prision su cuartel general; entónces fué cuando se formó un bando opuesto á los Españoles, á cuyo frente se puso el rey de Acolhuacan, sobrino deMoteuczoma, como caudillo de los desafectos. Reconvino Cortés con severidad á su prisionero de fomentar él mismo aquellas insurrecciones; y, en prueba de su inocencia, el desgraciado rey tramó con Cortés la ruina de su sobrino, entregándolo á él y al rey de Tacuba con los próceres del pais,

á manos de los Españoles, de cuyas resultas llegó la inquietud á lo sumo, amagando una borrasca furiosa á Cortés, y en este tiempo aportó á Veracruz la expedicion de Narvaez, á quien habia despachado el gobernador de Cuba para que se apoderase de aquel caudillo y lo juzgase como rebelde á su rey.

Componíase la escuadra, mandada por Narvaez, de diez y ocho buques, trayendo mil trescientos hombres, ochenta y cinco caballos y doce piezas de artillería; y con todo no desmaya Cortés á vista de la desigualdad de su fuerza: avivado su ingenio á medida del peligro que lo amaga, combina las alternativas de éxito que puede tener, é inmediatamente las aprovecha. A este fin, deja en Méjico á Alvarado, saliendo él en persona con setenta hombres, á los cuales se reuniéron setenta mas de la guarnicion de Veracruz; y con este puñado de hombres se abalanza de improviso á Narvaez durante la noche; apodérase de su artillería y caballos, y, haciéndole prisionero, obliga á sus tropas á reconocerlo por capitan general y juez supremo.

A la sazon un acto imprudente y bárbaro de Alvarado habia exasperado á los espíritus, haciendo romper las hostilidades en Méjico, con el motivo siguiente. Habíase reunido toda la nobleza mejicana, el dia de la fiesta del

dios de la guerra, á celebrar esta solemnidad con juegos y bailes. Componiéndose esta concurrencia de lo mas principal de la nacion, resplandecian por do quier en los vestidos el oro y las piedras preciosas. Al ver tantas riquezas Alvarado impulsado por su codicia, concibe el deseo infernal de apoderarse de ellas; á consecuencia da la señal de atacar, y son degollados todos aquellos infelices.

Desde aquel momento los Españoles tuvieron que sostener ataques contínuos y terribles; y solo por la interposicion de la autoridad del rey pudieron escapar del exterminio general. En esto llega Cortés con refuerzos que ascendian á nueve mil hombres de todas armas, inclusos los aliados: restablecen el equilíbrio la superioridad de sus armas, disciplina y táctica militar, y caen á millares los Mejicanos bajo el fuego de los Españoles. Con todo, están estos rendidos al cansancio, pasando el dia en pelear y la noche en curar á sus heridos y componer sus fortificaciones.

Ya queda desconocida la autoridad del rey, siendo ineficaces, para contener el ímpetu de los sitiadores, su presencia y sus órdenes; se ve ultrajado por sus súbditos en un ataque furioso en que hace aun por defender á los Españoles contra ellos, y recibe una pedrada en

la cabeza, de cuyas resultas muere á pocos dias (1).

Creciendo por momentos la multitud de los enemigos, á pesar del destrozo causado por la artillería, le es forzoso á Cortés pensar en la retirada; y aprovechando la obscuridad de la noche, empieza su marcha con el mayor silencio; pero, sin embargo, alertos los Mejicanos, dan el alarma, y los Españoles son atacados con furia en medio de las ciénegas cortadas por canales por donde se encaminan. Es horrorosa la matanza que en ellos hacen, y no escapan sino con inauditos trabajos, y dejando en el campo de batalla cuatrocientos cincuenta de los suyos, mas de cuatro mil aliados, su artillería y todas las riquezas que se llevaban.

Habiendo escapado de los peligros de aquella noche fatal, conocida con el nombre de *noche triste*, dirigiéronse los Españoles á Tlascala, su fiel aliada, en donde no llegaron sino despues de cubrirse de gloria en la batalla de Otumba.

Despues de celebradas las exéquias de Moteuczoma,

(1) Los historiadores españoles atribuyen la muerte de Moteuczoma á los Mejicanos, y estos se la achacan á los Españoles. Pero, dice Clavigero, á penas podrá suponerse que Cortés, hombre cuya política era tan refinada, haya cometido un crímen que solo podia acarrearle los mayores males, pues era Moteuczoma el mejor apoyo que tenian los Españoles.

los Mejicanos eligieron por rey á Cuitlahuatzin, hermano del difunto monarca; pero lo arrebató á sus súbditos, pocos meses despues, el azote de las viruelas, que trajeron los Españoles á los Americanos; y á su muerte dieron la corona á su sobrino Quauhtemotzin, undécimo y último rey de Méjico.

Miéntras los Españoles descansaban de sus trabajos y curaban sus heridas en Tlascala, se reclutaba su ejército por momentos con nuevos auxiliares; y habiendo Cortés, con buenos manejos, logrado se colocase en el trono de Acolhuacan á un príncipe que reunia á su favor el voto de una gran porcion del pueblo, se ganó con este un poderoso aliado, y entónces fué cuando se resolvió á poner sitio á Méjico, saliendo con cerca de ochenta mil guerreros, cuyo número fué creciendo siempre, y á poco tiempo ascendió á doscientos mil.

Empezó el ataque el dia 31 de Mayo de 1521 con igual encarnecimiento por ambas partes; así es que espantaba el número de los muertos, quedando infecto el aire por los miasmas de los cuerpos putrefactos que yacian por el campo sin sepultura; y al cabo de setenta y cinco dias de heróica resistencia, cayeron en poder de los sitiadores la ciudad y la persona del rey (1), y solo

(1) Sufrió Cortés que quemaran los piés á aquel jóven rey, para que

entónces fué cuando se entregaron los Mejicanos, que no eran ya sino unos esqueletos, cuya vista horrorizaba. Durante este sitio, habian muerto de hambre y enfermedades mas de cincuenta mil personas, al paso que caian mas de cien mil combatientes arrebatados por el hierro y el fuego de los sitiadores.

Al caer Méjico, pasaron igualmente todos los pueblos de Anahuac bajo el yugo opresor de los Españoles; y no tardaron en arrepentirse aquellos mismos que habian asistido á Cortés en su empresa, por sustraerse de la tiranía de los Mejicanos, pues se habian fraguado hierros todavía mas pesados que los primeros.

Efectivamente, nada habíase cambiado en su existencia social bajo el imperio de los Aztecas, conservando cada clase la categoría, distinciones y dignidad que le correspondian; al paso que bajo la dominacion española, fuéron indistintamente entregados á la miseria y al desprecio, todos los indios, á excepcion de los descendientes de Moteuczoma, á quienes concedieron los reyes de España privilegios, con motivo de la proteccion con

---

declarase en donde estaban sus tesoros; y tres años despues, durante su viage á Honduras, lo mandó ahorcar, juntamente con los reyes de Tacuba y de Acólhuacan, por solo el crímen de pertenecer estos desgraciados príncipes á un rango demasiado elevado para no ser temibles.

que sostuvo á los Españoles, su real ascendiente, cuyo biznieto fué condecorado con el título de Conde de Motezuma y Tula (1). Pero los que se enlazaron con Españoles jamas ascendieron de la clase media de la nacion, y considerando á los demas como indios llanos, los ocuparon en los mismos trabajos que estos.

Existen todavía aldeas en donde los indios reconocen por caciques á los descendientes de sus antiguos señores; pero no hay mas diferencia entre ellos que el respeto que siguen aquellos teniéndoles. Por lo demas, vestidos con unos miserables calzoncillos, con los piés calzados de una suela de cuero, se les vé encaminándose hácia la ciudad inmediata, doblados bajo el peso de los abastos que á ella van á vender, y de cuyo producto gastan una parte en embriagarse con aguardiente.

Nada tiene que ver el Méjico moderno con el antiguo, pues ha desaparecido todo: han sido sustituidos los *teocalis* con iglesias y conventos, derribados los palacios de los reyes, sirviendo sus materiales á la construccion de nuevos edificios y de las casas de los conquistadores que se radicaron en el pais.

Dispuestas las calles todas por los cuatro rumbos car-

(1) D. Pedro Tesifon Motezuma de la Cueva, primer conde de Motezuma y Tula, y vizconde de Iluca.

dinales, como antiguamente, se cruzan á ángulos rectos, y por todas partes se divisa la cordillera que circunda el valle. No están siempre estas calles tan aseadas como fuera de desear; sus banquetas son muy angostas generalmente; pero sus aceras se componen de casas cuya arquitectura es regular y elegante.

Constan dichas casas de cuatro martillos encerrando dos patios, el primero en el centro y el segundo atrás destinado para las caballerizas. Por lo comun sobre el entresuelo solo llevan un piso rematando con azoteas. Sirven de vivienda únicamente los cuartos altos; y los del piso de la calle se alquilan para tiendas y almacenes, á causa de la mucha humedad del suelo que á ocho pulgadas de su superficie tiene el agua.

Al fondo del primer patio, sube una hermosa escalera de cantería hasta el cuarto principal, al que da la vuelta interiormente un corredor circular aunque mas comunmente semi circular, cuya amplitud y hermosura dependen de la importancia de la casa. Descansa este corredor en una serie de arcos con columnas levantadas del patio, y lo cobija una prolongacion de la azotea, sostenida por columnas y arcos correspondiendo á los del suelo, formando así un doble peristilo á la morisca. Está siempre adornado con macetas el corredor superior, que

en algunas casas no tiene ménos de doce piés de ancho, y estas flores dan al edificio un aire festivo, un viso de riqueza y aun de grandeza que siempre hé admirado.

Pero en esto se cifra todo lo bueno de la construccion de las casas; pues por lo que toca á la arquitectura de distribucion permanece en pañales todavía, siendo los cuartos de crujía, inutilizándose unos á otros por falta de salidas y entradas adecuadas.

Sin embargo se logra sacar tal cual partido de dicha mala disposicion, cuando sobran los cuartos y mayormente si el corredor es circular ó tiene á lo ménos tres lados. Ademas, los pequeños defectos que todavía pueden subsistir, están compensados con un lujo en los muebles que ví nacer á mi llegada aquí, y que desde entónces ha seguido creciendo prodigiosamente.

Los monumentos mas notables de Méjico son su Catedral, la Minería, el Palacio nacional y el teatro de Vergara; siguen luego la Diputacion, la Universidad, el antiguo palacio de la Inquisicion, &c. &c.

Queda hermosísima la plaza mayor de Méjico, desde que se demolió el Parian, bazar que se hallaba en su recinto. Forma un cuadro de unos doscientos veinte metros por cada lado, y se halla comprendida entre la Ca-

tedral al Norte, la Diputacion y el portal de las flores al Sur, el antiguo palacio de los vireyes al Este, y el portal de Mercaderes al Oeste. Una estátua ecuestre de Cárlos IV adornaba esta plaza en 1823, pero con la caida del poder imperial, cayó tambien aquella efigie de la dignidad regia. Se quitó de la vista del pueblo; pero teniendo la discrecion de no imitar el vandalismo de los pueblos, cuyo primer acto de libertad es una destruccion absurda y bárbara de cuanto recuerda su yugo, como si no se hallara escrito en la historia en caracteres indelebles, se conservó la estátua, desterrándola al patio del palacio de la Universidad. Este monumento es el mas hermoso de su clase que se encuentra en las Américas, siendo pocos los que en Europa se le puedan comparar; no solo es notable rèspecto de sus dimensiones colosales y del mérito de su ejecucion, sino tambien porque el ginete y el caballo han sido vaciados de un chorro. Se debe esta obra exquisita al ingenio español D. Manuel Tolsa, que confió su fundicion á D. Salvador de la Vega.

La catedral es un hermoso trozo de arquitectura. Sin embargo, si me atrevo, diré que el nombre de Méjico promete demasiado al extrangero para que quede satisfecha su imaginacion con un templo que, aunque ori-

ginal y distinguido en su forma, nada tiene de muy sobresaliente en su estructura, ni de grandioso en las dimensiones de su fachada.

Careciendo de recuerdos, así como de particularidades notables, mengua la catedral á los ojos del viagero, que procura acertar el efecto que hacia el gran *teocali*, en cuyo átrio lidiaron á un tiempo mas de mil Españoles y Mejicanos (1); y esta retrocesion del pensamiento le hace mirar este monumento, no solamente sin interes, sino aun con una propension á criticarlo; mayormente cuando la falta de buen gusto da pábulo á ello; así es que achatadas ya sus torres por su construccion,

(1) Quinientos Mejicanos habiéndose fortificado en el átrio del templo, segun cuenta Cortés, es de suponer que se necesitó un número igual de Españoles para desalojarlos.

Los escritores españoles que han descrito este templo no han estado acordes respecto de sus dimensiones. Las siguientes son las medidas adoptadas por Clavigero, conforme le pareció mas verosímil por la confrontacion de los escritos de los cuatro testigos oculares que son: Cortés, Bernal Diaz, el conquistador anónimo y Sahagun.

Comprendia el recinto de aquel templo azteca todos los edificios que circundan en el dia la plaza con parte de las calles adyacentes, y solo el *teocali* constaba de mas de cuatrocientos metros de circuito á su basa, cuarenta de elevacion y ochenta de ancho en su remate, en cuya parte oriental sobresalian dos torres de cincuenta y seis piés de alto cada una, sirviendo de santuario para los ídolos de los dioses tutelares *Tes-*

lo parecen todavía mas por su inmediacion al sagrario, cuya fachada de distinta arquitectura es un verdadero disparatè.

El palacio nacional, cuya extension ocupa cosa de doscientos dos metros, se fabricó con los materiales de los palacios de Moteuczoma, y, regalado á Cortés por el rey de España, fué despues comprado de sus herederos para servir de residencia á los vireyes. Flanqueada la fachada de este palacio de dos torres mezquinas, nada tiene digno de notarse sino su extension; pero en el interior se encuentran hermosas escaleras, corredores

---

*catlipoca* (:), *Huitzilopochtli* y algunas que otras divinidades de primer órden.

El rey Ahuizotl habia hecho su dedicacion por los años de 1486; y para aumentar la pompa de aquella ceremonia, á la que acudieron los pueblos de los paises mas lejanos, se habian degollado sesenta y dos mil prisioneros, hechos en guerras emprendidas con solo el objeto de tener víctimas para ese dia de destruccion. ¡Carnicería horrible que se negaría la razon á creer, si todos los autores mas verídicos, cuales Torquemada y Betancourt, no la confirmarán con documentos auténticos!!

---

(:) Dios de la Providencia y del cielo, el dios principal de los Mejicanos despues de *Teotl*, aquel por quien existe todo, encerrándolo todo en sí. Era *Teotl* invisible, y no se podia representar bajo ninguna forma.

espaciosos y vastos patios. Ademas de la habitacion de los vireyes, ocupada en el dia por el presidente de la república, encierra este palacio todos los ministerios, el senado, la cámara de diputados, la suprema corte de justicia, la comandancia general, la tesorería, la casa de moneda, la contaduría mayor de hacienda, la contaduría de propios y arbítrios, la plana mayor del ejército, la mayoría de plaza y tres cuarteles.

La casa de moneda, que ocupa la parte posterior del palacio, es un hermoso edificio, cuyos principales talleres están abovedados; pero ni es sombra de lo que fué en una época, pues apénas si se acuñan en el dia algunas piezas de plata en aquellos vastos talleres en que se fabricaban hasta 80.000 pesos diarios antiguamente.

Hace ya tiempo que se convirtió en jardin botánico el jardin de los vireyes (1); pero verdaderamente no es en el dia acreedor á tal nombre, porque nada de mas ruin se puede uno figurar; y allí solo una cosa llama la atencion de los extrangeros que es la mata de la manita, llamada en mejicano *Macpaljochitl.* Le viene su nombre á esta flor de un pistilo de color encarnado representando la pata de un pájaro teñida en sangre, con sus

(1) Se ha disminuido considerablemente este jardin con las construcciones que se han edificado en su terreno.

cinco dedos armados de uñas y un espolon: es notable la identidad. Cuando empieza á desabotonar la flor, está cerrada la pata de un modo muy gracioso á manera de la de un loro que tiene algo asido.

Es hermosísimo de por sí el árbol de la manita, teniendo las dimensiones del plátano, al que se parece su corteza y el recortado de su hoja, hechura que indica el nombre de *Cheirostemon platanoide* que le han puesto los botánicos. Solo se ha encontrado en Méjico en donde no dejaba de ser muy escaso, pues no se conocian sino dos con certeza, este de que hablo y él de Toluca. En el dia tiene el señor Kubly, en su jardin de plantas en Méjico, algunas matas de la manita que medran bien: existen igualmente rampollos de ella en los paises mas septentrionales de Europa.

Despues de la catedral el edificio mas hermoso de Méjico es la Minería, cuyo local es vasto y rico de arquitectura; pero por desgracia se ha hundido en muchas partes el terreno en que está fabricado, de cuyas resultas se ha resentido en gran manera la obra.

Entran los niños en esta escuela de minería á los doce años, es decir, en una edad en que son todavía incapaces de allanar teorías árduas; y aunque están retozando, como es natural en esta edad, se da de barato

que aprenden en el curso de primer año, aritmética razonada, geometría, álgebra y trigonometría rectilínea. En el segundo año, se les hace estudiar la aplicacion del álgebra á la geometría, el cálculo diferencial é integral y trigonometría esférica; el tercer año, física, incluso dinámica, hidrodinámica, &c.; el cuarto, química; el quinto, mineralogía y las operaciones mineras. Tambien existen en las diferentes clases cátedras de francés é ingles, y otras de dibujo de cabeza, de pais, de planos tipográficos, geográficos, &c.

Resultando de este plan de estudios, que á los catorce años los jóvenes han recorrido cuanto sabe un alumno de nuestra escuela politécnica á los veinte y un años, con la ventaja de aprender sin trabajar formalmente y sin fatigarse, cuando éste se exhala de dia y noche ojeando sus libros y cuadernos (1).

En vano se dirá que en general es mas precoz la inteligencia en Méjico que en nuestros climas, y nos llevan la ventaja de dos años cn los adelantos; debe cono-

(1) Desde que se hizo cargo el Exmo. Sr. D. José María Tornel de la direccion de la Minería, he oido decir que algunos cambios oportunos se habian introducido en el arreglo de aquel establecimiento. Será acreedor á las bendiciones de los Mejicanos el director inteligente que sepa hacer *verdaderamente* útil al pais este instituto.

cerse que semejantes estudios solo pueden aprenderse muy por encima por ellos en una edad tan tierna, y que apénas les quedan impresos en la memoria los nombres de las ciencias que han estudiado, al cabo de cinco años de trabajo. Así es que la minería necesita numerosas reformas en sus reglamentos generales, en el plan de los primeros estudios, y en el método de enseñanza durante los últimos años.

Tambien no puede ménos de fijar la atencion del consejo de instruccion pública el sistema universitario para modificarlo segun las exigencias de nuestra época, pues el estudio de la filosofía, con los principios de matemáticas y de física, detiene á los alumnos tres años en las aulas, al paso que solo se consagran dos al del latin, lo que es precisamente lo contrario de lo que se practica en nuestros colegios, en los cuales nos ocupa seriamente el latin durante ocho años, al paso que damos solo uno á la filosofía y matemáticas elementales.

Pero sigamos con nuestra revista de los monumentos de Méjico, que todavía nos queda que recorrer la Universidad, no porque ofrece algo de muy particular en su construccion este edificio, sino porque encierra tambien, á mas de las salas consagradas á las conferencias de los doctores y á los exámenes públicos, el museo

nacional, ordenado en gran parte por los conatos inteligentes del Sr. D. Isidro Gondra.

Es pobre este museo, no ofreciendo interes sino la seccion de las antigüedades del pais, aunque le falta mucho para ser completa. Por ejemplo, admira el no ver allí ninguno de aquellos diges de oro y plata, tan bien labrados, de que habla con tanta admiracion Cortés en sus cartas á Cárlos V. Aquí como en España no quedan ningunos, pues todos se han fundido. Tampoco se encuentran aquellos antiguos mosáicos de plumas, cuyo matiz entendian tan bien los Mejicanos que se equivocaban con pinturas primorosas, pues los que existen son de una época muy posterior á la conquista y de un mérito muy inferior. Así es que se ha ido perdiendo poco á poco este arte en el cual sobresalian especialmente los indios de Páscuaro.

Se conservan en este establecimiento unos treinta manuscritos originales de figuras pintadas en papel de Maguey; los mas notables de estos representan la historia de los Aztecas desde la confusion de lenguas (2), su viage de Aztlan á Méjico, el mapa de esta ciudad dado á

(2) Nada de positivo descubre esta muy confusa historia hasta la salida de Aztlan, con motivo de la dificultad de interpretar los signos. Se nota una vasta extension de agua que, segun creen algunos, representa

Cortés por Moteuczoma, y el catálogo de los tributos que se pagaban á este monarca. Se vé igualmente aquí la coleccion de dibujos que el capitan Dupaix trajo de Culhuacan (vulgarmente llamado Palenque) y de Mitla, los mismos que hizo litografiar en Lóndres el Lor Kingsborough.

Posee ademas el Museo unas cien máscaras de obsidiana, de serpentina, de mármol y de basalto, muchas de las cuales tienen bastante mérito en punto á su trabajo. Tambien tiene una coleccion de vasos de mármol, de utensilios domésticos de barro, de madera y de piedra, armas, amuletos, adornos, ciriales de barro cocido y de aquellas hachas de cobre que se encuentran en los sepulcros zapotecos.

Pero el monumento mas célebre que se ha conservado y que es mas acreedor á la atencion de los curiosos, es el calendario mejicano, que decoraba uno de los santuarios del gran *teocali*, él que en el dia está colocado en la pared occidental de la catedral. Consta de un pedrusco de pórfido poroso de once piés de diámetro. Cuando se tiene la clave de todos los signos representados

---

el estrecho que han cruzado para aterrarse en el continente americano; conforme á otros, el primer gran rio que pasaron despues de su marcha de Azllan.

en círculos concéntricos en aquella piedra, se asombra uno al ver la precision de las observaciones y la exactitud de los cálculos astronómicos de unos pueblos que, bajo muchos respectos, estaban aun en pañales en punto á civilizacion.

Se han reunido atropelladamente en un rincon del patio de la Universidad los grandes ídolos, figuras de penates y de héroes, imitaciones de animales, insignias armoriales de ciudades, &c., unas de pórfido y otras de serpentina.

Entre estas antigüedades se encuentra la estátua de la diosa de la guerra y de la muerte, *Teoyamiqui*, de ocho piés de alto, la que no tanto representa una figura como el horrible conjunto de los atributos de la guerra y de la venganza: la carnicería, la crueldad, los tormentos y la muerte estan representados con geroglíficos espantosos. Tiene esta horrenda deidad cubierto el pecho de un collar de corazones humanos y de manos cortadas, de las cuales cuelga una calavera: su faldelilla ó cota de armas se compone de culebras enroscadas; en sus brazos despuntan las zarpas del tigre; sus piés son garras de águila, coronándolo todo una cabeza de buho. Es difícil concebir igual desbarro de imaginacion.

Delante de este ídolo está la piedra triunfal, de forma

redonda, la que mide siete piés de diámetro y dos de alto. La adornan en su ruedo bajos relieves representando un guerrero que sale vencedor de catorce campeones sucesivamente.

Es vulgarmente llamada *piedra de los sacrificios*, probablemente á causa de una canaliza que se dice haber sido practicada en ella para dar paso á la sangre de las víctimas; pero, por lo que se sabe sobre los sacrificios de los antiguos Mejicanos, la piedra en que inmolaban la víctima era muy distinta de esta.

Aquella piedra en su parte superior estaba convexa, medía cinco piés de largo, cuatro de alto y tres de ancho. En número de seis los sacerdotes sacrificadores extendian en ella la desgraciada víctima: unos agarraban los piés y los brazos; otros con un instrumento de madera ó de piedra afianzaban la cabeza, en tal conformidad que hallándose el cuerpo combado carecia de movimiento. Entónces se adelantaba el *Topiltzin* (gran sacerdote) vestido con sobreropa colorada y coronado de plumas verdes y amarillas, él que le abria todo el pecho de un solo golpe con cuchillo de obsidiana, le sacaba el corazon para ofrecerlo palpitando todavía al ídolo, en cuyo obsequio se hacia el sacrificio, ya arrojándolo á sus piés, ya quemándolo ante él; en seguida se precipitaba

al cuerpo desde lo alto del *teocali* hasta los escalones inferiores, de donde se lo llevaba aquel á quien le tocaba.

Si era el cuerpo de un prisionero, se le cortaba la cabeza para adornar con ella las paredes del templo; y luego se precipitaba su cuerpo del mismo modo desde el átrio. Entónces se apoderaba de él el guerrero que lo habia hecho prisionero, para guisarlo y comérselo con sus amigos en un banquete solemne. Solo comian la carne de las piernas, muslos y brazos; lo demas se quemaba ó se guardaba para pasto de los animales carnívoros de las casas de fieras reales. En cuanto á los Otomites hacian pedazos á la víctima y vendian su carne en la plaza.

Cuando era el prisionero ilustre, se le concedian los honores de la lid. Atado de un pié en una piedra redonda, casi igual á la piedra triunfal de la Universidad, lo armaban con un escudo y un *micuahuitl* (1) corto; pero

(1) Hacia las veces de espada esta arma que consistia en un palo armado con pedazos de piedra obsidiana, llamada en mejicano *itzli*. La obsidiana es un producto volcánico vidrioso, y las mas veces de un color negro ahumado. Remataban las flechas con una hoja de obsidiana puntiaguda y de dos filos. Los cuchillos hechos del mismo material tenian la dureza y corte del acero.

los guerreros que tenia que combatir estaban sueltos, tenian libres sus movimientos y estaban armados mucho mejor. Si á pesar de tantas desventajas desproporcionadas, salia el prisionero siete veces vencedor de los adversarios que se le encaraban, inmediatamente le daban la libertad, devolviéndole cuanto se le habia quitado, y en seguida se marchaba para su tierra cubierto de gloria. Si al contrario quedaba vencido, lo llevaban al altar de los sacrificios en el cual se le arrancaba el corazon.

Los historiadores del antiguo Méjico refieren el célebre combate de Tlahuicole, general de los Tlascaltecas, y hombre de una fuerza prodigiosa que mató á ocho guerreros, hiriendo á veinte ántes de verse inutilizado. Tenia derecho á salir libre; pero prefirió morir, pues no quiso sobrevivir á la vergüenza de haber perdido un momento su libertad.

Variaba todos los años el número de las víctimas inmoladas en el imperio mejicano, siendo subordinado al de los prisioneros hechos en unas guerras casi contínuas, que fomentaban de intento los reyes de Méjico; sin embargo nunca bajaba de veinte mil este número, ni tampoco lo pasaba mucho, á no ser que tuviesen que celebrar alguna funcion extraordinaria, como la de la dedi-

cacion del gran *teocali*, en la cual el número de las víctimas aun pasó de los límites de lo verisímil.

Se hiciéron por los Mejicanos los primeros sacrificios humanos, pues ignoraban este culto bárbaro los Toltecas y aun los Chichimecos, los que solo inmolaban á sus dioses venados, conejos, codornices, &c.; pero mas tarde la mayor parte de los pueblos de Anahuac imitaron esta costumbre feroz, y hasta inventàron algunas veces nuevos suplicios.

Despues de haber echado una ojeada sobre los desastres de aquellos pueblos, es preciso recordar que la propagacion del Evangelio ha puesto fin á tantos males deplorables, agregados por la ignorancia y la supersticion á la suma de los males naturales. Queda aliviado el corazon al pensar que han transcurrido tres siglos desde aquellos tormentos, y bendice al navegante genovés que hizo conocer el nuevo mundo á la Europa cristiana.

Hállase el hermoso paseo de la Alameda en aquella extremidad del pueblo mas vecina á los hermosos barrios; y aunque sea el único de que puedan gozar los paseantes de á pié, son muy contados los concurrentes. Las señoras particularmente ignoran totalmente el gusto que proporciona el paseo á pié. Se compone esta alameda de

calles de árboles convergentes sobre varios puntos en los cuales se encuentran pilas con surtidores de agua, circundadas aquellas de poyos de cantería respaldados con sus correspondientes balaustradas de lo propio. Por la tarde circulan los coches en su calle principal que le da la vuelta redonda; pero las señoras no se apean de ellos, y abandonan las demas calles á la plebe y á las niñeras.

Quedé asombrado, la primera vez que fuí á la Alameda, al ver por adornos cuanto pueden idear de mas raro los principios del arte, cuales son las estátuas de piedra colocadas en el remate de cada calle, que, respecto al mérito de la ejecucion no se pueden comparar mejor que á esos figurines que hacen los muchachos con miga de pan tierno, pues dificilmente acierta uno á comprender él que un operario sepa tan poco de escultura para hacer semejantes mamarrachos, y que se haya encontrado alguno tan falto de discernimiento para permitir que se coloquen en donde están.

La Alameda es el paseo de los dias de trabajo; pero, los domingos y dias de fiesta, concurren los carruages al paseo de Bucareli, que no es otra cosa que un amplio camino carretero orillado con árboles, con dos plazas circulares adornadas con sus pilas y surtidores de agua. A las cinco van llegando los coches al paseo; colócanse en

pos uno de otro, y, despues de haber dado la vuelta á la primera pila, recorren el mismo camino por el lado opuesto siguiendo girando así hasta el anochecer. De algun tiempo á esta parte empiezan las señoras á salir en coches abiertos, en los cuales pueden ostentar su vistosa compostura, la que con el lujo de su tren transforma este paseo en un pequeño *Longchamp* que cada año se hace mas curioso y mas hermoso.

Por los años de 1831 no habia todavía mas que un carruage europeo en Méjico, perteneciente al Sr. D. F. Fagoaga; pero de entónces acá se han introducido de Francia y de Inglaterra un sinnúmero de berlinas, de carretelas y de landós, en tales términos que han llegado á ser los coches extrangeros tan comunes como los del pais. No sucede así por carecer estos de comodidades, porque muy al contrario está bien colgada su caja y hecha con esmero; pero su juego es tan desairado que no pueden competir con aquellos.

Desde que se ha verificado esta innovacion en la moda de los carruages, ha cesado tambien de ser exclusivo el uso de las mulas; así es que los trenes mas lujosos tienen ahora troncos de caballos de los Estados-Unidos del Norte, llamados *frisones*, y otros los tienen de caballos del pais.

Esta costumbre general de servirse de mulas en los coches, tràia probablemente su orígen de tener estas mayor resistencia que los caballos, y de ser ménos espantadizas que ellos. ¡Pero cuánto mas gallardo y mas lucido es un tronco de caballos crinados! Bien que suelen encontrarse hermosísimas mulas tan altas como los caballos mas hermosos, nunca tienen la gallardía de estos, conservando siempre el resabio de su bastardía.

Para una señora de Méjico el primer renglon de lujo, despues de su hilo de perlas y aretes de brillantes, es el cochecito, por manera que esta es la ciudad del orbe que tiene mas coches (1). En Francia, así como por toda Europa, lo primero es empezar con rodearse de todas clases de conveniencias y comodidades dentro de casa, ántes de pensar en echar berlina: cuando se ha logrado alhajar bien su vivienda, se trata luego de poner buena mesa con su ajuar primoroso, y sus manjares bien condimentados, siendo de cajon tener bien provista la atarazana, para poder á menudo regalar á los amigos. Con diez mil francos de renta, gastados con tino, hay lo suficiente en las provincias para poderlo pasar así, cuando

(1) Aunque abundan las *sillas volantes* en la Habana, son muy contados los coches.

con veinte mil á penas hay bastante para arrastrar el aristocrático coche. ¿Por qué motivo será esto? Porque se vive mas en la casa que en el coche, y que ante todo se quiere disfrutar en ella todas las conveniencias y gusto posibles. Suele suceder que los que llegan á tener veinte mil francos de renta, duplican el lujo de sus muebles y de su compostura, prefiriendo aun la satisfaccion de dar convites á la de salir á mecerse en una caja de cuatro ruedas. Todo esto nos cae muy natural á nosotros, sobre todo si tenemos buenas piernas; pero las señoras en Méjico, y de hecho las criollas de todos los paises calientes, poco acostumbradas á andar á pié, piensan de otro modo muy distinto.

El paseo mas agradable que se puede dar es por la Viga, ya en coche ó á caballo; pero su boga no dura sino desde el primer domingo de cuaresma hasta la pascua de Espíritu Santo, durante cuya temporada queda desierto el paseo de Bucareli.

Hállase la Viga al Este de la calzada del Sur, nominada de Iztapalapan, y se extiende por la orilla de un canal que une ambas lagunas, formando cuatro hileras de árboles, una calle principal para los carruages y dos contracalles para la gente de á pié. Se ven por la orilla opuesta del canal algunas casas rústicas cercadas de ca-

ñas y rodeadas de verdes *Chinampas* (1), que son unas islitas formando acirates paralelos, en los cuales los indios cultivan flores y verduras. Pertenecen estas chozas y estos plantíos al lugar de Iztacalco, que fué la primera estancia de los Mejicanos despues de su esclavitud en Colhuacan.

Siguiendo por el canal, encuéntrase otra aldea, la de Santa Anita, cuyas *chinampas* y jardines están siempre engalanadas de flores de todas clases; allí van los domingos las gentes del populacho á pasear en canoas con el objeto de comprar coronas de flores y de yerbas, que las indias componen en cantidades muy crecidas aquel dia.

Entónces va desarrollándose, al tiempo del paseo, un espectáculo enteramente nuevo, él que merece verse. Surcan el canal una multitud de canoas, yendo unas y volviendo otras, cada cual con sus músicos y sus bailadores: estos á su vuelta de la romería á Santa Anita es-

---

(1) Encontrábanse antiguamente en las lagunas de Méjico algunas *Chinampas* boyantes, transformadas por los indios en huertas; pero de ningun modo puedo creer que las que se hallaban en derredor de las habitaciones de los Aztecas, estuviesen igualmente boyantes como lo han asegurado algunos, porque es mucho mas dificil y mas incómodo hacerlas sobrenadar que hacerlas cual existen en el dia.

tán coronados de rosas, de amapolas coloradas y de claveles, y se entregan á una alegría apacible que da gusto ver. Son todos actores en esta escena, los hombres, las mugeres, los niños, los ancianos, ya en clase de músicos, ya de cantantes ó de bailadores, y á menudo desempeñan todos estos papeles á la vez, de manera que forman un concierto inmenso al que jamas vienen á interrumpir ningunas vocerías, ni desentonadas griterías.

Durante aquellos cortos instantes vive feliz aquella gente que no puede pensar en el dia de mañana; por primera vez mueve á interes; se puede aun decir que tiene algo de poético; pero tambien esta es su única buena parte. Luego que se siente el rasgueo de una guitarra, seguro está que no se suscitará ni riña, ni pendencia en un fandango ni en una alborozada tertulia. Pero que suceda el caso que en cualquiera otra parte mueva una cuestion el interes, y luego se verán relucir los cuchillos; el mas diestro le envaina el suyo al otro, aunque hayan sido amigos de muchachos, y sacando su hoja asesina, la limpia con calma, borrando así á un mismo tiempo las señales ensangrentadas y hasta el recuerdo de su crímen.

Es numerosísima la concurrencia de carruages en el paseo de la Viga el dia de su apertura, pues forman dos

hileras muy cerradas de media milla de largo, al paso que otros llenan parados dos plazuelas en medias lunas, en las cuales pasan revista á los trenes, á la compostura de las señoras y á los ginetes. Por todos lados se ven las señas que ya con la mano, ya con el abanico, van correspondiéndose con rapidez las personas que se conocen, saludo que tiene mucha gracia y es ya una habilidad.

Abunda mas el número de los ginetes en la Viga que en el paseo nuevo, cabalgando los extrangeros en sillas inglesas y los Mejicanos en sus sillas *vaqueras*. El trage de esencia, cuando se monta en estas sillas, se compone de un pantalon forrado de gamuza, llamado aquí calzoneras, una faja de seda colorada, una chaqueta de paño ú otro género, y un sombrero de alas muy anchas adornado con una triple toquilla de oro ó plata. Pero se ven á otros ginetes mucho mejor aviados; hablo aquí de los que han conservado el antiguo vestido de *payo* ó *charro* y se lo ponen en estos casos. Aunque cada dia va haciéndose ménos comun este vestido, todavía se ve de cuando en cuando y merece una descripcion.

Viste el *payo* un dolman de paño azul ó verde y un pantalon igual. Aquel está exquisitamente bordado de oro ó plata, y regularmente guarnecido de pieles; jamas

se abrocha dejando ver una camisa de olan batista entolada con encaje, y una corbata suelta cuyas puntas pasan por un anillo de brillantes. Afianzados los pantalones en la cintura por una faja colorada con flecos de oro, están igualmente bordados y guarnecidos con dos ringleras de botones redondos de plata; las piernas están abiertas á los lados desde la mitad del muslo dejando fluctuar libremente debajo los calzoncillos de tela; pero á caballo están tapados por pedazos de cuero de color moreno que los envuelven á guisa de botas, los que se atan con ligas de tisú de plata. Estos cueros llamados *botas vaqueras* están igualmente labrados con mucho cuidado, y suelen costar hasta mas de cien pesos; sin embargo, á pesar de su valor es una compostura poco graciosa; pero da mas firmeza al ginete, siendo indispensable cuando quiere *travesear* á caballo, diversion á que se entrega con gusto la gente del campo. A mas de lo dicho, enormes espuelas de acero con labores de ataugía, afianzadas de borceguis de gamuza, le sirven de especie de laña al ginete, contribuyendo á hacerlo inmoble en su silla, por mas brincos que dé el caballo y por mas empujes que reciba. En fin, el sombrero de alas grandes y galoneadas, la manga relumbrante de oro, que se echa en un hombro, y la espada de cinco cuartas, completan

el vestido de payo tan elegante cuanto rico, que nada de payo tiene sino el nombre (2), pues un vestido de aquellos no baja de dos mil pesos y suele costar mucho mas.

La silla mejicana, que propiamente es la silla árabe antigua, tiene gracia, pero abruma el caballo; la hacen con piel de oso ó de tigre, y las mas veces de cuero bordado de oro y plata, con guarniciones y adornos de plata maciza de mucho valor; los estribos son anchos y están cubiertos; hermosas armas de agua caen delante de las piernas del ginete; y una apendencia de la silla, extendiéndose en las ancas, sirve para acomodar el zarape que en ella se afianza por si acaso lloviere. A veces se agrega á esto la *anquera* guarnecida de cadenitas de hierro que resuenan con el mas leve movimiento. Este nuevo adorno, hecho de cuero labrado, cubre totalmente las ancas y la cola del caballo, cayendo por detras hasta el corvejon.

Nada sé de positivo respecto al orígen de la anquera; pero se parece mucho á una de las partes de la armadura con que los caballeros cubrian sus corceles en las batallas y combates de muerte: habiéndose desusado primero la parte que cubria la cabeza, como que era la que

(1) Proviene este nombre de que los ricos moradores del campo solian antiguamente ostentar su riqueza en este trage.

mas molestaba el caballo, se habrá probablemente conservado la de atrás como mero adorno.

Su bocado es de acero labrado de ataugía y están adornadas las correas blancas, que lo sujetan, de placas de plata, pasando sus dos cabos por una bola del mismo metal que le sirve de perilla.

Jamas se gasta mas de un freno: sin embargo, ¡cuán útiles serian las riendas del bridon para descansar la boca del caballo al que fatiga mucho el bocado mejicano enteramente distinto del francés. Está asida la quijada inferior por una argolla, al tiempo que se vé sujetada la parte superior por una especie de torniquete, con puntas chatas, que se suspende mas ó ménos por medio del freno para contener el caballo ó moderar su arranque. Tiene tanta fuerza este freno, y están tan bien enseñados á obedecer instantáneamente á los mandos de la mano, que se puede parar de tenazon un caballo arrancando á galope, ó aun quebrarlo haciéndolo voltear á un mismo tiempo en sus cuartos traseros. En Francia temerian deslomar á una caballería con semejantes suertes; nada temen en Méjico, y no les sucede nada. Tambien es verdad que son distintas las razas de los caballos; pero es preciso confesar que la crianza puede mucho, y que en Francia se miman demasiado á las caballerías.

Tiene su entrada el paseo de la Viga por la plaza de S. Pablo, en la cual está construida la plaza de toros. Se acabó esta en 1833, y la funcion que hubo el dia de su apertura, fué la primera que presencié en mi vida: aunque hacia ya dos años que vivia en Méjico, no habia caido en la tentacion de ir á ver estas diversiones bárbaras, bien que hubiese una funcion todos los domingos en otra plaza cerca de la Alameda. Por fin, me dejé llevar de la corriente; pero la primera ocasion no pude aguantar este espectáculo mas de media hora: volví á casa entregado á un sentimiento de horror con que me habia llenado la vista de la sangre derramada. Mas tarde volví á verlas; y aunque se mantuvo oprimido mi pecho todo el tiempo, al fin, sin embargo, me acostumbré bastante á las impresiones fuertes que me causaban, para poder esperar hasta que concluyesen, y aun para encontrar un cierto deleite cuando salia mas enfurecido el toro y aumentaba el peligro.

En resúmen, no es por efecto de una rareza que me es peculiar; al contrario es un efecto natural y fácil de explicarse. Si sale malo el toro, esto es, si es pacífico, corren ménos riesgo los toreadores, es verdad; pero tambien no se presencia sino el martirio del bruto. Viéndole atormentar y luego degollar, si no media ningun otro

interes, que haga superar el disgusto que se experimenta, no se tiene delante otra cosa sino una escena de carnicería, de la cual se retira uno con el alma lacrada.

Si al contrario está embravecido el toro; si arroja rayos por los ojos; si patea el suelo, levantando el polvo con sus manos y llenando el aire con sus siniestros mugidos; si atentos á sus movimientos los toreadores giran en torno de él mas expuestos y circunspectos; si, con una embestida inopinada, está pronto un banderillero á recibir la muerte, ó si la evita con una treta hábil, y que resuenen por la plaza estruendosos palmoteos, entónces queda como suspensa la vida en aquellos momentos; llega á lo sumo el interes, desapareciendo la sensibilidad del espectador bajo la poderosa emocion que le infunde esta lid de la muerte á las manos con la destreza.

Repetidas veces se han descrito estas corridas; así es que las plazas de toros de España han sido fuentes abundantes de episodios para los noveladores; con todo me parece bien trazar en este lugar un bosquejo de las de Méjico, procurando darlo en breves palabras por huir del fastidio anexo á toda repeticion, cuando es obscura la pluma que va describiendo.

Honraba los toros aquel dia con su presencia el Sr. presidente de la república, y con motivo tan plausible

me llevaron algunos amigos á ver la funcion, asegurándome que seria excelente. Estaba la ciudad toda alborotada, pues ántes de las cuatro de la tarde se veian numerosos grupos de aficionados dirigiéndose hácia S. Pablo, y de consiguiente era inmensa la concurrencia de espectadores; así es que no bajaba de ocho mil su número en aquella ocasion, bien que podian caber aun mas en el anfiteatro, construido de madera por el estilo de los de Madrid y Sevilla. Es capacísima su plaza enteramente circular, por manera que la de Nismes seria una miniatura en comparacion; pero es verdad que estaba destinada á una clase de lides que no exigia mucha plaza, muy distintas de las evoluciones tauromáquicas, que tanto mas lucidas son cuanto mayor es la escala por la cual se celebran.

Está cerrado su recinto con una valla de unos cinco piés de alto, la que salvan los toreadores de á pié perseguidos del bruto: detras de esta le da la vuelta redonda un corredor que la separa de las gradas, detras de las cuales se levantan tres hileras de palcos ocupando la mayor eccentricidad del circo.

Llenaba los palcos del lado de la sombra la gente principal de Méjico, ostentando las señoras sus vestidos de gala, con mantillas de blonda blanca y ornado el pelo

con flores. Las gradas del mismo lado estaban tambien ocupadas todas por hombres bien vestidos, de suerte que esta primera mitad del recinto presentaba una vista hermosísima, que hacian mágicas las tamañas dimensiones del circo y la elegancia y lujo de los vestidos. Pero muy distinto era el aspecto del lado opuesto, donde se veian en derredor de la valla y en los tereeros palcos un mar de gentío cuyas últimas filas se arrojaban en las primeras, contrastando su miseria y desaseo con el lujo asombroso de los demas concurrentes.

Al entrar el presidente tocó una sinfonía la música del cuerpo de artillería, que era la mejor de Méjico; y los que debian correr los toros desfilaron dos en dos, precedidos de cuatro locos, especies de payazos insulsos. Visten los toreadores, como Fígaro, con calzones y almilla de razo de color, medias de seda blancas y garbin, el verdadero vestido andaluz, á la vez lucido y cómodo para los lidiadores, cuyos movimientos en nada estorba.

Entre estos suelen encontrarse algunos toreadores de España; pero no se aventajan á los Mejicanos ni respecto á la destreza ni en punto á agilidad, porque acostumbrados estos á torear desde su infancia en los campos de Méjico, así como los vaqueros de Andalucía en las praderas regadas por el Guadalquivir, saben lo mismo que

ellos reconocer en los ojos del toro cuando se debe acometer y cuando conviene huir de él. A pié lo persiguen, lo agarran de la cola y lo vuelcan con la mayor facilidad; y luego á caballo lo ostigan hasta que se abalance á ellos, y lo evitan dando una vuelta ó contra vuelta que lo deja burlado, en tal conformidad que este juego casi carece de peligro para ellos. Pero en la plaza ya es otro cantar, pues no siempre son felices sus retiradas, mayormente cuando empeñados en merecer los aplausos se ponen en condicion por lograrlos.

Cuando llegó la cuadrilla de toreadores al centro de la plaza, hizo la venia al presidente dispersándose en seguida; entónces resonó la trompeta dando la señal, y todas las miradas se dirigiéron hácia la puerta del toril. Abrese esta y un toro negro con manchas blancas se arroja brincando por la plaza. Atónito con el estampido de la música y de los palmoteos, pausa para reconocer el terreno, y paseando la vista por todo lo que lo rodea, parece indeciso sobre lo qne va á hacer; en esto andan los toreadores en derredor de él excitándolo con la voz, y haciendo fluctuar delante de él unas capas coloradas; pero adivinando su peligro el bruto, no trata sino de evitarlo, y al efecto, huyendo por las paredes de la valla, busca una salida. ¡Vana esperanza! Le queda cerrada la

retirada, chasco que manifiesta dando un mugido afligidísimo.

Sin embargo, su ademan fiero y sus ojos avivados y chispeando dejan traslucir que va á vender cara la vida. Azótase los hijares con la cola preparándose á la venganza, al tiempo que un chulillo, acercándose á él hasta cuatro pasos, con su capa en la mano, parece en ademan de ofrecerse en sacrificio: al instante embiste á este débil oponente; pero sabiendo este como lo ha de parar á tiempo, no obstante la corta distancia que lo separa de él, le abandona su capa, y, miéntras sacia su corage en este velo y lo pisotea, se escabulle el toreador, supliendo su lugar otro.

De repente suelta su inútil presa el toro, corriendo sobre su nuevo agresor, que tambien se le va al mismo momento en que, agachando la cabeza, va á darle el golpe mortal, y solo hieren el aire sus astas al levantarla. Irritado mas y mas, menea los ojos en su órbita arrojando centellas. Mira como calculando el medio de saciar su venganza en otra cosa que no sea una vision, y arranca de nuevo; pero le atajan el camino los chulillos, é incontinenti se retiran; luego le vuelven al encuentro, burlando así durante algun tiempo los esfuerzos de su enemigo; mas, al fin, un lance raro vino á parar en mal

para uno de ellos, lo que dió lugar á un arrebatamiento de alegría por todo el anfiteatro. Este, huyendo del toro, se acogió detrás de la valla; pero lo seguia con tanta furia el bruto que no le valió, pues no bastó á contenerlo esta, y, habiéndola salvado, cayó al corredor sobre aquel desgraciado, á quien sacaron fuera con la cabeza ensangrentada y el cuerpo abrumado.

Causó este brinco inesperado una retrocesion en las gradas, vaciándose el corredor en un abrir y cerrar de ojos delante del toro que siguió su carrera por aquel estrecho pasadizo hasta llegar á una puerta de la plaza, la que se le abrió.

Habiendo dado fin á esta primera parte de la funcion otro floreo de la trompeta, armáronse los toreadores de banderillas, especie de venablos largos de dos piés, á los cuales se afianza un cohete, adornándolos con listas de papel de color. Salió el primer banderillero dando brincos delante del toro; lo llamaba silvando; y agachando el toro la cabeza, arremetió con él agresor, él que, cuando lo iba á alcanzar, hizo una gentil treta clavándole detras de la oreja derecha sus dos banderillas; pasó su piel el encorvado venablo, y, por mas que sacudió su cabeza el bruto, quedó firmemente afianzado en ella: reventando de sopeton el cohete, sus chorros de fuego du-

plicaban su tormento y su rabia; forcejaba, brincaba y prorumpia en sordos gemidos; cuando de repente lleno de furor se arrojó á acometer sin dar tregua, con tales extremos que por un momento solo trataron los combatientes de evitarlo.

No obstante, arrostró su bravura un jóven banderillero, que se habia hecho notar por la precision de sus movimientos, y, en el momento en que temblaban todos por su vida, le clavó la rosa (1) en medio de la frente, dando un cuarto de vuelta que lo salvó. Resonó el anfiteatro con los gritos de viva y víctores de toda clase, estremeciéndose el toro con tanta humillacion.

Ya se habian presentado muchos banderilleros uno tras otro con igual suerte, cuando cambió esta con ellos: uno recibió una cornada, que, bien que ligera, lo inutilizó por aquel dia; y el otro, á quien primero derribó el toro, fué cogido en peso y arrojado á mas de ocho pies de alto, de cuya elevacion vino á dar de bruces en el polvo. Estaba perdido, si no hubieran conseguido sus compañeros, por medio de sus velos colorados, distraer al vencedor encarnizado en su venganza. Con todo jadeaba el

(1) La *rosa* es una placa redonda cubierta de papel recortado á imitacion de esta flor; se afianza esta por medio de una tachuela rematando con un gancho.

gallardo bruto, chorreando por sus íjares, humeando y lacerados, la sangre y el sudor, pues se meneaban en su martirizada piel mas de veinte banderillas.

A la sazon llamó á la lid otra tercera señal á los picadores, vestidos estos nuevos combatientes como los charros de tierra adentro, esto es con calzoneras, chaqueta de cuero y botas vaqueras; van armados de una garrocha, con la cual pican al toro sobre la cabeza ó en el pescuezo cuando se abalanza á ellos, obligándolo así á tomar otra direccion. Esta clase de lid es ménos peligrosa para los hombres que para los infelices caballos, que salen horriblemente maltratados, pues á menudo quedan despanchurrados uno ó dos en cada funcion. A veces tienen que taparles los ojos, porque, aleccionados por la experiencia á temer la embestida del toro, huyen de él cuando se acerca, al paso que, ignorando el peligro, se encaminan atrevidos hácia donde los guian sus ginetes. Pero las mas veces van estos nobles animales á la lid sin llevar esta precaucion, y, viendo á su enemigo sin temor, corren á su encuentro llenos de ardor.

Salió mal el primer picador que se presentó, ya porque no acertase á clavar su garrocha, ó ya porque él mismo no estuviese listo; lo cierto es que no pudo evitar la embestida del toro, y fué con su caballo á rodar por el

polvo. Ni uno ni otro estaba herido; pero volvió el toro á cargarlos cuando estaban los dos todavía aturdidos de la caida, y ántes que los demas picadores hubiesen logrado alejarlo á garrochazos, ya habia despanchurrado el caballo, al que llevaron fuera de la plaza arrastrando tras sí las entrañas.

Contribuyéron al lucimiento de la funcion otros dos lances iguales; y no cabe duda que nuevas exéquias hubieran precedido las del toro, si hubiese durado mas tiempo la lid á caballo; pero tocó á degüello la trompeta, y el primer matador salió, con la espada desenvainada, á saludar la lumbrera del presidente.

Desde luego no quedaron en la plaza mas que dos campeones, el toro y el matador; pero esta vez la pelea era de muerte; así es que cautivó del todo la atencion de los concurrentes esta vista que, aunque la mas bárbara, es la que excita el mayor interes.

Habiendo cubierto la espada con su capa, dirigióse el matador hácia el toro, procurando una posicion favorable al ataque: dos ocasiones lo embistió el toro, y otras tantas veces blandió en sus manos la flameante espada; pero obligándolo el inminente peligro en que estaba, renunció por entónces á darle, con intencion de aprovechar mejor la ocasion.

Sin embargo, no por eso desmayó el ardor en la pelea, pues apénas se vió fuera del alcance del toro cuando le volvió á salir al encuentro; lo excitaba silvando, y mantenia sin pestañar los ojos clavados en los de su víctima, la que, ataviada con los mil colores de las banderolas, por tercera vez se arrojó al sacrificio; pero habia de ser la última, pues en esta tropezó con el hierro exterminador, él que, hiriéndola en la cruz, se hundió hasta seis pulgadas del aliger, y le atravesó los bofes.

Le clavó su estocada con tanta rapidez y destreza que todavía dudaba yo si le habia acertado á dar al bruto, cuando, con la espada chorreando sangre, volvió el matador á saludar al presidente, él que recompensó su destreza con una bolsa, llena de pesos, que se le tiró á la plaza. Entretanto el infeliz toro, herido de muerte, forcejaba con el desfallecimiento que iba apoderándose de sus miembros, y echaba apagados gemidos que salian de su pecho con torrentes de sangre; dió algunos trémulos pasos mas, y cayó de rodilla; entónces le dieron una cuchillada en la nuca, y exhaló al instante el postrer aliento.

Habiendo tocado el clamoreo de su muerte, salió á la plaza un tronco de tres mulas hitas empenachadas; engancharon el toro de sus tiros, y, echando á correr á ga-

lope, se llevaron el cuerpo inerte de aquel hermoso bruto, poco ántes tan brioso y tan temible.

Apénas hubiéron los mozos cubierto con polvo las manchas de sangre que surcaban la plaza, cuando soltaron otro toro tan formidable como el primero, pero mas jóven y por lo mismo mas incauto. Por largo rato parecia estar retozando mas bien que lidiando; despues de haber dado una carrera, paraba posando con ademanes raros y de estudio, siguiendo con la vista á los toreadores que caracoleaban en derredor de él. Al hacer ánimo de embestir, su piel, de un gris oscuro, se fruncia en su ancho pecho, manifestando á los que lo miraban toda la pujanza que le cabia á este atleta del desierto. Dejaba á sus agresores muy poco campo y muy pocas probabilidades de éxito el descomunal tamaño de sus astas, encorvadas hácia adelante; no obstante alegraba el notar esta ventaja en las armas, pues se habia cautivado el interes general en tanto grado que poco faltaba por llevarse los votos con detrimento de los que lo acosaban.

Sin embargo, á pesar de todo lo que se anticipaba, solo quedó muerto un caballo y derribado ileso un banderillero en las varias embestidas que dió. En esta ocasion le tocó la espada taurícida á un matador de á caballo; su empeño era dos veces mas arduo y peligroso; pero

luego que se acertó que existia entre el ginete y su caballo simultaneidad de voluntad y de accion, luego que se le vió trabajar volteando con el acierto mas brillante y la mayor desenvoltura, se conjeturó bien pronto cual seria el resultado de este segundo duelo, proclamando de antemano al víctor. Efectivamente, en la primera embestida, herido en el mismo corazon, cayó el toro á los piés de su diestro vencedor, como si el rayo lo hubiese tocado; y fué acogido el triunfo de aquel con el debido tributo de víctores á que era acreedor.

Ya se habian inmolado sucesivamente cinco mas víctimas, cuando tocaron el martirio del toro embolado, esto es, cuyas astas están afianzadas en unos bolos que atemperan lo peligroso de sus cornadas, y por otra parte siempre lo escogen de entre los mas pacíficos. Después de haberlo así hecho inofensivo, lo entregaron al populacho, que, afluyendo por todos lados, salvaron el vallado, é inundando la plaza empezaron la parodía de los lances que se acaban de declarar. Cuélganse unos de la cola del bruto; otros se montan en él, y otros se hacen volcar en el polvo; pero no por eso deja esta diversion de tener fatal desenlace para el desgraciado bruto, pues es fuerza que sea degollado como los demas, despues de haber sido atormentado de mil modos. Es rudísimo este

último acto, así es que jamas he visto de él mas que sus preludios.

Concluyó con fuegos artificiales esta funcion en la que quedaron heridos cuatro hombres y despanchurrados seis caballos; y en seguida se retiraron todos satisfechos con el número de las víctimas, y muy complacidos con lo buena que habia salido la corrida.

Repítense cada domingo y todos los dias de fiesta estas funciones, por manera que se cuentan hasta ciento al año. ¡Así debe ascender á quinientos ó seiscientos el número de los toros que en ellas se degüellan, viniendo á ser de este modo el empresario de estas diversiones uno de los principales abastecedores de las carnicerías de la capital...!

En esta misma plaza de toros de S. Pablo, se verificó, por los años de 1835, la primera ascension aerostática que hubiesen presenciado los Mejicanos en su suelo, pues aunque dos años ántes un Francés, presumido de aeronauta, hubiese alborotado con sus anuncios, en los diarios, á todos los Mejicanos así de la capital como de los pueblos á cincuenta leguas en contorno, resultó que, al momento de ponerlos por obra, se acobardó, siendo demasiado tímido para aventurarse por las regiones de las tormentas. Ya habia chasqueado al público dos oca-

siones, disculpándose una con la mala confeccion de su globo, y otra con la escasez de gas; en una palabra habiéndose negado á subir, no salió del apuro sin pagar con algunos dias de prision sus ínfulas, y con la humillante mofa que al derramar sobre él, procuraron algunos folletos extender á todos sus paisanos.

Pero vino Eugenio Robertson á reparar la mella que su pusilánime é inepto compañero habia causado en el amor propio nacional, elevándose en el mismo globo que le sirvió cuando el primer aniversario de la revolucion de Julio, y al salir se llevó la expresion de un entusiasmo extraordinario.

Impelido por una leve brisa del Norte, no tardó en desaparecer el globo detrás de la sierra del valle, pasando tres dias sin que se supiese del viagero. Al principio se temió que hubiese sido asesinado por los indios, á quienes su ignorancia podia haberlo hecho tener por el antecristo; pero á poco se supo que habia ido á caer á mas de veinte leguas de Méjico por la parte de Cuernavaca; entónces le salieron al encuentro, festejándolo como á un libertador de la pátria; y por la noche lo llevaron en triunfo al teatro.

Hizo Robertson tres ascenciones, en una de las cuales tomó asiento á su lado en la barquilla una jóven Me-

jicana; pero lo vió esta segunda vez con indiferencia aquel Méjico tan entusiasmado la primera vez, y no logró el pobre aeronauta cubrir sus gastos á la tercera salida.

Sin embargo, tuvo Robertson su fortuna en sus manos, y la dejó ir; pudo haber ganado mucho, pero quiso ganar mas, y todo lo perdió; lo que suele suceder á muchas gentes. Dicen que le dió diez mil pesos el Sr. Barrera por su primera ascencion, y añaden que le ofreció cuarenta mil por ocho ó diez mas; pero desechó el ofrecimiento aquel Robertson que por quinientos francos en Paris soltaba las sogas de su globo, creyendo que al ofrecerle doscientos mil querian ganar demasiado con él, y determinó explotar, de por sí, un ramo de industria al que se ponia un precio tan subido. Con todo es perdonable por haberse equivocado, pues al mismo Sr. Barrera, que debia conocer la índole de sus paisanos, le sucedió otro tanto respecto de la sensacion que produciria este nuevo espectáculo.

No le probó mejor á Robertson con su fantasmagoría y su niña misteriosa (fenómeno de acústica); así es que por mas maña que se diese para volver á afianzar aquella fortuna tan escurridiza, siempre lo sumió en su carril la rueda de su carro, hasta que atacado del tifo

Imprenta litog. de Cumplido.

Vista del palacio de Chapultepec.

aquel desgraciado murió en la miseria un año despues.

Una diversion, mucho mas digna de un ente civilizado que las corridas de toros, brindaba hace poco al extrangero, que vive en Méjico, algunas noches placenteras, quiero decir la ópera italiana.

Estaba regularmente organizada esta cuando llegué; su prima donna la Señora Paris, hija de Pellegrini, tenia gracia, era bastante bonita, y su voz rayaba mucho mas alto que lo mediano, aunque no la habia dotado la naturaleza de mucha melodía y flexibilidad; pero el gusto exquisito de su padre, que fué su maestro, y el trabajo constante habian remediado este defecto; y si todavia herian al oido algunos sonidos algo ásperos, fácilmente los disimulaba este á favor de su método y de la grácia de su canto.

Tambien era uno de tantos Galli, el anciano Galli, cuya fama permanece todavía en pié en todas las capitales de Europa, y que vino á verla boquear á dos mil leguas del lugar de sus primeros triunfos. Cuando lo volví á ver en Méjico, agradaba aun mucho su voz; pero, en los últimos años de su estancia, estaba tan cascada y desentonada que, solo á favor de sus antecedentes y de su mucha práctica en las tablas, que lo hacia muy buen cómico, se le podia disimular su permanencia en el teatro.

Se reformó en parte la compañía en 1836, reclutando algunos artistas distinguidos, de manera que quedó perfectamente habilitado este teatro, tanto que le cabia el primer lugar despues de los de Paris, Lóndres y Milan. En él brillaba la Señora Albini con todo el lustre de sus gracias y de su habilidad, segundándola maravillosamente en los papeles de contralto la Señora Cesari, y el hermoso Fornasari, prorumpiendo con su bajo estentóreo. Así es que en muchos años no se verá la escena mejicana tan lucida como por aquella época, porque fuéron tantas ventajas hijas de la casualidad; pues jamas se hubiera contratado la Albini para la América española, si no hubiera seguido en su destierro á un coronel italiano, prenda de sus mas tiernos afectos.

Con todo quedaron indemnizados todos los sinsabores que la condujeron á Méjico, con la acogida que le mereció. Luego que los extrangeros, cuyo número es muy crecido en esta capital, hubiéron oido modular á su garganta de ruiseñor unos sonidos tan gratos y tan perfectos, los electrizó un entusiasmo tan extraordinario que llevó tras sí á los Mejicanos; con esto, cada funcion era para ella un nuevo triunfo, en que se le rendia un culto como á la diosa de la Melodía, especialmente los Alemanes, cuya admiracion llegaba hasta el delirio; y es

cierto que bajo muchos respectos era muy acreedora al incienso con que la embriagaban; pues, aunque gordita, estaba llena de gracia; no podia pasar por una hermosura; pero tenia una sonrisa que derramaba mucho encanto en su rostro: por otra parte, reunia con las dotes de su voz un gran talento dramático. En la ópera de Norma sobresalia en ambas cosas admirablemente, siendo la que mayor triunfo le valia; pues que, haciéndose superior á sí misma por expresar dignamente las sublimes inspiraciones de Bellini, no sabia uno á quien admirar más, si al autor de la obra maestra, si á la que tambien la producia.

Despues de su duo del segundo acto con Adalgisa, *si fino all'ore all'ore estreme* &c., prorumpia el público en aplausos frenéticos, y jamas se representaba Norma sin repetirse á lo ménos hasta dos veces este duo. A la verdad es muy lindo; pero sin embargo podríase haber reservado tantos aplausos para otras escenas, en las cuales el estro musical del autor y el mérito de la actriz se remontan mas alto.

Sin embargo, en medio de esas incesantes ovaciones, se introdujo entre los cómicos, el patio y toda la sociedad mejicana la discordía, aquella frecuentadora de entrebastidores. El caso es que reuniendo la Cesari á un her-

moso metal de voz una presencia agradable, mucha gracia y desenvoltura en los papeles varoniles, se habia grangeado un séquito de apasionados, cuyo número iba creciendo cada dia, los que trataron nada ménos que hacerla participar en los honores escénicos que únicamente la habian tocado á la Albini. Hasta aquí no habia inconveniente; pero las dos rivales no se contentaron con verse aplaudidas en turno, sino que tuvo una la pretension de acallar los aplausos que á la otra le daban; la cabala entró á la parte y llegó á meter bulla.

Por entónces estuvo Méjico dividido en Albinistas y Cesaristas, teniendo cada partido sus campeones; de ambos bandos se dieron bofetadas; pero, por fin, se calmó todo; y así como despues del delirio causado por un momento de embriaguez, debiéron estar corridos por haber llevado tan adelante el olvido de sí mismos.

No obstante, á pesar de tanto alboroto quedaba desierto el teatro siempre que repetian muchas veces seguidas las mismas óperas; así es que á la tercera representacion de la Somnámbula de Bellini, y á la segunda del Condestable de Donizetti, ya no se veian en la sala sino unos pocos *dilettanti;* de suerte que para que fuese bien atendido, se necesitarian dos óperas nuevas semanales; y como es cosa imposible, se arruinan los empresa-

rios, lo que seguirán haciendo por mucho tiempo aun.

Esto tiende á probar que por lo general en Méjico van al teatro mas bien por tono que por un gusto decidido; pues no puede uno penetrarse bien de una música hermosa sino despues de haberla oido á lo ménos seis veces.

Vino en 1841 otra nueva compañía á reemplazar esta; pero apénas pudo sostenerse mas de un año apesar del encanto de la voz y las gracias personales de nuestra jóven paisana la Señora Castellan, segundándola el mérito distinguido del tenor Bosetti. A la sazon, con sentimiento nos vemos privados del ameno pasatiempo proporcionado por la ópera; y hay motivo para temer que sea por mucho mas tiempo aun.

Con todo son los Mejicanos aficionados á la música, y hasta nacen músicos; así es que se ha desarrollado entre ellos con increible rapidez este arte. Han sacado los Italianos numerosos discípulos; y bajo su hábil direccion varias señoritas han adquirido una habilidad verdaderamente eminente; dotadas de un hermoso metal de voz, cantan con método y confianza, y saben comunicar á su voz aquella gracia que le conquista el primer rango al artista italiano.

Muchos son los que piensan que tendria buen éxito en Méjico la opereta francesa, primero porque abundan

los Mejicanos que hablan nuestro idioma, luego porque, siendo mas vario nuestro repertorio, seria mas fácil contentar al público, y, por último, porque serian mucho ménos fuertes los gastos de retribucion de los cómicos y de las representaciones. Estoy casi de su parecer; pero estoy en que fuera preciso que ayunase Méjico, durante dos ó tres años, de las óperas serias á que está acostumbrado, para luego ir tomando gusto á unas composiciones mas sencillas; pues si se verificase la transicion de golpe, las obras maestras de los Boieldieus y de los Gretrys correrian riesgo de desmerecer al principio, y en seguida seria difícil hacer desterrar al público la primera impresion que hubiese abrigado.

Tambien se hacen comedias españolas en dos teatros; pero en general son muy medianos los cómicos. Abastece el teatro francés de abundante cosecha á los traductores, que no siempre salen bien de su empeño en reproducir el original. Las piezas del *Gymnase* y del *Vaudeville*, los melodramas de la *Porte S. Martin* y de la *Gaité*, cuando una vez los han ataviado á la española, suelen ser desconocibles; sin embargo por mas que pierdan con su disfraz, son aun sin disputa las mejores de su repertorio.

Ya estamos iniciados en las tablas mejicanas; y desde

el patio han penetrado nuestras miradas hasta los entrebastidores, sin haberlas echado en derredor de nosotros. Dirémos, pues, una palabra del edificio y de la vista de los palcos, y para lograrlo pasaremos al teatro de Vergara, que acaba de levantarse á nuestra vista bajo la direccion del arquitecto español D. Lorenzo Hidalga.

Nada de particular tiene la fachada, todavía por acabar, de este edificio respecto de su arquitectura, y nada de monumental respecto á su posicion; pero su interior es grandioso, elegante y cómodo. Tras del peristilo viene un patio con una cubierta de vidrios, y luego desahogadas escaleras, vastos y elevados corredores, una doble hilera de galerías ó corredores corridos sobre el patio y los salones para los paseantes: todo se ha hecho con arte y sin mezquinería. La sala es capaz; está bien construida y adornada, constando de tres órdenes de palcos con una galería debajo de los primeros y otra en la cazuela. En el patio cada espectador tiene su luneta adonde llega desahogadamente por los corredorcitos practicados en el centro y en derredor de la sala. Separados unos de otros por delgadas columnas y tabiques de medio cuerpo, son los palcos capaces y cómodos, correspondiéndoles á cada uno su retrete en donde pueden retirarse los concurrentes en los entreactos; á mas de estas

ventajas llevan otra á los teatros de Paris; que fuera de esto son los mas ahogados del orbe, y es que en lugar de aquella baranda de medio cuerpo, que oculta gran parte de la compostura de las señoras, no tienen delante mas que una tablita de realce de pocas pulgadas de alto, dejándolas á descubierto de piés á cabeza. Todas las noches se presentan con nuevos atavíos las petrimetras; amóldanse á sus cuerpos graciosos el terciopelo y el raso, la blonda y la gasa, confeccionadas por nuestras modistas francesas; y los mas ricos aderezos, realzando las composturas, dan el mayor lustre á la vista de los palcos.

En el dia es mas que rica la compostura de las mugeres, es ademas de buen gusto, pues llegan en dos meses las modas parisienses á Méjico, y afectan las señoras mejicanas la misma volubilidad respecto á la hechura de sus bujerías que las petimetras que dan las modas en Paris. Pero lo que todavía se desconoce es la conformidad respecto de las composturas correspondientes á cada edad; por ejemplo, se pondrá una jóven de quince años lo mismo que su madre un túnico de terciopelo ó de raso, pedrerías y blondas riquísimas; tambien concurre á todas las diversiones, de manera que mucho ántes de casarse ya está embotada su aficion al teatro, á los bailes y á la compostura. En cuanto al modo de vestir á los ni-

ños, era ridiculísimo pocos años ha; los tocaban, á la edad de dos ó tres años, con gorras ó sombreros con plumas ó penachos, todo esto abultando dos tantos mas que el niño, y con lo demas á correspondencia del tocado, no omitiéndose nada de lo que podia darles el aire de monos vestidos.

Raras veces se perciben esas caras encantadoras, de que abundan los teatros de Lóndres y sobre todo los de Filadelfia y Baltimor; pero siempre se encuentran caras graciosas, facciones distinguidas, á las que animan hermosos ojos.

Carecen de variedad las actitudes de las señoras; pero el contínuo vaiven del abanico distrae de la uniformidad de sus posituras; van doblándolo y abriéndolo continuamente con mucho donaire y destreza: úsanlo para corresponder con saluditos amistosos de un palco á otro, ó hacer una seña graciosa, transformándolo en telégrafo amoroso de un extremo de la sala al otro, así es que, puede seguirse por mucho tiempo, por medio de este mensagero activo y discreto, una conversacion muda, pero muy significativa.

Se suelen encontrar entre las mugeres del pueblo bajo caras regulares; pero el clima, la miseria y los excesos en breve borran los atractivos con que las habia do-

tado la naturaleza. Compónese su vestido de un guardapiés de indiana ó de muselina clara atado en la cintura con una faja, por cuyo motivo se les ha puesto el nombre de *mugeres de enaguas*, que viene á ser el distintivo de su clase: el paño ó rebozo es la segunda parte de su vestido, con la cual tapan su cabeza y se embozan despues. Cuando ocultan de este modo la parte inferior de su rostro con el rebozo, las creeria uno todas divinas por lo hermosos que son sus ojos.

Visten lo mismo las mugeres de medio pelo y de alta categoría, con la diferencia de la riqueza del género que usan. Por la mañana salen con el trage á la española, que se compone de un túnico de tafetan ó raso negro y de una mantilla cuyo fondo es tambien de seda negra con velo y guarniciones de blonda; tambien hay mantillas enteramente de blonda, y son las mas elegantes, pues amoldan fácilmente los contornos de la cabeza y del pescuezo bajo sutiles pliegues; y las espaldas, que un fondo de seda encubre del todo, están apenas disimuladas por lo trasparente del tejido. La mantilla es un ornato verdaderamente seductor, prestando nuevos encantos á la cara que abriga.

Despues de oir misa á las doce, deponen todas las señoras su compostura de la mañana para vestirse á la fran-

cesa; pero, pasada esta hora, no se las encuentra sino raras veces á pié por las calles, y cuando sucede esto, se cubren la cabeza con un pañuelon de seda en el cual se embozan como unas momias, lo que les sienta muy bien.

Por lo que toca á los hombres, visten con elegancia, conformándose á las modas de Paris con mayor premura que los de las provincias de Francia. Tal vez se compondrán ménos bien que los habitantes de Nueva York ó de Filadelfia; pero, por cierto que se aventajan, en lo general, por la riqueza de sus vestidos á los pueblos de Europa, en donde no se encuentra mas que una sola clase, muy poco numerosa, de la sociedad, que por turnos es ya regenta ya esclava de la moda.

Pero, ¡qué diferencia del modo actual de vestir al que se estilaba hace veinte años! Entónces una mera chaqueta de paño ó de género pintado, una capa que se usaba hasta estar raida, componian el arreo de todos, con excepcion, creo, de los individuos pertenecientes á la Magistratura ó á los empleos de alta gerarquía.

Salen las señoras á pasear por las calles de Méjico un dia del año, que es el juéves santo, en el que van vestidas con el mayor esmero y lucimiento. Toma la ciudad aquel dia un aire festivo, aunque conservando en el fondo un poco de tristeza, pues ningun ruido hiere el oido;

todo está callado, el ruedo de los carruages, las pisadas de los caballos y el tañido de las campanas; por manera que el tropel de paseantes produce en uno el mismo efecto que debe producir en un sordo.

En todas las bocas calles se levantan cabañas de carrizo en donde se expenden al pueblo bebidas refrigerantes, orchata hecha con pepitas de melones, chia, naranjada, agua de limon y de piña y pulque compuesto. Tambien preparan tortillas y otros manjares para toda la turba de léperos que acuden á tomar allí sus pastos, abandonando sus guaridas hasta el dia siguiente.

A las cinco concurre la muchedumbre á los principales cuarteles, y principalmente por las calles de S. Francisco y las de los Plateros; allí todos los rangos andan confundidos. Se componen los atavíos de las señoras de una mezcla de modas españolas y francesas, pero reuniendo lo que ambas tienen de mas elegante. Se ven túnicos de terciopelo azul ó morado guarnecidos de blonda, otros de raso ó tejidos de seda de espolin y mantillas de blonda blanca garbosamente afianzadas en la cabeza, lo que da á todas la mugeres la apariencia de jóvenes novias al salir del altar. Brillan al traves de los velos hilos de perlas disformes y hermosísimos diamantes que completan la magnificencia de las composturas.

Hasta las doce de la noche están las calles llenas de gente que van de una iglesia á otra sin poder penetrar en ellas las mas veces, tan numerosa es la concurrencia. En cada una de ellas se levanta un altar iluminado con mil luces, en el cual se ha amontonado todo el oro y la plata que se ha podido reunir, poniendo por adorno hasta platos de este metal: figuran tambien las primicias de la vegetacion como ofrendas á la Divinidad. Algunos dias ántes, se da á los vasos una mano de semilla de chia que por su mucha viscosidad se adhiere á sus paredes; se hace germinar esta semilla al sol, de manera que hállanse estos vasos cubiertos de una vegetacion lozana que va siguiendo sus contornos conservando su forma. Están adornadas las gradas, el circuito y la parte anterior del altar con esta yerba de primavera, cuya vista da gusto; tambien á veces suelen poner en estos lugares jaulas con bonitos pajaritos que saludan la nueva estacion con sus dulces gorgeos. Esta idea toda pertenece á los antiguos, los que por el equinoxio de primavera colocaban en el altar del Sol ofrendas tomadas de la naturaleza vegetal y animal á quien viene á vivificar.

El sábado de Gloria á las diez de la mañana, en medio del silencio que reina hace dos dias, dase un estampido subitáneo de repiques de campanas, de cohetes que

revientan por todas las calles, de coches y caballos que vuelven á sus tareas, y de perros que aullan huyéndose por todas direcciones. Es imposible hacerse oir, pues ahoga la voz aquella trapisonda ensordeciente. Esta, sin duda, era la hora en que se quemaban á los Judios y hereges por la mayor gloria de Dios; pero en el dia se contentan con quemarlos en efigies. Al efecto se suspenden con sogas, por todas las calles, muñecos de carton representando hombres y mugeres, cuyo cuerpo está lleno de fuegos artificiales que lo hacen reventar al tiempo de su explosion. Recuerdo la efigie de una señora francesa, bastante bien imitada, á quien quemaron delante de su misma casa, no porque fuese judía ó se la sospechase de heregía mas que á otra cualquiera, pero la costumbre, que conservaba en Méjico, de salir con su cofia, le habia acarreado un ridículo que las gentes del pueblo supieron aprovechar en aquella ocasion. De entónces acá se han ido acostumbrando poco á poco á esta moda extrangera, y en el dia todas las mugeres de los mecánicos franceses salen con este tocado sin correr riesgo de verse insultar.

Existe en Méjico un número muy crecido de operarios franceses cuya venida ha proporcionado un bien inmenso al pais, por una parte trayendo á su suelo las ar-

tes perfeccionadas, y dando una fuerte impulsion á la inteligencia de la clase de obreros; por otra, obligando á los maestros de oficios mejicanos á ser ménos perezosos y mas formales en el cumplimiento de sus compromisos, si no quieren verse expuestos á morirse de hambre por falta de trabajo; pues como nunca tienen estos un peso ahorrado, ántes se veia uno en la precision de adelantarles siempre que se les mandaba hacer algo; y sucedia el caso de que gastasen el dinero sin entregar la obra ó, si la entregaban, no era sino despues de haberla hecho esperar mucho tiempo. Se ha, pues, preferido á los mecánicos extrangeros doblemente que á los del pais, primero porque sin darles adelantado está uno seguro de recibir el dia adiado lo que se les ha pedido, y luego está mejor acabada la obra.

A la plebe mejicana se la suele distinguir por el mal nombre de *lêperos*. Estos *lazzaroni*, vestidos con calandrajos, agrupados en las esquinas, están todos llenos de vicios, haciendo el mal sin alcanzarles el remordimiento, y á menudo sin ser movidos de la necesidad; y con todo ¡qué contradiccion tan rara! los mueve á compasion muy fácilmente la vista de un sentimiento que no han causado ó de una desgracia á que son agenos. Cuando, por los años de 1838, despues de la toma del castillo de

S. Juan de Ulua, algunos votos aislados pedian á voz en cuello que se repitiesen con los Franceses otras vísperas sicilianas, todos esos léperos, para los cuales un asesinato es una friolera, se quedaron frios, desoyendo esta provocacion al crímen; y léjos de añadir á los males del destierro actos de violencia y maldiciones, se manifestaban compadecidos por la suerte de los desterrados, brindándoles con la asistencia y los auxilios que en sus manos estaba darles. Ademas son corteses en su trato con las clases elevadas de la sociedad, y léjos de infundir en ellos humos, haciéndolos insolentes, la gran libertad que gozan en el dia, no los ciega ni deja de hacerles conocer la inferioridad de su condicion.

Desconoce el populacho mejicano las necesidades que se originan de la civilizacion; siendo así que si tuviera mas deseos y mayor ambicion, se veria uno á su merced, teniendo que trasformar su casa en fortaleza y que salir en caravana y bien armado. Pero en un clima tan benigno y en el estado medio salvage en que vive, no necesita el hombre para taparse sino de unos calzoncillos de lienzo y de una frazada; duerme en un petate, y solo trabaja para no morirse de hambre. Su aficion al juego y á la embriaguez son los únicos incentivos que lo seducen á robar, y jamas la necesidad de vivir con mayor

comodidad, pues le basta con tener un poco de maiz para ser feliz en su covacha con su muger y sus hijos, de cuyo porvenir poco se cura, criándose estos sin la menor prolijidad y á la buena de Dios.

Si se viera el pueblo de las grandes ciudades de Europa con tantas probabilidades de impunidad, se volverian todas las calles otros tantos sitios de ladrones, en donde á las doce del dia estaria uno expuesto á verse despojar hasta la última pieza de su vestido, sin quedarle otro recurso sino hacerse tambien ladron de profesion. ¿Acaso será el Europeo por naturaleza mas malo que el *pelado* mejicano? No lo creo; pero, acallan en su pecho los clamores de la conciencia, la mas atroz miseria bajo un cielo crudo, el hambre, el frio, las necesidades de todas clases y, mas que todo, el conocimiento íntimo de los padecimientos de aquellos que mas quiere, y así, despues de haber luchado mucho, entra por la senda del crímen.

No comete mas excesos el pueblo mejicano porque las privaciones que experimenta no son suficientes para impelerle á arrostrar los peligros y la muerte; teme exponer su vida en un ataque en el cual encuentra á veces viageros que toman de su cuenta el castigo. Por otra parte la mas mínima demostracion de severidad, por parte de

la justicia, lo llena de espanto, y restablece por do quiera el órden y la seguridad.

A fines de 1835 no podia uno ya salir á caballo en contorno de Méjico, sin estar expuesto á verse despojado, llegando el caso de tener uno que conquistar su paseo pistola en mano. Con la impunidad multiplicábanse los asesinatos y los robos á todas horas del dia en el interior de la ciudad; nunca habia sido tanta la osadía de los malhechores, por tanto llegaba al colmo el terror de los vecinos; pero á penas hubo la justicia manifestado un poco de rigor, cuando se vieron cesar los crímenes, y se pudo sin temor transitar hasta muchas leguas á la redonda.

Siempre será asequible el mismo resultado en todos los paises calientes, por ser tan fácil buscar la vida en ellos; sino, véase á la Habana, en donde el pueblo es mucho mas malo y mas atrevido, ¿qué era ántes de la llegada del gobernador Tacon? una vasta guarida de tunos que despojaban en las mismas plazas públicas, y en donde aquel que tenia la desgracia de dar la queja se veia arruinado por las justicias y ademas amagada su existencia con la certidumbre de una venganza por parte del reo ó de sus compinches; en tal conformidad que llegando el caso de haber sido robado durante la noche un al-

macen, si, informada la policía, llegaba á verificar el hecho, porfiaba el dueño que nada le habia sucedido, prefiriendo no acusar á nadie y no permitir se procesara. Pero, cuando llegó Tacon, cambió todo; ante su inflexible justicia tuvieron todos que doblar la cerviz; postrados por su mano de hierro los grandes y los pequeños no volvieron á levantarse sino para tomar otro giro, recordándoles los patíbulos que lo debian seguir sin separarse de él. Entónces pudo cada uno dormir sosegado en su casa, aun con las puertas abiertas; se pudo transitar de noche por las calles mas apartadas con talegas de pesos debajo del brazo; parecia que se habia olvidado hasta la idea del robo. Floreció mas que nunca la Habana, y sus habitantes no pudieron ménos de bendecir el nombre de Tacon.

Se tratan entre sí los léperos mejicanos con desapiadada barbarie, no pasando un solo dia sin que uno ó dos queden muertos en las pendencias, que por regular nacen en las vinaterias, siendo los dias de fiesta los mas fatales á esa gente malvada. He visto pasar un dia de Todos los Santos hasta cinco muertos que llevaban á la Acordada. Al principio se me erizaba el pelo al presenciar semejantes espectáculos; pero como se presentan á cada rato, al fin llega uno á ver casi con indiferencia pa-

sar, tendidos en una escalera de mano y destapados, aquellos cuerpos desfigurados y chorreando sangre.

Son mucho mas terribles las peleas de esos desdichados que los desafios comunes, pues es mas seguro el golpe mortal: por lo mismo la vista del hierro y de la sangre no produce en ellos sino poquísimo efecto, temiendo ménos una muerte que han tenido delante tantas ocasiones. Por eso son bastante valientes los soldados mejicanos, reclutados en esta clase; acostumbrados, como lo están, á ver brillar sin palidecer la hoja asesina, hieren ellos tambien sin reflexionar.

Es un hecho que en la mayor parte de los hombres se va adquiriendo con el ejercicio el valor guerrero; así es que el mismo que tal vez hubiera tomado las de Villadiego al oir el primer cañonazo, si no lo hubiera contenido el temor de la infamia, se vuelve un heroe despues de su tercera batalla. Todos exigen el aprendizage, quien mas quien ménos: en efecto, el desapiadado carnicero ha herido su primera víctima con mano poco firme; ha palidecido el trastejador la primera ocasion que ha medido con la vista el abismo en el cual está suspendido, y el comandante, que con paso firme conduce su batallon á la brecha, sintió doblarse sus rodillas cuando rompió su primer cartucho. Despues de tomado un oficio se va po-

co á poco asumiendo su índole; cuando se recibe el título de soldado, acaba uno por entregarse á la muerte; y si es así que siempre habrá al cabo de diez años de campaña alguno que otro Tersites, se encontrarán mil Ayaxes que borrarán su infamia.

Sin embargo, aunque las gentes de la plebe manifiestan algun valor en sus peleas, recibiendo la muerte á manos de sus compañeros con cierta serenidad, en cualquiera otra contingencia demuestran la mas extremada pusilanimidad. Un solo hombre de la clase llamada decente basta para hacer correr á cinco ó seis cargadores, y cuando llega á agarrar á uno, lo tira al suelo sin apénas encontrar resistencia. Será indudablemente á consecuencia del terror que todo hombre blanco infundia antiguamente á los naturales del pais.

Es muy marcada la transicion entre esa plebe y la clase inmediatamente superior á ella: al salir del tártaro de la humanidad se encuentra una sociedad cuyos vínculos presentan ya uña fuerza compacta; en ella están relajadas las costumbres, es verdad; tienen á menudo poca elevacion sus sentimientos; pero al paso que se hace el mal se aprecia el bien, y solo se dejan arrastrar sus individuos, porque no encuentran en los principios de una buena educacion la fuerza para resistir.

Se han verificado notables mudanzas en las altas clases desde la independencia, esto es, desde que los extrangeros han empezado á pisar el suelo mejicano. La ignorancia, que hasta entónces habia reinado, embrutecia á la par al rico y al pobre, al ingenio y á la medianía; y á penas se veian de cuando en cuando algunas inteligencias cultivadas, algunas débiles luces en medio de aquellas densas tinieblas.

En el dia se han multiplicado los establecimientos de instruccion pública, los que se ocupan formalmente en cumplir con su instituto; y la Historia, la Geografía y la literatura extrangera son el objeto de un estudio serio en la edad madura; va purificándose la lengua de las colonias bajo la pluma de algunos gramáticos distinguidos, y se ha generalizado la lengua francesa hasta el punto de ser ya indispensable á la educacion de la juventud; por manera que de aquí á veinte años se hablará el frances en las tertulias de Méjico como en las de San Petersburgo.

Con todo es preciso confesar que, en general, está aun muy limitada la instruccion; pues son muchos los que se contentan con el barniz brillante que da el conocimiento de las lenguas vivas; pero en breve querrán saber mas que eso; y habiendo ejercitado su memoria, querrán hacer

lo propio con su pensamiento, profundizando aquellos estudios idóneos para alimentarlo.

Estaba todavía mas desatendida la educacion de las mugeres que la de los hombres; ya principian los padres á pensar en ello, y todo contribuye á hacer creer que serán mayores sus adelantos que los de nuestras madres, que apênas sabian firmar en tiempo de Luis XV.

Ha hecho mucho la naturaleza á favor de las señoras mejicanas, y al proclamarlo cumplo con un deber muy grato para mí. En vano se las moteja con algunos defectillos que va corrigiendo cada dia el tiempo; no por eso deja de ser constante que la amenidad, la caridad, la afabilidad son dotes preciosas que poseen en alto grado; que nacen con luces muy claras y un talento natural que las hace aptas para comprender fácilmente y para imitar en muy breve; que un sentimiento profundo é inteligente de la propiedad social da aun á la muger de la clase mas humilde una soltura en su porte y una gracia en el modo de producirse que le permiten concurrir en una sociedad mas elevada sin chocar por ridícula ó torpe.

¿Acaso se criticará en algunas el descuido de las ocupaciones formales, en otras la apatía respecto de sus intereses? Pero, la mayor culpa la tiene la naturaleza, pues cuanto mas rico, cuanto mas fecundo en recursos sea el

pais en que vemos la luz, tanto ménos pensamos en el dia de mañana. Solo nos enseña la prevision á precaver los males lejanos, cuando, siguiéndose las generaciones unas á otras en la miseria, han experimentado las angustias que da la necesidad.

Ademas, esta apatía tocante al porvenir es la que ha conservado en el corazon de las señoras mejicanas una de las virtudes sociales mas sublimes, virtud digna de la edad de los patriarcas, y es la hospitalidad. No pasa dia sin ver á unos seres, viviendo en la pobreza, recoger sin embargo á unos huérfanos, criarlos, tratándolos como á sus propios hijos, sin jamas acordarse de echárselo en cara, ni aún manifestarles el mas mínimo disgusto. Sucede á menudo que familias enteras, arruinadas por la falta del padre qne les daba de comer, se arrimen á otras cuyo buen pasar cambian así en pobreza, ó cuya pobreza mudan en miseria, sin jamas prorumpir en una sola queja que, manifestando el arrepentimiento, la impaciencia ó la aversion, venga á menoscabar de este acto grandioso de caridad. El dia en que duden las señoras mejicanas de su porvenir, del de sus hijos, economizarán los bienes presentes para precaverse de los males que tengan que temer, llegando así á ser parcas en sus beneficios para con el hijo del extraño.

Desanima, en lugar de fortalecer contra el mal, el vituperio incesante que no viene mitigado con justa alabanza: mezclemos pues un poco de miel con el acibarado brebage que debe restituir la fuerza y hermosura en el macilento cuerpo que deseamos sanar. Si criticamos esa política excesiva en los Mejicanos, que ofrecen su casa y cuanto poseen á gentes desconocidas, y que dan el nombre de amigo á individuos á quienes no aprecian, ¿por qué no decimos tambien que, prescindiendo de esta exageracion, la política de los Mejicanos los hace un pueblo totalmente sociable y de un trato muy agradable; que se les encuentra aun la imágen de aquellas maneras obsequiosas y afectuosas que poseia en sumo grado nuestra aristocracia, y que hemos visto acabarse y desaparecer poco á poco bajo el enrejado de egoismo y de preocupaciones especulativas que ha invadido todos los ánimos? Una constante afabilidad, igualdad de atenciones sin distincion de personas, crítica sin amargura, decencia en los modales, calma sin frialdad, alegría sin ruido ni desórden, tales son las ventajas que se encuentran en la sociedad mejicana.

Tiende el carácter mejicano hácia una mejora rápida; ya se ha dado la prueba de lo mismo respecto de la instruccion pública; y si ahora consideramos los usos, verê-

mos que han experimentado, desde la regeneracion del pais, fases tan marcadas, que en muchos casos no les queda nada de sus formas primitivas.

Imposible fuera enumerar todos los cambios oportunos introducidos por el buen tono en la sociedad, y adoptados por el buen gusto, pues son innumerables; y solo viajando por las provincias lejanas de la capital, en donde la ignorancia y los usos han quedado casi estacionarios, es como se puede juzgar mejor de los adelantos que se han conseguido.

En medio de este movimiento progresivo, es de sentirse que no haya recibido la industria nacional sino un impulso debilísimo; y aunque la nueva ley de aduanas, sobre prohibiciones, ha tenido por objeto el acelerar la accion de las artes industriales y manufactureras, sin embargo, por una multitud de motivos, cuyo desarrollo no puede hallar cabida en los límites de esta obra, es permitido dudar que deje resultados favorables muy pronto.

Solo un establecimiento industrial en Méjico merece él que se haga mencion de él, y este es la imprenta de D. Ignacio Cumplido. Este Mejicano emprendedor supo con nada hacer un establecimiento magnífico, mérito propio de una inteligencia superior, la que, adunan-

do la prudencia con la sagacidad, apresúrase con pausa en su marcha, proporcionando siempre los medios de éxito con el objeto que se propone. ¡Pluguiera á Dios se encontrasen en Méjico muchos hombres como D. Ignacio! porque entónces bien pronto jugaria en sus manos hábiles el resorte nervoso que falta á la industria y á las artes mecánicas. Mas, los hombres de su temple escasean en todos los paises, por lo mismo debemos considerar como un deber sagrado el pagarles nuestro sencillo tributo de elogios, cuando tropieza nuestra pluma con sus nombres, dignos, por otra parte, de honores ménos estériles.

Está todavía muy inmediata á nosotros la época en que empezó Méjico su educacion intelectual, para esperar que los hombres inteligentes y útiles á la sociedad gocen, en el concepto de la generalidad, el rango y la consideracion á que son acreedores. En Francia tiene su trono la fortuna; pero tiene tambien el suyo el mérito. Aquí, solo el dinero, al sentir de la muchedumbre, tiene el lustre y el prestigio que excitan la envidia y merecen la consideracion; y siendo así que el comercio y el agiotage constituyen, con cortas excepciones, las vias que conducen á la opulencia, por lo mismo forman los comerciantes la mayor parte de la aristocracia del pais;

así es que nunca han abandonado su giro y sus tiendas los mayorazgos, los condes y marqueses mejicanos que habian comprado sus títulos despues de haberse enriquecido en el comercio; permanecian de mercaderes, persuadidos de que aquello que los habia elevado á la nobleza no podia hacerlos degenerar; y, en esto, eran mas consecuentes que nosotros antiguamente.

Sin embargo, aunque es sin duda el comercio una profesion muy decente, cuando se hace con honradez, no por eso es una profesion honorífica, esto es, una que pueda reflejar un lustre honorífico en aquel que á ella se dedica; pues, no hay cosa honorable sino la que origina en la virtud, el valor ó la inteligencia, y, como consecuencia, las profesiones en que estas circunstancias son un ingrediente indispensable; pero por ningun término cabe honor en aquello de vender á diez lo que se compró en cinco; por mas que se procure buscar otra cosa, no se encontrará jamas en ello sino un provecho y nada mas.

No puede ménos de ser apreciada, al fin, esta verdad tan sencilla y tan notoria por los mismos que todavía no alcanzan á buscar el tipo del hombre de mundo sino detrás de un mostrador; cuando llegue esto á pasar, entónces empezará una era nueva para Méjico, era, en que pudiendo los hombres inteligentes esperar, en todas las

carreras, la gloria que han soñado, con ánimo se pondrán á la obra del edificio social, que solo tiene sus cimientos puestos, elevándolo en poco tiempo tan alto cuanto lo permitan la multitud de elementos que Méjico tiene á su disposicion.

# CAPITULO VII.

## SUMARIO.

Alrededores de Méjico.—Chapultepec.—Tacubaya.—San Angel.—El pedregal.—San Agustin.—Pascua del Espíritu Santo.—Los montes.—Peleas de gallos.—La cruz del Marques.—Huichilaque.—Cuernavaca.—Indios caminadores.—Laborde.—La Cueva de Cacuhamilpa.—Ruinas del monumento de Jochicalco.—Acapulco.—Su puerto.—Su comercio.—La Nao.—Carácter de los mulatos de aquella costa.

Por lo general son feísimos los contornos de Méjico, siendo la campiña toda ó árida ó cenagosa, y de consiguiente escasa y desmedrada su vegetacion; así es que solo se ven á trechos algunos magueyes achaparrados, árboles del Perú y sauces, de hojas tristes, que guarnecen las calzadas y los canales; y, con excepcion de Iztacalco y de Santa-Anita, son horribles todas las aldeas inmediatas; pero en un radio de una á cuatro leguas se encuentran otras sino muy lindas, á lo ménos bien situa-

das, en donde se gozan aires puros, y que son bastante agradables para que vaya la sociedad mejicana allí á pasar la temporada de verano.

Los meses de Junio, Julio, Agosto y Septiembre son los mas hermosos del año, aunque es el tiempo del agua, porque entónces templa el calor la humedad de la tierra; revisten los jardines y los montes sus verdes colores; brotan abundantes flores, y los árboles paren sus frutas. Por otra parte ni es contínua, ni incómoda el agua, la que cayendo cada dia á una misma hora, deja á disposicion de los paseantes hermosísimas mañanas. Se va formando la turbonada cuando empiezan los rayos del sol á absorver con mas fuerza los vapores de la tierra, y truena á las dos ó á las tres de la tarde; entónces llueve á cántaros hasta ponerse el sol; pero como resbala el agua por el declive de los cerros, en los cuales están fabricadas las aldeas, solo humedece una ligera capa que seca el aire en breve.

Tacubaya, San Angel y San Agustin son las aldeas á que van con preferencia las gentes. Situada la primera en una colina pedregosa, á una legua de Méjico, no tiene mas mérito que su proximidad á la ciudad, y la hermosa vista que de algunas quintas se alcanza. A media milla de aquella aldea, levántase en medio de un so-

to copado el pintoresco cerro de Chapultepec, coronado con su hermoso castillo. Este cerrito fué el primer paradero de los Aztecas á su llegada á orillas de las lagunas; y mas tarde fabricaron allí, los reyes de Méjico, una casa de campo que los Españoles destruyeron, y de la cual no quedaban sino poquísimos restos cuando mandó el virey Galvez edificar el palacio actual y las fortificaciones que hacen de él una fortaleza.

No atino á comprender cuál haya sido el motivo por qué nunca se ha acabado interiormente este local hermoso, quedando así tan inutilizado como un diamante que no está montado; sin embargo, es un sitio delicioso. Descúbrese desde la azotea del edificio, la que en parte se ha convertido en huerta, uno de los mas raros y mas curiosos panoramas; pues, á medida qne está uno girando sobre su propio ege, van desarrollándose los cuadros á sus ojos, como en el *Colosseum de Regent's Park;* pero con esta diferencia que, en lugar de la atmósfera nebulosa de Lóndres, una vivísima luz es la que alumbra el seno de Anáhuac.

A dos millas de aquel punto, siguiendo la direccion de los acueductos, se divisa á Méjico con sus iglesias, sus cúpulas moriscas y su guirnalda de sauces, espigados como álamos. Mas allá están las lagunas de Tescu-

co, de Chalco, de Jochimilco (1), y en el último término se ven los volcanes, siempre cubiertos de nieve, agrupándose las colinas y cerros en rededor del valle para formar un seno elíptico. Allí y allá están desparramados algunos lugares y haciendas por el llano; aquí, Tacuba, antigua capital del reino del mismo nombre, cuyas miserables chozas asoman por entre los frondosos árboles; mas arriba, en una colina, la capilla de la Vírgen de los Remedios, imágen mílagrosa que se va á buscar en procesion para lograr que llueva cuando padecen de la seca los campos; por otra parte, el cerrito del Peñon, del cual brota un manantial de agua caliente; y á corta distancia, el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en donde viene á rematar la gran calzada del Norte; por último, al pié de esta vasta azotea, en derredor de rocas cubiertas de matorrales, entre las cuales se desliza un arroyo cristalino, crecen verdes céspedes y cipreses seculares, cargados de un musgo blanquizco que parece caracterizar la edad de aquellos decanos de la vegetacion.

Estos cipreses, que tienen de 12 á 16 metros de circunferencia, eran ya unos árboles muy corpulentos cuando los conquistadores españoles, animados del furor destruc-

(1) La laguna de Jochimilco puede considerarse como parte de la de Chalco.

tor, hicieron desaparecer cuanto podia recordar el poder y la civilizacion de los pueblos vencidos; así es que los jardines de Moteuczoma fueron destruidos, como tambien su palacio, perdonando la hacha, como por milagro, á aquellos restos imponentes de los cultivos aztecas.

Arrancan de Chapultepec las arquerías de los dos acueductos que abastecen de agua á Méjico, el uno alimentado por el mismo manantial de aquella roca, y el otro por un ojo de agua que dista algo mas.

San Angel, juntamente con San Agustin, es el vergel que surte á Méjico de frutas. Allí dobléganse los árboles de sus huertas bajo el peso de las frutas de todas clases, ya indígenas, ya exóticas, que producen, excediendo mucho el número de los frutales europeos al de los de la tierra; pero los mercados están surtidos con abundancia de todas las frutas de la tierra caliente, que vienen de hasta veinte y treinta leguas á la redonda.

Asombra la feracidad del terreno de San Angel, considerando la situacion de esta aldea, fabricada en el declive de un volcan apagado hace mucho tiempo, y rodeada de lavas y escorias esponjosas, extendiéndose á muchas leguas del cráter. El pedregal, que es el lugar cubierto de deyecciones volcánicas, pareciendo de léjos á una lepra vegetal, presenta algunos sitios bastante

originales; pero es difícil y aun peligroso penetrar por ellos, si no se toman precauciones contra la multitud de culebras de cascabel que encierran. Las cazan casi sin peligro los indios, rompiéndoles el espinazo con una varita, al tiempo de erguirse éstas para abalanzarse á ellos; pero para esto es preciso conservar una presencia de ánimo, que raras veces concurre en el hombre poco acostumbrado á esta clase de encuentros. Fuera de este sitio, y con excepcion de algunos parages pedregosos adonde nadie va, no se encuentran reptiles dañinos sino en los terrenos bajos de Méjico.

En la misma cuesta, al Este de San Angel, se encuentra San Agustin de las Cuevas, hoy dia Tlalpam, aldea ó villa adonde se llega por un camino hermoso plantado de árboles y cruzando por un llano regularmente cultivado. Sus casas están bien fabricadas, y sus jardines mejor sembrados que en los demas puntos; pero están desiertas y silenciosas sus calles, en las cuales únicamente tres dias del año, que son las pascuas del Espíritu Santo, sucede el bullicio á esta calma habitual. A este pueblo concurren las gentes de treinta leguas en contorno á probar la suerte en el juego. Quince ó veinte montes, puestos muchas veces por personas de categoría que hacen de por sí el oficio de tallador, están

abiertos al público, que en tropel va recorriéndolos desde las nueve de la mañana hasta las doce de la noche. Allá, se exponen á la vista de los puntos de primer órden dos, tres y hasta cuatro mil onzas de oro; acullá, pesos fuertes apilados excitan la codicia de puntos mas humildes; y, en la plaza pública, están ordenadas mesas de juego en donde las gentes del pueblo van á llevar sus reales. Es una verdadera feria de dinero.

El monte es un juego sencillo en extremo, que tiene alguna analogía con la treinta y una. Echan en la mesa dos cartas distintas, sacadas á la ventura, y á estas entregan su dinero, los puntos; en seguida se van sacando mas cartas de la baraja hasta que salga una igual á una de las dos primeras, que es la que gana. Cuando la primera carta que se saca, es igual á una de las dos del tapete, no paga el montero sino las tres cuartas partes de la parada al ganador, y esta es su única ventaja.

Tienen los Mejicanos una propension muy decidida al juego. No he dicho pasion porque no les conozco ninguna muy marcada: en efecto, solo puede existir una pasion en el hombre, en cuanto desarrolla en él una grande energía, una accion tenaz, conmoviendo á un mismo tiempo sus facultades mentales y todo su ser; al paso que el Mejicano parece ser siempre lo mismo, ó muy

poco inmutado, cuando todo en él debiera estar trastornado. Por eso, no se ven casi nunca suicidios en Méjico, ni causados por un amor desesperanzado, ni de resultas de pérdidas en el juego, ni por ningun motivo sea cual fuere.

Presencié en las festividades de San Agustin una parada de 500 onzas, hecha en un *albur* por un punto de la clase mediana: le pasaron, como es costumbre, la baraja para que fuese el autor de su fortuna ó de su ruina; cogió los naipes sin mudar de color, y, colocando cuidadosamente su cigarrillo en la mesa, se puso á sacar metódicamente cada carta sucesivamente, colocándolas unas en otras en el tapete; al fin se asomó la cruel sota que lo hacia perder. . . . ¡y nada se manifestó en su semblante; ningun nervio vino á torcer su boca, ni á fruncir sus cejas! viéndolo tan sereno creí de pronto que habia ganado. En el momento en que el montero recogia su oro, devolvió cuidadosamente los naipes al tallador, y volviendo á coger su cigarrito, del que sacudió la ceniza para que no le cayera encima, se puso á jugar todavía las pocas piezas de oro que le quedaban en los bolsillos.

Es fácil, en medio de estas reuniones silenciosas de jugadores, distinguir al extrangero del criollo por los movimientos de impaciencia de aquel y la impasibilidad de

este. Sin embargo, prescindiendo de algunos gestos nerviosos, de algunas palabras petulantes, que siempre denotan su orígen, imitan admirablemente los extrangeros á los Mejicanos en cuanto á ser arriesgados en el juego, especialmente los jóvenes que se entregan á él con un ardor espantoso.

Los que van á jugar en aquellas fiestas no buscan una ganancia mediana de algunos centenares de pesos, no aspirando á nada ménos que á una talega de mil onzas; y cuando, por la mayor casualidad, se consigue, se vuelve á perder, las mas veces, procurando ganar doble mas. Por fin, todo aquel que se sienta á una mesa de juego, deja ya de ser dueño de sí, manteniéndolo ensalmado la Fortuna, en tales términos que, si gana, se engolosina; y, si pierde su dinero, hace por recuperarlo; y miéntras mas pierde tanto mas se encalabrina.

En tiempo de los Españoles estaban todavía mas concurridas estas fiestas que en el dia, acudiendo los concurrentes de mucha distancia; y entónces era cosa ordinaria ver puntos de mil onzas y mas á veces; pero de entónces acá los juegos tambien se han sentido de la diminucion de los recursos y de la escasez pública.

Tambien ofrece San Agustin diversiones ménos peligrosas, adonde puede el perdidoso pasar para recobrar un

poco de calma y reconciliar un tanto de filosofia: estas son las peleas de gallos, los bailes del calvario y los saraos de la noche. Las peleas de gallos no dejan de ser igualmente un juego en el cual se apuesta por tal ó cual campeon; pero puede este juego divertir un momento aun sin interesarse en él.

Los gallos, que salen á la plaza, tienen en la pata una hoja de acero muy afilada, afianzada á manera de un espolon. Animados de antemano el uno contra el otro, luego que se ven libres, se abalanzan procurando darse con el espolon, cuya virtud mortífera les es conocida. Ya saltando uno sobre otro, ya pasando á derecha ó á izquierda, se empeñan mútuamente en darse una garfada; y los hay que son tan duchos que en el primer encuentro despanzurran á su contrario.

Da gusto verlos atacándose, retrocediéndo, mirándose de hito en hito con la cabeza baja y erizadas las plumas de su cuello, echando chispas sus ojos enfurecidos, que parecen decir que el vencido no debe esperar cuartel; y, en efecto, miéntras se puede arrastrar, le da el contrario repetidos golpes; y cuando exhala el último aliento, este con soberbia pasea en derredor del cadaver prorumpiendo en un canto victorioso, que parece desafiar los demas combatientes.

Con todo, le toca á él tambien recibir la muerte en aquel mismo sitio testigo de sus hazañas; pues, siendo el mantenedor de aquel torneo de muerte, tiene que pelear con todos los campeones que se le vayan oponiendo. A veces suele matar seis ú ocho con igual suerte; pero, al fin, agotándose sus fuerzas, sucumbe, y va á las cocinas de la plaza mayor á reunirse con las víctimas que ántes ha despachado.

La plaza de gallos tambien hace las veces de sala de bailé por la noche; pero de algunos años á esta parte solo el último dia de fiesta es numerosa y bien compuesta la concurrencia.

El camino de Méjico á Tlalpam es él de Acapulco, puerto de la república en el Océano Pacífico. De aquel punto se eleva rápidamente en las sierras al Sur del valle, y alcanza en la Cruz del Marques su punto culminante, cuya altura es poco mas ó ménos la de Rio Frio. Apénas amanecia el dia cuando subí aquella cuesta; pero, al salir el sol, ví el valle de Méjico en su punto de vista mas grandioso. Estréchanse en derredor suyo veinte volcanes desde la parte occidental hasta el cono nevado del Popocatepec, produciendo este valle el efecto de un crater inmenso que se ha enfriado poco á poco, pero que ha conservado aun mucho tiempo bastante calor para

entretener erupciones parciales en sus bordos escarpados. Durante muchas leguas está cavado el camino en capas de lavas y cenizas volcánicas; y vastos parages están cubiertos de estas cenizas parduzcas, tan ponderosas que á duras penas las levanta el viento.

Desaparecen estos indicios de incendios terrestres en la Cruz del Marques (lugar que debe su nombre á una cruz que allí está plantada), ó á lo ménos ocultan lo que de ellos queda los bosques de pinos que por este sitio crecen mas frondosos. Este parage es temido de los viageros con motivo de las partidas de ladrones que, hace ya tiempo, lo han elegido por teatro de sus hazañas. El lugar de Huichilaque es el plantel inagotable de estos industriales, y tambien en donde los insurgentes cometieron, en las guerras de la independencia, atrocidades escandalosas con los Españoles.

Desde Huichilaque se descubre Cuernavaca y la tierra caliente, que de allí se extiende hasta el Océano Pacífico; y al paso que está uno aun en medio de la escarcha, tiene á sus pies una primavera perpétua.

Al bajar la cuesta por el antiguo camino, si es así que se pueda llamar camino á unas veredas escarpadas, atoradas de piedras y de troncos de árboles, no poco me sorprendí cuando encontré á dos indios que, habiendo

salido de Tlalpam al mismo tiempo que yo, me habian seguido, aunque anduviese á buen paso mi caballo. Es verdad que atajaban por el monte, ganando de este modo lo que perdian por otro. Iban estos cargados como machos, y con todo habian conservado siempre su pasitrote, sin que pareciesen mas cansados que por la mañana. Son excelentes caminantes todos estos indios, y tienen un modo particular de viajar, llevando en hombros un huacal ó una red llena de bastimentos, la que está afianzada con una soga que les pasa por la frente, de manera que aguanta la cabeza una gran parte del peso. Aviados así, se ven, con el cuerpo inclinado hácia adelante y doblada la corva, andar á veces veinte leguas con ese pasitrote, sin mas alimento que unas tortillas secas. Prefieren aun andar cargados que á la ligera, y todos los dias se les ve llevar á cuestas la carga de sus machos. Cuando los Mijes de Guichicovi vuelven de Tehuantepec, adonde van á vender sus excelentes plátanos, siempre se acuerdan de llenar sus redes de piedras para correr mas desahogados.

Cuernavaca, distante diez y ocho leguas de Méjico, era la capital de los Tlahuiques, pueblo sujeto á los Aztecas. Esta pequeña poblacion es bastante bonita, y se goza en ella una temperatura muy agradable, aunque un

poco caliente ya. Sus arrabales están poblados de chozas de carrizos y de jardines sembrados de naranjos, azambogos y limonales, cuyas flores llenan el ambiente de fragrancia, dando, la vegetacion de sus contornos, los dobles frutos de las latitudes de transicion: se ven en la hacienda de Atlacomulco, que fué de Hernan Cortés, siembras de cañas de azúcar en una escala mayor, y un cafetal muy hermoso, plantado por un Francés en 1824.

Se notan tambien en Cuernavaca las ruinas de una fábrica que otro Francés, llamado Laborde, edificó á fines del siglo pasado con el objeto de ocupar á los pobres en un año de escasez. Este Laborde, que vino á Méjico con la aprobacion del gobierno, conseguida no sé cómo, estaba dotado de un genio especulador é ideas vastas, las que supo aprovechar en una época en que solo bastaba querer trabajar para enriquecerse; así es que pocos años le sobraron para acumular una fortuna colosal, llegando á ser de su propiedad las minas de Tasco y de sus inmediaciones, en las cuales encontró vetas riquísimas, con que pudo juntar un capital que se avaluó en 8 ó 10 millones de pesos.

Sea como fuere, hacia de su caudal un uso grande y generoso, pues era muy caritativo, y gastó aquel año de escasez 500.000 pesos para socorrer al pueblo de Cuer-

navaca, á quien suministró medios de ganarlos, y, por lograrlo, hizo fabricar en una cuesta una casa de campo con un jardin magnífico y grandes pilas, en donde, hasta la fecha, continuan perennes las aguas, aunque lleva ya el sello de la destruccion cuanto se encuentra en sus inmediaciones.

Se cuenta que fué bien quisto de una vireina, á quien agasajó con fiestas en las que presidia toda la magnificencia posible. Festejaba á sus ilustres huéspedes en la casa que es hoy dia de correos, calle de San Francisco, en Méjico, la que acababa de fabricar juntamente con las demas que siguen hasta la mitad de la calle del Coliseo.

A seis leguas de Cuernavaca, y en el mismo valle, la casualidad hizo descubrir, hace pocos años, una cueva de una extension inmensa y de una hermosura admirable, que, aunque conocida de los indios, que la veneraban como asilo del Genio de las montañas, es probable nunca lo fuese de los Españoles.

A principios de 1833, recorrió el Sr. Baron Gros la mayor parte de aquella asombrosa excavacion, de la cual sacó varias vistas; y lo que de ella refirió, á su vuelta á Méjico, determinó al gobierno mejicano nombrase una comision que fuera á explorar aquel subterráneo y cons-

tatar sus maravillas, designando para presidirla á nuestro paisano el Sr. Baron de Perdrauville.

Entónces fué cuando se pudiéron apreciar geométricamente las dimensiones de aquellas salas, bóvedas, estaláctitas y estalácmitas que de pronto no se habian calculado sino por mayor.

Un solo pasage de la relacion que dió el Sr. de Perdrauville de su viage á la cueva de Cacuhamilpa, bastará para dar una idea de las curiosidades que en ella se encuentran, las que, semejantes á los arabescos del Kaleidoscopio, se van de contínuo reproduciendo con alguna novedad.

"Los que se disponen á entrar en las profundidades de esta cueva, van armados de teas y de velas de cera, ántes de lanzarse á un recinto que no parece tener límites, y cuya obscuridad apénas da paso al resplandor de las luces; sin embargo, á medida que va la vista familiarizándose con ella, se hacen mas distintos los objetos, pudiéndose observar con ménos dificultad las rarezas de que es tan pródiga la naturaleza en este lugar. Internándose bajo una bóveda de 150 pies de alto, va uno caminando por un suelo húmedo y barroso, y, al cabo de rato, se encuentra á la izquierda un escarpe cortado en gradas semejantes á las de una cascada artificial, en

donde el espato calcáreo toma el aspecto de una agua congelada de color amarillento y abrillantado por una arenilla cristalina que en ella está como incrustada. Mas léjos se levantan estalacmitas en forma de troncos de árboles de varias dimensiones, cubiertos de concreciones que por su delicadeza se podrian equivocar con musgos petrificados. Siguiendo adelante, brota en la sombra otra estalacmita de 80 pies (1) adornada toda de disformes hojas de acanto y de fragosidades raras; en seguida una masa piramidal de 90 pies en su basa ascendiendo hasta la bóveda, que, en su estructura continuada, se adelanta con toda su dimension por lo ancho de la sala, la que amenaza invadir algun dia, aunque por aquella parte mide esta 198 pies. Extiéndense hácia la derecha una porcion de otras concreciones de formas y proporciones diferentes, separando esta sala de la que sigue, pero dejándole con todo una longitud de 363 pies &c."

Excede la cueva de Cacuhamilpa cuanto nos ofrece la naturaleza de curioso en el mismo género; si tal vez la igualan ó aun la exceden los criptos de Mastrique y

---

(1) Se ven algunas tambien mucho mas elevadas que tienen 200 pies (franceses) de alto y 312 pies de largo en su basa con 163 de ancho.

la cueva de Mamut (1) en el Kentoki, respecto á lo ancho y profundo de los corredores, no deja por eso de ser incomparable tocante á la prodigiosa elevacion de sus bóvedas, lo agigantado de sus concreciones y el efecto que producen sus decoraciones mágicas, y aquellos musgos, aquellas palmas, aquellos recortados que brillan con las luces de mil fuegos centellantes.

Debian abrazar dos objetos los trabajos de la comision, la cueva de Cacuhamilpa y las antigüedades de Jochicalco, respecto de las cuales concuerdan poco entre sí los escritores que de ellas han tratado; pero no creo que se haya dado cumplimiento á esta segunda parte.

Encuéntranse á pocas leguas de Cuernavaca las ruinas de este antiguo monumento conocido con el nombre de atrincheramiento militar de Jochicalco; constan de una colina de forma cónica, de 117 metros de alto poco mas ó ménos, dividida en cinco tramos de unos 20 metros cada uno de elevacion perpendicular, con un vasto edificio arruinado en su cumbre, rodeándola un foso ancho y pro-

---

(1) Se ha explorado hasta distancia de diez millas inglesas esta cueva que se encuentra dividida en un gran número de compartimientos, uno de los cuales no mide ménos de ocho acres ingleses. Se admira tambien en ella un arco de 60 á 100 pies de alto.

fundo, de manera que todo el atrincheramiento tiene mas de 4,000 metros de circunferencia.

Mide la plataforma superior 86 metros de largo y 72 de ancho; la rodea un muro de cantería de 2 metros de alto, en cuyo centro se levantan los restos de un monumento piramidal, que igualmente constaba de cinco tramos, de los cuales no queda mas que el primero, habiéndose destruido los demas para suplir con material las construcciones de una hacienda inmediata; pero por las dimensiones de este se puede inferir que la altura del edificio seria de unos 20 metros.

Fórmase el revestimiento de los muros de piedras de cantería de buen corte, esculpidas en bajos relieves representando figuras geroglíficas de conejos, de mónstruos fantásticos, de armas, de partes de vestidos y de hombres sentados con las piernas cruzadas, á modo de los orientales, llevando en los ojos un adorno semejante á unos anteojos.

No se percibe ninguna señal de escalera para subir á la cumbre de aquel monumento; pero esta circunstancia, difícil de explicar por los que solo han visto un *teocali* comun en las ruinas de Jochicalco, nada tiene ya de sorprendente cuando se consideran como un templo sirviendo á un mismo tiempo de fortaleza, en donde, ata-

cados los guerreros, iban á refugiarse bajo la égida de sus divinidades tutelares, sin desatender con todo ningunas de las precauciones que podrian contribuir á hacer eficaz su divino socorro, y haciendo desaparecer toda via de comunicacion entre ellos y los sitiadores, ya dueños de la plataforma, á quienes dominaban como de lo alto de un nido de águila.

Siguiendo viajando hácia el Sur, se encuentra á unas setenta leguas de allí el puerto de Acapulco sobre el Pacífico. Este pueblo reducido, cuya poblacion apénas asciende á 3,000 almas, está rodeado de una cordillera de montes que, concentrando en él el calor, lo hacen á menudo sofocante á pesar de una abertura que se ha practicado en un cerro, para dar paso á la brisa. Su clima, durante la estacion del agua, es mal sano, pues con frecuencia atacan unas calenturas que son muy difíciles de curar; pero, por otra parte, se ve toda esta costa libre del vómito, que tan crueles estragos hace en los no aclimatados por las costas de levante.

Su puerto es hermosísimo, teniendo cerca de dos leguas en contorno, y ofreciendo un abrigo muy seguro á las embarcaciones; pero es raro encontrar allí una sola vela; pues hace ya tiempo que está aniquilado el comercio que hacia de este puert o el segundo del reino, respec

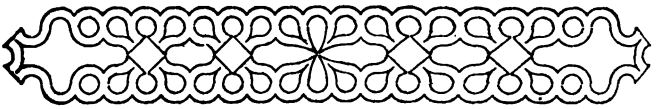
to de su extension y de la importancia de su tráfico. Antiguamente era Acapulco el depósito de los productos de toda la costa occidental de ámbas Américas, é igualmente de la China é islas Filipinas; pero la fatal influencia de las revoluciones ha interrumpido las comunicaciones, destruido las relaciones, y arruinado á los especuladores; y si alguno que otro bergantin cruza todavía el Océano Pacífico para traer á Méjico los tegidos de Canton y de Manila, solo sucede de muy tarde en tarde, ademas que ya no es Acapulco el puerto adonde aportan de preferencia los buques, habiendo pasado á San Blas y Mazatlan el poco comercio que se hace con el Asia.

Distínguense en tres clases los vecinos de Acapulco, los blancos, negros, y chinos que por la mayor parte son desertores de la *Nao* (1); cansados de una navegacion larga y peligrosa, se han librado con la fuga de nuevos peligros, volviendo mas tarde á la playa para dedicarse á la agricultura y al comercio.

Son altos y robustos los negros, cuyo número es muy crecido en toda esta costa; pero su pereza, que sostiene la feracidad del terreno, es excesiva. Por lo demas son francos, de buena fé en sus tratos y de un carácter muy alegre.

(1) Galeon de Manila.

Con un carácter ménos agradable, los indios de la misma costa participan de igual apatía é incuria. Cuando una vez se han tendido en su petate, es dificil hacerlos levantar; aunque se les vinieran encima sus chozas, no por eso se darian prisa por huir. Nunca pudo conseguir, un amigo mio, que uno de ellos fuese por leche á un cuarto de legua de allí, ¡aunque le fué progresivamente ofreciendo hasta tres pesos por el viage! El mismo indio, sin embargo, irá á veces á diez leguas á vender plátanos ó sandías por dos ó tres reales. ¡Rara inconsecuencia!



# CAPITULO VII.

**SUMARIO.**

Villa de Guadalupe el Salado.—Los Teocalis de S. Juan de Teotihuacan.—Otumba.—Llanos de Apa.—Buen pulque.—Tulancingo.—Tuxpan.—Pirámide de Papantla—Colonia francesa de Jicaltepec.—El bandido Andrade.—Regla.—Su bonita cascada.—Diferentes modos de extraer la plata del mineral.—Real del Monte.—Las minas de Pachuca.—La calzada de San Cristobal.—Desagüe de Huehuetoca.

SALIMOS de Méjico por la calzada de Iztapalapan, cuando nuestra excursion hácia el Surueste; volverémos atras ahora tomando la direccion opuesta. La calzada del Norte, que apénas tiene una milla, nos conduce primero á la villa de Guadalupe, antigua *Tepejacac*, en donde se encuentra el santuario de la Vírgen milagrosa, patrona de Méjico. Dicen que pocos años despues de la toma de Tenochtitlan, cultivando la tierra, encontró un indio esta Imágen, pintada en una tela de hilos de

maguey. El caso fué celebrado como la prueba de la proteccion particular que concedia á este sitio la madre de Cristo. Con tan plausible motivo se fabricó por la Santa Imágen un templo magnífico, dotándolo ricamente; y de todos los puntos de Méjico vienen á consagrar pías ofrendas á Nuestra Señora de Guadalupe.

Mas allá de esta villa empieza el *Salado*, vasto llano extendiéndose á orillas de la laguna de Tescuco, él que siempre blanco con la sal depositada en su superficie por las aguas, se parece á nuestras praderas despues de una grupada de Marzo. Allí, así como del otro lado de Guadalupe, hay aldeas de indios, ocupados exclusivamente en recoger esta sal para venderla en la plaza; pero nada he visto tan miserable y horroroso. Cada choza, mal fabricada de tierra amarillenta, apénas se distingue de los montones de tierra que la rodean. Ningun ramage, ninguna vegetacion se manifiesta en derredor; todo se vuelve tierra, siendo de un color uniforme; y no tiene otro efecto la vista de las especies de Trogloditas que habitan estas madrigueras, sino él de aumentar la impresion dolorosa que se experimenta al considerar estos feos abrigos.

Extiéndese el Salado hasta seis ó siete leguas mas; despues, se interna uno en un bosque de árboles ruines

que sigue hasta S. Juan de Teotihuacan, grande aldea á diez leguas de la capital, célebre por los *teocalis* que se encuentran en las inmediaciones.

Fueron levantados por los Toltecas, hácia el VIII ó IX siglo de nuestra era, estos *teocalis*, á los cuales llaman las gentes del pais *los cerritos;* y efectivamente, ahora que el tiempo ha hecho desaparecer casi del todo los ángulos de estas pirámides, cubriéndolas de vegetacion hasta su cumbre, se tendrian por turgescencias volcánicas, de las que se encuentran en los parages antiguamente trastornados por fuegos subterráneos.

Estos dos templos, orientados con exactitud, estaban consagrados el uno al sol y el otro á la luna, que los indígenas llaman en su idioma *Tonatiuh* y *Mextli.* Segun las medidas adoptadas por el Sr. de Humboldt, tiene la primera pirámide ciento setenta y un piés de alto y seiscientos cuarenta y cinco de longitud por su basa; la otra tiene unos treinta piés ménos en su elevacion. Se vé en la cumbre de esta un pequeño edificio de piedras en bruto, que tiene la apariencia de haber sido construido posteriormente á la conquista, probablemente sobre el terreno del santuario de la divinidad que allí adoraban.

El interior de estas pirámides es de barro mezclado

con piedras; está hecho el revestimiento de amigdaloi des y cimento con un baño de cal, que se conoce en varios puntos, presentando capas muy perfectamente lisas. Están enteramente destruidas las escaleras que subian á la cumbre, divisándose solo su lugar, y se inclina uno á creer que eran de cantería. A las dos terceras partes de la altura de la pirámide mayor, en su fachada oriental, si recuerdo bien, se encuentra un hueco bastante profundo, que se dispuso cuando se fabricó el monumento, y cuyo objeto ignoro. Tapaban su entrada piedras, tierras y matorrales que habian ocultado su existencia hasta que la descubrieron, hace como diez años, algunos Franceses.

Entre estos dos *teocalis* se encuentran un gran número de pequeñas pirámides de quince á treinta piés de elevacion, consagradas á los astros secundarios ó destinadas para sepulturas de los grandes sacerdotes ó gefes de tribus. Están dispuestas con órden, y en el centro de su grupo, se nota una lápida muy grande cubierta de geroglíficos. Los dos *teocalis*, estos *tumuli* y el espacio mediando entre ellos, están cubiertos de fragmentos de bajilla de barro y de una cantidad inmensa de pedazos de obsidiana, cortados ó en bruto, pero las mas veces preparados en dardos de flechas.

Son estos monumentos los mas antiguos de los pueblos, cuyas emigraciones son conocidas; pero son tambien los menos interesantes respecto á las artes, pues nada vemos en ellos de lo que excita nuestro interes en los de Jochicalco y de Papantla, de que tratarémos luego.

A tres leguas de las pirámides se encuentra Otumba, antiguamente ciudad grande y hermosa, y en el dia aldea insignificante. Sin embargo, se vé allí un acueducto muy hermoso, de construccion española; pero llama mas todavía la atencion de los viageros unas sencillas cruces de madera, plantadas aquí y allí en las inmediaciones, anunciando otros tantos asesinatos, cometidos por los vecinos de dicha aldea.

En Venta de Cruz, y particularmente en Singuilucan, se bebe por primera ocasion buen pulque; allí es donde empiezan los llanos de Apa, célebres por sus hermosos plantíos de Magueyes y por lo superior del caldo que de ellos se saca; en fin, á pocas leguas de Singuilucan, en un llano feraz y bien cultivado, se descubre la pequeña ciudad de Tulancingo, que es la mas antigua de Méjico, y fué levantada por los Toltecas á mediados del siglo VII. Su clima no es apacible, durando mucho las lloviznas acompañadas de vientos frios. Con

todo habian tomado sus medidas para desafiar el frio y la humedad, los comerciantes franceses que allí vivian cuando transité, pues tenian sus chimeneas en derredor de las cuales les volvia, con el calor agradable, aquella alegría que inspira una buena lumbre de leña flamígera, cuando está triste el cielo y sopla el viento por los corredores y debajo de las puertas mal juntadas: estas fueron las primeras chimeneas que encontré en Méjico, aunque en su capital y en los sitios elevados se siente á veces la necesidad de calentarse en los meses de Diciembre y de Enero.

Antes de seguir mi viage á Real del Monte, me apartaré un poco para dar á conocer á Tuxpan y sus contornos. Es árduo y fatigoso el camino que va de Tulancingo para Tuxpan, pequeño puerto del Seno Mejicano, como que está trazado por desiertos montuosos y hermosos bosques, en los cuales se encuentran de trecho en trecho paisages abundantes en terrenos quebrados y en originalidad, lo que desquita del cansancio del viage.

Tuxpan, que no es mas que un pueblecito á orillas del rio de igual nombre, no es la antigua *Tusapan* de los Totonacos, como generalmente se ha creido: estaba situada ésta en un cerro á veintiocho leguas del Seno, y asegura el señor Nebel, que ha visitado y dibujado sus

ruinas, que estas manifiestan una civilizacion no ménos adelantada que la de los pueblos de Anahuac. Por otra parte, parece esta asercion tanto mas probable cuanto que, no léjos de allí y en el mismo pais de los Totonacos, se encuentran las ruinas de uno de los mas hermosos monumentos de la América, que es la pirámide de Papantla.

Esta pirámide, llamada por los naturales del pais el *Tajin*, dista diez y seis leguas de Tuxpan, y dos del lugar de Papantla, y creo que hasta la fecha sea el señor Nebel el único que ha dado un dibujo de ella. Consta de siete tramos dispuestos por atriles, unos sobre otros, siempre por el mismo ángulo de declive, siendo su basa un cuadro perfecto de ciento veinte piés ingleses por lado, y su elevacion total de ochenta y cinco piés, y está fabricada de cantería de pórfido, revestido de una capa de cimento; cada despiezo ofrece una continuacion de nichos cuadrados dispuestos con simetría, y que tienen una profundidad igual á su latitud, cuyo número ascendia á lo ménos á trescientos sesenta. Queda dividida en dos la principal escalera, que se encuentra en la fachada oriental de la pirámide, por un intervalo de tres nichos, saliendo tanto en el cuerpo de la pirámide como las extremidades de la corniza de cada tramo, siguiendo

con él el ángulo de declive de toda la masa. Solo se subia por la escalera hasta el séptimo tramo, él que está arruinado, y probablemente estaba hueco para contener la divinidad á quien estaba consagrado el templo.

Son casi inaccesibles los montes que rodean el *Tajin*, y únicamente con la hacha ó el machete es como se puede llegar hasta aquel monumento, que solo se encuentra teniendo un conocimiento particular de las localidades. Ya se ha apoderado de él la vegetacion; una multitud de arbustos y aun de corpulentos árboles se han arraigado en las cuarteaduras, entre las piedras desunidas; y derrumbando los obstáculos que se oponen á su medra, amenazan el edificio de una destruccion completa y cercana.

Al Norte de Tuxpan, el puerto de Tampico en el rio á que dá su nombre, ha tomado un desarrollo extraordinario de quince años á esta parte; pero por desgracia ha adquirido, con el aumento de su poblacion, el fatal derecho de disputar á Veracruz el monopolio de las exéquias de los Europeos, habiendo llegado el vómito á ser terrible allí. No reina esta enfermedad sino en los lugares populosos; así es que, en los pueblos de la marina, lo único que hay que temer son calenturas mas ó ménos peligrosas, conforme el grado de cuidado que se tiene de

la salud en aquellas regiones tórridas que raras veces perdonan una imprudencia.

Entre Veracruz y Tuxpan, en las inmediaciones de Nautla, quisieron otra vez, hace pocos años, fundar una colonia francesa, la de Jicaltepec; pero le sucedió lo que habia sucedido en el Goatzacoalco y en otras partes; esto es, que los directores de la colonia manifestaron una incuria fatal al éxito de la empresa, y no tardaron sus colonos en dispersarse, perdiendo los accionistas sus anticipaciones. Sin embargo, quedaron en la colonia algunas familias, las que consiguieron, á fuerza de constancia y trabajo, superar la horrorosa miseria que al principio las acosó, y en el dia poseen pequeñas fincas bien cultivadas, que, asegurándoles una existencia fácil por el momento, les promete una pequeña fortuna con el tiempo.

Pero ya hemos tratado por extenso de las colonias en Méjico; volverémos ahora á Tulancingo, en donde tomarémos la vuelta de Regla, y de allí á las minas de Real del Monte.

No les parecia bien á mis paisanos él que emprendiese solo con mi criado este viage, haciéndome presente que el camino que iba á seguir estaba infestado de ladrones, que infaliblemente me despojarian, y, lo peor,

que me maltratarian; pero esta clase de advertencias, que pueden mucho en los paises en los cuales la policía hace mas raros los peligros, no producen sino poca impresion en aquellos donde está uno siempre expuesto á verse desbalijar.

Efectivamente, hacia ya tiempo que una partida de ladrones, bien organizada, explotaba con especialidad el territorio que iba á recorrer. No solo estos ladrones atacaban á los viageros aislados, sino que tambien tirotea-ban con la escolta de los carros ingleses que conducen las barras de plata á Veracruz, sucediendo una ocasion él que se llevasen el dia, apoderándose del convoy despues de una funcion bastante reñida.

La tenacidad de aquellos facinerosos venia del valor arriesgado de su gefe, el famoso Andrade, él que, ejerciendo sobre ellos un imperio absoluto, los mantenia en el campo de batalla, aun despues de haberlo sus compañeros enrojecido con su sangre.

Con todo, no corrí peligro ninguno, por haber sido prendido poco ántes este temible cabecilla, circunstancia que todavía se ignoraba en Tulancingo, y de cuyas resultas, desconcertada é intimidada la partida por un momento, se habia vuelto á sus hogares.

Se halla la Hacienda de Regla en una de las situacio-

nes mas pintorescas que hasta ahora he encontrado en Méjico, estando colocada en una garganta estrechada entre dos cuestas perpendiculares, sostenidas por columnas de basalto de mucha regularidad. Sigue la cañada mas y mas angosta hasta encontrarse las dos columnatas formando media elipse. En este sitio se ofrece al espectador asombrado una vista enteramente nueva: imagínese una série de columnas prismáticas de sesenta á setenta piés de altura, todas de igual grueso y perfectamente ordenadas en forma de anfiteatro, sesgado en el centro para dar paso á un arroyo que cae en cascadas, y cuyas aguas, pasando entre las columnas medio separadas, forman mil resaltos en donde vienen á reflejarse los rayos del sol.

Ciertamente será este monumento de basalto uno de los mas elevados del mundo sobre el nivel del mar, él que se encuentra en la cordillera como prueba viviente de las grandes revoluciones terrestres. No puedo ménos de extrañar que tan poco se haya mentado esta espléndida produccion geognóstica, que puede sin embargo competir con lo mas curioso conocido en este género. Si es así que la calzada de los gigantes presenta masas de basalto y grupos de columnas de un aspecto muy imponente; ofrece incontestablemente la cascada

Imprenta litog. de Cumplido.

Cascada de Regla.

de Regla una vista mas graciosa, pareciéndose á un monumento árabe de la edad media, ya en ruina, es verdad, pero abundante en recuerdos y aun todavía en esplendor.

Prolóngase la cañada tres leguas mas léjos hasta la barranca grande, que tambien se dice adornada de magníficas columnas de basalto, las que presentan, segun refieren, un fenómeno bastante curioso, y es que están cortadas horizontalmente en varias partes de su longitud por capas de barro bastante espesas, lo cual indicaría diversas formaciones.

Las columnas de basalto son verdaderas cristalizaciones, afectando formas prismáticas y naturalmente cortadas por secciones perpendiculares á su ege. Su exterior es blanquizco, y la superficie de cada seccion de un color ceniciento con una mancha amarillenta hácia el centro.

La Hacienda de Regla es propiedad del ex-conde del mismo nombre, que, con sus principales minas del Real del Monte, la ha arrendado á una compañía inglesa por 16.000 pesos anuales. Esta hacienda es únicamente de beneficio, sin ninguna especie de cultivo, constando solo de un vasto establecimiento á donde se lleva el mineral al salir de la mina, para sacar la plata que contiene,

Son dos los modos que usan para verificar esta extraccion: siendo pobre el mineral se hace por medio de azogue; si es rico, se valen de la fusion del metal, obrando del modo siguiente:

Redúcese á polvo el mineral mezclado con piritas de cobre (magistral) en unos almireces cuyos majaderos son gruesos maderos, que levanta un cilindro horizontal, girando en su ege, por medio de piezas saledizas, dispuestas á propósito, como las puntas del cilindro de un órgano portátil. Cuando está pulverizado el mineral como crimno de maiz, se echa en unos estanques circulares; en el centro de estos gira un ege, cuyos brazos, del tamaño de un radio del círculo, mueven piedras pesando cuatro arrobas cada una. Llámase este mecanismo *arrastre*, y sirve para moler de nuevo el mineral liquidado.

Despues de haber adquirido el mineral el grado de sutileza deseado, lo hacen correr en un gran estanque, en el cual se deja ocho ó diez dias, esperando que se haya evaporizado el agua hasta quedarse el mineral hecho un lodo espeso; entónces se extiende en una era, la que van recorriendo en todas direcciones, unos hombres exprimiendo entre sus manos un trapo lleno de azogue, para que pase á gotitas el metal por el tegido del tra-

po. Hecha esta operacion se pisa el mineral para hacer penetrar en él el azogue que se apodera de todas las partículas de plata. Sirve el pírita de cobre para precipitar la amalgama sin combinarse con los demas metales, pues cuando se lava todo, sale con la tierra y las demas partes heterogéneas, al paso que la plata amalgamada con el azogue se queda depositada, y ya no se trata mas que de hacer evaporizar el azogue para obtener la plata pura.

Cuando la extraccion se hace por el fuego, se deja secar el mineral enteramente, al salir del estanque; luego se vuelve á pulverizar con plombagina, y despues se echa en unos hornos de carbon. La parte terrosa se vitrifica quedándose encima; el plomo mezclado con la plata se precipita al fondo, de donde se escurre por una válvula en unos moldes que le dan la forma de placas redondas de cuarenta á cincuenta libras de peso, variando la cantidad de plata contenida en cada una desde la vigésima hasta la centésima parte.

Ahora, para apartar la plata del plomo, se funden estas barras en crisoles, y luego, por medio de cañones de fuelle, se dirige sobre el metal derretido aire que oxigena el plomo. Entónces se forma en la superficie una escoria de un color rojo amarillento, conservando un

brillo metálico, y es lo que se llama litargirio: se saca este óxido, y se conoce que la plata es pura cuando se forma encima un relámpago, conforme lo llaman en el laboratorio, esto es, cuando parece estar ardiendo el metal. En este estado se vacía la plata en barras de ciento cuarenta á ciento cincuenta marcos de peso, las que se despachan para Inglaterra, en donde las someten á otras manipulaciones químicas para separar el oro que contienen en cantidad bastante crecida.

Cuando está rico el mineral, no sirve para nada el primer modo de extraccion, porque entónces las partículas de plata se hallan muy gruesas á menudo para que pueda el mercurio apoderarse de ellas fácilmente, de lo cual resulta mucha pérdida. Tampoco se trabaja por el fuego, si el metal no está abundante, por exceder los gastos al beneficio.

Despues de haber visitado la hacienda de Regla, estaba el dia muy avanzado ya, y me dí prisa en salir para el Real del Monte, en donde debia pasar la noche. Estaba el tiempo nebuloso y frio; y á poco una densa neblina, que por momentos iba espesándose y finalmente se convirtió en nieve, traspasó mis vestidos, enfriando mi fantasía, que suelo complacerme en dejar divagar en vista de una naturaleza que sabe hablarle.

Es muy bueno el camino que va de Regla al Real del Monte, y ha costado cantidades inmensas á la compañía inglesa, que en un espacio de cinco leguas ha tenido que vencer los obstáculos que presenta un terreno montuoso.

A una legua de allí se entra por una cañada cuyas vueltas van manifestándose bajo mil aspectos distintos, que me parecieron muy pintorescos, á pesar del velo espeso que limitaba mi horizonte á unos cien metros.

Al remate de esta cañada y un poco ántes de llegar al Real del Monte, se encuentra la mina de Moran, que dicen ser muy rica; pero, cuando mi viage (1), habia la inundacion hecho suspender sus trabajos, hasta concluirse el nuevo socavon por donde todas las minas de la compañía deben desaguarse.

Pocas son las poblaciones de la república tan escasas de recursos como lo es el Real del Monte; así es que no encontré en la posada sino un cuarto enteramente desalhajado, con una ventana cerrada con la mitad de un postigo, la que daba libre paso á un viento de Norte que entónces soplaba bastante recio para traer á mi memoria la temporada inmediata á la pascua de na-

(1) Noviembre de 1836.

vidad en Borgoña. Tuve que contentarme con un pozuelito de pésimo chocolate, y en seguida fuí á mi cama de campaña á procurar el descanso que el frio no me permitió gozar sino imperfectamente, con cuyo motivo presencié, por primera vez de mucho tiempo á esta fecha, la salida del sol, de aquel sol bienhechor y vivificante que esperaba para calentarme. Hallábase entónces cubierta la tierra de nieve; pero las copas crinadas de los pinos fueron perdiendo poco á poco su corona argentina, derritiendo cada rayo del sol una de sus flores; y con todo, mantúvose siempre frio el ambiente, pues hacen bastante crudo el clima del Real, las altas regiones en donde se halla situado.

Colocada esta corta poblacion en medio de la sierra, no cuenta con otros recursos sino los que le vienen de fuera. Ninguna clase de cultura se percibe en sus contornos; pero la tierra produce el metal, cuya posesion nos hace gozar el trabajo ageno.

Al ver los grupos de cerros amontonados unos sobre otros, cuyas entrañas son de plata, queda uno asombrado de las riquezas inmensas encerradas en este suelo, tan privilegiado por la naturaleza. Segun los cálculos del señor de Humboldt, las nueve décimas partes de la plata que existe salen de las minas de Méjico. Sin embar-

go, ¿qué son los puntos aislados, que hasta ahora se han explotado, comparados con todo Méjico que es una vasta mina? Solo es un átomo la masa de plata sacada de las minas de Guanajuato, de S. Luis Potosí, de Zacatecas, del Real del Catorce, &c. &c., si se compara con lo que todavía queda sepultado en las entrañas de las sierras que rodean aquellos sitios, y con los tesoros inagotables de los departamentos de Sonora y Sinaloa, Chihuahua, Nuevo-Méjico, &c.; pues no solo abundan allí el oro y la plata en el seno de la tierra, y á menudo en su misma superficie, sino que los rios, los torrentes acarrean el oro, y, conteniendo su arena una porcion muy crecida, viene á ser el polvo de oro un renglon de tráfico entre los indios bravos y los Mejicanos que pueblan la frontera del desierto. Lo recogen los Comanches, los Apaches, &c., y vienen á cambiarlo en las factorías inmediatas por armas, municiones y aguardiente.

Recuerdo que, cuando proyectaba mi viage á Méjico, me sucedia algunas veces fabricar castillos en el aire, fundados en el descubrimiento de una mina de oro ó de plata, figurándome, lo que probablemente figúranse muchas gentes, qne esto solo bastaba para lograr una fortuna colosal. Bien se puede venir á Méjico con la certidumbre de encontrarlas sin tomarse la pena de buscar,

pues las hay á millares, que se han abandonado, y están á la disposicion del que quiera explotarlas; no porque esté agotado el mineral de estas minas, pues las tres cuartas partes de ellas ciertamente encierran riquezas inmensas; pero es preciso que la casualidad haga dar en las vetas ricas, siendo, hasta aquel hallazgo, duplicados los gastos de beneficio, y aun triplicados y cuadruplicados del valor del mineral sacado; así es que las especulaciones sobre minas son verdaderos juegos de suerte y ventura, y son mil los mineros que se arruinan por uno que se enriquece.

A fines de 1836 habia ya invertido la compañía inglesa del Real del Monte, en doce ó trece años, ocho millones de pesos en la explotacion de las minas que le corresponden. De éstos, cinco millones se habian empleado en poner las minas corrientes, en traer las muy hermosas máquinas de vapor para el juego de las bombas, en la construccion del camino de Regla, &c., y tres millones indicaban el exceso de los gastos diarios sobre el valor del metal convertido en barras. Erogábanse mensualmente 35.000 pesos en gastos de explotacion, al paso que la plata sacada de las minas no habia producido hasta Setiembre de 1836 mas que 10 á 20.000 pesos en igual tiempo. Eran magníficas las vetas que se des

cubrieron en aquella época, prometiendo desquitar en breve la compañía de las pérdidas inmensas que habia sufrido; pero no se mantuvo mucho tiempo esta riqueza.

Las principales minas del Real del Monte son: las de Terreros, S. Cayetano, Moran, Sta. Teresa, Guadalupe, Dolores, Sta. Isabel, Sta. Bárbara, &c. Bajé á la de S. Cayetano á las diez de la mañana con un empleado de la administracion, que me habia equipado como á si propio con una camisa y calzoncillos de franela, con un pantalon y chaqueta larga de tela, y con una falla de tela y un sombrero de fieltro de alas grandes, muy duro, cuya utilidad no tardé en conocer en unos corredores bajos y tortuosos, cuyas bóvedas están erizadas de desigualdades traidoras, siendo igualmente destinado dicho sombrero á llevar la vela, cuando se va bajando ó subiendo las escaleras de mano.

Ofrece grandes peligros la forma de las escaleras de mano que se usan en las minas: constan de una série de muescas, cortadas en un árbol de seis ó siete pulgadas de diámetro, las que con el tiempo van poco á poco llenándose del barro que viene pegado al calzado de los mineros, lo cual hace muy resbaladiza esta escalera. ¡Desgraciado del que coloca mal el

pié y no puede contenerse apretando fuertemente el árbol para no caer, pues va rodando por el abismo adonde desaparece, quedándose en cada ángulo saledizo, en cada punta de roca, una tira de su carne palpitante!

Pero por medio de las escaleras de mano con peldaños, adoptadas por los ingleses, la bajada no es peligrosa, ni tampoco ofrece ninguna dificultad, aunque es casi vertical su posicion; así es que en doce minutos habiamos ya bajado sin fatigarnos cerca de mil doscientos piés.

Tambien puede uno bajar y subir por el *malacate;* pero es mucho mas peligroso este modo. Llaman los mineros *malacate* un aparejo colocado sobre el tiro de la mina (especie de pozo), con el cual se sube el mineral en costales de cuero. Si una piedra viene á caer de uno de los costales, si no está sólidamente afianzado al cabo del cable el caballete en que va uno sentado, ó si tropieza con violencia con los costales que siguen la direccion opuesta, corre el riesgo de romperse la cabeza ó de dar un vuelco hasta la calderilla del tiro.

Habiendo llegado á las labores de los operarios, pude admirar la riqueza de la veta. Traje pedazos de mineral, sacados en mi presencia, que no contenian ménos de sesenta á setenta marcos por monton; pero se solian sa-

car piedras mucho mas ricas. Para costearse estas minas, es preciso que el mineral deje de doce á quince marcos por monton (1), á causa de la carestía del azogue. Antiguamente se beneficiaba el mineral cuando contenia ocho marcos por monton; pero solo costaba el azogue cuarenta pesos el quintal, esto es, la tercera parte de lo que vale en el dia.

Estaban las vetas por planes inclinados de poco espesor, y formados de fajas de metal de cuatro á cinco pulgadas, separadas por capas de cuarzo. En todas direcciones se cruzan las vetas, de manera que hay minas, que se benefician hace muchos años, cuyas labores forman verdaderos laberintos. La del Fresnillo, cerca de Zacatecas, es como una colmena en su interior. Como estaban siempre anegadas las labores inferiores, no obstante las bombas, para remediar este inconveniente, se cavaba el canal del desagüe al nivel del pié del cerro. En ciertos parages teniamos el agua hasta la pantorrilla; en otros un poco mas alto; pero no causa esta agua ninguna impresion desagradable, estando tibia, y manteniéndose constantemente la temperatura de estas minas á veinte y seis ó veintiocho grados centígrados. Ha probado la experiencia que con profundizar cien piés an-

(1) El monton consta de 3.000 libras.

menta el calor interior del globo en un grado centésimal; de donde resulta que á ménos de quince leguas de profundidad ha llegado ya la temperatura de la tierra al estado de incandescencia.

Despues de haber recorrido con mi guia, durante mas de tres horas, las minas de la compañía, que se comunican, le insté para que volvieramos á subir, pues la luz que dan las velas, usadas por los mineros, no podia de modo alguno suplirme la falta del resplandor del sol, que habia dejado tan fulgente, y cuyos rayos habia visto palidecer á medida que me habia ido internando en las entrañas de la tierra.

Volvimos á subir por la de Terreros. Si al bajar no sentí cansancio alguno, no sucedió lo mismo al subir. Con todo, pude pasar las dos terceras partes del espacio sin sobrada dificultad; pero al llegar allí me faltaba la respiracion, en términos de estar sofocado y medio muerto: habia cesado la accion muscular, en cierto modo, solo manteniéndome en pié, sobre la escalera de mano, una contraccion nerviosa; y por dos veces sentí una debilidad siniestra. . . . tenia el abismo delante; rozaba mis espáldas la bomba, echando un sonido sordo producido por su movimiento mesurado. Sin embargo, seguia siempre adelante, aunque lentamente, hasta que

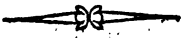
por último descubrí la luz del dia, penetrando por las rendijas de la puerta superior: con esto, me sentí renacer, y en breve me fué dable respirar desahogadamente el aire vivo y puro de la tierra, gozando á la par el vivísimo fulgor del dia, que tanto habia echado ménos por un momento.

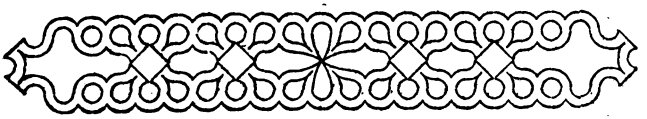
Saliendo del Real del Monte tomé la vuelta de Pachuca, ciudad pequeña, sita al pié de la Sierra en un llano inmenso, pasando por ella sin detenerme, pues hacia ánimo de llegar á Méjico aquella misma tarde, y así no tenia tiempo que perder. Sin embargo, sucedió al reves, habiéndose gastado los cascos del caballo de mi criado en los caminos pedregosos, y solo pudo llegar á la venta (1) del Carpio, situada á la entrada del dique de S. Cristobal.

Tiene este famoso dique cuatro millas de largo, y fué construido por los Aztecas y reedificado por los Españoles, para impedir desbordasen las aguas de la laguna de S. Cristobal en la de Tescuco; con todo, no siempre ha bastado, y se vió anegada la capital en diversas épocas, subiendo el agua en ciertas calles hasta dos y tres metros en la grande inundacion de 1629, que duró cinco años.

(1) La antigua.

Para remediar este mal el gobierno mandó construir el canal de desagüe de Huehuetoca, dando salida fuera del valle de Méjico al rio de Cuautitlan, cuyas crecientes causaban esas inundaciones. Esta obra, que se concluyó el año de 1789, es una de las mas gigantescas que han ejecutado los hombres de los siglos modernos. Consiste en una zanja de veinte mil quinientos ochenta y cinco metros en longitud, de los cuales una cuarta parte está cavada en una cordillera de cerros hasta la profundidad de ciento á doscientos piés, y con una latitud de trescientos seis á trescientos noventa y seis piés, segun la naturaleza del terreno. Costaron á España estos trabajos ciclópeos mas de seis millones de pesos.





# CAPITULO VIIII.

**SUMARIO.**

**Salida de Méjico para Oajaca.—Derecho de peage en Tlacotepec.—Se vuelve á gozar seguridad en la tierra caliente.—Cuicatlan.—Guendulein.—Cultivo de la caña de azúcar.—Los ingenios de azúcar. Los operarios de las haciendas.—Existe de hecho la esclavitud aunque abolida por las leyes.—El cepo.—La oracion de los operarios.—El bardo zapoteco.—Buena disposicion de los indios para la música y las artes.—El indio se halla feliz en su condicion.—Reflexiones.—El rio de las vueltas.—Valle de Etla.—Hermoso cielo de Oajaca.**

DESPUES de seis años de permanencia en la capital, obligóme mi salud á alejarme de su recinto en solicitud de otros aires, pues están léjos de ser tan buenos los de Méjico, cual hermoso es su clima, hallándose aquellos apestados con las exhalaciones que salen de los caños de cada calle, especialmente cuando principia la tem-

porada de agua. Desbordan estos caños en ciertos parages, formando charcos de fango negro que apesta el vecindario. Tambien cargan la atmósfera con miasmas pútridos, los pantanos fangosos de las inmediaciones, que se secan y se anegan una ocasion al año, de manera que, si las calles no fueran tan anchas, ni tan bien abiertas cual las vemos, y si los vientos no pudiesen barrer el mal aire mas facilmente que en las de París, seria la ciudad de Méjico un albañal inhabitable, otra ciénega pontina. Por otra parte, disminuida la transpiracion, á causa de la elevacion de la mesa, ocasiona un malestar contínuo, que solo se puede evitar con un ejercicio diario, bastante para restablecer el equilibrio: en cuanto á las personas sedentarias y sin actividad, siempre padecen achaques.

De consiguiente busqué una tierra mas sana; y la fama del hermoso clima de Oajaca habiendo fijado mi eleccion, pasé allí á principios de 1837.

El camino de Méjico á Oajaca es peligroso hasta llegar á Tehuacan, y con especialidad son fatales á los transeuntes las inmediaciones de Tlacotepec. En llegando á este punto, preciso es ó preparar la bolsa ó las armas, pues los vecinos de aquel lugar miran el robo como un derecho de peage. Pero renace la seguridad

en los caminos, con el temperamento de la tierra caliente y los beneficios de una vegetacion activa y generosa. Entónces puede uno sin miedo entregarse á la hospitalidad de las poblaciones indígenas que, libres de la necesidad de la asistencia agena, quedan á menudo en su suelo, como secuestradas del mundo, ignorando hasta la lengua que se habla en su derredor.

Exento de cuidados, echa el observador sus miradas en lo que lo rodea, en lo quebrado del terreno, en sus frutos. Aqui fijan su atencion, por su hechura rara, enormes *cactus* que tienen la forma de candelabros; allí, la llama el árbol, nombrado *pochotle*, que dá un algodon finísimo y suave como la seda; mas allá son papayos de hojas recortadas, chicozapotes frondosos, limones, plátanos, rodeando unas casas de carrizos, los que lo convidan con su sombra espesa á descansar de la fatiga del viage. En el lugar de Cuicatlan, sito en un valle fertilizado por el rio de igual nombre, son sabrosos los melones y las sandías, exquisitas las *pitayas* (1) y mas gruesos los *chicozapotes* que en todos los demas lugares que he recorrido; esta fruta, conocida en las Anti-

(1) Es una especie de *Tuna* del grueso de un huevo de ganso, llena de carne colorada, cuyo sabor se asemeja al de la fresa.

llas por el nombre de *zapotilla*, es una de las mejores de las Américas. Contiene un licor blanquecino de sabor insípido, con el cual se hace el *chicle;* y tambien se saca del mismo árbol, haciéndole una incision de donde mana como el cautchuc. Reducido al fuego este licor, forma al enfriarse el chicle, especie de almáciga que los indios y la gente del pueblo tienen gusto en mascar, así como los Malayos en mascar el betel, llevando el chicle esta ventaja, que no deja en la boca ninguna señal tras sí.

Cerca de Cuicatlan encuéntrase la hacienda de Guendulein, en la cual se cultiva en grande la caña de azucar. Convidado por el dueño D. Joaquin Guergué á pasar algunos dias allí, aproveché esta ocasion de instruirme en esta clase de cultivo y en las preparaciones necesarias para la elaboracion del azúcar.

Requiere el cultivo de la caña que se tenga constantemente la facilidad de regar; faltando el agua, se seca esta planta, y se pierde la cosecha sin remedio.

Se siembra la caña colocándola horizontalmente en unos surcos de seis pulgadas de profundidad, produciendo cada nudo una mata que llega á tener hasta dos y tres metros de alto, y se corta al cabo de un año para

sacarle el jugo; crecen despues nuevas matas en la primera por espacio de nueve ó diez años, sin tener que sembrar de nuevo.

Consta el *trapiche* de tres cilindros, girando por la inversa él del centro, de manera que las cañas que se introducen entre éste y él de la izquierda vuelven al otro lado, recibiendo así dos presiones sucesivas que las dejan casi tan enjutas como pajas El guarapo, que así se llama el jugo de la caña, corre en unos estanques de donde pasa á las pailas, en las cuales lo hacen hervir hasta espesar bastante para formar con él pilones en enfriándose. Este primer azucar llamado panela ó azúcar moscabado, segun los paises, se vende á los indios y á los destiladores que sacan de él el chinguirito, ó aguardiente de caña, caldo que tiene mucho ménos mérito que el aguardiente de uvas.

Para hacer el azúcar blanco tienen moldes de forma cónica que se colocan con la boca hácia arriba; se llenan hasta las tres cuartas partes con el jarabe que sale de las pailas, y cuando ha tomado éste consistencia enfriando, lo cubren con una capa de barro en la cual se echa legía. Filtrando esta agua entre las moléculas del barro y del azucar, se lleva todas las partes de miel y va á caer en un jarro colocado debajo del cono, por

una abertura hecha en su vértice. Entónces queda en el molde una cristalizacion blanca, no enteramente libre de toda impureza, pero que los hacendados no tienen por conveniente refinar mas, entregándola al comercio como azucar de primera calidad. La parte melosa, que el agua se ha llevado, es la miel de purga, la que vuelta á hervir da otro azucar casi negro, del cual se saca aguardiente igualmente.

Dia y noche están ocupados los operarios en moler la caña, y á veces los hay que, cansados de un trabajo tan activo, y absortos por el sueño, siguiendo siempre su movimiento maquinal, se ven asidos de los dedos entre los cilindros; y arrastrados por una fuerza irresistible, están perdidos si no se encuentra allí alguno que les corte el brazo con una hacha, ó que pare el movimiento de rotacion de la máqnina al mismo instante, pues pasarian sucesivamente entre los cilindros todas las partes de su cuerpo, á excepcion de la cabeza, que, arrancada del tronco, va rodando por el suelo; y molidos los huesos con la carne, solo presentan una mole inerte que no conserva nada de su naturaleza primitiva.

Sin embargo, sucede raras veces que no lleguen á tiempo á socorrerlos, saliendo de su aprieto casi siempre con solo la mano ó el brazo ménos. Ví en Guendulein

varios indios cuyas mutilaciones probaban lo frecuentes que son estos lances.

Los operarios de esta hacienda son la mitad indios y la mitad negros y mulatos, sin existir ninguna distincion entre ellos desde la abolicion de la esclavitud, ni aun la de la preocupacion. La sangre negra se ha mezclado con la del criollo en un número muy crecido de familias de categoría, y, aunque se notan las señales evidentes de esta mezcla, á nadie le ha ocurrido tomarlo por mote. ¡Porque no se imitará en otras partes esta filosofía que restituye indistintamente á cada uno los derechos imprescriptibles de la naturaleza!!

Aunque esté abolida de derecho la esclavitud en todas las haciendas de la república, sin embargo, existe de hecho en las de tierra caliente; siendo casi todos los operarios de una hacienda deudores á sus dueños en sumas mas ó ménos fuertes, no se pueden mudar á otra parte miéntras no se hayan desempeñado; y no pueden negarse á trabajar, si no quieren morir de hambre. Por otra parte, tratan mas bien de aumentar su deuda que de ir disminuyéndola, fraguándose así cadenas tan pesadas como las que procuró romper la revolucion. Pueden cambiar de amo, si encuentran otro que consienta en pagar su deuda; es decir, que les que-

da la libertad de venderse á otro para rescatarse del primero.

Ejercen los hacendados cierta jurisdiccion en sus tierras: conocen de los delitos ordinarios, castigando con el cepo (1) ó el calabozo á los que los cometen, ya con ellos ó con sus compañeros, miéntras estos delitos no pasan de las atribuciones de un alcalde ordinario. Son estos señores como unos reyezuelos á quienes no se dá otro tratamiento que él de *su merced;* todos tiemblan delante de ellos; y el mayordomo, los mayorales, sobrestantes, guardabosques, capataces, &c., son otros tantos ministros de sus órdenes absolutas, que constituyen una córte, en la que no hay ménos aristocracia que en las de los monarcas poderosos.

En las tierras calientes de Méjico, pasan sus ratos desocupados los indios y los mulatos, meciéndose en una hamaca ó tocando la vihuela, como que tienen todos mucho gusto para la música. Por la noche, sentados en un petate delante de sus casas, ó paseando en la clari-

(1) Son dos maderos colocados de canto uno encima de otro, con dos escotaduras en forma de medias lunas, correspondiendo una á otra. Pone el reo el brazo, la pierna, ó la cabeza, conforme su delito, en la escotadura inferior, y entónces se baja el madero superior, lo que no le permite zafarse. Es lo que llaman *Stocks* en Inglaterra.

dad de la luna, tañen su instrumento con bastante armonía, pero no con variedad, pues suelen seguir repitiendo un cuarto de hora el mismo compas. Tambien cantan acompañándose, y sus voces son destempladas y chillonas. Sin embargo, he encontrado la voz de los indios, en Oajaca, y particularmente en la hacienda de Guendulein, mucho ménos desagradable que en la costa de Veracruz. Por la mañana y la noche cincuenta ó sesenta operarios, reunidos en el patio de la hacienda, cantaban las alabanzas del Señor. Uno de ellos, que tenia una voz estentórea, que se oia á media legua, entonaba el canto, respondiendo todos los demas en bajo. No era cosa muy graciosa, pero no dejaba de tener cierto concierto que hacia escuchar con paciencia su oracion hasta el fin.

Una noche que el dueño de la hacienda me agasajó con un concierto de guitarra y arpa, quedé muy sorprendido al oir un pobre operario ejecutar en una arpa mugrienta piezas hermosísimas, con una precision y una habilidad muy notables. Este hombre habia recibido algunas lecciones de un arpista de Jalapa, á quien no habia tardado en aventajarse.

Dificilmente trasladaría aquí el efecto que en mí producía aquel indio, de piel encobrada, cubierto de hara-

pos sucios, formando sonidos tan melodiosos, y pulsando las cuerdas de su instrumento con aquella facilidad que siempre dá gracia. El arte ennoblecia en el pensamiento al bardo zapoteco; pero cuando bajaba uno la vista á sus manos callosas y ennegrecidas con la tierra que el azadon en ellas habia dejado, caia la corona del bardo, desvaneciéndose la ilusion.

Tienen buena disposicion los indios para todas las artes manuales: salen excelentes artesanos y buenos músicos, cuando trabajan bajo hábiles maestros; y se sacará muy buen partido de su inteligencia, así que tome mayor vuelo la industria en Méjico. Pero, con todo, no debe esperarse, ántes de pasar mucho tiempo, poder inspirar á las poblaciones indígenas gusto hácia una mudanza cualquiera en su existencia normal, pues tienen tanto apego á su miseria, como lo podrán tener á sus riquezas los pueblos civilizados, haciendo tanto para mantenerse en ella cuanto estos para salir de la suya. Cual el Lapon, que no cambia su guarida humosa, ni su pescado seco, ni su aceite hediondo por nuestras comodidades y nuestros manjares delicados; así prefiere el indio su petate, su tortilla y sus costumbres agrestes á los deleites de la vida urbana; y aun profesa cierto desden para los usos criollos, consintiendo raras veces en contraer

alianzas con ellos en los lugares lejanos de las ciudades.

Si viven satisfechos con su suerte estos hombres medio salvages, ¿no seria una crueldad sacarlos de su estado apacible, para hacerlos juguetes de nuestras pasiones? Si es así que esta atonía en su existencia no les proporciona goces refinados, á lo ménos los libra de muchos cuidados y de amargos pesares, porque la civilizacion hace pagar caros los placeres que enseña á disfrutar.

¡Cuanto mejor fuera dedicarse mas bien á mejorarlos con lecciones de moral, que les enseñasen sus deberes, y con cuadros de virtudes, puestas por obra, haciéndoles palpables los beneficios de una religion resumida en la fé, esperanza y caridad! Por lo que á mí toca, sé decir que siempre me he parecido mejor á mí mismo despues de leer á Alibeo ó una novela de Bernardin de Saint-Pierre. ¡Cuánto hubiera ganado el catolicismo, si Fenelon hubiese tenido mas imitadores! Fulmina la elocuencia del obispo de Meaux; la del arzobispo de Cambray penetra el alma, cual un perfume inefable, haciendo amar la virtud que adorna con tantos atractivos.

Hasta la fecha las poblaciones indias no tienen ma

ideas de la religion de los conquistadores, que las que nada tienen que ver con la moral, quedando por eso mucho que hacer para civilizarlos enteramente, esto es, para convencerlos de sus deberes como cristianos y como ciudadanos. Facilíteseles, pues, los medios de conocer estos mismos deberes, amenizando sus modales con una piedad racional; pero guárdese cuidadosamente de alterar su sencillez, que es su mayor bien.

No tardó en cansarme la vida en Guendulein. Rodeado este valle de sierras, nunca se vé refrescado de ningun viento, de suerte que el calor es opresivo en los meses de Abril y de Mayo, siendo mucho mas soportable en Veracruz, en donde los vientos vienen de la parte del mar á refrescar la atmósfera por la tarde, dejando algun descanso durante la noche; pero allí se vé uno de dia y de noche empapado en un sudor herviente, y aunque no se conserve encima ningun cobertor, jamas, sin embargo, se siente el aliento mas ligero del céfiro.

Pululan por toda aquella comarca los alacranes y las tarántulas, penetrando aquellos en lo mas recóndito, y no se puede tocar un mueble sin encontrar algunos debajo: tambien suelen introducirse en la ropa; así es que,

si no tiene uno cuidado, le sucede con frecuencia ser picado por ellos. Con todo, los mas grandes no son los mas malos; existe una clase pequeña, de un color amarillento, mucho mas dañína, causando el veneno de su piquete mucho mal, si no se hace ningun remedio; no obstante, no es mortal en los adultos.

Tambien encuéntrase allí una culebra cuya mordedura dá la muerte infaliblemente, cuando no se puede cortar á tiempo los progresos del veneno. Llámase *coral* ó *caralillo*, y tiene de largo de quince á diez y ocho pulgadas, y de grueso como el meñique. Las grecas de su piel ofrecen la reunion de los colores mas encendidos; así es que, cuando se coloca en espiral al pié de un matorral, se podria equivocar con un manojo de velloritas.

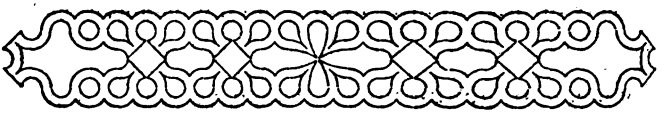
Tambien es comun esta culebra en el valle de Oajaca, en donde he matado algunas; pero supongo que su mordedura es ménos peligrosa allí que en una tierra mas caliente, así como el veneno del alacran que pierde de su fuerza en una temperatura mas baja.

A pocas leguas de Guendulein, se encuentra el famoso rio de las Vueltas, que serpentea por una cañada angosta y poblada de frondosos árboles. Este sitio es el único ameno en todo el camino por su sombra y su

frescura. La fama, que todo lo exagera, le dá mas de cien vueltas; pero solo conté sesenta y dos. A pesar de lo pintoresco de la cañada, cansa mucho este paso, pues á pénas se ha cruzado el rio, cuando tiene uno que volverlo á cruzar, para hacer otro tanto á cortísima distancia, y así por este estilo durante dos ó tres horas. En tiempo de seca no tiene uno que cruzar sino un arroyo; pero, cuando hay creciente, es preciso levantar las piernas sobre la silla, en cuya postura, tan incómoda, lo mas fácil es ir á dar de cabeza en el rio, con el mas mínimo tropiezo del caballo. A veces no hay forma de cruzarlo, y por lo mismo quedan cortadas las comunicaciones por un dia ó dos.

En llegando á la bajada de la cuesta de S. Juan del Estado, se empieza á descubrir uno de los tres valles de Oajaca, llamado valle de Etla, él que, á seis leguas mas allá, va á reunirse con los otros dos, formando con ellos un triple ramal cuyo punto de interseccion lo es la ciudad de Oajaca. Es ménos levantada esta mesa sobre las cordilleras que la de Anahuac, por cuyo motivo su temperatura es mas caliente que la de Méjico, y tambien es mas igual, como que una sierra alta la defiende de los vientos frios del Norte. Así se goza allí una primavera perpétua que dá á la vegetacion una variedad

rarísima en un mismo punto. Manteniéndose siempre puro el cielo durante ocho meses del año, no se nubla sino momentáneamente en tiempo de agua, y jamas se ven aquellos vapores que hacen nebuloso el horizonte, como en Méjico, ó rojizo, como en Nápoles, siendo siempre uniforme el azul de la bóveda celeste, y resplandeciente con el fulgor del dia.



# CAPITULO IX.

**SUMARIO,**

Oajaca.—Terremotos.—Riquezas de este Departamento.—Cultivo de la cochinilla.—Los indios esconden su dinero.—Lujo de algunos de ellos.—Ataque de Oajaca por Acevedo en el año de 1836.—La caballería de la Mixteca.—La del Bajío.—Las mugeres de Oajaca.—Los bailes.—Los refrescos.—La venerable señora D.ª Vicenta Cortabarria.—Una palabra de gratitud tambien para la señora Doña Luisa Flores de Jimeno, de Méjico.

OAJACA, llamada Antequera por los Españoles, en los principios de su fundacion, está situada al pié de una cuesta entre el rio de Atoyaque y él de Jalatlaco. Sus calles, como las de todas las ciudades de Méjico, están á cordel y orientadas por los cuatro puntos principales, teniendo un declive suave, y en las principa-

les corre un arroyito de agua cristalina, suplida por el acueducto de S. Felipe. Por lo regular sus casas solo constan de un piso, á causa de los frecuentes terremotos que, durante el tiempo de agua, las suelen estremecer. Casi todas están enjalbegadas por fuera y por dentro, lo que hace insoportable la reverberacion de los rayos solares que causan un número crecido de oftalmias, aunque se remedia algo este mal reemplazando las vidrieras con lienzo crudo, que, por su color parduzco, atempera el resplandor del sol.

Son periódicos estos terremotos en Oajaca, lo mismo que la temporada de chubascos, empezando un mes despues de los primeros aguaceros y cesando un mes despues de los últimos, fenómeno que viene al apoyo de la teoría de Cordier, sobre la causa de las conmociones terrestres. Miéntras mas abundantes las aguas, tanto mas frecuentes los temblores; y sucedió en el año de 1802, que los vecinos tuviesen que abandonar la ciudad por seis meses, huyendo del peligro de verse aplastados en sus casas, sacudidas hasta diez y doce veces en veinte y cuatro horas. Formaron un campamento en el llano de Guadalupe, pasando toda la estacion de las aguas en unas barracas, fabricadas con precipitacion. Aunque han disminuido mucho la fuerza y el número de los

terremotos en el valle de Oajaca, de un siglo á esta parte, todavía he contado hasta diez y siete en el espacio de seis meses; y dos de ellos fueron tan fuertes que me hicieron perder el equilibrio estando en pié.

Son de dos clases los terremotos; unos se manifiestan con sacudimientos verticales, que son los mas peligrosos cuando duran mucho; los otros, semejantes al balance de un buque, dan una incomodidad parecida al mareo. Por poco fuerte que sea este movimiento undulatorio, se ven mecer las columnas de los corredores, los árboles y los edificios en sus cimientos; despréndese el yeso de las paredes y de los techos; crujen las vigas; ábrense las puertas de por sí; y salen, arrojadas de sus límites, las aguas de los acueductos y de las pilas; páranse los animales apartando las piernas y respirando el aire con las ventanas de sus narices, abiertas de par en par; la gente se precipita fuera de sus casas, huyendo á las plazas, pero con paso trémulo, pues parece que el suelo va á hundirse bajo sus piés; de rodillas en las calles, el pueblo reza el rosario en voz alta; sintiendo que le va faltando la tierra, clama al cielo por socorro, exclamando con el fervor del temor: "Señor, ¡tened compasion de nosotros!"

Sin duda será la causa indirecta de estos temblores la

cercanía de los volcanes de Soconusco y de Guatemala, pues su intensidad va en aumento á medida que se acerca uno al Sudeste; y los parages, en donde vomitan sus fuegos estos volcanes, están tan atormentados con la fuerza de los vapores subterráneos, que no se puede dar mas de siete á ocho metros de alto á los edificios mas grandes.

No son gran cosa los edificios de Oajaca, siendo lo único digno de nota el palacio no acabado de la plaza de armas, cuya fachada es bastante elegante en su conjunto, aunque tiene poco mérito como modelo de arquitectura. Bien que conservando su primer destino el convento de Sto. Domingo, sirve tambien de ciudadela á la póblacion; y allí van á refugiarse las tropas y los principales vecinos, al aproximarse un bando enemigo.

El número de sus habitantes, que ascendia á veinte y cuatro mil, á principios del siglo, no pasa de quince mil en el dia. El comercio de la grana atraia entónces allí á una multitud de Españoles; pero habiendo éste ido disminuyendo poco á poco, fué disminuyendo á la par el número de esos especuladores; y los decretos de expulsion, con que varias veces los aflijieron, acabaron por alejar á la mayor parte.

Siempre la provincia de Oajaca ha sido la mas rica de

todo Méjico, no por sus minas, sino por los frutos de su suelo, que son de mas cuenta; así es que las únicas exportaciones de la grana, segun la estadística de D. Cárlos María Bustamante, calculada de 1757 á 1820, han producido, un año con otro, un millon quinientos veinte y tres mil pesos, cantidad enorme, cuya mayor parte ha pasado á manos de los indios cultivadores de nopales.

Estos, cuyas necesidades son tan poco costosas, no sabiendo que hacerse con el dinero, lo entierran por aquí y por allí en el campo y debajo de las rocas en las colinas; así la avaricia va restituyendo á la tierra lo que le habia arrebatado. Solo ellos conocen sus escondrijos, los que nunca descubren á nadie, muriendo sin decir palabra sobre el particular á sus mismos hijos, y sin curarse tampoco éstos de indagar cuales sean; y si por casualidad un indio encuentra uno de estos tesoros, se asusta casi, y vuelve á tapar cuidadosamente el depósito sagrado sin coger un medio real, persuadido que moriria en el mismo año, si cometiera el mas mínimo hurto á los manes del enterrador.

Con todo, hay indios ricos que, aunque no mudan nada respecto de sus costumbres y de su modo de vivir, sacrifican al lujo y á la vanidad, gastando cantidades considerables en las alhajas de su casa. He comido en

casa de estos indios, en donde he visto á menudo bajilla de plata y otras cosas preciosas.

Existen ademas otras circunstancias que contribuyen á disminuir la abundancia de los tesoros ocultos, que son los gastos que hacen en cada aldea los alcaldes y mayordomos de fábricas cuando salen electos, en cuyas solemnidades regalan á todos los vecinos del lugar, pagando de su bolsillo las funciones de iglesia, los músicos, fiestas de pólvora, &c., y los vestidos nuevos de los santos, que siempre son ricos y vistosos.

Aunque ha bajado mas de la mitad el valor de las exportaciones de la grana, se mantiene siempre rica la provincia de Oajaca, siendo la capital la que queda pobre: solo los indios sacan alguna utilidad del cultivo de los nopales; en cuanto á los comerciantes se arruinan, y va siempre á ménos el comercio.

Cuando entró Morelos en Oajaca, por los años de 1812, á la cabeza de su ejército de insurgentes, reventaban con el oro y la plata las arcas de los Españoles y criollos; á carretadas se lo llevaron aquellos; pero pasó ese tiempo de prosperidad para no volver muy pronto, si es que vuelva; y ántes que suceda ésto, podrá llegar esta desgraciada ciudada hasta lo mas hondo del abismo, adonde camina impelida de la miseria.

Con frecuencia se ha visto Oajaca teatro de las guerras civiles. El último motin de que fué víctima se hizo en el mes de Junio de 1836. La atacaron cuatrocientos soldados mixtecos, capitaneados por un tal Acevedo, y habiendo arrollado la guarnicion hasta la ciudadela, proclamaron la federacion: acto contínuo saquearon los almacenes, y durante varios dias de borrachera tuvieron á discrecion á todos aquellos vecinos que no se habian refugiado á Sto. Domingo. Al fin tuvo Acevedo que desprenderse de Oajaca para salir á hacer frente á una seccion de tropas, á las órdenes del general Canalizo, mandado por el gobierno contra él, y breves dias despues sufrió en el lugar de Etla el condigno castigo de sus fechorías.

La caballería de la Mixteca es la mejor despues de la del Bajío, habiendo conservado, todos los indios de aquella provincia, la índole belicosa que tenian en tiempo de los reyes Aztecas, la que los hacia temibles á sus mismos vecinos. Endurecidos en los trabajos de la guerra y en los sufrimientos, solicitan los peligros; pero tambien no piensan en otra cosa sino en saquear, siendo desapiadados despues de la batalla como durante la accion. A pié, ya no son de temer los guerreros de esas naciones, los que no saben resistir un ataque mucho me-

jor que los Albaneses, que, cuando desmontados, esperan al enemigo sentados en sus piernas cruzadas.

La caballería del Bajío es la mejor de la república. Sus cuerpos irregulares, formados de rancheros, diestros ginetes, pueden compararse con los Arabes Kabiles; soldados labradores, se reunen instantáneamente; atacan ya con la lanza ya con el lazo, y su primer encuentro es terrible. Nunca tuvieron enemigos mas temibles en América, los Españoles que hicieron la guerra contra la independencia. Como no temen morir, solian venir, arrostrando las descargas de fusilería hasta el frente de batalla del enemigo, á echar el lazo á los oficiales, y arrastraban á carrera tendida á esos desgraciados, que en breve expiraban, hechos pedazos por las escabrosidades del terreno.

Hay mas oposicion entre los partidos políticos en Oajaca que en Méjico; así es que, desuniendo á los habitantes la divergencia de opiniones, son muy raras las reuniones y los bailes. Sin embargo, he tenido el gusto de ver, cuando recien llegado allí, á la primera sociedad reunida en casa del señor Regente de la suprema córte de justicia. Se notaban algunas jóvenes lindas; pero en general carecia de gracia su cuerpo; estaban encogidas de hombros; su pecho quedaba estrecho y la peche-

ra oprimida. El uso contínuo del butaque, sin duda, será lo que les pone las espaldas corcobadas, pues, aunque muy cómodo este asiento, es fatal, especialmente á las personas delicadas. Con todo, lo usan mucho en las provincias de tierra caliente, en donde puede mas la conchabanza del momento, las mas veces, que un inconveniente lejano.

Se bailan mucho nuestras cuadrillas francesas y nuestros valses; pero tambien se bailan otras danzas á lo ménos tan bonitas á mi entender. Una, llamada contradanza, solo se compone de una série de balancés apénas marcados, entremezclados de valses, despues de los cuales se permutan los puestos conservando su pareja. Otra, nombrada Lanceros, se parece bastante á nuestras cuadrillas, presentando mudanzas variadas muy graciosas. Solo en Oajaca la he visto bailar.

No ha pasado la moda de las boleras en las provincias como en la capital; no hay baile en Oajaca, sin que se sienta el estrépito de las castañuelas dos ó tres ocasiones. Este baile sério es muy lindo como se baila en los teatros de Madrid y de Méjico con buenos artistas; pero cuando lo bailan meros aficionados, pierde cuanto tiene de atractivo, esto es, el arte en las posturas y lo apasionado en la accion. Muévense pesada-

mente el bailador y la bailadora en frente uno de otro, ya mudando de sitio ó ya piruetando con el cuerpo tieso y los brazos echados hácia atras en actitud de desencajarse los hombros; así es que se reduce su danza á marcar los pasos de cuenta y en hacer retumbar sus castañuelas entre sus dedos.

Todavía consideran en las provincias el queso seco como bocadito de chupete, y lo ofrecen á las señoritas, que han bailado, como refresco con bizcochos ó dulces. A un baile, dado por el ayuntamiento para celebrar el aniversario del 16 de Setiembre, noté que muchas señoras lo comian de preferencia, las que no repugnaban tampoco humedecer sus labios con una gota de aguardiente catalan, que les presentaban en bandejas, conteniendo otras bebidas ménos espirituosas y mas adecuadas á las personas y á la circunstancia.

En general se aventajan las Mejicanas á las Oajaqueñas, bajo el doble respecto del tono y del mundo; sin embargo, en nada son éstas inferiores á las señoras de la capital en punto á talento natural y amabilidad.

Algunas familias han conservado hasta la fecha aquella antigua licencia en la conversacion, desterrada en el dia entre nosotros, la que consiste en nombrar cada cosa por su nombre. Así es que me ha sucedido oir expre-

siones que me han sorprendido y causado pena: baste decir que hablaban delante de mí de las enfermedades mas secretas, como si se hubiera tratado de una accesion de calentura ó de un catarro.

Con todo, soy de parecer que fuera tanto el inconveniente, si las señoras de aquella provincia pasasen de un extremo á otro, en lo comedido de sus expresiones, como si persistieran en este error de propiedad, pues son igualmente perniciosos los extremos. Efectivamente, si es poco decoroso oír á una señora mentar en una reunion cosas obcenas, tambien es muy impropio usar de reticencias, cuando se trata de cosas sencillas, atribuyéndoles un significado deshonesto que no tienen: *Honni soit qui mal y pense.* En Lóndres y en Filadelfia, no se atreve uno á mentar la camisa ó el pantalon; y, si sucede ser preciso hacerlo, se echa mano de circonlocuciones ó de expresiones erróneas para designarlas. Pero, con esta hesitacion y esta perplejidad, se revela todo un pensamiento de cinismo, miéntras los nombres de pantalones y de camisas no representan á la imaginacion sino vestidos destinados á cubrir el cuerpo y las piernas sin que la mas mínima idea obcena tenga conexion con ellos.

Mantiénense las señoras francesas precisamente en el

medio término entre estas señoras provinciales y las inglesas, respecto al recato en la conversacion; y por cierto que todo hombre sensato confesará que la ignorante sencillez de sus expresiones es mucho mas decente en el oido de todos que la docta misticidad de las Inglesas, que dice demasiado en su afan por disimularlo todo.

Al hablar de las señoras de Oajaca, no puedo prescindir de dar á conocer en este lugar á la excelente Sra. Dª Vicenta Cortabarria, amiga y amparo de los extrangeros. La he conocido muy poco, aunque lo bastante para quererla; pues ademas de las prendas del corazon, tenia tambien el don de ser siempre amable, á pesar de sus setenta y dos años y de los achaques inseparables de la senectud. Nos la arrebató la muerte; pero su recuerdo no puede borrarse entre nosotros.

Igualmente conocí en Méjico varias señoras, cuya benevolencia hácia los extrangeros, cuya generosidad y oficiosidad para con todos, merecen las mayores alabanzas. Mentaré entre otras á la excelente señora Doña Luisa Flores de Jimeno, casada en segundas nupcias con un Español, nombrado D. Bernardo de Herrera: si no fuera ciega la Fortuna, hubiera colmado de favores á esta generosa Mejicana que tan acertado y noble uso supiera hacer de ellos.

Sin embargo, estas buenas señoras tienen pocos imitadores: casi la totalidad de los Mejicanos no quieren á los extrangeros, y su mala voluntad hácia ellos les viene heredada de sus ascendientes. En Francia, al contrario, el título de extrangero es suficiente, no solo para hacerle acreedor á las mas finas atenciones, sino tambien á las preferencias y honores en el modo de recibirlo, y se glorian en franquearle su casa por poco distinguido que sea por su ilustracion ó sus modales. Esta hospitalidad obsequiosa recuerda la de las señoras de las Galias, que salian á recibir al extrangero que llegaba, y contendían por el honor de hospedarlo.

La persuasion que tiene el extrangero de que no lo quieren, hace que, en general, solicite poco la sociedad de los Mejicanos; los Franceses, particularmente, con cortas excepciones, se mantienen del todo aislados; esta circunstancia hace que sean poco conocidos; y como el mundo no titubea en fundar su opinion en meras apariencias, se cree generalmente que los Franceses, que vienen á la república, son ménos *gentlemen*, ménos decentes, que los Ingleses que la frecuentan; error grave que conviene deshacer

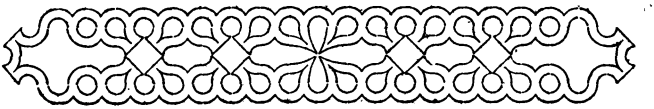
El caso es que los artesanos, estando bastante acomodados en Francia, para poder disponer de tres ó cuatro-

cientos pesos, sucede que muchos de ellos emprenden viages costosos para llevar su industria á los parages en donde tenga aceptacion; al paso que los operarios ingleses son todos tan pobres, que no les es fácil cruzar el Atlántico, sino cuando costean su viage otros que especulan en su industria; por lo mismo se encuentra en Méjico un número mucho mas crecido de Franceses de la gente del pueblo, que de Ingleses de la misma clase; y como los Mejicanos cultos tienen mas relaciones con ellos que con sus paisanos de una educacion mas esmerada, juzgan de toda nuestra nacion por una fraccion, y con este motivo padecen una equivocacion garrafal. Si se tomaran la pena de observar á los individuos, juzgarian con discernimiento, y conocerian que precisamente sucede lo contrario; pues, si prescindimos de la clase de los operarios (1), es constante que de 20 años á esta parte, ha venido á la república un número mucho mas crecido de Franceses distinguidos por su cuna ó por su ilustracion, que de Ingleses dotados á toda ley de una de dichas circunstancias.

---

(1) Tambien conviene decir que los artesanos franceses son mucho ménos toscos que los operarios ingleses, y se echará de ver aquí que en el número de aquellos son muchos los que han ennoblecido su profesion con una inteligencia cultivada y modales finos.

Con todo á pesar de que los Mejicanos honran á los Ingleses de una estimacion mas alta que la que nos dispensan, suelen preferir la sociedad de los Franceses, cuyo génio simpatiza mas con el suyo.



# CAPITULO X.

## SUMARIO

Carece el valle de Oajaca de sitios pintorescos—Ricos cultivos.—Talixtaca.—Santa María del Tule.—Su árbol gigantesco.—Velorio de una niña entre los indios zapotecos.—Zachila, antigua Teozapotlan.—Una palabra sobre la historia de los Zapotecos.—Cuilapa.—Teocalis y *túmulos*.—El general D. Vicente Guerrero.—Ocotlán.—Cultivo de la Cochinilla.—Las minas de la sierra.—Mitla.—Descripcion de sus monumentos.—Fortificaciones.—Ruinas de Culhuacan de Palenque. Poblaciones de Tabasco y de Yucatan.—Color de los indios.—Los pintos.—Tehuantepec.—El añil.—Su cultivo—El múrice que da el hermoso tinte de púrpura.—Mugeres de Tehuantepec. - Recuerdo de mi juventud.

TIENE el valle de Oajaca una reputacion muy grande como que ofrece á los naturalistas y geólogos preciosas curiosidades. Sin embargo es uno de los parages mas pobres de Méjico, respecto á plantas raras

y á fósiles. Sin duda será la variedad de las plantas ordinarias, que allí cultivan, la que habrá hecho creer en igual riqueza en todas las clases: habrán propagado los viageros, agenos de estas ciencias, que así son la mayor parte de ellos, este error que despues habrán confirmado las gentes del pais, porque cada uno gusta de ensalzar lo suyo.

Tâmpoco ha dotado la naturaleza á los alrededores de Oajaca de nada muy pintoresco; pero el cultivo los ha hermoseado mucho, transformando los lugares de los indios, que por ellos estan esparcidos, en otros tantos jardines llenos de frutales y de arbustos de ornato, en los cuales se confunden las cabañas con las verdes espesuras. Las calles son paseos guarnecidos de matorrales, de setos de nopales ó de árboles frondosos, entretegiendo sus ramas, y formando toldos que proporcionan una sombra agradable en las horas mas calorosas del dia. Aquí, en el valle del Este, se encuentra el hermoso y extenso lugar de Talixtaca, abundante de frutas de todas clases; allí, Huayapa, bajo la sombra de un bosque de naranjos, de toronjos, de palos de cacao (1), especie de limon cuya flor blanca emplean los indios para hacer una bebida refrigerante. Sigue San Felipe del Agua, situado en la

(1) No se debe confundir con el árbol que da el cacao.

ladera de la sierra; los aires que en él se respiran son deliciosos, estando la atmósfera perfumada con los olores mas suaves. Pero el mas hermoso de todos es la aldea de Santa María del Tule, en donde se vé el famoso ciprés cuyo tronco no es inferior á ningun otro ménos el castaño del Etna, aquel venerable decano de la vegetacion. A seis piés del suelo, tiene el tronco 90 piés métricos de ancho ó curva circunscrita, y 141 midiéndolo conforme á sus ángulos salientes y entrantes. Solo á los 15 piés de alto empiezan las ramas que no tienen, las mas gruesas, ménos de 37 piés de circunferencia, pero con todo no tienen mayor extension relativa; apénas si llega el árbol entero á 70 piés de alto, y si su sombra, á las doce del dia, abraza una circunferencia de 450 piés. Por eso no produce el efecto que se supone, y, aun á muy corta distancia, no parece tener nada que sea digno de notarse. Ví en el Goatzacoalco algunos árboles que, aunque ménos corpulentos, asombraban mas por su elevacion y la extension de sus ramas.

Algunos viageros han creido que no constaba de un solo árbol, sino que era la reunion de tres, cuyos troncos parecen efectivamente desprendidos unos de otros, y forman ángulos salientes y entrantes muy profundos. Sin embargo, examinándolo detenidamente varias dis-

tintas ocasiones, se ha robustecido mas y mas mi persuasion de que estos resaltos pertenecian sólo á un mismo tronco.

Efectivamente ofrecen siempre los de esta clase de cipreses una série de costillas longitudinales, que al crecer no se desarrollan igualmente, permaneciendo estacionarias unas, al par que otras siguen adquiriendo dimensiones excéntricas muy extrañas. Miéntras mas crece el volúmen del tronco, tanto mas marcados son estas irregularidades, y apénas alcanza el tamaño de los cipreses de Chapultepec, cuando está uno por creer, á primera vista, que aquello no es el tronco de un solo árbol; por lo mismo sucede que los tres ángulos salientes del ciprés del Tule, cuya amplitud es mas de tres veces mayor que la de los árboles de Chapultepec, han alcanzado tal grado de excentricidad, que muy fácilmente se ha podido creer que, en los principios, correspondian á tres árboles distintos.

Este ciprés, lleno de vida, en nada presenta las apariencias de la decrepitud; no tiene una sola picadura, una sola rama seca, conservando su savia el mismo vigor hasta la copa; en tal conformidad, que todo él indica que le quedan todavía muchos años de existencia.

Este antiguo habitante de la tierra, este venerable tes-

tigo de las revoluciones de los hombres y de las cosas, que ni las tempestades, ni el rayo, ni la sucesion de los siglos, han podido destruir, por poco cae víctima del capricho de un rico comerciante de Oajaca, que ofreció una cantidad muy crecida á los indios del Tule por su árbol, ¡al que queria cortar para hacer vigas y tablas!... Felizmente desecharon con desden la proposicion de aquel vándalo, y permanece en pié el árbol, cubriendo con su sombra perfumada á cuantos vienen á admirarlo.

En una de mis romerías al Tule, presencié lo que se practica en las aldeas cuando fallece un niño. A lo último de una calle tortuosa, resonaba una choza, rodeada de papayos, con cantos alegres y el tañido de instrumentos de cuerda. Algunos indios de edad avanzada, sentados delante de la puerta, vaciaban á la redonda gícaras de pulque y de mescal (1); mas allá las mugeres preparaban la tortilla con guisos de pimiento. Convidado por un anciano á entrar en la choza, encontré en ella á unos veinte jóvenes, cantando unos y tocando otros la guitarra, ó señalando el compas con palmoteos. En un rincon de la choza, estaba tendido en una cesta, adornada de flores y verdura, y rodeada de hachas encendidas, el cuerpo exánime de una niña de tres años; ceñia su fren-

(1) Aguardiente de maguey.

te una corona de metal relumbrante; flores deshojadas cubrian su cuerpo á excepcion de la cabeza y del cuello, y manteníase á su lado la jóven madre, con la vista de contínuo vuelta hácia la capa mortal del angelito, cuya emigracion prematura á las regiones celestes celebraban los circunstantes; cuidaba aquella la luminaria y el lecho fúnebre; pero toda esta apariencia festiva no bastaba á contener algunas lágrimas que humedecian sus párpados, porque á despecho de las ideas filosóficas ó religiosas, respecto del fin de nuestra mísera vida, conserva siempre la naturaleza sus flaquezas en el corazon de una madre.

Por otra parte, es materia de duda para mí, que estos cantos y este tañido retumbante sean mas propios, en semejantes casos, para alegrar que para entristecer; pues si es así que la música excita la alegría, tambien inclina á la melancolía, segun la disposicion del alma, y aun á menudo hace insoportable un mal moral por su accion sobre el sistema nervioso. Lo cierto es que me alejé de estos indios y de su música salvage, mas triste que cuando llegué, quedando abrumado todo el resto del dia con el recuerdo de esta ceremonia.

Si entramos en el valle del Sur, encontraremos á Zachila, antiguamente Teozapotlan, capital de los Zapote-

cos. Este pueblo, cuyas fronteras se extendian desde Los Cues hasta Soconusco, era rico, poderoso é industrioso, no siendo ménos lúcida la córte de Teozapotlan que la de los grandes feudatarios de la corona de Méjico. En 1464 Ajayacatl, sexto rey de los Mejicanos, habiendo salido á una expedicion contra los Zapotecos, con el objeto de conseguir prisioneros que sacrificar en la ceremonia de su coronacion, los venció sin someterlos enteramente, circunstancia que 20 años mas tarde, dió pretexto á Ahuizotl para mandar otra por la dedicacion del gran *teocali* de Méjico, en la que perecieron tantos miles de víctimas. En fin, tambien Moteuczóma II despachó un ejército contra ellos y sus vecinos los Mixtecos para castigar su rebelion; pues, habian pasado á cuchillo las guarniciones mejicanas, y se negaban á pagar el tributo que ántes les fuera impuesto; pero, en esta ocasion no favorecieron tanto á los Mejicanos los azares de la guerra, y como dilatasen las hostilidades, convinieron en hacer un acomodamiento, en cuya garantía dió Moteuczóma una de sus hijas, la hermosa Coyolicotzin, en matrimonio á Cosijoeza, que fué el último rey de Teozapotlan. En este estado se hallaba el reino zapoteco, cuando llegó allí Cortés, por los años de 1522, al tiempo de su expedicion á Honduras. La superioridad de las

armas de los Españoles, la ruina de Méjico; y, mas que todo esto, las antiguas tradiciones que predestinaban á aquellos héroes, venidos del Oriente, al dominio del pais, indujeron á los Zapotecos á que se sometieran á Cortés de buena voluntad; y efectivamente le mandó Cosijoeza ricos presentes, anunciándole al mismo tiempo que estaba pronto á reconocer al rey católico por señor.

La amenidad del clima de este hermoso valle, los ricos productos de su suelo, encantaron tanto al conquistador, que decidió fundar en él la ciudad de Antequera en el lugar ocupado por la aldea de *Guajac*, y tomó allí mismo terrenos para su dominio de señorío, que Cárlos V erigió en marquesado.

Sin embargo, aunque hubiese escogido su feudo en tierras de los Zapotecos, no por eso recibieron estos mejor trato: bien pronto confundidos los grandes y los plebeyos en una sola y misma clase, conservaron igualmente las señales de los vencidos. Quedó desierto Teozaptlan, y Zachila, que se levantó sobre sus ruinas, no conserva mas restos de esplendor sino un crecido número de altillos, cuya mayor parte son sepulcros y algunos *teocalis*.

Toda la campiña entre Zachila, Cuilapa y Oajaca, está sembrada de estos túmulos cónicos, cuya altura varía

de 15 á 50 piés. Son de tierra ó de piedra, mezclada con barro, con una cueva pequeña en el centro, en la cual se encuentran generalmente osamenta y figurines de barro ó de piedra, representando, algunos, imágenes fantásticas de ídolos, y, otros, reproduciendo probablemente las facciones y la categoría del difunto, siendo el carácter del rostro igual al de los indios zapotecos de la época presente, con grandes narices muy aguileñas, bocas con getas, y ojos levantados como los Chinos; en una palabra, es del todo el tipo tártaro.

Estos sepulcros encierran tambien espejos metálicos, amuletos de piedra ó de mármol pulido, hachas de cobre, cuyo uso no alcanzo á conocer ni como armas, ni como instrumentos cortantes, en atencion á su poco espesor y á lo fácil de torcerse. Algunas veces se han encontrado collares de bolitas cubiertas de oro, adornos de oro para la cabeza y las orejas, y aun hace pocos años que el cura de Teutitlan del Valle poseia un periquito pequeño del mismo metal, esculpido con arte, él que habian encontrado en uno de los sepulcros de dicha aldea.

Cuilapa, situado á la falda de la sierra hácia el N. O. de Zachila, es un lugar muy lindo, en donde se ven entremezcladas las casas y los túmulos con los plantíos de frutales mas hermosos que se puedan ver. Aunque se

encuentra al centro del pais zapoteco, sus moradores hablan el idioma mixteco, rareza que origina en que, durante sus guerras contra el rey de Teozapotlan, conservaron allí los Mixtecos un puesto militar tanto tiempo, que contrajeron numerosas alianzas, generalizando así su lengua, en tales términos, que vino á ser la única en uso.

Tienen estos indios el génio bastante huraño, y dan mala acogida, con especialidad á los que vienen para hacer excavaciones en su territorio. Faltó poco, hace algunos años, para que fuese un Aleman víctima de su gusto para la investigacion de antigüedades. El caso es que habia ido á Cuilapa, con la autorizacion del prefecto de Oajaca, para excavar en uno de aquellos cerritos funerarios; pero viéndose apedreado por los indios, no tuvo mas tiempo que él de montar á caballo y huirse á escape, sin caer en la tentacion de volver otra ocasion.

En este mismo lugar de Cuilapa, fué donde fusilaron al vice-presidente de la república D. Vicente Guerrero, en el año de 1831. Hacia ya tiempo que ardian por el Sur las teas de la guerra civil, disputando Guerrero el poder al vice-presidente D. Anastasio Bustamante, que lo habia suplantado, y totalmente divididas las dos facciones, tanto por sus principios como por sus intereses, apresuraban su mútua destruccion con todos sus esfuer-

zos. Tenia Guerrero ménos tropas y ménos recursos que su adversario; pero poseia un conocimiento exacto del suelo que pisaba; era buen cabecilla de partida, activo é intrépido, y segun todas las apariencias debia resistir mucho aun ántes de ceder. Pero habia hecho escala un bergantin genovés en el puerto de Acapulco; unos emisarios del partido escoces hicieron proposiciones á su capitan para que favoreciese la prision de Guerrero, que ocupaba la ciudad; y el infame Picaluga ofreció por seis mil pesos entregar al desgraciado general.

Al efecto, habiéndole convidado á cenar á bordo de su barco, fué Guerrero con dos de sus oficiales sin mas precaucion, como que no tenia recelo alguno; pero apénas hubo puesto el pié en la cubierta, cuando el capitan lo mandó prender y atar; en seguida zarpó, y salió del puerto el bergantin para Huatulco, puertecito poco frecuentado, á donde se habian mandado tropas para recibir al prisionero. Guerrero les fué entregado, y lo condujeron á Oajaca, en donde lo esperaba Ramirez y Sesma, su enemigo mortal.

Sentenciado á muerte por un consejo de guerra, lo trasladaron á Cuilapa para pasarlo por las armas, temiéndose un motin en Oajaca.

Era indio este general, y habia empezado por arriero;

mas tarde, dándose á conocer en las guerras de la independencia como buen cabecilla de guerrillas, se le dió un grado en el ejército, en cuyas filas, habiendo seguido distinguiéndose, acabó por ser promovido á general de division. Entónces el partido liberal, de quien era ídolo, lo elevó á la presidencia; pero no hizo larga estancia en el palacio de los vireyes. Se levantaron los enemigos de su sistema, y cometió la imprudencia de desamparar la capital para ir á combatir en persona; desde aquel momento perdió el partido, y en breve la vida, como se ha visto ántes.

Cuando en 1834 ocupó la presidencia el Sr. D. Valentin Gomez Farías, hizo rehabilitar su memoria, y mandó se practicara la exhumacion de sus restos, los que encerrados en una urna de plata se depositaron sobre un pedestal tumular en el convento de Santo Domingo de Oajaca; pero la misma suerte que en vida lo habia derrocado del rango supremo, privó muy pronto sus cenizas de este último honor; al año fundieron la urna enterrando sus restos en el cementerio del mismo convento, en donde sin duda los dejarán en paz en adelante.

Siguiendo nuestra revista por el mismo valle del Sur, llegamos á Ocotlan, aldea de criollos é indios, en la cual tienen todas las semanas un gran mercado de grana y

de frutos corrientes. Aunque se cultiva mucho el nopal que sirve para este precioso tinte, en los alrededores de Oajaca y en el valle del Este, llamado de Tlacolula, sin embargo en el valle de Ocotlan es donde se hacen las mayores siembras.

Son dos las que se hacen al año, una en el mes de Agosto y otra en el mes de Diciembre. Aquella tiene por objeto multiplicar la semilla para esta que produce la gran cosecha que sale á Europa.

La cochinilla es un pequeño insecto, cuya forma y tamaño son con corta diferencia semejantes á la chinche. Cuando está llena, se quita de las hojas que no ofrecen ya suficiente alimento, y se coloca en unos cestillos que se atan en otros nopales; en estos cestillos es donde pone los huevos, y nacen casi inmediatamente las crias, dando el ser cada madre á muchos centenares de hijos, y en seguida muere en el mismo lugar de su reproduccion. Salen del cestillo los hijos, y esparciéndose por los nopales, van en solicitud de las hojas mas tiernas en donde, cuando ya instalados, se alimentan y medran sin apénas moverse de su lugar.

Al salir de los cestillos, la cochinilla es de color de púrpura, pero luego que va tomando cuerpo se cubre de un polvo blanco, semejante á harina, la que esparce en

derredor de sí en las hojas, de manera que los nopales al tiempo de la cosecha parecen cubiertos de nieve.

Requiere este cultivo el mayor cuidado, pues á fuera tiene uno que defender la cochinilla del agua, del aire y aun de la influencia de un tiempo nublado, y adentro de una multitud de enemigos que nacen en el mismo árbol y le declaran una guerra sin cuartel.

Cuando está lista la cosecha, esto es, cuando los hijos están llenos á su vez, se cortan las hojas del nopal; y luego con un plumero se va sacudiendo el insecto, él que una vez en el suelo queda en un estado completo de inercia. Conservan los necesarios para la reproduccion, y hacen secar los demas en una estufa calentada hasta una temperatura media ó en un horno, y despues se lleva á la plaza este fruto.

Esta última grana tiene un poco ménos aprecio que la de las cochinillas que quedan en los cestillos despues de la cria, la que es conocida con el nombre de *sacatillo*, así es que siempre hay un real de diferencia en su precio. En tiempo del gobierno español se vendia la libra de grana hasta cinco pesos; pero en el dia el precio mas subido no pasa de diez reales; y aun no deja de ser de difícil salida en los mercados europeos desde que tambien se han dedicado á este cultivo en Guatemala, pais

cuyos terrenos vírgenes y nuevas semillas dan una grana mas hermosa y abundante. Esta concurrencia ha dado un golpe fatal á Oajaca.

Ademas de los plantíos de nopales de cochinilla, propios del departamento de Oajaca, los tres valles dan ricas cosechas de maiz, trigo y aun de cañas de azúcar, aunque suele padecer mucho esta planta cuando escarcha; pero en los jardines es donde con especialidad se encuentran numerosas variedades de frutas indígenas y exóticas. Al lado del plátano, del aguacate, de los zapotillos, de los granadillos de china &c., maduran la manzana, el durazno, el albaricoque y la uva. En algunos se han hecho pequeños plantíos de cafetos que se dan muy hermosos; en otros he visto cultivar el algodon con buen éxito. La piña no se da allí, porque no medra sino en terrenos calientes y húmedos; pero se encuentra la piña-anona cuyo sabor participa á la vez del de la piña, y del de la anona, con cuyo motivo se le ha puesto el doble nombre de ambas frutas. Igualmente cultivan en las aldeas dos clases de magueyes, él que da el pulque y él del cual sacan el mescal. El pulque, aunque bastante inferior al de los llanos de Apa, es sin embargo muy potable; pero el vino mescal es un aguardiente cuyo gusto acre y olor á humo lo hacen insoportable á cualquiera que no sea indio.

A pesar de la doble ventaja de su terreno feraz y de su cielo hermosísimo, el clima de Oajaca no es mucho mas sano que él de Méjico, y no tarda uno mucho en conocerlo. Despues de una estancia de un año ó dos, las personas de un temperamento nervioso experimentan allí achaques contínuos, siendo los dolores de estómago generales; así es que el uso aun moderado del vino y otros caldos, causa graves irritaciones, y tienen resultados fatales los excesos de todas clases. Sin duda podrán remediar varios de los inconvenientes, que se han dicho, una vida activa y el trabajo corporal, pues goza el indio de una salud robusta y un estómago excelente, lo que le mantiene el aliento siempre puro, y los dientes blancos y sanos hasta la vejez; pero la inactividad de la vida úrbana, cria todas clases de males en Oajaca, volviendo al hombre de 55 años un anciano decrépito que el achaque mas insignificante precipita al sepulcro.

Volveremos ahora al valle de Tlacolula, en donde ya hemos visto el corpulento árbol de Santa María del Tule, é internándonos primero por los cerros, que, con el nombre de Sierra-Madre ó de Cordillera, corren desde los Peñascales á unirse con los Andes, encontraremos á 14 leguas de Oajaca, hácia el Norte, minas de plata, algunas de las cuales, beneficiadas antiguamente por los Españoles, lo

son en el dia por compañías inglesas y alemanas; pero estas minas, pobres de metal, jamas han dejado grandes utilidades aun á los mas favorecidos, y han arruinado á varias compañías que han seguido los trabajos. Por otra parte, esta última circunstancia no viene á probar mas la escasez de las vetas que la desacertada administracion de estas empresas; pues cuando se trata en Europa de organizar una compañía de accionistas para trabajar una mina, y se ponen á su vista algunas hermosas muestras de mineral, siempre se figuran estos que tienen la fortuna esclavizada, y que otra Valenciana va á colmar de riquezas á sus afortunados poseedores. Desde luego se tiene á ménos economizar, haciéndolo todo en grande; se prodiga el oro á una multitud de empleados, que solo piensan en pasarlo bien á costa de los accionistas. Sin embargo se da principio á los trabajos, y resulta que los gastos exceden las utilidades; con la esperanza de dar en una veta mas rica, se siguen las obras, y va creciendo el alcance; se persevera aun en las esperanzas, y por fin se pierde el capital. Esto es lo que pasa á todas las empresas.

En la misma sierra, al Oeste de Oajaca, se han descubierto varias minas de oro; pero no han proporcionado ninguna utilidad, lo mismo que las otras, sino cuando su beneficio se ha hecho con mucha economía. La mina de las Pe-

ras, que en el dia se halla en poder de un criollo ahorrativo, deja alguna utilidad, al paso que la de los Peñoles que fué trabajada hace algunos años por una compañía inglesa, ha hecho perder en poco tiempo á sus accionistas mas de $ 80.000.

Los señores mineros de la Sierra, sepultados en sus montes, sin sociedad, ni recursos variados para distraerse, se entregan sin medida á los placeres de la mesa; pero especialmente cuando les vienen huéspedes de Oajaca, es cuando abusan de ese recurso para pasar el tiempo, renovando en estas ocasiones lo que se practicaba en los festines de los degenerados Romanos para prolongar la apetencia, y concluyendo sus francachelas con una *chispa* general.

La caza les ofrece placeres mas nobles; el venado y el jabalí abundan en los bosques inmediatos, y tambien el lobo, el danta y el coyote; y si un cazador distinguido busca adversarios mas temibles, encuentra allí el puma ó leon desmelenado y el tigre (jaguar) cuyo ataque es digno de toda su destreza.

El *guajolote* silvestre ó pavo, ave preciosísima para los aficionados á la buena comida, se encuentra tambien en grande abundancia en aquellas soledades, donde á menudo los matan del peso de 25 á 30 libras. Este *guajolote* en nada difiere de nuestro pavo casero; su pluma-

ge es igual, tambien su carne, y su grito es idéntico; así es que cuando al amanecer y al anochecer se oyen á esos pavos llamar sus pavas, creeria uno estar cerca de un cortijo.

Si, en lugar de embarrancarnos por las veredas tortuosas de la sierra, seguimos por el valle de Tlacolula hasta lo último, alcanzaremos el lugar de Mitla (1), célebre antiguamente por su colegio de *Teopijqui* (2), por sus templos, sus palacios y el esplendor de las funciones religiosas; y todavía lo es, en el dia, por algunos vestigios de aquellos edificios que manifiestan tanto gusto cuanta inteligencia en las artes. Los Mejicanos lo llamaban *Mictlan*, que quiere decir *infierno;* pero los Zapotecos lo designaban con el nombre de *Liobaa*, esto es, *campo del descanso*. Destinado para sepultura de los reyes de Teozapatlan y de los soberanos pontífices, estaba con especialidad, consagrado á las oraciones para los difuntos, á las ceremonias expiatorias y al culto de las divinidades infernales, á quienes invocaban unos sacerdotes que se pintaban la cara de negro y vestian ropas lúgubres.

Todavía se ven las ruinas de cuatro palacios ó sepulcros extendiéndose de Norte á Sur. La Iglesia y el cu-

(1) Dista diez leguas de Oajaca.

(2) *Ministros de Dios*, en lengua zapoteca.

rato se fabricaron con el material y en el sitio del primero de aquellos, ántes reservado á los oficiales del séquito real, y es el mas elevado en el declive del cerro á donde está arrimado el lugar. El segundo que servia de vivienda al monarca, cuando pasaba allí con motivo de ciertas funciones, no parece haber tenido comunicacion exterior con el primero, del cual dista mas de cien pasos. Este es el mejor conservado y el único que puede dar una idea del conjunto de los demas. El tercero y el cuarto estaban destinados para el colegio de los sacerdotes y de su gefe; pero no queda mas del uno que una fachada medio destruida, y del otro solo lienzos de paredes, hechas con morillos y guijarros, con algunas trazas de revestimientos de trecho en trecho.

No presenta nada de grande la arquitectura de este palacio, nada de notable respecto á su extension, á las masas ó á lo atrevido de las construcciones. Las salas interiores son pequeñas, enteramente incómodos los corredores, y la elevacion de los edificios no llega á cinco metros. No contienen nada que se pueda comparar con las construcciones mas ordinarias del antiguo Egipto, en cuanto á lo grandioso y á la magestad del estilo.

A pesar de todo, la arquitectura de los palacios de Mitla no carece de gracia, ni tampoco de mérito en la

ejecucion; al contrario, merecen toda la atencion de los viageros, la hermosa montea de su cantería, la estructura de los edificios, y la clase y gusto de sus adornos.

El único palacio que permanece en pié todavía, tiene la forma de tres brazos del aspa de San Andrés. La fachada que cae á un pátio mide 132 piés ingleses de largo y 14 de elevacion. En el centro están practicados vanos para tres puertas, que tienen la mitad de la altura total, y un pié mas de ancho; y son los únicos huecos en el edificio, en cuyo interior debia reinar la mas profunda oscuridad. Todos los lienzos exteriores estan revestidos de una piedra porosa cortada con mucho esmero, presentando un doble basamento de unos 3 pies, superado por tres hileras de cuadros de 12 piés de largo cada uno y dos de alto, poco mas ó ménos, coronado todo con un cornisamento, bien señalado solo en los ángulos. Cada cuadro ofrece una greca de piedras, cortadas en forma de ladrillos y dispuestas de modo que forman un dibujo en relieve. Adornan la fachada veintidos grecas casi todas distintas.

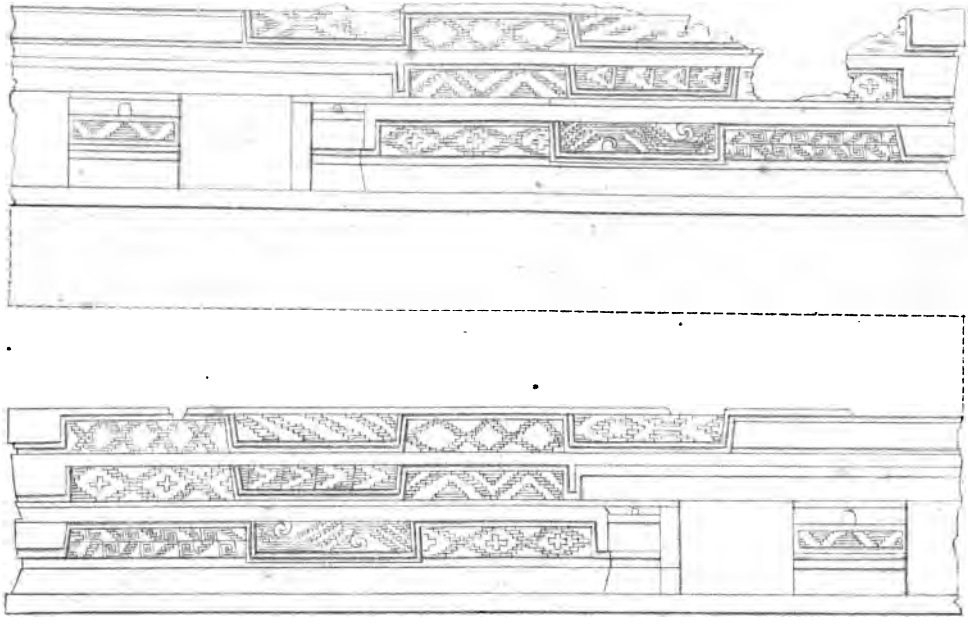
Se notan varios hermosos cantos, especialmente los de los tranqueros de las puertas de la fachada y del interior; existe uno de 18 piés ingleses de largo y $3\frac{1}{2}$ de alto, y $4\frac{3}{4}$ de profundidad; estan juntadas con tanta pre-

cision, que apénas se dejan ver las líneas de su juntura.

La primera sala en que entra uno, es un rectángulo de toda la extension de la fachada, pero de ancho escaso; se ven allí todavía cinco columnas de pórfido que sostenian el techo, y miden 12 pies de alto y 9½ de circunferencia en su parte inferior que es la mas gruesa; pero carecen de basa y de capitel.

A la derecha, se halla un corredor muy incómodo con motivo de su poca elevacion, que conduce á una sala cuadrada, en cuyos cuatro lados estan otras cuatro pequeñas salas rectangulares. No aparecen en sus paredes ningunos adornos; pero se divisa aquí y allí, y principalmente en el corredor, restos de pinturas al fresco en una capa de estuco, del cual parece que el piso tambien tuvo un baño. Por lo que toca al techo ha desaparecido, quedando solo una vigueta carcomida en una de las pequeñas salas laterales.

Dentro de pocos años, no quedará nada de este palacio, porque siguen aun su demolicion los indios que han tomado los materiales de los demas: solo en los sótanos es donde se verán algunos vestigios de arquitectura, y en el pátio y cuartos del curato, en donde las paredes, que se han conservado, estan decoradas de las mismas grecas que acabo de mentar.



Fachada del palacio principal de Milta.

*Largo.....135 pies ingleses*
*Alto.....14 id.*

Al Este y al Norte de estas ruinas, se levantan dos grandes *teocalis*. El primero, que está ménos degradado, no ha cambiado de destino al cambiar de dueños, habiéndose fabricado en su cumbre, en lugar del Santuario pagano, una ermita cristiana, á donde se sube por una escalera de cantería, ocupando todo el ancho de la fachada occidental. No permiten los derrumbamientos él que se conozca si tambien habia escaleras en las otras fachadas; pero probablemente habia otra por la parte de levante, en donde se encuentra un recinto cuadrado del cual se podria bajar por la pirámide.

El del Norte, que es el mas alto, está rodeado de otros tres *teocalis* de menor dimension. Así como el primero, tiene por la parte del Este un recinto en cuyo centro se levanta una pequeña pirámide trunca, y en uno de cuyos ángulos se encuentra un canto de granito de cosa de 4 piés y ½ de largo, y de un pié de espesor que segun todas las apariencias servia á los sacrificios.

Este *teocali* comunicaba con los palacios por un sótano de cerca de 4 piés y ½ de alto y 4 de ancho, cuyas paredes están igualmente revestidas de grecas. He aquí lo que refiere la crónica de este sótano (1).

"Cuando, en las grandes solemnidades, se entregaba

(1) D Francisco Burgoa.

un guerrero voluntariamente á la muerte, ya para expiar un crímen, ya para aplacar á los dioses irritados, lo llevaba el gran sacerdote á una sala baja y lóbrega que remataba en aquel sótano; y luego, abandonándolo solo en las criptas que iba á recorrer, cerraba tras él las fatales puertas que no debian volver á abrirse sino para nuevas víctimas."

Desde el *teocali*, este sótano cambia su direccion adelantándose hácia el Oeste. Siempre crédulo el vulgo, estaba persuadido que se extendia hasta 300 leguas de Mitla; pero, sin detenerme en lo extravagante de esta creencia, diré que no se pueden seguir sus señales sino hasta la hacienda de Saga, á una legua de allí: sin duda debe prolongarse mas; pero si se tiene presente que existen, en medio de la sierra en la misma direccion, lugares aun venerados de los indios con motivo de antiguas supersticiones, será fácil comprender que puede haber existido una comunicacion subterránea entre estos y los palacios de Mitla, cuya distancia no excede tres leguas.

La fama de estos templos fúnebres y de la eficacia de las plegarias, en ellos dirigidas á las divinidades infernales, extendiáse mucho mas allá del suelo zapoteco. Los Mejicanos, los Chiapanecos, los Otomites y los Totonacos, acudian aquí rogando por oraciones, y ofreciendo

presentes que nunca han despreciado los ministros de ningun culto.

Y aun en el dia, despues de trescientos años de otro culto, no se han borrado todavía aquellas antiguas tradiciones, pues á menudo suele suceder que algunos indios vienen de una distancia mas de cien leguas á pedir misas al cura de Mitla.

Existe á tres cuartos de legua al Este de la aldea una fortaleza antigua en la cumbre de un peñascal casi inaccesible, la que consta de una muralla principal de 18 piés de alto y 6 de espesor, formando un recinto de media legua en contorno. Está defendida su entrada, sita frente á la aldea, por otro recinto con terraplen en donde se notan todavía piedras amontonadas propias para arrojar con la honda ó con la mano. Esta segunda muralla de circunvalacion, mas elevada que la primera, tiene tambien puerta, su terraplen y su parapeto, en cuya orilla superior estan colocados trozos de rocas casi esféricos de dos y tres piés de diámetro, que debian de arrojarse á los sitiadores. Se hallaban al otro extremo de la fortaleza los edificios que servian de habitacion á la guarnicion, en cuyo lugar hay otra salida destinada probablemente para favorecer la entrada de los socorros y la retirada de los sitiados.

Visitadas estas fortificaciones por el capitan Dupaix, las ha descrito este ingeniero con la sagacidad del hombre del arte. Da en su relacion un concepto bastante alto sobre los principios de castrametacion, empleados por estas poblaciones americanas. En todas sus obras de la misma clase, los medios de defensa y de retirada estan previstos y muy bien combinados. En Montalban, por ejemplo, á un cuarto de legua de Oajaca, despues de haber salvado un baluarte escarpado, se llega á una magnífica explanada circular, en cuyo centro se levanta el fuerte principal; en derredor estan dispuestos varios fortines, algunos de los cuales tambien tienen su explanada exterior, defendida por otras obras, y formando cerros artificiales la basa de dichos fortines. La mayor parte tienen su camino cubierto, que servia á un mismo tiempo de entrada á estas posiciones y de vias de comunicacion entre los diferentes puntos de la plaza.

De lo alto de la fortaleza de Mitla se entraña la vista por el valle y descansa con tristeza en unas rocas peladas y en soledades áridas, imágen de destruccion propia para realzar el efecto de los palacios de *Liobaa*. Un torrente de agua salada, que crece con las tempestades, corre en medio de los arenales polvorientos que va arrastrando; estan secas y despobladas sus márgenes; apé-

nas se ven á trechos algunos nopales diminutos ó algun árbol del Perú tan ruin, cuanto árido es el terreno en donde ha echado sus raices. Solo, por la parte de la aldea, el color verde oscuro de los magueyes y de los cactus da al cuadro el aspecto de un jardin de invierno poblado de bojes y de abetos. Sopla un viento frio y desabrido casi de contínuo hácia el fondo del valle, levantando torbellinos de arena que oscurecen el aire y se esparcen por el campo á lo léjos.

En compensacion de esta falta de atractivos en la naturaleza, encontré en Mitla un albergue muy acomodado en casa de un indio rico, en donde fuí convidado á apearme. Me aposentaron en la sala de gala, alhajada con un altar de la Vírgen, ante el cual arden dia y noche cirios y copal; pero me fué forzoso á mi llegada hacer cesar esas fumigaciones, cuyo olor fuerte, saturando la atmósfera del cuarto, de ningun modo asentaba á mis órganos materiales.

A todas las comidas me trataron espléndidamente sin que comiese conmigo mi huesped; solo á los postres solia venir á platicar un rato; y cuando le convidaba á tomar conmigo una copa de su vino de Jerez, no la aceptaba sin hacerse de rogar, y jamas dejaba de darme las gracias, como si le hubiese hecho un gran favor.

Oí la misa del cura el dia de navidad, y como no hay asientos en las iglesias de Méjico, preciso fué me resolviese á hacer soportar á mis rodillas todo el peso de mi cuerpo sin mas cojin que el pavimento, postura que la costumbre puede hacer soportable, pero que para mí siempre ha sido un tormento, un suplicio.

Sin embargo, suspendido de cuando en cuando el dolor con la facultad de levantarse uno, me dió lugar á echar una ojeada observadora en lo que me rodeaba. Estaba llena la iglesia de hombres y mugeres, cuyas facciones son tal vez mas caracterizadas allí que en parte alguna. Tambien tiene algo de particular el vestido de las mugeres: consta de un enrollado de lana negra con rayas coloradas, un *huepil* de cotonada, bordado con hilos de color, y un paño con rayas blancas y oscuras; tienen todas en la cabeza, así como los hombres, una mascada colorada ó un pañuelo de algodon, y en los piés, sandalias cuyo talon está labrado. Con su nariz aguileña, su barba salediza y su color encobrado, son raras veces bonitas esas mugeres; pero su fisonomía tiene cierta expresion de fineza, que no muchas veces se encuentra entre las indias.

Las ruinas de Mitla, de Jochicalco, de Papantla &c.. son muy conocidas por haber sido á menudo descritas;

pero hay otras en la provincia de Chiapas que excitan mayor interes, y á las que encubre todavía un misterio impenetrable; son las ruinas de Culhuacan, por otro nombre, Palenque, por llamarse así una aldea inmediata. Situadas en medio del yermo, cortado por ciénegas y selvas, permanecieron ignoradas de los Españoles hasta fines del siglo pasado; desde entónces han sido exploradas y dibujadas por el Sr. D. Antonio del Rio (1787), por el capitan Dupaix (1806), y últimamente por el Sr. Waldeck (1).

Estas ruinas que cubren un espacio de seis ó siete leguas en contorno, presentan templos, pirámides, sepulcros, fortificaciones, acueductos, puentes y bajos relieves adornados con figuras y geroglíficos. Tambien se encuentran estátuas colosales, ídolos, vasos, instrumentos de música &c.; y todo prueba que aquella ciudad fué habitada por un pueblo adelantado en las artes y la civilizacion.

Está todavía en pié el palacio principal y bastante bien conservado. Es un edificio de 300 piés de largo y 30 de alto, circundado por un peristilo. Su interior es-

(1) Tambien ha dado el Sr. Waldeck los dibujos de las ruinas de Isamal; pero su carácter muy conocido permite dudar de la exactitud de todas sus noticias arqueológicas.

tá dividido en varios cuerpos separados por pátios, y en el centro está levantada una torre de la cual quedan cuatro pisos. Estan adornadas sus paredes con bajos relieves, esculpidos en la piedra, representando figuras de 8 y 10 piés de alto. Estas tienen un carácter de cara particular, estando su nariz y su frente por una misma línea curva, que forma un arco de 60°, y parece ésta singularidad haber sido un tipo distintívo de los antiguos moradores de Culhuacan, pues se encuentra en todas sus esculturas.

No obstante, no existe entre las poblaciones índicas ningun indicio de este tipo original, ni tradicion alguna que tienda á ilustrar respecto de la época en que desapareció esta raza antigua. Esta circunstancia combinada con la vegetacion prodigiosa que ha invadido toda la ciudad, sale en prueba de que ha desaparecido en una época muy remota, ya sea con motivo de una peste, ó ya de una guerra de exterminio (1).

---

(1) Por lo mismo, disimúleseme él que no sea del parecer del Sr. W. Prescott, que infiere, en su primer capítulo, que las ruinas de Culhuacan de Palenque pueden haber sido obra de las colonias toltecas que, por el undécimo siglo, abandonaron la mesa de Anahuac para dirigirse hácia el Sur de la misma; porque, en primer lugar, los emigrados no eran bastante numerosos para levantar de repente una ciudad, que, con motivo de su inmensa extension, ha sido llamada la *Tebas americana*, y

¿De donde, pues, vendria este pueblo, cuyos principios arquitectónicos, cuyos instrumentos y símbolos tienen una conexion evidente con lo que vemos en la hoya del Nilo? ¿Cuáles fueron las causas de su emigracion, la época de su establecimiento en esta comarca y la de su aniquilamiento? Tales son las cuestiones que

---

luego no era fácil que desapareciera este pueblo, como por ensalmo, en una época tan inmediata á la conquista sin dejar ninguna memoria de su existencia; por otra parte, los árboles disformes que se han abierto paso por los monumentos mas sólidos, denotan tal antigüedad, que no podemos negarnos á reconocer que estas ruinas eran ya muy antiguas, aun ántes que pensaran los Toltecas en salir de Tula.

Tampoco pueden sospecharse de ser antediluvianas las ruinas de Culhuacan de Palenque y sobre todo las de Mitla, sino por los que ni han visto estas, ni aun los diseños que de ellas se han sacado, siendo así que no existe la mas mínima semejanza entre los edificios que acabo de describir, y aquellos monumentos sencillos y toscos que los arqueólogos han creido pertenecientes á épocas antediluvianas; pues estos solo tienen conformidad con los monumentos de la antigüedad mas remota, conocidos por el nombre de *pelásgicos y ciclópeos* que se encuentran en Grecia y en las islas del Mediterráneo, y con los cuales suele confundirse así mismo como sucede con él de la isla de Gozzo. Estos son notables respecto del tamaño de las piedras que han servido á su construccion, consideracion que demuestra conocimientos bastante extensos ya en la estática; pero, con todo, apénas el arte se ve ennoblecido en ellos con el primer conato del pensamiento. Al paso que los edificio e Mitla son, por el contrario, notables por la elegancia de su ar-

ya han ejercitado la ciencia de los arqueólogos sin tener hasta la fecha solucion satisfactoria.

Las poblaciones de indios en los Departamentos de las Chiapas, de Tabasco y de Yucatan, son mas salvages y mas pobres que las del pais zapoteco. Arrinconados en uno de los extremos de la república, léjos de los puertos principales y de las ciudades, no viendo á mas viageros que algunos mercaderes que van allí á comprar cacao, ni á mas gentes civilizadas que algunos criollos cuyos usos, cuyas creencias, y aun cuya habla son del siglo XVI, viven casi sin comunicacion ni comercio, contentándose con lo que da la tierra al escaso afan con que la cultivan.

---

quitectura, por el buen gusto de sus adornos, y el hermoso corte de las piedras; y los de Culhuacan, por su construccion mas ligera y elegante, por sus templos, sus sepulcros y fortificaciones, cuyas ruinas cubren un espacio inmenso; en fin por las esculturas y bajos relieves de una ejecucion bastante hermosa con que están adornados.

Por otra parte, en cuanto á su orígen, los edificios de Mitla no tienen nada de comun con aquellos vestigios de las primeras artes entre pueblos desconocidos. Aquí todo es conocido, el pueblo que los ha edificado, la época en que florecian, su objeto, el principio y motivo de su destruccion; así es que no fuera mas razonable asentar hipótesis en cuanto á su orígen, que hacerlas sobre él del gran *teocali* de Méjico, si permaneciera en pié todavía.

El color ordinario de aquellos indios es el cobreño; pero hay comarcas en Méjico en donde toma un tinte mas colorado, y otras en las cuales pasa á azul oscuro. Tambien se encuentran algunos que tienen en el cútis máculas de varios colores, particularidad que no es natural, procediendo de un virus sifilítico, introducido en la sangre. Incurable en los que la heredaron de sus padres, llega así á ser orgánica esta lépra: tambien puede comunicarse por el contacto, y aunque ménos activo el principio del mal, es siempre muy dificil de neutralizarlo.

El número de estos lazarinos, llamados *Pintos*, es muy crecido en Tehuantepec, en las costas de Tabasco y de Acapulco. Viven mezclados con los demas indios sin que jamas hayan pensado estos en alejarlos de su seno é impedir entre ambos sexos un trato fatal para los hijos que produce. Por lo demas, á pesar de las incomodidas inherentes á su enfermedad, viven tanto tiempo estos Pintos como los demas, y pueden aguantar las mismas fatigas que ellos.

Tehuantepec, que acabo de mentar, es una villa de unos 6.000 vecinos poco mas ó ménos: está situada á 70 leguas E. S. E. de Oajaca, y siempre fué la segunda poblacion del pais zapoteco. Cortés en sus cartas dirigi-

das á Cárlos V, y todos los geógrafos antiguos la designan como puerto de mar; pero, con motivo del receso de las aguas del océano pacífico, se halla en la actualidad á mas de cuatro leguas de la playa.

El principal ramo de industria de los habitantes de Tehuantepec, es el cultivo del añil y la elaboracion del rico tinte que de él se saca.

El añil es una planta parecida á la alfalfa, que despues de cortada se echa en una tina llena de agua, en la cual se déja fermentar, y cuando ha llegado á punto la fermentacion se suelta una llave para dejar correr en otra tina el agua que contiene en disolucion la fécula que da el color azul. Se menea con violencia en esta segunda tina, para separar esta fécula de las sales propias de la planta; y al tiempo que las partículas coloridas se van juntando, se dejan asentar, y quedando clara el agua, se suelta una llave por donde sale afuera; luego se pasa la fécula azul á otra tercera tina hasta que haya adquirido cierto grado de desecacion, en cuyo estado se pone en cajitas, en las cuales acaba de perder su humedad.

El añil de Tehuantepec es de muy buena calidad; y así su cultivo se ha sostenido mejor que él de la grana. Las cosechas que hace 30 años producian 35.000 li-

bras (1) de añil, un año con otro, producen la misma cantidad en el dia y aun la pasan. El añil mas fino es él que se hace con la flor de la planta; solo en Guatemala es donde se hacen algunos quintales de este.

El múrice, marisco que da el color de púrpura tan nombrado de la antigüedad, y cuyos cardúmenes se han agotado en las playas de la isla de Cipre, se encuentra en toda la costa occidental desde Guayaquil hasta Acapulco; pero se coge especialmente en las rocas de las lagunas de Tehuantepec en donde abunda. Van las mugeres á las rocas con piezas de género ó mazos de algodon hilado, divididos en pequeñas madejas, y á medida que van sacando el marisco, aprietan con los dedos al animal en lo que quieren teñir y exprimen un licor blanquizco que se vuelve purpúreo en secándose.

Es indeleble este color que aun adquiere lustre despues de muchos lavados: no pega igualmente bien en todos géneros, así es que tiñe mejor el algodon y la lana que la seda. Lo aprecian mucho las mugeres de Tehuantepec, las de Chihuitan y de las inmediaciones; ponen faldas de este tinte en sus enaguas, y pagan muy caro este adorno, cuando no van por sí á teñir sus efectos.

Usan las mugeres de Tehuantepec un vestido parti-

(1) Estadística de D. José María Bustamante.

cular que sin duda es el mas elegante de América, sin exceptuarse él de las Limeñas, que tiene mas de estrafalario que de original, y mas de ridículo que de gracioso, por mas arte que empleen en hermosearlo. El vestido de aquellas consiste en una saya de muselina ó de gasa, guarnecida de grandes olanes ó aun de flecos de oro, y afianzada en las caderas con una banda de seda; luego viene el *huepil*, con mangas cortas, que se amolda fluctuante en el pecho, dejando destapada parte de la cintura. Este *huepil* es de muselina bordada ó de un género de color liso; pero llevan otro mas, siempre de muselina blanca, en la cabeza, de modo que haga la guarnicion del cuello un marco encerrando la cara, y caigan por delante las dos mangas hasta la cintura, y por detras hasta la mitad de la espalda. El conjunto de este vestido, del todo adecuado á realzar los atractivos de una jóven, conserva á las mil maravillas todas las formas del cuerpo, á la vez que es rico y airoso.

La primera ocasion que ví á unas jóvenes Tehuantepecanas en su vestido nacional, me parecieron divinas. Por otra parte, tienen su mirar y sus modales un aire de molicie que confronta perfectamente con lo airoso de su compostura. Como viven bajo un cielo abrasador, sucede que son apasionadas al placer. El viagero que lle-

ga á Tehuantepec un dia de fiesta y vé á esas jóvenes tan elegantemente ataviadas, queda admirado y embelesado, así como podria suceder á uno al encontrar una rozagante vegetacion y frescas yerbas en medio de los arenales áridos de la Libia; como acaba de recorrer un pais cuyos escasos habitantes presentan una fealdad y un hedor repugnantes, el contraste le hace apreciar todo el encanto de un cambio inesperado.

Recuerdo haber experimentado una sorpresa igual viajando en Alemania, al concluir mis estudios. Estábamos en el mes de Agosto, y acababa de salir de Borgoña en donde los campos solo presentan, en aquella época del año, paja seca y céspedes marchitos. Apénas hube bien pasado el Rin, en Kelh, cuando se ofreció á mi vista un paisage encantador; sitios pintorescos, verdura, frescor, todo contrastaba con la sequedad de nuestras provincias y empezaba ya á llenar mi alma de deleite; pero he aquí que jóvenes aldeanas vienen á hermosear mas este risueño cuadro: ya no es aquella tez tostada de las jóvenes de nuestros campos, esa tosquedad en las formas, esos vestidos ordinarios, puestos sin arte; pero son verdaderas pastoras de Florian y de Gesner, las Filis y las Cloris de nuestros teatros.

Al ver esas jóvenes segadoras badesas, (1) de tez tan blanca y tan rosada, de ojos azules tan tiernos, con una sonrisa tan dulce y tan indulgente, y luego con sus trenzas de pelo rematando con un nudo de cinta, su bonito peto de terciopelo bordado, atascado por delante y conservando al cuerpo sus exactas proporciones, queda uno embelesado.

Mil veces á la vista de aquellas atractivas Driadas, caí en la tentacion de transformarme en Coridon para participar de sus trabajos campestres y mezclarme en sus diversiones; y aun en el dia, cuando los años han madurado mis pensamientos, siempre que mis recuerdos me llevan de nuevo á las deliciosas sombras de las orillas del Murg ó de la Selva negra, apoderándose de mí un rebato involuntario, exclamo con el cisne que cantó la vida agreste:

"¡Oh! ¿dónde estais verdes campos, cristalino Esperquio y tu monte Taigeto, hollado por los bailes de las jóvenes Lacedemonias? ¡Ay de mí! ¿quién me trasladará á los frescos valles del Hemo; quién me sentará en la sombra de sus frondosas selvas (2)?"

FIN.

---

(1) Las jóvenes del gran ducado de Baden.

(2) Virg. Georg.

# INDICE

## DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS

### EN LA OBRA.

---

## CAPITULO I.

SUMARIO.—*Proyectos sobre la comunicacion de ambos mares por el istmo de Panamá, la laguna de Nicaragua y el rio Goatzacoalco.—Colonizacion del Goatzacoalco.—Empresa del Sr. Laisne de Villeveque.—Salida para la república mejicana.—Una idea del viage.—El* pequeño Eugenio *y la* Glaneuse.—*Paso de la barra.—Minatitlan.—Engaños de los Directores de la colonia.—Desastres de las expediciones y motivos de sus desgracias.—Campamento en las márgenes del rio.—Indios castizos.—Indios mestizos.—Marcha á Acayucan.—Cosoliacac.—Altipan.—Doña Marina, llamada la Malinche.—Costumbres de los habitantes de Altipan.—Primera comida al uso mejicano.—Alaridos en el desierto.—Episodio relativo á la caza del mono.—Lugar de Socomusco.—Acayucan.—Su situacion.—Niguas.—Milpas abandonadas.*

## CAPITULO II.

*Descripcion del Goatzacoalco y comarcas inmediatas.—Sus frutos variados y preciosos.—Sus salidas.—Los Mijes.—Episodio.—Alto Goatzacoalco.—Hermosas selvas.—Mal paso.—Sarrabia.—Monos.—Tigres.—Marranos cimarrones.—Caimanes.—Reseña sobre los medios para colonizar las márgenes de este rio.—Inepcia de los Directores de la colonia.—Nuevo Robinson.—Desgracias del señor S.... ñ de su esposa.*

## CAPITULO III.

*Marcha á Veracruz.—El paso San Juan.—Viage por el rio.—El totopostl.—Venados.—El pato.—Caimanes.—Mosquitos.—Jacales abandonados.—El rio San Andrés.—Hacienda de San Nicolás.—Fandango.—El rio Alvarado.—Su antiguo nombre.—Tlacotalpan.—Pequeña Venecia.—Sus vecinos hospitaleros.—Las jóvenes de aquel lugar.—Piraguas.—Justas.—Comida en casa de ricos criollos.—Pormenores sobre el servicio.—El cigarrito.—El chocolate.—La balandra.—Su cargamento estrambótico.—Márgenes del rio Alvarado.—Alvarado.—Sus inhospitables vecinos.—Un Norte.—Los tamales.—Los méganos.—Tiburones.—La isla de sacrificios.—Vista de Veracruz y pesadilla.*

## CAPITULO IV.

*Veracruz.—Su fundacion.—Su poblacion en varias épocas.—El vómito.—Causas que lo producen.—Sus síntomas.—Sus progresos.—Sufrimientos que causa.—Modo de curarlo.*—Paz de Dios.—*Raros efectos producidos por el Norte.—Fonda.—Ajuar de los cuartos.—El guachinango.—Los paseos.—El muelle.—La Alameda.—Malibran.—Medellin.—El juego.—Marcha á Méjico.—Caravana.—Puente nacional.—La bonita jarocha.—El volcan de Orizava.—Epoca de su última erupcion.—Jalapa.—Las mugeres.—Calzada de San Miguel.—Hermoso paisage.—Catarata de Naolinco.—Viage en medio de las nubes durante la estacion de aguas.—Escorias volcánicas.—Las Vigas.—Perote.—El cofre.—El meson.—Fonda del meson.—El llano.—Volcanes de Méjico.—Puebla.—Sus habitantes.—Descripcion de la ciudad.—Su plaza.—La catedral.—Cholula.—Su teocali.—Tlascala.—La Malinche.—Sus selvas de pinos.—El Iztaceihuatl.—El Popocatepec.—Epoca de su última erupcion.—Rio Frio.—Vista del Valle de Méjico.—La laguna de Chalco.—La de Tescuco.—Los patos.—Calzada del Este.—Vista de Méjico.*

## CAPITULO V.

*Ultimas emigraciones de las naciones del Norte á la mesa de Méjico.—Los Aztecas.—Su imperio.—Elevacion de Moteuczoma II al trono.—Su carácter.—Llegada de Hernan Cortés.—Su entrada en Méjico.—Moteuczoma preso.—Llegada de Narvaez.—Es hecho prisionero por Cortés.—Matanza de los magnates mejicanos de órden de Alvarado.—Muerte de Moteuczoma.—Noche triste.—Hospitalidad de los Tlascaltecas.—Sitio y toma de Méjico.—Méjico moderno.—La plaza mayor.—Catedral.—Palacio nacional.—La Minería.—La Universidad.—El Museo nacional.—Antigüedades.—Eran antropófagos los Mejicanos.—Número de víctimas inmoladas.—La Alameda.—Bucareli.—Coches.—La Viga.—Chinampas.—Vista de la Acequia durante el paseo.—Los ginetes.—El payo.—Los jaeces del caballo.—Una corrida de toros en Méjico.—La ópera italiana.—Guerra detras de los bastidores.—La comedia española.—Teatro de Vergara.—Elegancia de las señoras de Méjico.—Trage de los hombres.—Juéves santo y sábado de gloria.—Los artesanos franceses en Méjico.—Efecto producido de su llegada.—Los Léperos.—Es fácil hacer desaparecer hasta el pensamiento del crímen.—La Habana.—*

*Tacon.—Duelos entre los léperos.—Brusca transicion del pueblo bajo á la clase inmediatamente superior.—Notables cambios acontecidos en las clases altas.—Instruccion pública.—Dotes de las señoras.—Virtudes sobresalientes.—Sociabilidad de los Mejicanos.—Industria—Aristocracia.—Reflexiones.*

## CAPITULO VI.

*Alrededores de Méjico.—Chapultepec.—Tacubaya.—San Angel.—El pedregal.—San Agustin.—Pascua del Espíritu Santo—Los montes.—Peleas de gallos.—La cruz del Marques.—Huichilaque.—Indios caminadores.—Cuernavaca.—Laborde.—La cueva de Cacuhamilpa.—Ruinas del monumento de Jochicalco.—Acapulco.—Su puerto.—Su comercio.—La Nao.—Carácter de los mulatos de aquella costa.*

## CAPITULO VII.

*Villa de Guadalupe.—El salado.—Los teocalis de San Juan de Teotihuacan.—Otumba.—Llanos de Apa.—Buen pulque.—Tulancingo.—Tuxpan.—Pirámide de Papantla.—Colonia francesa de Jicaltepec.—El bandido Andrade.—Regla.—Su bonita cascada.—Diferentes modos de extraer la plata del mineral.—Real del monte.—Las minas.*

*—Pachuca—La calzada de San Cristobal.—Desagüe de Huehuetoca.*

## CAPITULO VIII.

*Salida de Méjico para Oajaca.—Derecho de peage en Tlacotepec.—Se vuelve á gozar seguridad en la tierra caliente.—Cuicatlan.—Guendulein.—Cultivo de la caña de azucar.—Los ingenios de azucar.—Los operarios de las haciendas.—Existe de hecho la esclavitud aunque abolida por las leyes.—El cepo.—La oracion de los operarios.—El bardo zapoteco.—Buena disposicion de los indios para la música y las artes.—El indio se halla feliz en su condicion.—Reflexion.—El rio de las vueltas.—Valle de Etla.—Hermoso cielo de Oajaca.*

## CAPITULO IX.

*Oajaca.—Terremotos.—Riquezas de este departamento.—Cultivo de la cochinilla.—Los indios esconden su dinero.—Lujo de algunos de ellos.—Ataque de Oajaca por Acevedo en el año de* 1836.*—La caballería de la Mixteca.—La del Bajío.—Las mugeres de Oajaca.—Los bailes.—Los refrescos.—La venerable señora Doña Vicenta Cortabarria.—Una palabra de gratitud tambien para la señora Doña*

*Luisa Flores de Jimeno, de Méjico.—Franceses é Ingleses en Méjico.*

## CAPITULO X.

*Carece el valle de Oajaca de sitios pintorescos.—Ricos cultivos.—Talixtaca.—Santa María del Tule.—Su árbol gigantesco.—Velorio de una niña entre los indios zapotecos.—Zachila, antigua Teozapotlan.—Una palabra sobre la historia de los zapotecos.—Cuilapa.—Teocalis y túmulos.—El general D. Vicente Guerrero.—Ocotlan.—Cultivo de la cochinilla.—Las minas de la sierra.—Mitla.—Descripcion de sus monumentos.—Poblaciones de Tabasco y de Yucatan.—Color de los indios.—Los pintos.—Tehuantepec.—El añil.—Su cultivo.—El múrice qve da el hermoso tinte de púrpura.—Mugeres de Tehuantepec.—Recuerdo de mi juventud.*

# ERRATAS.

| Páginas. | Líneas. | |
|---|---|---|
| 4ª | 1ª | en vez de *desapercibidos* léase *sin percibirlo.* |
| 23 | 13 | léase *abrasador* en vez de *abrazador.* |
| 25 | 2ª | nota, en vez de *concesiou* léase *concesion.* |
| 41 | 20 | en vez de *cuese* léase *cuece.* |
| 44 | 3ª y 4ª | de la nota, léase: *se suelen ver bandadas de mas de ciento desfilar por los bosques, brincando de árbol en árbol y llevando las madres á sus hijos á cuestas.* |
| 47 | 8ª | en vez de *para contener* léase *para dar cabida á* &c. |
| 48 | 11 y 12 | léase *él de sus bodegas borgoñesas.* |
| 60 | 7ª | léase *á cuyo puerto se va sin peligro costeando, aun en chalupas de cubierta.* |
| 76 | 10 | en vez de *pues* léase *y.* |
| 81 | 15 | en vez de *desapercibida* léase *no percibida.* |
| 93 | 16 | hablando de las mugeres de Tlacotalpan, es por error que se han pintado sus pies como *miniaturas;* algunas los tendrán |

chicos; pero en general no es así.

94 13 en vez de *hospitalarios* léase *hospitaleros.*

id 24 en vez de *blancusco* léase *blanquizco.*

98 10 léase *cargamento.*

111 20 léase *cierra* en vez de *sierra.*

124 24 léase *floripondios.*

125 8ª léase *tomada.*

129 El párrafo que principia así: *A no haberse uno resuelto* &c., debe leerse ántes del precedente empezando por: *No se ha conoci- en Méjico* &c.

131 4ª de la nota, léase *la de Tequendama* y no *las de* &c.

134 8ª léase *cerro.*

140 9ª léase *bosques* en vez de *boques.*

156 1ª pongase punto y coma despues de *poderoso.*

158 2ª quítese la coma despues de *su fé.*

199 16 léase *adornandolos listas de papel de color.*

201 13 en vez de *despanchurrados* léase *despanzurrados.*

202 4ª léase *despanzurrado.*

211 23 léase *discordia.*

213 10 léase *Bozetti.*

226 3 en vez de *no podia uno ya salir* &c. léase *no se podia ya salir* &c.

237 4ª leése *permiten* en vez de *permitan.*

260 5ª *sumario,* en vez de *las minas de Pachuca* léase *las minas.—Pachuca.*

id. 8 y 9 No encontró el indio la imágen, sino que la misma Vírgen se pintó en su lienzo (ayate) para vencer su incredulidad ó sus hesitaciones en hacer lo que le mandaba.

264 2ª léase *se conocen* en vez de *son conocidas.*

297 10 léase *coralillo* en vez de *caralillo.*

305 23 léase *ciudad.*

310 17 léase *designarlos* en vez de *designarlas.*

323 18 léase *poseia, dicen, un periquito* &c.

335 23 cámbiese *y* en una coma despues de *largo.*

336 y 337 En las dimensiones del palacio de Mitla, en la estampa, léase 132 pies ingleses de largo en vez de 135.

338 22 léase *extendíase.*

339 6 léase *de una distancia de mas* &c.

Id. 17 léase *tiene tambien su puerta* &c.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.